

Nueva traducción de una obra cumbre de la CF

UN MUNDO INVERTIDO

CHRISTOPHER PRIEST

Una obra paradigmática del género,
por el autor de 'El prestigio'.

Lectulandia

La ciudad avanza por medio de raíles, surcando una tierra devastada llena de tribus hostiles. Los raíles deben ir colocándose delante de ella al tiempo que se progresa y ser retirados cuidadosamente tras su estela. Los ríos y las montañas suponen un obstáculo casi insalvable para el ingenio de los técnicos de la ciudad. Pero si se detiene su movimiento, la ciudad va cayendo en el campo gravitacional destructor que ha transformado la vida en la Tierra. La única alternativa al progreso es la muerte.

Helward Mann, un miembro de la élite de la ciudad, sabe mejor que nadie que su existencia pende de un hilo: está a punto de descubrir que el mundo exterior es infinitamente más extraño que su propio entorno, que tan bien cree conocer.

Lectulandia

Christopher Priest

Un mundo invertido

ePUB v1.0

libra_861010 17.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Inverted World*

© Christopher Priest, 1974.

Traducción: David Luque Cantos

Diseño/retoque portada: Dominic Harman via Agentur Schlück GmbH

Editor original: libra_861010 (v1.0)

ePub base v2.0

Para mi madre y mi padre.

Dondequiera que vuelvo la vista
todo es extraño, mas nada es nuevo;
una labor infinita,
una infinita equivocación.

Samuel Jonson

Nota del autor

Algunas de las situaciones descritas en esta novela fueron incorporadas a una historia corta titulada *Inverted World*, que fue publicada por primera vez en Inglaterra, en el número 22 de la antología *New Writings in SF*, publicada por Sidgwick & Jackson Ltd. Aparte de una ligera semejanza en la ambientación y de la inclusión de algunos personajes de nombres similares, no hay mucho en común entre ambas obras.

Christopher Priest

Prólogo

Elizabeth Khan cerró la puerta del consultorio y echó la llave. Se encaminó sin prisas por las calles de la aldea, con destino a la plaza junto a la iglesia donde se estaba reuniendo la gente. La expectación se había ido incrementando durante todo el día a medida que los preparativos para la gran hoguera iban tomando forma. Los niños corrían excitados por las calles a la espera del momento en que la fogata se encendiera.

Elizabeth entró primero en la iglesia, donde no halló al padre Dos Santos.

Pocos minutos después de la puesta de sol, los hombres prendieron la yesca seca que aguardaba en la pila de leños y una llama brillante crepitó en el aire. Los niños bailaban y saltaban gritándose los unos a los otros sobre los crujidos y el chisporroteo de los maderos ardientes.

Los hombres y las mujeres se sentaban o se tumbaban alrededor de la hoguera pasándose jarras del sabroso y oscuro vino local. Dos hombres se encontraban apartados del resto, cada uno tocaba melodiosamente una guitarra. La música era tranquila, mansa, incompatible con cualquier danza.

Elizabeth se sentó cerca de los músicos bebiendo un poco de vino cada vez que alguien le pasaba una jarra.

Más tarde la música elevó el tono y el ritmo. Varias mujeres se animaron a cantar. Era una canción antigua, a Elizabeth le costaba entender el dialecto de la letra. Unos cuantos hombres se pusieron en pie prestos para la danza, enlazando los brazos, disfrutando de su borrachera.

Tras un rato declinando las múltiples manos de quienes se ofrecieron para levantarla, Elizabeth finalmente se puso en pie y bailó con varias mujeres. Todas reían y trataban de enseñarle los pasos. El polvo que levantaban sus pies flotaba en el aire unos segundos antes de ser tragado por el halo de calor del gran fuego. Elizabeth bebió más vino y bailó con los demás.

Al parar a descansar reparó en la presencia del padre Dos Santos contemplando los festejos a cierta distancia. Le saludó con la mano, pero el hombre no respondió. Se preguntó si recelaba de todo aquello o simplemente era demasiado reservado para unirse a la fiesta. Era un joven tímido y hosco, incapaz de relacionarse fácilmente con los aldeanos, pero preocupado por la imagen que tuvieran de él. Al igual que Elizabeth, era también un recién llegado, un extraño. Sin embargo, resultaba evidente que los lugareños superarían sus prejuicios contra ella mucho antes. Al verla apartada en un lado, una de las chicas de la aldea la cogió de la mano y la devolvió al baile.

La fogata comenzó a extinguirse y la música a bajar de ritmo. El fulgor de las llamas disminuyó hasta que el fuego fue la única iluminación y los hombres y mujeres se sentaron de nuevo en el suelo, felices, relajados y cansados.

Elizabeth rechazó la siguiente jarra que le ofrecieron y se puso en pie. Estaba más borracha de lo que había creído, incluso se tambaleaba un poco. A pesar de que algunas personas la llamaban mientras se alejaba, abandonó el centro de la aldea y se adentró en la oscuridad del campo. La brisa nocturna era suave.

Caminó con lentitud, inspirando profundamente el aire para despejarse un poco. Subió a trompicones por un irregular sendero que ya había recorrido en el pasado, a lo largo de las colinas bajas que rodeaban la aldea. Probablemente estas fueron en su día tierras de pastizales, ahora en cambio el arte de la agricultura apenas se practicaba en la aldea. Ante ella se extendía un campo salvaje y precioso, amarillo y blanco, y marrón a la luz del sol; en este momento, azabache y gélido bajo el brillo de las estrellas.

Pasada media hora se sintió mejor y regresó a la aldea descendiendo un bosque de arbolillos ubicado detrás de las casas. Oyó voces. Se quedó quieta escuchando, pero solo podía distinguir los tonos, no las palabras.

Dos hombres conversaban. No estaban solos. A veces oía las voces de otros que quizá mostraban su conformidad o hacían algún comentario. Nada de aquello era de su incumbencia, no obstante sentía curiosidad. Las palabras parecían cargadas de urgencia, probablemente estaban enfrascados en una discusión. Dudó unos segundos antes de seguir su camino.

La hoguera se había consumido, las brasas eran lo único que aún ardía en la plaza de la aldea.

Emprendió el regreso al consultorio. Al abrir la puerta percibió un movimiento y vio a un hombre cerca de la casa de enfrente.

—¿Luiz? —dijo al reconocerlo.

—Buenas noches, Menina Khan.

Alzó una mano y entró en la casa. Portaba algo que parecía una mochila o una maleta grande.

Elizabeth frunció el ceño. Luiz no estuvo presente en los festejos de la plaza; ahora estaba segura de que había sido a él a quien había oído entre los árboles. Se quedó un momento en la puerta del consultorio, esperando. Al final decidió entrar. Mientras cerraba la puerta, oyó claramente en la distancia el sonido de unos caballos alejándose al galope en mitad de la quietud de aquella noche.

Primera parte

Había cumplido ya los mil cuarenta kilómetros de edad. Al otro lado de la puerta los miembros del gremio se estaban reuniendo para celebrar la ceremonia en la que me admitirían como aprendiz. Era un momento de excitación e incertidumbre, todo lo que mi vida había sido hasta entonces se iba a concentrar en unos pocos minutos.

Mi padre era un hombre del gremio y yo siempre había contemplado su vida desde una cierta distancia, por eso la consideraba fascinante, una existencia cargada de determinación, ceremonia y responsabilidad. Él nunca me contó nada sobre sus experiencias o su trabajo, sin embargo, su uniforme, su impredecible conducta y las frecuentes ausencias de la ciudad daban a entender que estaba sumido en preocupaciones y asuntos de la mayor relevancia.

En escasos minutos se me abriría el camino para unirme a ese mismo tipo de vida. Era un honor que conllevaba una enorme responsabilidad, cualquier chico que hubiera permanecido confinado en un orfanato se estremecería ante la magnitud de este paso.

El orfanato donde crecí era un pequeño edificio casi totalmente cerrado en la zona más meridional de la ciudad. Se trataba de una especie de madriguera con decenas de pasillos, cuartos y salones. No tenía ningún acceso directo a la ciudad salvo por una puerta que se hallaba normalmente cerrada con llave. La única posibilidad de hacer algo de ejercicio estaba en el pequeño gimnasio o en un minúsculo espacio abierto flanqueado por los altos muros del orfanato.

Como a todos los niños, al poco de mi nacimiento se me puso a cargo de los funcionarios que allí trabajaban y no conocí otro mundo. Ni siquiera conservaba recuerdos de mi madre, pues abandonó la ciudad poco después de traerme al mundo.

Mi experiencia allí resultó monótona aunque no estuvo exenta de felicidad e hice unos cuantos buenos amigos. Uno de ellos, un chico pocos kilómetros mayor que yo llamado Gelman Jase, se había convertido en miembro de un gremio poco antes. Estaba deseoso de encontrarme de nuevo con él. Pude verle una vez cuando cumplió la mayoría de edad y visitó brevemente al orfanato. Ya había adoptado esa conducta de continua preocupación propia de los hombres relacionados con los gremios. No me contó nada. Ahora que yo estaba a punto de convertirme en aprendiz estaba seguro de que tendría bastantes cosas que revelarme.

El funcionario retornó a la antesala en la que yo esperaba.

—Están preparados —me dijo—. ¿Recuerdas lo que debes hacer?

—Sí.

—Buena suerte.

Me di cuenta de que estaba temblando y tenía las palmas de las manos húmedas por el sudor. El funcionario que se había encargado de traerme desde el orfanato

aquella misma mañana me sonrió empáticamente. El hombre creía entender por lo que yo estaba pasando, pero en realidad no podía ni imaginarlo.

Tras la ceremonia del gremio me aguardaban otras cosas. Mi padre me había dicho que me había arreglado un matrimonio. Me tomé la noticia con tranquilidad, pues sabía que los miembros del gremio se casaban pronto y además ya conocía a la chica elegida. Su nombre era Victoria Lerouex, habíamos crecido juntos en el orfanato. No éramos ni mucho menos íntimos, había pocas chicas en el orfanato y su tendencia natural era agruparse aislándose del resto, pero tampoco es que fuésemos completos extraños. A pesar de todo, la idea de estar casado era algo nuevo para mí y no había tenido tiempo de prepararme mentalmente para ello.

El funcionario levantó la vista hacia el reloj.

—De acuerdo, Helward. Es la hora —anunció.

Nos dimos un breve apretón de manos y abrió la puerta. Acto seguido entró en la sala y no cerró la puerta. Tras ella vi a varios miembros de los gremios esperando de pie, observándome. Las luces del techo estaban encendidas.

El funcionario se detuvo a unos pocos pasos de la entrada y se giró para dirigirse a la tribuna.

—Milord navegante, solicito audiencia.

—Identifícate —pidió una voz en la distancia; desde mi situación en la antesala no pude ver quién hablaba.

—Soy el funcionario doméstico Bruch. Siguiendo la disposición de mi jefe administrativo he convocado a Helward Mann, que pretende un aprendizaje en un gremio de primer orden.

Bruch se dio la vuelta y se puso frente a mí. Tal como habíamos ensayado, en ese momento di unos pasos al frente y entré en la sala. En el centro se había dispuesto para mí un pequeño estrado, lo rodeé y me coloqué tras él.

Encaré la tribuna.

Bajo la intensidad luminosa de los focos, en una silla de respaldo alto, estaba sentado un hombre anciano. Iba ataviado con una capa negra decorada con un círculo blanco cosido en la pechera. A cada lado le escoltaban tres hombres también vestidos con capas, cada una decorada con un fajín de un color distinto. Varios hombres y mujeres se reunían en el centro de la sala, frente a la tribuna. Mi padre estaba entre ellos.

Todo el mundo me estaba mirando y noté cómo aumentaba mi nerviosismo. Se me quedó la mente en blanco, olvidé por completo los minuciosos protocolos que había ensayado con Bruch.

En mitad de aquel silencio que siguió a mi entrada, alcé la mirada hacia el hombre que se sentaba en el centro de la tribuna. Era la primera vez que lo veía y, obviamente, la primera vez que me encontraba en compañía de un navegante. En mi

época en el orfanato se hablaba en tono deferente de estos hombres, incluso aquellos menos respetuosos que se referían a ellos con escarnio, siempre lo hacían en voz baja y temerosa, ya que su figura era algo casi legendario. El hecho de que uno de ellos estuviera presente en la ceremonia subrayaba la importancia de esta. Lo primero que pensé fue que iba a tener una gran historia que contarles a los demás... después recordé que a partir de este día nada volvería a ser igual.

Bruch había avanzado unos pasos para ponerse frente a mí.

—¿Es usted Helward Mann, señor?

—Sí, así es.

—¿Qué edad ha alcanzado, señor?

—Mil cuarenta kilómetros.

—¿Es consciente del significado de esa edad?

—Asumo las responsabilidades de un adulto.

—¿En qué grado puede asumir esas responsabilidades, señor?

—Deseo ser aprendiz en un gremio de primer orden de mi elección.

—¿Ha hecho ya esa elección, señor?

—Sí, así es.

Bruch se dirigió entonces a la tribuna. Les repitió a los hombres allí reunidos las respuestas que acaba de dar, aunque a mí me pareció que ellos ya las habían oído perfectamente la primera vez.

—¿Desea alguien cuestionar este aprendizaje? —les inquirió el navegante a los demás hombres de la tribuna.

Nadie respondió.

—Muy bien —dijo el navegante al tiempo que se ponía en pie—. Adelántese donde pueda verle, Helward Mann.

Bruch se hizo a un lado. Abandoné el estrado y avancé hasta el centro de un pequeño círculo de plástico blanco dispuesto en el suelo. Me estudiaron en silencio durante unos segundos.

El navegante se volvió hacia uno de los hombres que había a su lado.

—¿Están presentes los proponentes?

—Sí, mi señor.

—Muy bien. Al tratarse de un asunto del gremio debemos excluir al resto.

El navegante se sentó y el hombre situado inmediatamente a su derecha se adelantó.

—¿Hay algún hombre presente que no pertenezca al rango de primer orden? Sí es así, haga el favor de honrarnos con su ausencia.

Detrás de mí, ligeramente hacia un lado, Bruch efectuó una breve reverencia a la tribuna y al punto abandonó la sala. No lo hizo solo. La mitad de las personas del grupo del centro se marcharon por una u otra puerta. Los que se quedaron se

colocaron delante de mí.

—¿Se halla algún extraño entre nosotros? —preguntó el hombre de la tribuna. Se produjo un silencio—. Aprendiz Helward Mann, ahora se encuentra exclusivamente en compañía de miembros de cada uno de los gremios de primer orden. Una reunión semejante no es nada común en esta ciudad, así que apréciela con la solemnidad correspondiente. Cuando termine su aprendizaje estas personas serán sus iguales y usted estará ligado, del mismo modo que ellos, a las reglas del gremio. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor.

—Asegura haber elegido el gremio al que quiere pertenecer. Por favor, dígallo en voz alta para que todos lo oigamos.

—Deseo convertirme en un explorador del futuro —afirmé.

—Muy bien, es una petición aceptable. Soy el explorador del futuro Clausewitz, jefe del gremio. Está rodeado de otros exploradores del futuro y de representantes de otros gremios de primer orden. En la tribuna se encuentran los jefes de cada gremio. En el centro, nos honra con su presencia el lord navegante Olsson.

Le dediqué una profunda reverencia al navegante, tal como había ensayado previamente con Bruch. Esa reverencia era lo único que recordaba ahora de sus instrucciones. Bruch me había dicho que excepto la obligación de mostrar respeto hacia el navegante cuando me lo presentaran formalmente, desconocía los pormenores de esta parte de la ceremonia.

—¿Quién es el proponente del aprendiz?

—Yo deseo proponerle, señor. —Fue mi padre el que habló.

—El explorador del futuro Mann lo ha propuesto. ¿Alguien le secunda?

—Señor, yo secundo su propuesta.

—El constructor de puentes Leroux la secunda. ¿Alguien quiere oponerse?

Se sucedió un largo silencio. Clausewitz preguntó dos veces más si alguien deseaba mostrar su disconformidad hacia mi admisión.

—Así sea entonces —declaró Clausewitz—. Helward Mann, voy a tomarle el juramento que corresponde a un gremio de primer orden. Aun ahora, en esta etapa tan avanzada del proceso puede declinar mi ofrecimiento. Si por el contrario acaba por prestar el juramento, desde entonces quedará ligado a él durante el resto de su vida en la ciudad. La pena por romper este juramento es la ejecución sumaria. ¿Lo tiene totalmente claro?

Me quedé aturdido. Esta no estaba entre las pocas cosas que me habían contado mi padre, Jase o incluso Bruch; nadie me advirtió de ello. Es posible que Bruch no lo supiera, pero ¿por qué no me lo dijo mi padre?

—¿Y bien?

—¿Tengo que decidirlo ahora, señor?

—Sí.

Era evidente que no me iban a dejar conocer los términos exactos del juramento antes de decidirme. Su contenido era, casi con seguridad, secreto. Sentí que no me quedaba alternativa. Había llegado hasta aquí y ya percibía el peso del sistema sobre mis hombros. Llegar tan lejos, después de haber pasado por la proposición y su aceptación, para luego rechazar el juramento resultaba imposible o al menos eso me pareció a mí en aquel momento.

—Prestaré el juramento, señor.

Clausewitz se bajó de la tribuna para acercarse a mí. Me tendió una tarjeta blanca.

—Lea esto clara y audiblemente —me dijo—. Puede leerlo antes para sí, si lo desea, pero al hacerlo quedará ligado irremediabilmente a sus términos.

Asentí para hacerle ver que lo había entendido y el hombre regresó a su lugar. El navegante se puso en pie de nuevo. Leí el juramento en silencio para familiarizarme con el texto.

Encaré la tribuna consciente de que la atención de todo el mundo, en especial la de mi padre, estaba puesta en mi próximo movimiento.

—Yo, Helward Mann, siendo un adulto responsable y ciudadano de Tierra, juro solemnemente que, como aprendiz del gremio de los exploradores del futuro, cumpliré las tareas que se me encomienden, esforzándome al máximo en ello; que la seguridad de la ciudad de Tierra será mi mayor preocupación, sobre cualquier otra cosa; que no discutiré los asuntos de este gremio, o de otros gremios de primer orden, con nadie que no sea un aprendiz o miembro acreditado y juramentado de alguno de los gremios de primer orden; que cualquier cosa que experimente o vea más allá de la ciudad de Tierra será considerada un asunto de seguridad del gremio; que al aceptar pertenecer al gremio estudiaré el libro *Las directrices de Destaine*, convertiré la obediencia a sus instrucciones en un deber y, llegado el momento, transmitiré los conocimientos que de él obtenga a futuras generaciones de miembros del gremio; que el préstamo de este juramento será considerado un asunto de seguridad del gremio; juro todo esto plenamente consciente de que la traición de cualquiera de estas condiciones supondrá mi ejecución sumaria a manos de mis compañeros de gremio.

Al acabar levanté los ojos hacia Clausewitz. El mero acto de leer aquellas palabras me había embriagado de una excitación que me era difícil contener. Más allá de la ciudad... Eso significaba que dejaría la ciudad y me aventuraría como aprendiz en todas aquellas regiones que hasta ese momento me estaban prohibidas y seguían estándolo para la mayoría de los habitantes de Tierra. En el orfanato se oían rumores de todo tipo y condición sobre lo que se cernía al otro lado de los límites de la ciudad; yo mismo tenía mi cupo de imaginaciones bastante cubierto. Era consciente de que la realidad difícilmente igualaría la inventiva de aquellos rumores, sin embargo la

expectativa de averiguarlo me maravillaba y motivaba igualmente. El manto de secretismo que los miembros del gremio tendían sobre el tema parecía implicar que algo terrible se cernía tras los muros de Tierra, tan terrible que significaba la muerte para quien se atreviera a revelar su naturaleza.

—Suba a la tribuna, aprendiz Mann.

Me adelanté y subí los cuatro escalones de la tribuna. Clausewitz fue el primero en saludarme. Me estrechó la mano y me arrebató la tarjeta con el juramento. Después me presentó al navegante, que me dedicó unas pocas palabras amables, y luego a los demás líderes de los gremios. Clausewitz me dijo sus nombres y títulos, muchos de ellos desconocidos para mí. Me estaba comenzando a sentir abrumado ante tanta información. Aprendí más en unos pocos minutos en aquella tribuna que en toda mi vida en el orfanato.

Existían seis gremios de primer orden. Además del de los exploradores del futuro, liderado por Clausewitz, había uno responsable de la tracción, otro de constructores de vías y uno de constructores de puentes. Se me dijo que principalmente esos eran los gremios que respondían por la administración de que continuase la existencia de la ciudad. Para apoyarlos se contaba con otros dos gremios: la milicia y los trocadores. Esos nombres eran nuevos para mí, pero de repente recordé que mi padre me había hablado de pasada de personas que llevaban el sobrenombre del gremio al que pertenecían. Había oído hablar de los constructores de puentes, por ejemplo, pero hasta el día de la ceremonia no había abrigado la idea de que la construcción de un puente estuviera rodeada por esa aura de secretismo ritual. ¿En qué medida era vital la construcción de un puente para la supervivencia de la ciudad? ¿Por qué era necesaria una milicia?

De hecho... ¿qué era el futuro?

Clausewitz me llevó al encuentro del resto de miembros del gremio de los exploradores, entre los que por supuesto se hallaba mi padre. Solo había tres presentes, según se me dijo, el resto se encontraba fuera de la ciudad. Finalizadas las presentaciones, charlé con los hombres de los otros gremios. Había al menos un miembro presente de cada uno de los de primer orden. Creció en mí la impresión de que el trabajo de los miembros en el exterior de la ciudad absorbía mucho tiempo y recursos, pues en varias ocasiones uno o varios de los hombres se disculparon por ser los únicos representantes de sus respectivos gremios en la ceremonia, ya que el resto estaba desempeñando sus labores fuera de la ciudad.

Un hecho inusual me sorprendió durante esas conversaciones. Era algo en lo que ya había reparado antes, pero a lo que no había prestado demasiada atención. Mi padre y los otros miembros del gremio de los exploradores del futuro tenían un aspecto considerablemente más avejentado que los otros. El propio Clausewitz era de

complexión fuerte y se erguía majestuoso bajo su capa, no obstante la finura de sus cabellos y las líneas que le surcaban el rostro lo delataban; estimé que rondaría los cuatro mil kilómetros de edad. Mi padre me pareció también bastante viejo ahora que lo veía en compañía de sus coetáneos. Tenía aproximadamente los mismos kilómetros que Clausewitz, pero la lógica parecía dispuesta a negarlo. Si así fuera significaría que mi padre tendría casi dos mil novecientos kilómetros de edad cuando yo nací, sin embargo yo sabía que era costumbre en la ciudad engendrar hijos en cuanto se alcanzaba la madurez suficiente.

Los otros miembros de los gremios tenían una edad considerablemente menor, algunos apenas unos kilómetros mayores que yo. Ese hecho me animó un poco, pues ahora que había entrado en el mundo adulto deseaba terminar con el aprendizaje tan pronto como fuera posible. Implicaba que el aprendizaje no era un proceso con una duración estipulada y si, tal como dijo Bruch, el estatus en la ciudad era consecuencia de la habilidad de cada persona, si me aplicaba podría llegar a convertirme en un miembro de pleno derecho del gremio en un período de tiempo relativamente corto.

En la ceremonia faltaba una persona que me hubiera gustado que estuviera presente, mi amigo Gelman Jase.

Le pregunté por él a un miembro del gremio de tracción.

—¿Gelman Jase? —me dijo—. Creo que está fuera de la ciudad.

—¿No podía haber regresado para asistir a la ceremonia? —pregunté—. Compartíamos habitación en el orfanato.

—Jase estará ausente muchos kilómetros.

—¿Dónde está?

El hombre se limitó a sonreír, lo cual me molestó... ¿acaso no había prestado ya el juramento? ¿Por qué no podía decírmelo?

Reparé en que no había ningún otro aprendiz presente. ¿Se encontraban todos fuera de la ciudad? Si era así, eso significaba que puede que pronto yo mismo emprendiera la partida.

Pasados unos minutos de charla con los hombres, Clausewitz requirió la atención de todos.

—Propongo llamar a los funcionarios —dijo—. ¿Alguna objeción?

Un murmullo de aprobación general siguió a la pregunta.

—En ese caso, aprendiz —continuó Clausewitz—, te recordaré que esta será la primera de las muchas ocasiones en las que estarás ligado a tu juramento.

Clausewitz se bajó de la tribuna al tiempo que dos o tres hombres abrían las puertas de la sala. Poco a poco los otros fueron volviendo a la ceremonia. La atmósfera se relajó considerablemente, incluso oí risas entre la gente que reaparecía en la reunión. Al fondo de la sala estaban preparando una larga mesa. Los funcionarios no parecían guardar ningún rencor por su exclusión de la ceremonia que

acababa de tener lugar. Seguramente era un evento tan común que se daba por sentado su funcionamiento, sin embargo me pregunté cuánto inferían de todo aquello. El secretismo deja mucho espacio para la especulación cuando es un fenómeno conocido para las personas excluidas de lo que se quiere ocultar. ¿Se limitaban a hacerlos salir de la sala cuando se producía una ceremonia de jura? ¿Acaso eso era suficiente para mantenerlos en la sombra? Hasta donde llegaba mi conocimiento ningún guardia estaba apostado en la puerta. ¿Qué impedía que cualquiera escuchara tras ella el juramento que acababa de prestar?

No me dio tiempo a considerar todo aquello, la sala se llenó rápidamente de actividad. La gente hablaba animadamente, alborotando la estancia con el estruendo del ir y venir de los grandes platos de comida y las jarras de bebidas variadas. Mi padre me fue llevando de un grupo a otro de personas, me presentó a tanta gente que pronto me resultó imposible recordar sus nombres o títulos.

—¿No deberías presentarme a los padres de Victoria? —le dije al distinguir al constructor de puentes Lerouex de pie, a un lado de la sala, junto a una funcionaria que debía de ser su esposa.

—No... eso viene después. —Seguimos adelante y pronto me vi estrechando las manos de otra serie de personas.

Me pregunté dónde estaría Victoria. Ahora que la ceremonia del gremio había finalizado, nuestro compromiso debería ser el próximo anuncio. A estas alturas tenía muchas ganas de encontrarme con ella. El motivo residía en parte en mi propia curiosidad, pero también en que ella era alguien conocido. Me sentía rodeado de gente mayor y experimentada, al menos ella tenía mi edad. Victoria provenía del orfanato, igual que yo, conocíamos a las mismas personas, éramos coetáneos; en esta sala llena de miembros del gremio hubiera supuesto un recordatorio de lo que ahora quedaba a mi espalda. Había dado un gran paso hacia la edad adulta y eso ya era bastante para un solo día.

Pasó el tiempo. No había comido desde que Bruch me despertó aquella mañana, y ver tanta comida pasando ante mis ojos me hizo recordar lo hambriento que estaba. Comencé a dejar de prestar atención al aspecto social de la ceremonia. Todo esto era demasiado. Seguí a mi padre otra media hora, hablando sin demasiado interés con las personas que me presentaba, cuando lo que en realidad me hubiera gustado hubiera sido disfrutar de un rato en soledad para pensar en todo lo que estaba experimentando.

Finalmente mi padre me dejó hablando con un grupo de personas de la administración de sintéticos, el grupo que se encargaba de la producción de todos los productos alimenticios sintéticos y de los materiales orgánicos utilizados en la ciudad. Se acercó a Lerouex. Los vi hablar durante un momento. Lerouex asintió a algo.

Al momento, mi padre regresó y me apartó a un lado.

—Espera aquí, Helward —me dijo—. Voy a anunciar tu compromiso. Cuando Victoria entre en la sala, arrímate a mí.

Se acercó apresuradamente a hablar con Clausewitz. El navegante retornó a su asiento en la tribuna.

—¡Miembros del gremio y funcionarios! —vociferó Clausewitz sobre el murmullo de las conversaciones—. Tenemos otra celebración que anunciar. El nuevo aprendiz va a ser comprometido con la hija del constructor de puentes Lerouex. Explorador del futuro Mann, ¿nos hace el favor de hablar?

Mi padre se adelantó al frontal de la sala y se colocó al frente de la tribuna. Realizó un discurso cuyo tema principal era yo. Hablaba demasiado deprisa, atropelladamente. Por si toda la vergüenza del día no hubiese sido suficiente, esto era un añadido a la lista. Mi padre y yo siempre nos habíamos sentido incómodos el uno con el otro, nunca estuvimos tan unidos como su perorata pretendía hacer ver. Quería hacerle callar, irme de la sala hasta que terminara, pero estaba claro que yo seguía siendo todavía el centro de atención. Me pregunté si los miembros de los gremios tendrían la más mínima idea de cómo me estaban excluyendo de su sentido de la ceremonia y de la ocasión.

Me alivió que mi padre acabara por fin su exposición. Permaneció al frente de la tribuna esperando algo. Desde otro lugar de la estancia, el puentes Lerouex declaró que deseaba presentar a su hija. Se abrió una puerta y por ella entró Victoria, escoltada por su madre.

Siguiendo las instrucciones de mi progenitor, me situé junto a él. Me estrechó la mano. Lerouex besó a Victoria. Mi padre hizo lo propio y le regaló un anillo. Se produjo otro discurso. Por último, mi padre me presentó a mi futura esposa. No tuvimos ocasión de hablar.

Los festejos continuaron.

Me dieron una llave para entrar y salir del orfanato. Me dijeron que tendría que seguir usando el mismo cuarto hasta que me encontraran un hueco en las instalaciones del gremio y volvieron a recordarme el juramento que había prestado. Tras todo esto, me fui directamente a la cama.

Me despertó uno de los miembros del gremio que había conocido el día anterior, su nombre era futuro Denton. Esperó a que me pusiera mi nuevo uniforme de aprendiz y me condujo al exterior del orfanato. No seguimos la misma ruta que tomé el día anterior con Bruch, por el contrario, subimos varios tramos de escaleras. La ciudad estaba tranquila. Al pasar junto a un reloj comprobé que era realmente temprano, pasaban pocos minutos de las tres y media de la madrugada. Los corredores estaban vacíos, casi todas las luces de la techumbre permanecían atenuadas.

Acabamos llegando a una escalera en espiral, en cuya parte superior se asentaba una pesada puerta de acero. Futuro Denton se sacó una linterna del bolsillo y la encendió. La puerta tenía dos cerraduras y al mismo tiempo que las abría me indicó que yo debía pasar primero.

Al otro lado me invadieron el frío y la oscuridad, hasta tal punto que mi cuerpo acusó el impacto. El hombre cerró la puerta a su espalda y volvió a echar los cerrojos. Con la escasa luz de la linterna de Denton, pude apreciar que nos encontrábamos en una pequeña plataforma circundada por una baranda de un metro de alto. Nos adelantamos hasta ella. Denton apagó la linterna, la oscuridad era total.

—¿Dónde estamos? —dije.

—No hables. Espera... y no dejes de mirar.

No me era posible ver absolutamente nada. Mis ojos, habituados a la iluminación de los corredores que acabábamos de pasar, reaccionaron mostrándome formas coloridas a mi alrededor. Pronto eso cesó. La oscuridad dejó de ser mi principal preocupación cuando el aire frío me caló hasta los huesos y comencé a tiritar. El acero de la baranda era como una lanza helada en mis manos, así que traté de moverlas para sentirme algo menos incómodo. Soltarla no hubiera sido una buena idea. En mitad de esta oscuridad, la baranda era el único objeto familiar al que podía aferrarme. Nunca antes me había sentido tan aislado de todo lo que me era habitual ni me había enfrentado tan brutalmente a lo desconocido. Toda mi anatomía estaba en tensión, como preparándose para una inminente explosión o un dolor físico; nada de eso sucedió. A mi alrededor todo era oscuridad y silencio, salvo por el zumbido del viento en mis oídos.

A medida que transcurrían los minutos, mis ojos se iban ajustando a la situación, pronto incluso distinguí vagamente algunas formas. Veía a futuro Denton a mi lado,

una figura alta con su capa negra perfilada sobre la oscuridad, menos intensa por la parte de encima de su cabeza. Sobre la plataforma, una enorme e irregular estructura se cernía sobre nosotros. Negrura sobre negrura.

La oscuridad era impenetrable alrededor de todos aquellos elementos. No contaba con ningún punto de referencia, nada donde pudiera comparar las formas y los perfiles. Daba miedo, tanto que llegaba a afectarme emocionalmente, aunque en realidad no me sintiera físicamente amenazado en absoluto. A menudo había soñado con un lugar semejante; al despertar, imágenes iguales a esta permanecían aún vividas en mi mente. Sin embargo, esto no era un sueño, este intenso frío no podía ser fantasía, como tampoco lo era la apabullante claridad de la sensación de un nuevo espacio y una nueva dimensión. Fui consciente de que mi primera salida al exterior de la ciudad, pues esto no podía ser otra cosa, no tendría parangón con ninguna otra situación que hubiera sido capaz de concebir con anterioridad.

Al comprenderlo, el efecto del frío y la oscuridad en mi sentido de la orientación se convirtió en algo secundario. Estaba en el exterior... ¡esto era lo que llevaba esperando toda la vida!

Denton no tuvo necesidad de volver a hacerme callar; me resultaba imposible decir nada. Aunque lo hubiera intentado, las palabras habrían muerto en mi garganta o el viento se las habría llevado. Solo me quedaba mirar, contemplar las profundas tinieblas delante de mí, el misterioso velo que cubría la tierra bajo la noche nublada.

Me invadió una nueva sensación: ¡podía oler la tierra! El aroma no se parecía ni lo más mínimo a nada de la ciudad. En ese momento, mi mente entretejió una equívoca imagen de kilómetros y kilómetros de tierra húmeda, rica y rojiza. No tenía forma de saber de dónde provenía realmente ese olor, probablemente no se trataba de tierra, pero esa imagen de terrenos ricos y fértiles había perdurado en mí tras leer cierto libro en el orfanato. Con eso bastó para dar rienda suelta a mis fantasías; de nuevo se elevó mi excitación al sentir el reparador efecto de la tierra salvaje e inexplorada de fuera de los límites de la ciudad. Había tantas cosas que ver y hacer... e incluso así, allí de pie en la plataforma, mi imaginación disfrutó del control exclusivo de aquellos preciados momentos. No hacía falta que moviera un músculo, el impacto de dar este paso fundamental fuera de los confines de la ciudad era suficiente para disparar mi infradesarrollada imaginación a lugares que hasta entonces solo habían sido creados por los escritos de los autores que leí en el orfanato.

Poco a poco, la negrura se hizo menos densa; la tonalidad del cielo sobre mi cabeza cambió al gris oscuro. Vi en la distancia el lugar donde las nubes se encontraban con el horizonte, y ante mis ojos observé una línea del rojo más pálido comenzar a colorear la forma de una nube pequeña. Como propulsadas por el impacto de la luz, esa y otras nubes avanzaron lentamente sobre nosotros, alejándose del

fulgor por la fuerza del viento. El rojo del amanecer se extendió, rozando las nubes un momento, antes de seguir su camino y dejar atrás una amplia zona de claro cielo teñido de un naranja profundo. Toda mi atención estaba centrada en esas vistas, pues eran sencillamente lo más bello que había presenciado en mi vida. De manera casi imperceptible, el color naranja se iba extendiendo y aclarando; las nubes que se alejaban continuaban manchadas de rojo, pero en el punto exacto donde el horizonte se oponía al cielo crecía un punto intenso de luz que se hacía más brillante a cada minuto.

El naranja desaparecía. Fue mermando al mismo tiempo que la luz se hacía más brillante, con mayor rapidez de la que nunca hubiera imaginado. El cielo se había vuelto de un azul pálido muy cercano al blanco. En el centro, como si surgiera del horizonte, un haz de luz igualmente blanca se inclinaba ligeramente a un lado como el derrumbado torreón de una iglesia. Al crecer, engordaba y se tornaba más brillante, hasta el punto de que su brillo e incandescencia fue tal que era imposible mirarlo directamente.

De repente, futuro Denton me agarró del brazo.

—¡Observa! —me dijo, señalando a la izquierda del núcleo del brillo. Una formación de pájaros se desplegaba ante nuestros ojos en forma de uve, surcando el cielo de izquierda a derecha. Pasados unos momentos, las aves atravesaron directamente por delante de la creciente columna de luz y se perdieron de vista unos segundos.

—¿Qué son? —pregunté, mi voz ronca y trabada.

—Gansos.

De nuevo se hicieron visibles, peregrinando lentamente por el cielo azul. Un minuto después desaparecieron tras unas lejanas montañas.

Devolví mi atención al sol naciente. Durante el corto espacio de tiempo en que me entretuve con la visión de los pájaros, su aspecto había cambiado. Ahora sobresalía casi entero y proyectaba un largo platillo de luz con dos puntas perpendiculares e iridiscentes, una arriba y otra abajo. Su calor me azotó el rostro. El viento comenzó a amainar.

Permanecí allí de pie junto a Denton, contemplando toda aquella extensión de tierra, la parte de la ciudad visible desde la plataforma y cómo las últimas nubes desaparecían en el horizonte contrario al del sol. Este lucía poderoso en el cielo despejado y Denton se quitó la capa de los hombros.

Me hizo un gesto con la cabeza y me enseñó la manera de bajar de la plataforma hasta el suelo, por medio de una serie de escalones de metal. Él descendió primero. Al seguirle y poner por primera vez los pies sobre tierra firme, oí a los pájaros que anidaban en la estructura superior de la ciudad entonar su serenata matutina.

Futuro Denton caminó conmigo alrededor de la periferia de la ciudad. Cruzamos un campo a escasos quinientos metros de ella, al otro lado del cual se erigían unas pocas edificaciones prefabricadas. Allí me presentó a vías Malchuskin antes de emprender su camino de vuelta a la ciudad.

El constructor de vías era un hombre bajo y velludo, recién levantado y todavía somnoliento. La intromisión no pareció molestarle, su trato fue educado.

—Aprendiz de futuro, ¿verdad?

Asentí.

—Acabo de salir de la ciudad.

—¿Es tu primera vez?

—Sí.

—¿Has desayunado?

—No... Futuro me sacó de la cama y vinimos hacia aquí casi directamente.

—Ven conmigo adentro, haré un poco de café.

Comparado a lo que estaba acostumbrado a ver dentro de los muros de la ciudad, donde la limpieza y el orden parecían tener una gran importancia, el interior de la cabaña de Malchuskin era hosco y desordenado. Mirara donde mirara veía ropa sucia desperdigada, sartenes y cazos sin fregar y restos varios de comida. En una esquina reposaba una gran pila de herramientas e instrumentos de metal y contra la pared un camastro con la colcha hecha un gurrño a los pies. Toda la estancia desprendía un vago hedor a comida rancia.

Malchuskin vertió agua sobre un cazo y lo puso al fuego. Buscó un par de tazas, fregó el fondo y derramó el agua sobrante. Echó una medida de café sintético en una jarra que llenó una vez el agua estuvo hervida.

Solo había una silla en la cabaña. Malchuskin quitó varias pesadas herramientas metálicas de la mesa y la arrastró junto al camastro. Se sentó en él y me indicó que hiciera lo propio en la silla. Permanecimos un rato sentados en silencio, dando sorbos al café. Había sido elaborado del mismo modo que en la ciudad, sin embargo, su sabor me pareció muy distinto.

—No hemos tenido muchos aprendices últimamente.

—¿Y eso por qué? —dije yo.

—Ni idea. Simplemente ya no vienen muchos. ¿Y tú quién eres?

—Helward Mann. Mi padre es...

—Sí, lo sé. Un buen hombre. Fuimos juntos al orfanato.

Me sorprendió oír eso. ¿Cómo era posible que mi padre y este hombre tuvieran la misma edad? Malchuskin notó mis reservas.

—No te preocupes por eso —me dijo—. Algún día lo entenderás. Lo averiguarás

de la manera más complicada, igual que el resto de cosas de este maldito sistema de gremios. La vida en el gremio del futuro es extraña, no era para mí, aunque supongo que a ti te irá bien.

—¿Por qué no quería ser un futuro?

—No he dicho que no quisiera... he dicho que no era para mí. Mi padre fue un miembro del gremio de los constructores de vías. Así es el sistema de gremios, ya te lo he dicho. Te ha tocado el camino más peliagudo, pero estás en las mejores manos. ¿Has hecho mucho trabajo físico?

—No...

Se echó a reír a carcajadas.

—Pasa lo mismo con todos los aprendices. Te acostumbrarás. —Se puso en pie—. Es hora de que empecemos. Es temprano, pero ya que me has sacado de la cama no hay razón para andar haciendo el vago. Estos son una panda de bastardos holgazanes.

El hombre salió de la cabaña. Me acabé el resto del café a toda prisa, abrasándome la lengua en el proceso, y le seguí. Iba camino de los otros dos edificios. No tardé en alcanzarle.

Aporreaba ruidosamente las puertas de entrada con una llave inglesa que había cogido de su cabaña mientras les vociferaba, a quienesquiera que estuvieran dentro, que se levantaran. Por las marcas que adornaban las puertas estaba claro que ese era el toque de llamada habitual de cada mañana.

Dentro se oyó movimiento.

Malchuskin regresó a su humilde morada y comenzó a trastear entre sus herramientas.

—No te mezcles demasiado con estos hombres —me advirtió—. No son de la ciudad. Ahí viene uno, es al que he puesto al cargo. Su nombre es Rafael. Habla un poco de inglés y hace las veces de intérprete. Si quieres algo se lo dices a él o, mejor, me lo dices a mí. No creo que haya problemas, pero si los hay me llamas ¿de acuerdo?

—¿Qué clase de problemas?

—Por ejemplo, que no cumplan lo que tú o yo les ordenemos. Se les paga por hacer lo que nosotros queremos que hagan. Si no obedecen se convierten en un problema. El único inconveniente de esta gente es que son unos holgazanes. Por eso empezamos tan temprano, luego hace calor y es mejor ni molestarse siquiera con ellos.

De hecho el sol ya pegaba un poco, mientras hablaba con Malchuskin había subido a lo alto. Me lloraban los ojos, no estaban acostumbrados a una luz tan brillante. Intenté de nuevo mirar directamente al sol, pero me resultaba totalmente imposible fijar la vista en él.

—¡Coge esto! —Malchuskin me pasó un gran puñado de llaves inglesas de acero. Dejé caer dos o tres, trastabillado por su peso. El hombre me miró en silencio mientras yo las recogía avergonzando de mi propia ineptitud.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—A la ciudad, por supuesto. ¿Acaso no te enseñan nada ahí dentro?

Salí de la cabaña y me encaminé hacia donde me dijo. Malchuskin me observaba desde la puerta.

—¡Por el lado sur! —gritó. Me detuve y miré a mi alrededor confundido. Malchuskin se acercó a mí.

—Allí —me señaló—. Las vías al sur de la ciudad, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —convine.

Seguí esa dirección; solo se me cayó una llave por el camino.

Pasada una hora o dos comencé a entender a lo que se refería Malchuskin cuando me habló de los hombres que trabajaban para nosotros. Se detenían con la menor excusa y solo las imprecaciones de Malchuskin o las secas instrucciones de Rafael los mantenían en marcha.

—¿Quiénes son? —le pregunté a Malchuskin en nuestro descanso de quince minutos.

—Hombres de la zona.

—¿No podríamos contratar a unos pocos más?

—Todos los de por aquí son iguales.

Simpatizaba con ellos hasta cierto punto. Aquel era un trabajo difícil y duro, a la intemperie y sin apenas sombra. Aunque tenía la determinación de no aflojar el ritmo, el esfuerzo al que debía someterme era mayor de lo que podía soportar. Sin lugar a dudas, era la situación más extrema a la que jamás me había expuesto.

Las vías al sur de la ciudad discurrían a lo largo de ochocientos metros y no acababan en ningún destino en particular. Había cuatro, cada una de las cuales se componía de dos raíles de metal soportados por traviesas de madera que a su vez eran sostenidas por cimientos de cemento. Dos de las vías ya habían sido acortadas considerablemente por Malchuskin y su equipo. Ahora trabajábamos en la de mayor longitud, la situada más a la derecha. Malchuskin me explicó que si mirábamos la ciudad de frente se identificaba a cada una de las vías por su situación, de izquierda a derecha o de exterior a interior según el caso.

No había mucho que pensar. Era un trabajo rutinario pero duro.

En primer lugar, las barras que sujetaban las traviesas a la vía debían ser retiradas de todo el recorrido. Se ponían luego a un lado para, de la misma forma, retirar las de la otra vía. Después, se bloqueaban las traviesas y se atacaba a los cimientos de cemento con dos agarres, cada uno de los cuales debía ser aflojado y retirado

manualmente. Cuando se liberaban las traviesas, se iban amontonando en una vagoneta a batería dispuesta para ello en el siguiente tramo de vías. Los cimientos eran prefabricados, reciclables, y debían ser colocados también en la misma pequeña vagoneta. Una vez todo esto estaba hecho, las dos vías de acero se situaban en unos compartimentos especiales a un costado del vehículo.

Malchuskin o yo mismo lo conducíamos luego hasta la siguiente sección de la vía, donde se repetía de nuevo el proceso. Cuando la vagoneta estaba totalmente llena, se cargaba en ella todo el equipo y lo llevábamos a la parte trasera de la ciudad. Allí se recargaba en un punto eléctrico dispuesto en los muros de la ciudad para tal efecto.

Tardamos toda la mañana en cargar la vagoneta y subirla a la ciudad. Sentía como si me hubieran tirado de los brazos con fuerza, me dolía la espalda, estaba de barro hasta las cejas y tenía todo el cuerpo cubierto de sudor. Malchuskin, que había trabajado tanto como los demás, quizá más que la mano de obra contratada, me sonrió.

—Ahora la descargamos y empezamos de nuevo —me dijo.

Miré al resto de hombres. Su aspecto era similar al mío, aunque sospechaba que incluso yo me había esforzado más que ellos, teniendo en cuenta que no había aprendido aún el arte de economizar mis movimientos. Muchos estaban tendidos bajo la escasa sombra de la ciudad.

—De acuerdo —dije.

—¡No! Bromeaba... ¿Crees que estos lo harían sin que les diéramos un buen plato de comida?

—No.

—Eso es, ahora toca comer.

Vías le comentó algo a Rafael antes de volver a su cabaña. Acto seguido, acompañé a Malchuskin en un almuerzo donde compartimos un poco de comida sintética recalentada, lo único que podía ofrecerme.

El trabajo se reanudó al mediodía con la descarga del material. Fuimos cargando las traviesas, cimientos y raíles en otro vehículo a batería que se movía con cuatro neumáticos de globo. Al terminar el traslado, bajamos la vagoneta al final de la vía, y vuelta a empezar. La tarde era calurosa y los hombres trabajaban con parsimonia. Incluso Malchuskin había bajado el pistón y tras volver a cargar el vehículo anunció un nuevo descanso.

—Me hubiera gustado hacer otra carga hoy —dijo al tiempo que daba un largo sorbo a una botella de agua.

—Yo estoy dispuesto —dije.

—No te lo discuto. ¿Acaso lo vas a hacer tú solo?

—Pero yo quiero seguir —dije, ocultando el hecho de que sentía un cansancio inmenso.

—Mañana no servirás para nada. No, descargaremos este, lo llevaremos al final de la vía y nos vamos a casa.

Las cosas no sucedieron así en realidad. Tras dejar la vagoneta, Malchuskin hizo rellenar a los hombres la última sección de la vía, de unos veinte metros de largo, con toda la tierra, barro y piedrecillas que pudiéramos encontrar.

Le pregunté al constructor de vías por el motivo.

Señaló con la cabeza un tramo cercano de vía, el más largo, el interior izquierdo, donde había un enorme contrafuerte de cemento en el suelo.

—¿Prefieres usar una de esas cosas? —me dijo.

—¿Qué es?

—Un tope. Imagina que todos los cables se rompieran al mismo tiempo... la ciudad se saldría de los raíles. No es que los topes pudieran oponer demasiada resistencia en ese caso, pero al menos aguantarían un poco.

—¿Ha retrocedido la ciudad alguna vez sobre sus raíles?

—Solo una.

Malchuskin me ofreció la posibilidad de que regresara a mi habitación en la ciudad o bien que me quedara con él en la cabaña. El modo en que me lo dijo no daba realmente mucho lugar a elección. Era obvio que no tenía en muy alta estima a la gente que residía dentro de los muros de la ciudad, me comentó que rara vez la visitaba.

—Es una existencia demasiado cómoda —me dijo—. La mitad de la gente de ahí dentro no tiene ni idea de lo que sucede fuera, y, aunque lo supieran, no creo que les importara demasiado.

—¿Qué más da que no lo sepan? De todos modos, mientras no nos encontremos con dificultades para seguir trabajando a buen ritmo, no es su problema.

—Lo sé, lo sé, pero no tendríamos que contratar a estos malditos lugareños si vinieran más efectivos desde la ciudad.

En las cabañas-dormitorio cercanas, los trabajadores conversaban a gritos, algunos de ellos incluso estaban cantando.

—¿No se mezcla con ellos bajo ningún concepto?

—Me limito a usarlos. Me los consiguen los trocadores. Si se ponen demasiado escandalosos los echo y me traen otros pocos. Mejor no complicarse. El trabajo escasea por aquí.

—¿Dónde estamos?

—A mi no me preguntes, eso es cosa de tu padre y su gremio. Yo solo desmonto vías viejas.

Percibí que Malchuskin estaba menos alienado por la ciudad de lo que pretendía hacer ver. Era de suponer que su relativo aislamiento le hacía despreciar de alguna manera a los habitantes de la ciudad, pero por otra parte, tal como yo lo veía, no era necesario que se quedara en la cabaña. Los trabajadores eran vagos, ruidosos tras acabar su jornada laboral, sí, pero se comportaban decentemente. Malchuskin no malgastaba sus fuerzas en supervisarlos cuando no estaban trabajando, si quisiera podría estar ahora mismo descansando en la ciudad.

—Tu primer día en el exterior, ¿no es así?

—Así es.

—¿Quieres ver la puesta de sol?

—No, ¿por qué?

—Los aprendices suelen querer verla.

—De acuerdo.

Casi por no hacerle el feo, salí de la cabaña y miré al noroeste, detrás de la ciudad. Malchuskin apareció detrás de mí.

El sol estaba a punto de besar el horizonte, ya podía sentir el viento frío hostigándome por la espalda. Las nubes de la noche anterior no habían regresado, el cielo lucía azul y claro. Contemplé el sol, ahora que sus rayos se diluían en el espesor de la atmósfera y no podían hacerme daño. Ostentaba la forma de un anaranjado disco plano, ligeramente inclinado hacia nosotros. A su alrededor altos haces de luz se alzaban desde el centro del disco. Observamos cómo se hundía en el horizonte poco a poco; el punto superior de luz fue lo último en desaparecer.

—No puedes ver esto si te quedas a dormir en la ciudad.

—Es algo muy hermoso —afirmé.

—¿Viste el amanecer esta mañana?

—Sí.

Malchuskin asintió.

—Es lo que hacen cuando un chico entra a formar parte de un gremio, lo sueltan en el abismo, sin explicaciones, ¿verdad? Lo abandonan en la oscuridad hasta que sale el sol.

—¿Por qué nos hacen eso?

—Es el sistema de gremios. Creen que es el modo más rápido de que el aprendiz entienda que el sol no es igual al que le han enseñado.

—¿Y no lo es?

—¿Qué te enseñaron?

—Que el sol es una esfera.

—Así que siguen en las mismas... Bueno, ahora ya has visto que no es así. ¿Qué me dices, sacas algo en claro?

—No.

—Piensa en ello. Vamos a comer.

Regresamos a la cabaña y Malchuskin me pidió que calentara algo de comida mientras él se encargaba de atornillar el armazón de otro camastro sobre los soportes verticales del suyo. Encontró algo de ropa de cama en un armario y la lanzó sobre el camastro superior.

—Tú dormirás aquí —dijo señalándolo—. ¿Te mueves mucho?

—Creo que no.

—Lo intentaremos esta noche. Si noto que te retuerces demasiado nos cambiamos, no me gusta que me molesten.

Pensé que era difícil que pudiera molestar a nadie aquella noche. Estaba tan cansado que hubiera podido caer dormido al borde de un precipicio. Compartimos la insulsa comida y después Malchuskin me habló sobre su trabajo en las vías. No le presté demasiada atención, pocos minutos más tarde me eché en el camastro, haciendo como que le escuchaba. Me dormí casi de inmediato.

A la mañana siguiente me despertó el deambular de Malchuskin por la cabaña y su estrépito al recoger los platos de la cena de la noche anterior. Hice el intento de bajarme de la cama en cuanto recuperé la consciencia, pero me quedé paralizado por una punzada de dolor en la espalda. Resollé.

Malchuskin me miró sonriendo.

—Agarrotado, ¿verdad?

Me puse de lado e intenté levantar las piernas. También las tenía entumecidas y doloridas, sin embargo, con gran dificultad logré sentarme. Permanecí quieto unos momentos, esperaba que solo se tratase de un calambre y que pasara pronto.

—Siempre sucede lo mismo con los chicos de la ciudad —dijo Malchuskin sin malicia—. Venís aquí y tras un único día de trabajo ya no valéis para nada. Y no estoy diciendo que no le pongáis ganas, que quede claro. ¿Acaso no hacéis ejercicio en el orfanato?

—Solo en el gimnasio.

—Claro... bájate de la cama y toma algo para desayunar. Será mejor que regreses a la ciudad. Toma un baño caliente y averigua si alguien puede darte un buen masaje. Luego vuelve aquí.

Asentí agradecido y me bajé de la cama como pude. No me fue más fácil ni menos doloroso que mis intentos anteriores. Durante el penoso proceso descubrí que mis brazos, cuello y hombros estaban tan agarrotados como el resto de mi ser.

Dejé la cabaña treinta minutos después, justo cuando Malchuskin vociferaba a los hombres para que empezaran a trabajar. Me encaminé lentamente hacia la ciudad, cojeando.

Era la primera vez que quedaba a mi suerte en el exterior. Cuando uno está en compañía no percibe ni la mitad que cuando está solo. La ciudad se encontraba a unos quinientos metros de la cabaña de Malchuskin, lo cual era suficiente para adquirir una adecuada impresión de su tamaño y aspecto. El día anterior, enfrascado en el trabajo, solo tuve ocasión de mirarla de soslayo. Era, simple y llanamente, una enorme mole gris que dominaba el paisaje.

Ahora que renqueaba hacia ella por aquel campo solitario podía examinarla con mayor detalle.

Mientras viví dentro de ella nunca me había parado a pensar qué aspecto tendría desde fuera. Siempre había pensado que sería bastante grande, aunque la realidad era distinta, la ciudad resultaba mucho más pequeña de lo que me había imaginado. En su punto más alto, en la zona septentrional, llegaba a los setenta metros de altura. El resto era un cúmulo de cubos y rectángulos colocados en un patrón informe de altura variable. Los sosos tonos marrones y grises provenían de muchos tipos diferentes de

madera. El cemento y los metales escaseaban en su diseño. Ninguna superficie estaba pintada. Su aspecto externo contrastaba enormemente con el del interior (o al menos con el de aquellas pocas zonas que había visitado), pulcro y decorado ostentosamente. La cabaña de Malchuskin se asentaba en el oeste de la ciudad, por lo que al hallarme de lado me resultó imposible calcular su longitud mientras me encaminaba hacia ella. Estimé que tendría una anchura de unos quinientos metros. Me sorprendió lo fea que era y lo vieja que parecía. Se percibía mucha actividad en los alrededores, sobre todo al norte.

Ya a punto de llegar, caí en la cuenta de que no tenía ni idea de cómo entrar. El día anterior, futuro Denton me había dado una vuelta por el exterior de la ciudad, pero en aquellos momentos estaba tan inmerso en asimilar tantas experiencias que absorbí muy pocos detalles de los que se me presentaron. Su aspecto me pareció entonces muy distinto.

Solo recordaba claramente que existía una puerta detrás de la plataforma donde había presenciado mi primer amanecer, y fue allí adonde me dirigí. No era tan fácil como pensaba.

Regresé al sur de la ciudad, pasé por encima de las vías en las que trabajé el día anterior y viré al este. Estaba seguro de que ahí fue donde Denton y yo descendimos aquella serie de escalones metálicos. Me equivoqué en varias ocasiones. Pasé largo rato renqueando dolorido por diversas pasarelas y subiendo cautelosamente varias escaleras hasta que encontré finalmente la plataforma correcta y subí. La puerta estaba cerrada con llave.

No me quedaba otra alternativa que preguntar. Volví a descender al campo y regresé al sur, donde Malchuskin y su grupo de hombres ya estaban trabajando de nuevo en el desmantelamiento de las vías.

Cargado de paciencia, Malchuskin meneó la cabeza. Dejó a Rafael al cargo y me mostró lo que debía hacer. Me condujo al estrecho espacio entre las dos vías interiores, justo bajo el límite de la ciudad. Era una zona fría y oscura.

Nos detuvimos junto a una escalinata de metal.

—En lo alto de estas escaleras hay un ascensor —me indicó—. ¿Sabes lo que es eso?

—Sí.

—¿Tienes una llave del gremio?

Rebusqué en el bolsillo y saqué el pedazo de metal informe que me había dado Clausewitz para abrir la puerta del orfanato.

—¿Es esto?

—Sí. Hay una cerradura en el ascensor. Sube a la cuarta planta, busca a un funcionario y pregúntale si puedes usar el baño.

Hice lo que dijo, sintiéndome bastante estúpido. Oí las risas de Malchuskin a mi

espalda. No me costó demasiado encontrar el ascensor. Las puertas no se abrieron cuando giré la llave. Esperé. Unos momentos después se separaron abruptamente y de la cabina salieron dos hombres del gremio, que bajaron por las escaleras sin prestarme la menor atención.

De repente, las puertas comenzaron a cerrarse solas, así que me apresuré a entrar. Antes de que descubriera el modo de controlarlo, el ascensor se elevó por su propia cuenta. En la pared cercana a la puerta había una serie de botones alineados, cada uno con su respectiva cerradura. Metí la llave en la correspondiente al número cuatro, esperando que fuera la correcta. El ascensor ascendió un largo rato, o eso me pareció, y de repente se detuvo en seco. Las puertas se abrieron y salí de él. Al tiempo que me adentraba en el pasillo, otros tres hombres del gremio ocuparon la cabina.

Vi de reojo un cartel en la pared que indicaba que era la séptima planta. Me había pasado. Volví a meterme en el ascensor antes de que las puertas se cerraran.

—¿Adónde vas, aprendiz? —me preguntó uno de los hombres.

—A la cuarta planta.

—De acuerdo, relájate.

Introdujo su propia llave en la cerradura correspondiente al número cuatro y esta vez la cabina se detuvo en el piso correcto. Le murmuré unas palabras de agradecimiento al hombre de gremio que me había ayudado y me bajé del ascensor.

En los últimos minutos, con tanta preocupación, casi había olvidado los dolores de mi cuerpo. Regresaron casi de inmediato.

Había mucha actividad en esta parte de la ciudad, gran cantidad de personas se desplazaban por los corredores, se sucedían múltiples conversaciones y decenas de puertas se abrían y cerraban. Era muy diferente al exterior, la quietud del campo provocaba una sensación atemporal, y por mucho que la gente trabajara y se moviera por él, la atmósfera era más apacible. Las labores de Malchuskin y su banda tenían un propósito elemental, sin embargo aquí, en el corazón de los niveles superiores, prohibidos para mí hasta hace poco, todo poseía un halo de misterio y complicación.

Recordé las instrucciones de Malchuskin. Elegí una puerta al azar y entré. Dentro me encontré con dos mujeres, a las que divirtió mi petición, pero que no dudaron en ayudarme.

Pocos minutos más tarde metí mi cuerpo dolorido en un baño de agua caliente y cerré los ojos.

Me había costado tanto esfuerzo conseguir aquel baño que me pregunté si realmente iba a merecer la pena; el hecho es que en cuanto salí de la bañera y me sequé, me di cuenta de que no estaba ni la mitad de entumecido que antes. El dolor aún era patente cuando estiraba los músculos, pero el cansancio había desaparecido de mi cuerpo.

Mi vuelta a la ciudad me trajo inevitablemente a la mente la imagen de Victoria. Lo poco que la vi en la ceremonia aumentó mi curiosidad por ella. La idea de regresar inmediatamente a desmontar viejas traviesas no me atraía demasiado, y aunque sabía que no iba a poder estar alejado de Malchuskin mucho tiempo, decidí ir a visitar a mi prometida.

Abandoné el cuarto de baño para coger de nuevo el ascensor. Nadie lo estaba usando, pero tuve que llamarlo para que subiera a mi planta. Una vez llegó, decidí estudiar sus controles con mayor detenimiento. Quería experimentar.

Exploré primero la séptima planta. Me paseé un rato por sus pasillos sin advertir una excesiva diferencia entre esta y la planta de donde venía. Lo mismo podría decirse del resto, aunque en la tercera, cuarta y quinta parecía haber mayor actividad. La primera era un oscuro túnel bajo la ciudad.

Subí y bajé un par de veces. La distancia entre la primera y la segunda planta era sorprendentemente grande. En cambio, entre el resto de niveles no había mucha. Instintivamente, pensé que encontraría el orfanato en la segunda planta, así que abandoné el ascensor pensando que si me equivocaba lo buscaría a pie.

Frente a la entrada del ascensor había una escalera que descendía a un corredor transversal que recordaba vagamente al de la mañana en la que Bruch me condujo a la ceremonia. Pronto me topé con la puerta del orfanato.

Una vez dentro, cerré la puerta con la llave del gremio. Todo me resultaba familiar allí dentro. Me di cuenta de que hasta entonces había estado midiendo mis movimientos casi milímetro a milímetro. Ahora que estaba de regreso al orfanato me sentía como en casa. Bajé los escalones y recorrí los pasillos que tan bien conocía. Su aspecto general era distinto al del resto de la ciudad, su olor también. Observé los familiares desconchones de la pared donde generaciones enteras de niños escribieron sus nombres antes que yo; la vieja pintura marrón, la raída moqueta, las puertas de las habitaciones. Por pura costumbre me dirigí a la mía y entré. Todo permanecía intacto. Habían hecho la cama y la alcoba estaba más limpia y ordenada de lo que nunca estuvo cuando la usaba a diario, pero mis escasas posesiones seguían en su lugar, al igual que las de Jase, aunque no había ni rastro de él.

Eché otro vistazo y regresé al pasillo. Me quedó claro que esta visita a mi habitación no albergaba ningún propósito. Bajé por el pasillo en dirección a las salas donde nos daban clase. Un sonido de voces amortiguadas venía de detrás de ellas. Me asomé a las cristaleras circulares para ver el discurrir de las lecciones; pocos días antes yo era uno más de esos alumnos. En una de las salas vi a mis coetáneos, algunos de los cuales pronto se enfrentarían como yo a un aprendizaje en uno de los gremios de primer orden. La mayoría de ellos, por el contrario, estaban destinados a desempeñar cualquier trabajo administrativo en la ciudad. Estuve tentado de entrar y someterme a sus preguntas. No respondería a ninguna, me limitaría a mantener un

misterioso y significativo silencio.

En el orfanato no existía la segregación por sexos. En todas las clases a las que me asomé busqué a Victoria con la mirada; no la vi en ninguna. Tras acabar de revisar todas, probé suerte en las salas comunes. En el comedor ya se escuchaba el ajetreo de los preparativos del almuerzo, el gimnasio estaba vacío y el pequeño espacio al aire libre carecía de salida. Me encaminé a la sala de recreo, el único lugar en todo el orfanato destinado al efecto. Allí varios chicos hablaban despreocupadamente, como era habitual en los alumnos de esa edad cuando se les dejaba solos para que estudiaran. Algunos de ellos habían sido mis compañeros pocos días atrás, así que me convertí en el centro de atención en cuanto me descubrieron. Era lo que había estado esperando.

Querían saber a qué gremio me había unido, lo que estaba haciendo, lo que había visto. ¿Qué pasaba cuando uno llegaba a la mayoría de edad? ¿Qué les aguardaba en el exterior del orfanato?

Curiosamente, no hubiera podido responderles a muchas de esas preguntas, ni aunque me hubiera sido posible romper el juramento. En los dos últimos días había hecho muchas cosas, sin embargo, la mayor parte de lo que veía seguía resultándome incomprensible.

Acabé refugiándome tras una críptica barrera de chascarrillos y chanzas para ocultar lo poco que sabía. Eso no apaciguó el interés de los muchachos, no obstante, decepcionados, el bombardeo de preguntas cesó.

Abandoné el orfanato en cuanto me fue posible, me quedó claro que Victoria ya no se encontraba allí.

Descendí por el ascensor hasta la oscura zona bajo la mole de la ciudad y caminé entre las vías en busca de la luz del sol. Malchuskin arengaba a sus poco colaboradores trabajadores para que descargaran los raíles y traviesas del carro. Apenas reparó en mi vuelta.

Varios días se sucedieron lentamente sin que yo regresara a la ciudad.

Aprendí del error del primer día y no me lancé con demasiado ímpetu a la faceta física del trabajo en las vías. Decidí seguir el ejemplo de Malchuskin y me concentré principalmente en supervisar la mano de obra contratada. Aunque solo los ayudábamos activamente en contadas ocasiones, era un trabajo arduo y pesado al que, no obstante, mi cuerpo se habituó con rapidez. Me sentía más en forma que nunca, pronto el trabajo físico no me supuso ningún esfuerzo. Además, la piel se me estaba bronceando por el efecto de los rayos del sol. Mis únicas quejas eran la anodina dieta, basada únicamente en comida sintética, y la incapacidad de Malchuskin para explicarme de un modo claro e interesante qué contribución estábamos realizando para la seguridad de la ciudad. Trabajábamos hasta tarde y, tras una cena frugal, nos íbamos directamente a la cama.

Nuestra labor en las vías de la zona meridional de la ciudad estaba casi concluida. Nuestra tarea consistía en desmontarlas todas y erigir cuatro amortiguadores a una distancia uniforme de la ciudad. Esas mismas vías que desmontábamos eran transportadas al área septentrional para volver a ser tendidas.

—¿Cuánto tiempo llevas fuera? —me dijo Malchuskin una noche.

—No estoy seguro.

—En días.

—Ah... siete.

Mi primer impulso había sido calcularlo en kilómetros.

—Dentro de tres días te tomarás un descanso. Pasarás dos días en la ciudad y luego permanecerás aquí durante otros ochocientos metros.

Le pregunté cómo le era posible discernir el paso del tiempo tanto en días como en kilómetros.

—A la ciudad le lleva unos diez días recorrer un kilómetro y medio —me informó—. Por lo tanto, en un año cubre unos cincuenta y ocho y medio.

—Pero la ciudad no se está moviendo.

—Ahora mismo no. Pronto lo hará. De todas formas, lo que tenemos en cuenta no es cuánto se ha movido la ciudad realmente, sino lo que debería haberse movido. Nos basamos en la posición del óptimo.

Meneé la cabeza.

—¿Qué significa eso?

—El óptimo es la posición ideal que debería ocupar la ciudad. Para mantener un buen ritmo debería avanzar una décima de kilómetro al día aproximadamente. Obviamente, eso es demasiado pedir, así que nos limitamos a desplazar la ciudad hacia el óptimo al mejor ritmo posible.

—¿Se ha llegado al óptimo alguna vez?

—No que yo recuerde.

—¿Dónde está el óptimo en estos momentos?

—Unos cinco kilómetros por delante de nosotros. Esa es la media habitual. Mi padre trabajó en las vías antes que yo, una vez me dijo que llegaron a estar a dieciséis kilómetros del óptimo. Es lo máximo de lo que he tenido constancia.

—¿Qué pasaría si llegáramos al óptimo?

Malchuskin sonrió.

—Continuaríamos desmontando vías.

—¿Por qué?

—Porque el óptimo no para de moverse. Es poco probable que lo alcancemos, no merece la pena pensar en ello. Nos vale con estar en cualquier lugar a unos pocos kilómetros de él. Te lo diré de otro modo... si consiguiéramos ponernos por delante del óptimo durante un tiempo, podríamos tomarnos un largo descanso.

—¿Es eso posible?

—Supongo que sí. Considéralo de esta forma: el lugar donde nos encontramos ahora es bastante alto, para subir aquí tuvimos que atravesar muchos terrenos elevados. Eso fue en la época de mi padre. Subir es un trabajo muy duro, por eso lleva más tiempo y nos alejamos del óptimo. Si llegáramos a un territorio de relieve bajo, el avance sería rápido; es más fácil bajar que subir.

—¿Qué posibilidades hay de que ocurra tal cosa?

—Eso pregúntaselo a tu gremio. A mí no me concierne.

—¿Pero cómo es el paisaje de por aquí?

—Te lo mostraré mañana.

No entendí casi nada de lo que me contó Malchuskin, pero al menos me quedó claro el método usado para medir el tiempo. Mi edad era mil cuarenta kilómetros, lo cual no significaba que la ciudad los hubiera recorrido, sino que el óptimo lo había hecho. Fuera lo que fuera eso del óptimo.

Malchuskin cumplió su promesa al día siguiente. En uno de los habituales descansos que les dábamos a los trabajadores bajo la gran sombra de la ciudad, caminé con él hacia una pequeña elevación del terreno a cierta distancia al este. Desde allí se podía ver con gran claridad el paisaje que circundaba la ciudad.

Nos encontrábamos en el centro de un ancho valle, enclaustrado al norte y al sur por dos cerros relativamente altos. Al sur, eran claramente visibles las cicatrices dejadas en la tierra por las vías: cuatro largas filas paralelas donde fueron en su día desplegadas las traviesas y los cimientos.

Al norte de la ciudad, las vías ascendían por la pendiente del cerro. No se veía mucha actividad por aquella zona, solo divisé una de las vagonetas impulsadas a batería, que rodaba cuesta arriba con su carga de raíles, traviesas y trabajadores. En lo

alto del cerro la actividad sí era considerable, aunque a tal distancia me era imposible saber lo que allí acontecía.

—Es un buen territorio —dijo Malchuskin. Tardó poco en acotar esa opinión—. Para un constructor de vías, me refiero.

—¿Por qué?

—Es fácil. Podemos lidiar con cerros y valles sin despeinarnos. Los que nos dan dolores de cabeza son los terrenos rotos, es decir, las lomas, los ríos o incluso los bosques. Esa es una de las ventajas de que ahora andemos en alto. Lo único que hay por aquí son rocas viejas aplanadas por los elementos. No me hables de ríos que me enervo.

—¿Qué tienen de malo los ríos?

—¡Te acabo de decir que no me hables de ellos! —Me dio una palmada en el hombro, con simpatía, y nos encaminamos de regreso a la ciudad—. Los ríos hay que cruzarlos. Eso significa que es necesario construir puentes donde no los hay, es decir, casi siempre. Tenemos que esperar a que el puente esté listo y eso causa retrasos. Generalmente, las reprimendas recaen sobre el gremio de los constructores de vías. Así es la vida. Lo que pasa con los ríos es que provocan sentimientos encontrados. Por un lado, el agua siempre escasea en la ciudad y un río resuelve ese problema durante un tiempo. Por otro, es necesaria la construcción de un puente, lo cual pone a todo el mundo nervioso.

La mano de obra contratada no se mostró precisamente feliz al vernos aparecer. Rafael los obligó a ponerse en marcha y pronto reanudaron sus labores. Acabamos de desmantelar el último de los tramos de vías, solo nos quedaba construir el último amortiguador. Se trataba de una estructura metálica montada sobre el último tramo de vías, y hacía uso de tres de los cimientos de cemento para las traviesas. Cada una de las cuatro vías contaba con su propio amortiguador, dispuesto de tal modo que si la ciudad reculaba hacia atrás sirviera de sujeción. Los topes no estaban alineados debido a la irregular forma de la zona meridional de la ciudad. Con todo, Malchuskin me aseguró que eran una buena medida de seguridad.

—No me gustaría tener que darles uso —me confesó—, pero si la ciudad retrocediera, esto la detendría. O eso creo.

El montaje del último amortiguador supuso el fin de nuestro trabajo.

—¿Ahora qué? —pregunté.

Malchuskin alzó la vista hacia el sol.

—Debemos mover las casas. Me gustaría colocar mi cabaña y los dormitorios de los trabajadores en lo alto de la loma. Se está haciendo tarde. No estoy seguro de que podamos hacerlo antes de que caiga la noche.

—Se puede dejar para mañana.

—Sí, pienso lo mismo. Eso les dará a estos bastardos haraganes unas cuantas

horas de descanso. Lo agradecerán.

Habló con Rafael, que a su vez les transmitió a los otros hombres el dilema. No hubo mucha discusión al respecto, algunos hombres ya se encaminaban a sus dormitorios incluso antes de que Rafael acabara de traducirles.

—¿Adónde van?

—A su aldea, espero —dijo Malchuskin—. Está allí detrás. —Señaló al suroeste, al otro lado de la pequeña elevación al sur—. Volverán, claro. No les gusta trabajar, pero en la aldea les presionarán porque les damos lo que quieren.

—¿El qué?

—Los beneficios de la civilización —dijo sonriendo cínico—. Para que me entiendas, la comida sintética de la que siempre te estás quejando.

—¿Les gusta?

—No más que a ti, pero es mejor que una barriga vacía, que era lo que tenían antes de que nosotros apareciéramos por aquí.

—No creo que yo pudiera trabajar tanto a cambio de esa masa grumosa. No sabe a nada, no tiene sustancia y...

—¿Cuántas comidas al día tomabas en la ciudad?

—Tres.

—¿Cuántas eran sintéticas?

—Solo dos —afirmé.

—Bien, pues gente como estos pobres diablos son los que se dejan la piel trabajando para que tú puedas disfrutar de esa comida genuina diaria. Y, según lo que he oído, esta no es la más dura de sus tareas.

—¿Qué quiere decir?

—Ya lo averiguarás.

Aquella misma noche, sentados en su cabaña, Malchuskin habló más sobre ese tema. Descubrí que no estaba tan mal informado como me quería hacer ver. Como siempre, le echaba la culpa de todo al sistema de gremios. Era una costumbre establecida hace mucho tiempo que el funcionamiento de la ciudad no fuera transmitido de una generación a otra por medio de la enseñanza, sino por principios heurísticos. Un aprendiz valoraría mucho más las tradiciones de los gremios comprobando de primera mano los hechos que definían su propia existencia que aprendiéndolos de manera teórica desde pequeño. En la práctica, eso significaba que tendría que averiguar por mí mismo cómo acabaron estos hombres trabajando para nosotros en las vías, qué otras tareas realizaban y en general el resto de asuntos concernientes a la existencia continuada de la ciudad.

—Cuando era aprendiz —me contó Malchuskin—, yo construí puentes y desmonté vías. Trabajé con el gremio de tracción y cabalgué junto a hombres como tu padre. Sé la manera gracias a la cual la ciudad continúa existiendo, y por eso valoro

mi aportación a tal logro. Desmonto vías y las vuelvo a montar, no porque disfrute haciéndolo, sino porque conozco el motivo que hace necesario que obre así. He trabajado en el gremio de los trocadores, sé cómo convencen a los lugareños para que colaboren con nosotros, por eso soy consciente de la presión a la que se ven sometidos los hombres bajo mi mando. Es un proceso algo críptico y oscuro... o así lo ves tú ahora. Con el tiempo comprenderás que todo está relacionado con la supervivencia, con la precariedad de esta.

—No me importa trabajar con usted —dije.

—No quería decir eso, has trabajado bien conmigo. Lo que digo es que todas las preguntas que rondan en tu cabeza tienen respuesta, como por ejemplo el propósito de tu juramento. Todo se hace por pura sensatez.

—Entonces estos hombres volverán mañana.

—Probablemente. Y se quejarán y se relajarán en cuanto tú o yo nos demos la vuelta... incluso eso forma parte de la naturaleza de las cosas. A veces, sin embargo, me pregunto...

Esperé a que finalizara la frase. No lo hizo. Me resultó algo extraño en él, no consideraba a Malchuskin un hombre de naturaleza contemplativa. La cabaña se sumió en un profundo silencio, solo roto cuando me levanté para salir a usar las letrinas. Entonces Malchuskin bostezó, estiró los brazos y bromeó sobre mi vejiga floja.

Rafael regresó a la mañana siguiente con la mayoría de los hombres que habían trabajado con nosotros aquellos días. Faltaban unos cuantos, pero otros habían ocupado su puesto. Malchuskin los recibió sin mostrar sorpresa aparente y enseguida comenzó a supervisar la demolición de los tres edificios prefabricados.

Lo primero era vaciarlos y colocar todos los enseres de dentro en un gran montón. Luego la tarea consistió en dismantelar los propios edificios. No fue algo tan difícil como imaginaba, era evidente que fueron diseñados para ser montados y desmontados fácilmente. Las paredes estaban unidas entre sí por una serie de goznes. Los suelos se dividían en varios tablones de madera y los tejados estaban atornillados de modo similar a las paredes. Las puertas y las ventanas formaban parte de las paredes en las que estaban. Una hora era suficiente para descomponer cada cabaña, por lo tanto al mediodía todo el trabajo estuvo hecho. Malchuskin se marchó bastante antes para regresar media hora después con una camioneta a batería. Nos tomamos un descanso para comer. Acto seguido, cargamos la camioneta con todo el material que cupo y nos dispusimos a ascender la loma con Malchuskin al volante. Rafael y varios de los trabajadores se engancharon a los laterales del vehículo.

La loma estaba a cierta distancia. Malchuskin encauzó una marcha diagonal que nos condujo a la zona más cercana a las vías y continuamos ascendiendo hacia

nuestro destino junto a ella. En el centro de la loma existía una depresión poco profunda donde se tendieron los cuatro tramos de vías. Vimos a muchos hombres trabajando en esta zona. Algunos empujaban manualmente las vías desde cada uno de los lados, presumiblemente para ensancharlas con el fin de que la mole de ciudad pudiera acogerlas bien. Otros iban de aquí a allá con taladradoras mecánicas, tratando de erigir cinco estructuras de metal cuya función era que cada una soportase una rueda de gran tamaño. Solo una de ellas, situada entre los dos tramos interiores, estaba completamente terminada. Se trataba de un escueto diseño geométrico sin utilidad conocida, al menos para mí.

Malchuskin aminoró la velocidad a nuestro paso por la depresión del terreno para observar cómo se desarrollaban los trabajos. Saludó con la mano a uno de los hombres que supervisaba las obras antes de volver a acelerar cuando llegamos a la cima de la loma. Desde aquí había que descender una pequeña pendiente que conducía a una ancha planicie. A este y oeste, y al otro lado de la llanura, se extendían otras colinas mucho más altas.

Para mi sorpresa las vías terminaban a escasa distancia de la inclinación. El tramo exterior izquierdo era de un kilómetro y medio de largo, pero los otros tres apenas llegaban a los cien metros. Dos equipos trabajaban en alargarlas, sin embargo era evidente que andaban bastante atrasados.

Malchuskin echó un vistazo a los alrededores. En nuestro lado de las vías, el oeste, había un conjunto de cabañas alineadas, seguramente el lugar donde descansaban los equipos de tracción que ya estaban allí. Tomamos aquella dirección, pasando un poco de largo antes de detenernos.

—Aquí valdrá —dijo—. Hay que levantar las cabañas antes del anochecer.

—¿Por qué no las ponemos junto a las de los demás? —pregunté yo.

—Es mi política. Bastantes problemas tengo ya con estos hombres. Si tienen demasiado contacto con los otros, beben más y trabajan menos. No podemos evitar que se mezclen con los demás cuando no están faenando, pero no tiene sentido colocarlos a todos juntos durante su jornada laboral.

—¿Acaso no tienen derecho a hacer lo que deseen?

—Vienen aquí a trabajar. Eso es todo.

Se bajó de la cabina de la camioneta y le gritó a Rafael que empezara de inmediato el montaje de las viviendas.

El vehículo estuvo pronto descargado. Me dejó a mí al cargo de supervisar las obras mientras él regresaba a por el resto de hombres y material.

La reconstrucción se hallaba a punto de completarse antes incluso de que oscureciera. Mi última asignación de aquel día consistió en llevar la camioneta de vuelta a la ciudad y conectarla a uno de los puntos de recarga de baterías. Me alegró volver a tener unos momentos de soledad.

Al subir por la loma comprobé que el trabajo con las ruedas elevadas había finalizado y el lugar aparecía desierto, salvo por la presencia de dos hombres de la milicia que montaban guardia con las ballestas sobre los hombros. No me prestaron atención. Los dejé atrás en mi camino hacia el otro extremo de la ciudad. Me sorprendió ver tan pocas luces. Las actividades diurnas cesaban bruscamente cuando la noche se aproximaba.

No encontré puestos de recarga disponibles en el lugar donde me indicó Malchuskin, todos estaban ocupados por otros vehículos. Supuse que esta sería la última camioneta en terminar su actividad aquella noche, tendría que dar una vuelta para encontrar otro punto. Al final me topé con uno en la zona meridional de la ciudad.

Estaba oscuro. Después de ocuparme de la camioneta me tocaba enfrentarme a pie al largo camino de regreso a casa. Estuve tentado de no regresar y quedarme a pasar la noche en la ciudad. En realidad me hallaba a apenas unos minutos de mi habitación en el orfanato... entonces consideré la reacción de Malchuskin si hiciera tal cosa.

Rodeé reticente el perímetro de la ciudad, encontré el tramo de vías que remontaba al norte y ascendí la loma por su lado. Caminar solo y de noche por aquellos parajes era una experiencia desconcertante. Hacía frío, un fuerte viento procedente del este me calaba hasta los huesos a través de mi fino uniforme. Delante de mí veía el oscuro contorno de la loma bajo la débil proyección de la luna sobre el cielo nublado. En la depresión del terreno, las formas angulosas del contorno de las estructuras para las ruedas se recortaban en el horizonte y los dos solitarios vigías de la milicia marchaban hacia delante y hacia atrás. En cuanto estuve en su campo de visión me dieron el alto.

—¡Deténgase ahí! —Los dos hombres pararon de moverse y, aunque no podía saberlo con certeza, el instinto me decía que sus ballestas me estaban apuntando—. Identifíquese.

—Aprendiz Helward Mann.

—¿Qué estás haciendo fuera de la ciudad?

—Estoy trabajando con vías Malchuskin. Acabo de pasar por aquí en la camioneta.

—Ah, sí. Acércate.

Me adelanté hacia ellos.

—No te conozco —me dijo uno—. ¿Acabas de empezar?

—Sí... hace un kilómetro y medio.

—¿A qué gremio perteneces?

—Al de los futuros.

El que me había hablado se echó a reír.

—Mejor tú que yo.

—¿Por qué?

—Me gustaría tener una vida larga.

—Aún es joven —apuntó el otro.

—¿De qué estáis hablando?

—¿Has ido ya al futuro?

—No.

—¿Has ido al pasado?

—No. Empecé hace pocos días.

Un pensamiento asaltó mi mente. Aunque no podía ver sus caras en la oscuridad, por sus voces me pareció que no podían ser mucho mayores que yo. Quizá rondarían los mil ciento veinte kilómetros de edad, no más. Si era así debieron coincidir conmigo en el orfanato.

—¿Cómo te llamas? —le dije a uno.

—Conwell Sturner. Para ti soy balletero Sturner.

—¿Estuviste en el orfanato?

—Sí. No te recuerdo, aunque claro, eres solo un niño.

—Yo salí de allí hace pocos días. No recuerdo haberte visto antes.

Ambos se echaron a reír de nuevo. Sentí mi temperamento debilitarse.

—Hemos estado en el pasado, hijo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que somos hombres.

—Deberías estar en la cama, hijo. Es peligroso andar por ahí de noche.

—No me he encontrado con nadie —dije.

—Ahora no. Mientras los comodones de la ciudad duermen, nosotros los salvamos de los tucos.

—¿Quiénes son esos?

—¿Los tucos? Los hispanos. Los criminales locales que saltan de entre las sombras sobre los jóvenes aprendices.

Pasé entre los dos. Deseé estar dentro de la ciudad y no haber tomado ese sendero. Sin embargo, mi curiosidad aumentaba por momentos.

—Hay tucos a los que no les gusta nuestra ciudad. Si no los vigiláramos dañarían las vías. ¿Ves esas poleas? Las tirarían abajo si nosotros no estuviéramos aquí.

—Pero los... tucos nos ayudaron a montarlas.

—Los que trabajan para nosotros. Hay otros muchos que no lo hacen.

—Vete a la cama, hijo. Deja que nosotros nos encarguemos de ellos.

—¿Solo vosotros dos?

—Sí... solo nosotros, y una docena más en lo alto de la loma. Date prisa en meterte en la cama, hijo, y ten cuidado de que no te disparen una flecha entre los

ojos.

Les di la espalda y me alejé. Me hervía la sangre de rabia, si me hubiera quedado un momento más me hubiera enzarzado con uno u otro. Odiaba su condescendencia paternal hacia mí, si bien sabía que les había pinchado un poco. Dos hombres con ballestas no serían una defensa fiable contra un ataque organizado, eso ellos también lo sabían, sin embargo era importante para su autoestima no dejarme pensar tal cosa.

Una vez estimé que estaba fuera de su vista eché a correr; a los pocos segundos me tropecé con una traviesa. Me alejé de las vías y seguí corriendo. Malchuskin me esperaba en la cabaña, donde cenamos juntos otra ración de comida sintética.

Trabajé otros dos días más con Malchuskin antes de que llegara el momento de cogerme otro permiso. En aquellas dos jornadas avanzamos bastante. Malchuskin espoleó enérgico a los trabajadores para que se esforzaran más que nunca. Tender las vías era un trabajo más duro que desmontarlas, en cambio tenía la ventaja de que el resultado era más visible; tramo tras tramo de reluciente metal presto para transportar la gran mole de cemento y madera. Otra labor adicional consistía en excavar las zanjas para los bloques de cemento de los cimientos, un paso necesario antes del tendido de las traviesas y los raíles. El hecho de que hubiera tres grupos de trabajo encargándose de las vías al norte de la ciudad, y de que cada uno de los tramos tuviera la misma longitud, acrecentaba el ánimo de competición entre los trabajadores. Me sorprendió la forma en la que los hombres respondían a dicha competencia; las chanzas y burlas no paraban de sucederse en mitad de un ambiente de buen humor y trabajo duro.

—Dos días —me dijo Malchuskin antes de mi regreso a la ciudad—. No más. Pronto montaremos el cabrestante y necesitaremos a todos los hombres disponibles.

—¿Habré de presentarme ante usted?

—Eso depende de los futuros... pero sí. Los próximos tres kilómetros te quedarás conmigo. Luego te transferirán a otro gremio para que hagas cuatro kilómetros y medio con ellos.

—¿A cuál? —inquirí.

—No lo sé. Tu gremio se encarga de tomar esas decisiones.

—De acuerdo.

Aquella noche el trabajo terminó tarde, así que dormí en la cabaña. Existía además otra razón; no me apetecía nada caminar hasta la ciudad de noche y tener que volver a pasar junto a los hombres de la milicia. Durante el día apenas se apreciaba la presencia de los milicianos, según me comentó Malchuskin tras mi primer encuentro con ellos, las guardias se montaban solo por la noche. Durante el período inmediatamente anterior al montaje del cabrestante las vías eran la zona mejor defendida.

A la mañana siguiente caminé junto a ellas hasta la ciudad.

No me fue difícil localizar a Victoria ahora que tenía autorización para estar en la ciudad. La otra vez vacilé, pues en el fondo pensaba que debería volver con Malchuskin lo antes posible. En esta ocasión trataría de pasar los dos días de permiso que me habían concedido sin el cargo de conciencia de estar evadiendo mis obligaciones.

A pesar de todo, seguía sin saber exactamente cómo encontrar a mi prometida, por lo que me vi obligado a preguntar. Tras varios intentos fallidos me indicaron al fin la localización de una oficina en la cuarta planta. Victoria y otros jóvenes trabajaban allí bajo la supervisión de una de las funcionarias. En cuanto me vio aparecer en el umbral de la puerta intercambió unas palabras con la mujer y se acercó a mí. Salimos al pasillo.

—Hola, Helward —me dijo al tiempo que cerraba la puerta tras de sí.

—Hola. Oye... si estás trabajando puedo pasarme luego.

—No importa. Estás de permiso, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces yo también, ven conmigo.

Me condujo a lo largo de los anchos pasillos, viró por un pasaje lateral y bajamos por unas escaleras. Al final de los escalones había otro pasillo flanqueado por puertas a ambos lados. Abrió una de ellas y entramos.

La habitación era la estancia privada más grande que había visto dentro de la ciudad. La pieza de mobiliario de mayor tamaño era la cama adosada a la pared, pero no era la única, los demás muebles eran de buena calidad y además no ahogaban la estancia, dando al lugar una agradable sensación de amplitud. Junto a una de las paredes había un fregadero y una pequeña cocina. Completaban el mobiliario una mesa con sus dos sillas, un armario para la ropa y dos sillas simples. Lo más sorprendente era la presencia de una ventana.

Me acerqué inmediatamente a ella para contemplar las vistas. Me encontré de frente con un muro lleno de ventanas similares a la que tenía ante mí. Al ser el marco de pequeño tamaño no pude ver qué había a los lados.

—¿Te gusta? —preguntó Victoria.

—¡Es enorme! ¿Todo esto es tuyo?

—En cierto modo. Nuestro, en cuanto nos casemos.

—Ah, sí. Alguien me dijo que me proporcionarían una vivienda propia.

—Probablemente se referían a esto —dijo Victoria—. ¿Dónde vives ahora?

—En el orfanato, aunque no he dormido allí desde la ceremonia.

—¿Ya estás fuera?

—Yo...

No estaba seguro de qué me estaba permitido contarle a Victoria y qué no, los términos de mi juramento eran explícitos.

—Sé que sales de la ciudad —dijo Victoria—. No es que sea un gran secreto.

—¿Qué más sabes?

—Varias cosas. Oye, ¡apenas he hablado contigo! ¿Te hago algo de té?

—¿Sintético? —lamenté haber hecho esa pregunta en cuanto salió de mi boca, no quería parecer desagradecido.

—Eso me temo. Pronto trabajaré con los sintetistas, así que puede que encuentre una manera de mejorarlo.

La atmósfera se fue relajando poco a poco. Durante las dos primeras horas nos dirigimos el uno al otro con una formalidad que lindaba con la frialdad, sentíamos una especie de educada curiosidad. Pronto nos dimos cuenta de que no éramos unos extraños el uno para el otro.

Nuestro tema de conversación pronto giró en torno a la vida en el orfanato, lo cual trajo una nueva duda a la superficie. Hasta que no dejé la ciudad no había tenido una idea clara de lo que iba a encontrarme. Las enseñanzas del orfanato siempre nos parecieron yermas a mí y a mis compañeros, materias abstractas e irrelevantes. Existían pocos libros impresos, así que los profesores se apoyaban principalmente en otros textos escritos por ellos mismos. Sabíamos (o creíamos saber) bastante sobre el planeta Tierra, sin embargo se nos aclaró que no sería eso lo que nos encontraríamos en el mundo. La curiosidad natural de los niños nos exigió inmediatamente conocer cuál era la diferencia, algo que los profesores satisfacían con su silencio. Ese frustrante abismo en nuestra comprensión de las cosas permanecía siempre ahí, propiciado por lo que aprendíamos leyendo sobre un mundo que no era este y nuestras conjeturas al observar el funcionamiento de la ciudad.

Esa situación nos causaba un gran descontento que se transformaba en un exceso de energía física que necesitaba ser consumida a toda costa. ¿Dónde podíamos descargarla en el orfanato? Solo había espacio para moverse en los pasillos y en el gimnasio, y ambos tenían sus limitaciones. Los chicos más jóvenes sufrían conmociones emocionales y se volvían desobedientes; al crecer, se entregaban a los pocos deportes practicables en el minúsculo gimnasio. Los mayores, a medida que se acercaban al momento de abandonar el orfanato, se lanzaban a un prematuro despertar sexual.

Los funcionarios que trabajaban en el orfanato se esforzaban en controlar todo aquello sin darle mayor relevancia. En cualquier caso, al crecer allí, yo no fui diferente al resto y caí en todas esas circunstancias. Durante los treinta kilómetros previos a mi mayoría de edad me permití tener relaciones sexuales con varias de las chicas; Victoria no se encontraba entre ellas. En su momento no le di ninguna importancia, pero ahora que íbamos a casarnos todo lo anterior pareció adquirir una repentina relevancia.

De manera algo perversa, mientras más hablamos más deseaba que salieran a la luz esos fantasmas del pasado. Me pregunté si sería adecuado desvelarle a Victoria mis experiencias previas detalladamente. Ella, por su parte, parecía tener tomado el control de la conversación dirigiéndola por canales de mutua aceptabilidad. Era probable que Victoria también tuviera sus propios fantasmas. Escuché con mucho interés algo que me contó sobre la vida en la ciudad.

Decía que al ser mujer no se ganó de inmediato una posición prominente en la ciudad, su trabajo actual se debía únicamente al hecho de estar comprometida conmigo. Si se hubiera comprometido con otra persona que no fuera miembro de un gremio, se hubiera esperado de ella que engendrara hijos tan a menudo como le fuera posible y que pasara su tiempo ocupándose de las labores domésticas rutinarias en las cocinas, haciendo ropa o en cualquier otra tarea similar. Por el contrario, su estatus actual le permitía disponer del privilegio de poseer algo de control sobre su futuro, si se lo esforzaba incluso podría ascender a un cargo de funcionaria jefe. En estos momentos se estaba sometiendo a un entrenamiento similar al mío, con la diferencia de que se daba menor valor a la experiencia y se hacía mayor hincapié en la educación teórica. A consecuencia de ello sabía bastante más de la ciudad y de su funcionamiento que yo.

No me sentía con libertad para hablar de mi trabajo en el exterior, así que escuché lo que ella me decía con sumo interés.

Me comentó que existían dos grandes carencias en la ciudad: una era el agua (eso yo ya lo sabía por Malchuskin) y otra, la población.

—Pero hay mucha gente en la ciudad —apunté.

—Sí... sin embargo la tasa de natalidad ha sido baja en los últimos tiempos y cada vez va a peor. Por si fuera poco, la diferencia entre el porcentaje de varones y hembras es muy grande. Nadie sabe el motivo.

—La comida sintética seguramente —apunté sarcástico.

—Podría ser. —Victoria se había tomado en serio mi comentario—. Hasta el momento en que dejé el orfanato solo tenía vagas ideas sobre cómo sería el resto de la ciudad... siempre asumí que todo el mundo que vivía en ella había nacido aquí.

—¿Y no es así?

—No. Se ha traído a muchas mujeres a la ciudad con la esperanza de darle un impulso a la población. Concretamente, con la esperanza de que engendren niñas.

—Mi madre vino del exterior de la ciudad —dije.

—¿Ah, sí? —Por primera vez aquella tarde Victoria pareció sentirse incómoda—. No lo sabía.

—Pensaba que era obvio.

—Supongo que lo era, pero nunca me había parado a pensar en ello.

—No importa —dije.

Victoria se sumió en un repentino silencio. El origen de mi madre no era un dato demasiado importante para mí, me arrepentí de haberlo mencionado.

—Cuéntame más sobre ese tema —le pedí.

—No... no hay mucho más que contar. ¿Y tú qué? ¿Cómo es el gremio?

—Está bien —le respondí.

Dejando a un lado el asunto del juramento y sus prohibiciones, simplemente no

me apetecía hablar. Su brusco silencio me llevó a pensar que en realidad sabía más sobre ese asunto, pero que no hablaba por discreción. Desde que tenía uso de razón, la ausencia de mi madre era un asunto que daba por sentado. Mi padre, cada vez que se refería a ello, lo hacía casualmente, sin que pareciera arrastrar ningún trauma por aquello. De hecho, otros muchos chicos del orfanato se encontraban en mi misma situación; es más, también muchas chicas. Hasta que causó esa reacción en Victoria no había pensado nunca en el tema.

—Eres un caso extraño —dije con la esperanza de retomar el asunto por otro camino—. Tu madre sigue en la ciudad.

—Sí —respondió.

Ahí acabó todo. Decidí no insistir. En cualquier caso, no tenía un especial interés en hablar de nada ajeno a nosotros mismos. Vine a la ciudad para conocer mejor a Victoria, no a hablar de genealogía.

No obstante, esa sensación quedó ahí, la conversación estaba muriendo.

—¿Qué hay ahí afuera? —le pregunté, señalando la ventana—. ¿Podemos salir?

—Si quieres te lo enseño.

La seguí fuera de la habitación y por el pasillo hasta una puerta que conducía al exterior. No había mucho que ver. El espacio abierto no era más que un callejón que separaba los dos bloques de residencias. En uno de los extremos se alzaba una plataforma a la que se podía acceder por unas escaleras de madera. Primero fuimos a examinar el otro lado, donde había una puerta que llevaba a la ciudad. De regreso a las escaleras, subimos a la pequeña plataforma y allí encontramos un espacio con varios asientos de madera por donde era posible moverse con cierta libertad. La plataforma estaba bordeada por altas paredes en dos de sus lados, tras las cuales, presumiblemente, habría otras dependencias interiores de la ciudad. Detrás de nosotros se hallaba el acceso por donde habíamos venido, desde el cual se veían los tejados de los bloques de pisos y el callejón. Al frente, sin embargo, la vista no tenía límites y era posible contemplar el paisaje que rodeaba la ciudad. Fue toda una revelación. Los términos del juramento implicaban que ninguna persona ajena a un gremio podía ver el exterior.

—¿Qué te parece? —me preguntó Victoria al tiempo que se sentaba en uno de los asientos dispuestos allí para observar el panorama.

Me senté junto a ella.

—Me gusta.

—¿Has estado ahí fuera?

—Sí. —Era difícil, me encontraba en un continuo conflicto con los términos del juramento. ¿Cómo podría hablar con Victoria sobre mi trabajo sin comprometer lo que había jurado?

—No nos permiten subir muy a menudo. Lo cierran por las noches, solo

permanece abierto unas pocas horas al día. A veces está clausurado varios días seguidos.

—¿Sabes la razón?

—¿La sabes tú? —me respondió.

—Probablemente tenga algo que ver con los trabajos del exterior...

—De los cuales no vas a hablarme.

—No —admití.

—¿Por qué no?

—No puedo.

Me miró durante un momento.

—Estás muy bronceado. ¿Trabajas al sol?

—A veces.

—Este lugar se cierra cuando el sol está en lo alto. Lo máximo que he visto son sus rayos cuando tocan las partes altas de los edificios.

—No hay mucho que ver —le dije—. Es muy brillante y no puedes mirarlo fijamente.

—Me gustaría comprobar eso por mí misma.

—¿A qué te dedicas ahora en tu trabajo?

—Nutrición.

—¿Qué es eso?

—Consiste en determinar el modo de alcanzar una dieta equilibrada. Debemos asegurarnos de que la comida sintética contenga suficientes proteínas y de que la gente consuma la cantidad adecuada de vitaminas. —Hizo una pausa, en su voz se reflejaba su falta de interés en la materia—. La luz solar tiene vitaminas, ya sabes.

—¿Ah, sí?

—Vitamina D. El cuerpo la produce por el contacto de los rayos solares con la piel. Viene bien saberlo si nunca vas a ver el sol.

—Pero se puede sintetizar —dije.

—Sí... es lo que hacemos. ¿Regresamos a la habitación para tomar otra taza de té?

No dije nada. No sabía cuáles habían sido mis expectativas antes de ver a Victoria, desde luego no eran estas. A veces, durante las largas jornadas de trabajo junto a Malchuskin, me habían invadido ilusiones e ideales románticos que trataba de calmar pensando que quizás uno u otro tendríamos que someternos a un período de adaptación. En ningún caso me imaginé que flotarían tales niveles de resentimiento en el ambiente. Pensaba que ambos colaboraríamos en hacer realidad la relación que nuestros padres nos arreglaron, que le daríamos forma de algún modo, hasta que se convirtiera en una relación real y puede que incluso de amor. Nunca sospeché que el punto de vista de Victoria fuera a ser tan distinto. Ella consideraba que yo disfrutaba

de una vida llena de una serie de ventajas a las que ella no podría acceder jamás.

Nos quedamos en la plataforma. No era tan tonto como para no advertir la ironía en el comentario de Victoria sobre volver a la habitación. De cualquier manera, sentía que, aunque por diferentes razones, ambos deseábamos seguir allí sentados. Por mi parte, tras pasar tantos días fuera, los muros de la ciudad y sus habitaciones me producían claustrofobia. Me gustaba el aire libre. Supuse que Victoria consideraba aquel lugar lo más cercano a salir al exterior que disfrutaría en su vida. A pesar de todo, los campos ondulados al este de la ciudad también servían de recordatorio de lo que acababa de descubrir y que tanto nos separaba.

—Podrías pedir que te transfirieran a un gremio —dije pasado un rato—. Estoy seguro de que...

—Soy del sexo equivocado —respondió bruscamente—. Es solo para hombres, ¿o no te has dado cuenta?

—No...

—A mí no me ha llevado mucho tiempo darme cuenta de algunas cosas —continuó, hablando rápidamente y sin molestarse en reprimir la amargura en sus palabras—. Lo he visto durante toda mi vida y nunca fui capaz de reconocerlo: mi padre, siempre fuera de la ciudad; mi madre, organizando todas esas cosas a las que no damos importancia como la comida, la calefacción o el alcantarillado. Ahora lo veo todo claro. Las mujeres son demasiado valiosas para que se arriesguen a dejarlas salir de la ciudad. Se las necesita para parir y se las puede hacer parir una y otra vez. Si no han tenido la suerte de nacer en la ciudad, se las trae de fuera y una vez han cumplido su propósito se las vuelve a expulsar. —Ahí estaba de nuevo el tema candente, esta vez no titubeó—. Sé que el trabajo de fuera de la ciudad ha de ser hecho, y que, sea lo que sea, seguro que tiene sus riesgos... pero a mí no se me ha dado ninguna opción a elegir. Solo por ser una mujer he de estar encerrada en este maldito lugar para aprender cosas fascinantes sobre la producción de comida y, por supuesto, para parir en cuanto me sea posible.

—¿No quieres casarte conmigo? —le pregunté.

—No tengo alternativa.

—Gracias.

Se puso en pie y se encaminó enfadada a los escalones. La seguí de regreso a la habitación. Me quedé en el umbral, observando cómo me daba la espalda; miraba al exterior apoyada en el alféizar de la ventana.

—¿Quieres que me vaya? —dije.

—No... entra y cierra la puerta.

Hice lo que me dijo. Ella no se movió.

—Haré un poco más de té.

—De acuerdo.

El agua del cazo estaba aún templada, tardó apenas un minuto en volver a hervir.

—No tenemos que casarnos —dije.

—Si no eres tú va a ser cualquier otro. —Se dio la vuelta y se sentó a mi lado con su taza de té sintético—. Debes saber que no tengo nada en tu contra, Helward. Nos guste o no, mi vida y la tuya están dominadas por el sistema de gremios. No podemos hacer nada contra eso.

—¿Por qué no? Los sistemas pueden cambiarse.

—¡Este no! Está demasiado asentado. Los gremios tienen la ciudad a su merced, por razones que supongo nunca conoceré. Solo los gremios pueden cambiar el sistema y no lo van a hacer jamás.

—Pareces muy segura.

—Lo estoy —dijo—. Por la sencilla razón de que el sistema que controla mi vida está a su vez dominado por lo que sucede en el exterior de la ciudad. Al no poder tomar parte en nada de eso, no puedo hacer nada para poseer mi propia vida.

—Podrías... a través de mí.

—Ni siquiera tú me hablas de ello.

—No puedo —insistí.

—¿Por qué no?

—Tampoco puedo decírtelo.

—El secretismo de los gremios.

—Llámallo así si quieres —le dije.

—Y te sometes a él, aquí, sentado en tu propia casa.

—Debo hacerlo —me limité a decir—. Se me hizo jurar...

Entonces recordé que uno de los puntos del juramento era la existencia del juramento en sí. Lo había roto, con tal facilidad y naturalidad que ni pensé en ello mientras lo hacía.

Para mi sorpresa, Victoria no reaccionó de ninguna manera.

—Para ratificar el sistema de gremios —dijo—. Tiene sentido.

Apuré la taza de té.

—Creo que será mejor que me vaya.

—¿Estás enfadado conmigo? —me preguntó.

—No. Es solo que...

—No te vayas. Siento haber perdido los papeles contigo... no es culpa tuya. Dijiste algo antes, que a través de ti podría darle sentido a mi vida. ¿Qué querías decir?

—No estoy seguro. Creo que quise decir que algún día seré un hombre del gremio y tú, como mi mujer, tendrás oportunidades.

—¿Oportunidades de qué?

—Bueno... de buscarle el sentido al sistema, con mi ayuda.

—Has jurado no decirme nada.

—Yo... sí...

—Los miembros de los gremios de primer orden lo tienen todo pensado. El sistema necesita del secretismo.

Se echó hacia atrás y cerró los ojos.

Estaba muy confuso, molesto conmigo mismo. Hacía diez días que era aprendiz y técnicamente ya merecía la pena de muerte. Era algo demasiado raro para tomárselo en serio, sin embargo, cuando presté el juramento me pareció una amenaza muy convincente. La confusión nació porque Victoria, no muy inteligentemente, mezcló nuestro vínculo emocional con sus propios demonios internos. El conflicto estaba ahí, yo no podía hacer nada al respecto. En mi época en el orfanato sufrí la frustración de no poder acceder a las demás zonas de la ciudad. Si eso mismo se llevaba a una escala mayor, es decir, te otorgaban un pequeño papel en el funcionamiento de la ciudad, pero del exterior solo te mostraban un apunte de la existencia de una zona sobre la que no puedes influir de ninguna forma, esa frustración no tenía más remedio que continuar. Seguramente esto no era un problema nuevo para ciertos habitantes de la ciudad. Victoria y yo no éramos los primeros en casarnos de este modo. Antes que nosotros, otros debieron afrontar las mismas tiranteces. ¿Se limitaron ellos a aceptar el sistema tal como era?

Victoria no se movió al verme abandonar la habitación. Mi destino era el orfanato.

Alejado del ineludible síndrome de acción y reacción que me produjo hablar con ella, sus preocupaciones se fueron diluyendo en mi mente y volví a concentrarme en las mías propias. Si el juramento era algo que se tomaba en serio, si alguien del gremio se enteraba de mi descuido, es posible que tuviera que enfrentarme a mi muerte. ¿Romper el juramento era algo tan sumamente grave?

¿Le contaría Victoria a alguien lo que yo le había dicho? Al pensar en ello, mi primer impulso fue ir a visitarla para rogar por su silencio... No obstante, eso hubiera convertido mi pecado y su resentimiento en algo más serio si cabe.

Malgasté el resto del día tirado en mi camastro dándole vueltas al asunto. Luego cené en uno de los comedores de la ciudad; me alegró no encontrarme con Victoria.

Victoria apareció en mi habitación en mitad de la noche. Me di cuenta de que alguien se asomaba a la puerta; al entreabrir los ojos vi una figura alta de pie junto a mi cama.

—¿Qué...?

—Chss, soy yo.

—¿Qué quieres? —Estiré la mano para encender la luz. Su mano se interpuso en el camino de mi brazo y me agarró por la muñeca.

—No enciendas la luz.

Se sentó en el borde de mi cama mientras yo me incorporaba.

—Lo siento, Helward. Eso es lo que he venido a decirte.

—De acuerdo.

Se echó a reír.

—Sigues dormido, ¿verdad?

—No estoy seguro. Puede ser.

Se inclinó hacia delante y sentí sus manos presionando ligeramente mi pecho y luego ascender hasta la nuca. Me besó.

—No digas nada —me dijo—. Lo siento muchísimo.

Nos besamos de nuevo. Pronto sus brazos me apretaron con fuerza.

—Llevas pijama para dormir.

—¿Qué iba a llevar?

—Quítatelo.

De repente se puso en pie y oí cómo se desabrochaba el abrigo que llevaba puesto. Se sentó de nuevo, esta vez mucho más cerca de mí. Estaba desnuda. Me quité el pijama torpemente, tanto que incluso se me quedó atascado en la cabeza al tirar de él. Victoria echó las sábanas hacia atrás y se metió conmigo en la cama.

—¿Puedes bajar aquí así porque así? —le pregunté.

—No hay nadie levantado. —Su cara estaba muy cerca de la mía. Nos besamos de nuevo. Cuando aparté la cabeza me la golpeé con la pared. Victoria se acurrucó cerca de mí, apretando su cuerpo contra el mío. De repente soltó una sonora carcajada.

—¡Dios mío! ¡Cállate!

—¿Qué pasa?

—Van a llamarnos la atención.

—Están todos dormidos.

—Se despertarán si no paras de reírte de esa manera.

—Te he dicho que nada de hablar. —Volvió a besarme.

Mantuve cierta cautela, a pesar del hecho de que mi cuerpo estaba respondiendo ansioso a su calor. Estábamos haciendo mucho ruido. Las paredes del orfanato eran delgadas, sabía por experiencia que el sonido se transmitía rápidamente. Allí, apretados en el estrecho camastro, entre su risa y nuestras voces, despertaríamos a todo el orfanato. La aparté de mí y se lo comenté.

—No importa —replicó.

—Sí importa.

Eché las sábanas hacia atrás y salté por encima de ella para encender la luz.

Victoria se puso una mano delante de los ojos para protegerse de ella, al mismo tiempo que yo le lanzaba su abrigo.

—Venga... iremos a nuestra habitación.

—No.

—Sí. —Me estaba poniendo el uniforme.

—No te pongas eso —me dijo—. Huele mal.

—¿Ah, sí?

—Huele abominablemente.

Cuando se incorporó tuve oportunidad de admirar la belleza de su cuerpo desnudo. Se colocó el abrigo sobre los hombros antes de bajarse de la cama.

—De acuerdo —convino—. Que sea rápido.

Dejamos mi habitación y salimos del orfanato. Anduvimos deprisa por los pasillos. Tal como había dicho Victoria, a estas horas de la noche no se veía a nadie y las luces estaban atenuadas. Llegamos a su habitación en pocos minutos. Cerré la puerta y eché el cerrojo. Victoria se sentó en la cama, todavía con el abrigo sobre los hombros.

Me quité el uniforme y me eché en la cama.

—Vamos, Victoria.

—Ahora no tengo ganas.

—Oh, vaya... ¿por qué no?

—Deberíamos habernos quedado donde estábamos —dijo.

—¿Quieres volver?

—Por supuesto que no.

—Métete conmigo en la cama —le propuse—. No te quedes ahí sentada.

—De acuerdo.

Se deshizo del abrigo tirándolo al suelo y se echó a mi lado. Nos rodeamos con los brazos y nos besamos durante unos momentos. La entendí. El deseo me había abandonado a mí también, casi con la misma rapidez con la que me invadió. Nos quedamos tendidos en silencio, la sensación de estar con ella en la cama era muy agradable. A pesar de la evidente sensualidad de la situación, no ocurrió nada.

—¿Por qué has venido a verme? —pregunté pasado un rato.

—Te lo he dicho.

—¿Eso era todo? ¿Solo para decirme que lo sentías?

—Creo que sí.

—Yo he estado a punto de ir a verte —le confesé—. He hecho algo que no debería. Estoy asustado.

—¿El qué?

—Te lo dije... te dije que me hicieron jurar algo. Tenías razón, los gremios imponen a sus miembros un pacto de silencio. Al convertirme en aprendiz tuve que

prestar un juramento y parte de él consistía en jurar que jamás revelaría su propia existencia. Lo rompí al decírtelo.

—¿Tanto importa?

—El castigo es la muerte.

—¿Y por qué iban ellos a enterarse?

—Se enterarían si...

—Si yo digo algo, quieres decir. ¿Por qué iba a hacerlo? —me interrumpió.

—No estoy seguro. La forma en la que hablaste antes, tu resentimiento por no poder llevar las riendas de tu propia vida... Creí estar seguro de que lo usarías contra mí.

—Hasta ahora mismo no sabía que fuera un asunto tan importante. No lo hubiera usado contra ti. De todos modos, ¿por qué iba una esposa a traicionar a su marido?

—¿Todavía quieres casarte conmigo?

—Sí.

—¿Aunque lo arreglaran sin nuestro consentimiento?

—Es un buen arreglo —dijo apretándome fuertemente contra sí durante unos momentos—. ¿No piensas lo mismo?

—Sí.

—¿Vas a decirme lo que ocurre fuera de la ciudad? —me interrogó unos pocos minutos después.

—No puedo.

—¿Por el juramento?

—Sí.

—Lo has roto, ¿qué importa ya?

—No hay mucho que decir en realidad —reconocí—. He estado diez días haciendo un montón de trabajo físico y no sé para qué.

—¿Qué clase de trabajo físico?

—Victoria... no me preguntes sobre eso.

—Bueno... cuéntame algo acerca del sol. ¿Por qué no le está permitido a nadie de la ciudad verlo?

—No lo sé.

—¿Hay algo de malo en él?

—No lo creo...

Victoria estaba haciéndome preguntas que yo mismo debería haberme planteado. Con la excitación de las nuevas experiencias apenas tuve tiempo para registrar el significado de nada de lo que había presenciado, menos aún de considerarlo con detenimiento. Al enfrentarme a estas preguntas (dejando aparte el hecho de si debía o no contestarlas), deseé conocer las respuestas. ¿Había algo en el sol que pudiera

poner en peligro la ciudad? Si era así, ¿debía mantenerse en secreto? Yo había visto el sol y...

—No tiene nada de malo —dije—. No tiene la misma forma que yo pensaba.

—Es una esfera.

—No, no lo es. O al menos no parece una esfera.

—¿Entonces?

—No debería decírtelo, de eso estoy seguro.

—No puedes dejarme así.

—No creo que sea importante.

—Yo sí.

—De acuerdo. —De hecho ya había dicho bastante, pero ¿qué podía hacer?—.

No puedes verlo bien de día porque es demasiado brillante. Sin embargo, al amanecer y al anochecer hay unos pocos momentos propicios. Creo que tiene una forma discoidal, pero es más que eso, no encuentro las palabras para describirlo. En el centro del disco, arriba y abajo, hay una especie de punta.

—¿Es parte del sol?

—Sí. Como una peonza. Es difícil verla claramente porque incluso en esas ocasiones luce demasiado brillante. La otra noche paseé bajo el cielo despejado. Hay una luna de la misma forma. Tampoco pude verla bien porque estaba en fase.

—¿Estás seguro de eso?

—Te digo lo que he visto.

—No es eso lo que nos enseñaron.

—Lo sé —convine—. Pero así es como es.

No continué hablando. Victoria me formuló otras preguntas que tuve que esquivar amparándome en que no conocía las respuestas. Trató de sonsacarme información referente al trabajo que hacía; conseguí arreglármelas para guardar silencio. En vez de seguir por esa peligrosa senda, le hice preguntas sobre ella. No podría enterrar siempre el tema, pero necesitaba tiempo para pensar. Algo después hicimos el amor y al poco nos quedamos dormidos.

Victoria preparó algo de desayuno a la mañana siguiente. Me dejó desnudo en la habitación, mientras ella llevaba mi uniforme a la lavandería. En su ausencia me lavé, me afeité y esperé su regreso tendido en la cama.

Me coloqué de nuevo el uniforme, ahora fresco y confortable, nada que ver con la recia y maloliente segunda piel en que se había convertido tras mis días de trabajo al aire libre.

Pasamos juntos el resto del día. Victoria me mostró otras partes del interior de la ciudad. Era bastante más compleja de lo que imaginaba. Hasta el momento solo conocía las secciones residenciales y administrativas, sin embargo no eran las únicas.

Al principio me pregunté cómo era posible orientarse, hasta que Victoria me mostró los mapas pegados en algunas de las paredes.

Advertí que habían sido alterados muchas veces a lo largo del tiempo. Me llamó la atención uno en particular. Nos encontrábamos en uno de los pisos inferiores y junto a un plano recientemente revisado se ubicaba otro viejo, conservado tras una lámina de plástico transparente. Lo examiné con gran interés, notando que las indicaciones estaban en varios idiomas. Aparte del inglés solo reconocí el francés.

—¿Cuáles son los otros? —le pregunté a Victoria.

—Ese es alemán, y los otros son ruso e italiano. Y esto es chino —dijo señalando unos símbolos de complicada grafía.

Me fijé detenidamente en el plano, comparándolo con el otro más reciente, situado a su lado. La similitud era clara, sin embargo se apreciaba que la ciudad se había sometido a muchos cambios en el intervalo de tiempo transcurrido entre la confección de cada uno de ellos.

—¿Por qué aparecen tantas lenguas?

—Descendemos de un grupo heterogéneo de nacionalidades. Creo que el inglés ha sido la lengua oficial desde hace muchos miles de kilómetros, pero no siempre ha sido así. Mi familia es de ascendencia francesa.

—Sí, lo suponía —dije.

Victoria me enseñó la planta sintética ubicada en aquel mismo nivel. Era allí donde los sustitutos de las proteínas y los otros sucedáneos eran sintetizados a partir de madera u otros productos vegetales. La atmósfera del lugar estaba envuelta en intensos olores. Reparé en que todas las personas que trabajan allí usaban máscaras para cubrirse los rostros. Victoria y yo pasamos rápidamente a la siguiente zona, donde se investigaba para mejorar la textura y el sabor. Me dijo que pronto comenzaría a trabajar en esa sección.

Más tarde, Victoria reiteró sus frustraciones con la vida, tanto presente como futura. Ya estaba preparado para afrontar este tipo de conversaciones y fui capaz de proporcionarle algo de consuelo. Le dije que se fijara en el ejemplo de su madre, en la vida útil y comprometida que había llevado. Le aseguré (usando todas mis dotes de persuasión) que le contaría otras cosas sobre mi vida, y le prometí que, una vez me convirtiera en un miembro de pleno derecho del gremio, haría lo que pudiera para hacer del sistema algo más abierto y liberal. Eso pareció apaciguarla un poco. Pasamos una noche relajada y tranquila.

Victoria y yo acordamos que deberíamos casarnos lo antes posible. Me dijo que durante el próximo kilómetro y medio iba a averiguar los trámites necesarios para que, si era posible, nos casáramos durante mi próximo permiso o, como muy tarde, el siguiente. Mientras tanto, debía regresar a mis deberes en el exterior.

Nada más salir de las tripas de la ciudad me resultó obvio que los trabajos habían progresado mucho. Los alrededores de la ciudad aparecían libres de cualquier impedimento para el trabajo. No se veía ninguna cabaña cerca ni vehículos cargando sus baterías en los puestos destinados a tal efecto, pues presumiblemente todos estaban usándose en la loma. Una diferencia fundamental era la presencia de cinco cables, los cuales salían del promontorio al norte de la ciudad y recorrían, tendidos en el suelo, el mismo trayecto que las vías hasta perderse de vista en lo alto. Varios hombres de la milicia montaban guardia junto a las vías, paseándose de arriba a abajo.

Me apresuré a ir al encuentro de Malchuskin, pues supuse que estaría bastante ocupado. Al llegar a la cumbre de la loma mis sospechas resultaron ser ciertas; observé desde la distancia una gran actividad concentrada alrededor de la vía interior derecha. Más allá, vi otros equipos trabajando en unas estructuras metálicas, cuya función era imposible de determinar a tal distancia. Descendí a toda prisa.

Tardé más de lo que esperaba en llegar a mi destino, ya que ahora las vías se extendían durante dos kilómetros y medio. El sol pegaba poderosamente desde lo alto, para cuando me uní a Malchuskin y su equipo estaba acalorado por la caminata.

Malchuskin no se entretuvo demasiado en saludarme. Me quité la chaqueta del uniforme y me incorporé al trabajo.

Los equipos trataban de prolongar este tramo de la vía para que tuviera la misma longitud que los otros, el problema es que se toparon con una roca enterrada en el suelo. Eso significaba que los cimientos de cemento no serían necesarios, pero también que la excavación de las zanjas para las traviesas iba a ser muy trabajosa.

Cogí un pico de una camioneta cercana y comencé a trabajar. Pronto, los sofisticados problemas a los que me había enfrentado en la ciudad me parecieron muy remotos. Durante los períodos de descanso Malchuskin me contó que, aparte de este tramo de la vía, casi todo lo demás estaba preparado para la maniobra de remolque. Se habían tendido los cables y los postes estaban excavados. Me llevó al emplazamiento de estos para mostrarme la profundidad a la que habían implantado las vigas. La intención era darle un firme agarre a los cables. Tres de los postes ya se hallaban terminados y sus cables conectados. Estaban concluyendo otro y el quinto estaba siendo erigido en aquellos momentos.

Se advertía un estado general de ansiedad entre los miembros de los gremios

presentes en el lugar; le pregunté a Malchuskin el motivo.

—Es el momento —me dijo—. Han pasado veintitrés días desde el anterior remolque, justo lo que hemos tardado en tender este tramo de vías. Tal como están las cosas, si nada se tuerce mañana podremos mover la ciudad. Eso suma un total de veinticuatro días, ¿verdad? Lo máximo que vamos a poder hacer avanzar la ciudad esta vez será unos tres kilómetros, sin embargo, en el tiempo que hemos tardado en hacerlo, el óptimo se ha desplazado cuatro. Por lo tanto, a pesar de todos nuestros esfuerzos estaremos un kilómetro más lejos del óptimo que antes del remolque anterior.

—¿No podemos recuperarlos de algún modo?

—Quizás en el siguiente remolque. Estuve hablando con alguno de los hombres de tracción anoche... creen que la próxima vez podemos plantearnos un avance corto seguido de otros dos largos. Les preocupan estas colinas. —Señaló vagamente al norte.

—¿No podemos rodearlas? —propuse al ver que un poco al noroeste las elevaciones parecían ser algo más bajas.

—Podríamos... pero el camino corto hacia el óptimo es por el norte. Cualquier desvío angular sobre esa ruta solo provoca que las distancias que hay que recorrer se amplíen.

A pesar de no haber entendido todo lo que me dijo, el sentimiento de urgencia me pareció muy palpable.

—Hay otro asunto —me comentó Malchuskin—. Vamos a deshacernos de este grupo de tucos después de esto. El gremio de los exploradores del futuro ha encontrado un asentamiento mayor allá al norte. Están desesperados por trabajar, así es como me gustan. Mientras más hambrientos están, más duro trabajan... al menos durante un tiempo.

Las labores continuaron. Aquella jornada Malchuskin y los demás capataces del gremio de los constructores de vías regalaron a los jornaleros sus mejores maldiciones y les hicieron trabajar hasta después de que se pusiera el sol. No me dio tiempo a quejarme, los hombres del gremio y yo trabajamos tan duro como ellos. Cuando retorné a la cabaña para pasar la noche estaba exhausto.

Malchuskin se fue temprano a la mañana siguiente, dejándome encargado de llevar a Rafael y al resto de los jornaleros al lugar de las obras lo antes posible. Al llegar le vi junto a otros tres miembros de los constructores de vías discutiendo con los hombres encargados de la tarea de preparar los cables. Puse a Rafael y sus hombres a trabajar en el tramo, preguntándome sobre qué trataría la disputa. Al poco, Malchuskin se acercó a nosotros y se puso manos a la obra de inmediato, su mal humor quedaba patente en el modo en que le gritaba las órdenes a Rafael.

Pasado un largo rato, en un descanso, le pregunté acerca de la discusión.

—Son los hombres de tracción —me dijo—. Quieren comenzar ya con el remolque, antes de terminar la vía.

—¿Pueden hacer tal cosa?

—Sí... piensan que la ciudad tardará un tiempo en remontar la loma y que podremos terminar mientras eso sucede. No vamos a permitirlo.

—¿Por qué no? Parece una idea razonable.

—Porque eso implica trabajar bajo los cables. Los cables sufren demasiada tensión, sobre todo cuando la ciudad es remolcada por una pendiente como la de la loma. Nunca has visto un cable romperse, ¿verdad? —Era una pregunta retórica, hasta entonces ni siquiera sabía para qué servían los cables—. Pueden partirse en dos antes de que oigas el chasquido —concluyó amargamente.

—¿A qué acuerdo se ha llegado entonces?

—Nos queda una hora para terminar, entonces comenzarán a remolcar.

Quedaban tres tramos de vía por tender, así que les dimos a los hombres unos pocos minutos de descanso antes de comenzar de nuevo la labor. Avanzamos con rapidez, no en vano había cuatro miembros del gremio con sus respectivos equipos concentrados en finalizar una sola zona. Con todo, tardamos más de una hora en completar el tramo.

Sin ocultar su satisfacción, Malchuskin les comunicó a los hombres de tracción que todo estaba listo. Recogimos nuestras herramientas y las transportamos a un lado.

—¿Ahora qué? —le pregunté a Malchuskin.

—A esperar. Me voy a la ciudad a descansar. Mañana comenzaremos de nuevo.

—¿Qué hago yo?

—Si estuviera en tu lugar echaría un vistazo. Será interesante. En cualquier caso, debemos pagarles a estos hombres. Mandaré luego para acá a un hombre del gremio de los trocadores. Mantenlos aquí hasta que llegue. Yo volveré por la mañana.

—De acuerdo —convine—. ¿Algo que añadir?

—En realidad no. Mientras se lleva a cabo la maniobra de remolque los hombres al cargo son los de tracción, así que si te ordenan que saltes, salta. Es posible que necesiten retocar algo en las vías, debes andar pendiente. En cualquier caso creo que están bien, ya las hemos comprobado.

Le vi alejarse hacia su cabaña. Parecía muy cansado. La mano de obra retornó a sus propias viviendas y entonces quedé a mis anchas. El comentario de Malchuskin sobre los cables rotos no se me quitaba de la cabeza. Dos hombres de tracción revisaban por última vez, o eso creí yo, las conexiones en los lugares clave.

Un grupo de hombres, dispuestos en dos filas, surgió de la loma avanzando hacia nosotros. No era posible saber quiénes eran desde esa distancia, no obstante, advertí que cada cien metros aproximadamente iban abandonando la formación de uno en uno para tomar posiciones en cada puesto clave a los lados de la vía. Cuando se

acercaron más comprobé que eran hombres de la milicia, armados con ballestas. Cuando llegaron a los postes solo quedaban ocho, los cuales adoptaron una formación defensiva a su alrededor. Pasados unos minutos, uno de los milicianos se acercó a mí.

—¿Quién eres tú?

—Aprendiz Helward Mann.

—¿Qué estás haciendo?

—Se me ha ordenado observar el remolque.

—De acuerdo. Mantén las distancias. ¿Cuántos tucos hay aquí?

—No estoy seguro, unos sesenta, creo.

—¿Han estado trabajando en las vías?

—Sí.

Sonrió.

—Están demasiado cansados para causar ningún daño. Está bien. Si causan algún problema házmelo saber.

Se dio la vuelta y se reunió con los hombres de la milicia. Yo no tenía claro qué clase de problemas podrían generar, lo que estaba claro es que los milicianos exhibían una actitud curiosa hacia ellos. Solo se me ocurría la posibilidad de que los tucos hubieran ocasionado problemas en el pasado, daños en las vías o en los cables quizá. No obstante, me costaba imaginar a cualquiera de los hombres que trabajaron con nosotros presentando ninguna amenaza.

Me pareció también que los milicianos rondaban peligrosamente cerca de los cables, algo que parecía no importarles. Marchaban pacientemente hacia delante y hacia atrás, en los límites del tramo que tenían asignado.

Los dos hombres de tracción, situados en los emplazamientos, se parapetaban tras escudos metálicos, justo detrás de los postes. Uno de ellos sostenía una gran bandera roja y miraba a la loma a través de unos binoculares. Allí, junto a los cinco vagones de remolque, divisé a otro hombre. Toda la atención parecía estar centrada en él, así que le observé con curiosidad. A pesar de la distancia, creí advertir que nos daba la espalda.

De repente, se volvió y agitó la bandera en el aire para atraer la atención de los dos hombres en los postes. La sacudió en un amplio semicírculo bajo la cintura, de adelante hacia atrás. De inmediato, el hombre con la bandera junto a los postes salió de detrás de su escudo para confirmar la señal, repitiendo el mismo movimiento con la suya.

Unos momentos después, reparé en que los cables se estaban deslizando lentamente por el suelo hacia la ciudad. Los vagones de la loma se dieron la vuelta a la par que los cables se tensaban. Uno a uno fueron cesando su movimiento, aunque la mayor parte de su longitud seguía en el suelo. Supuse que se debía a su peso, ya que en la zona de los postes y los vagones ya no había cables sueltos.

—¡Dadles la señal! —gritó uno de los hombres en los postes. Enseguida su colega agitó la bandera sobre su cabeza. El hombre de la loma repitió la señal y seguidamente se desplazó a un lado, perdiéndose de vista.

Esperé, ansioso por ver qué venía después... aunque, a tenor de lo que tenía delante de mis ojos, no pasaba nada. Los hombres de la milicia mantenían sus rondas, los cables permanecían tensos. Decidí acercarme a los miembros del gremio de tracción para averiguar qué sucedía.

Tan pronto como me puse en movimiento, el hombre de la bandera me hizo señales enérgicas con el brazo.

—¡Apártate!

—¿Qué pasa?

—¡Los cables están en máxima tensión!

Retrocedí.

Se sucedieron los minutos, sin progreso aparente. Me di cuenta entonces de que los cables, poco a poco, se habían ido tensando hasta elevarse del suelo en casi toda su longitud.

Fijé mi atención en el surco de la loma, donde ya se veía la ciudad. Desde donde estaba sentado solo podía ver la esquina superior de una de las torres delanteras, alzándose majestuosa sobre el suelo y las rocas de la loma. Ante mis ojos, el resto de la ciudad se fue mostrando ante mí.

Me desplazé en un amplio arco, sin dejar de mantener una distancia respetuosa con los cables, y me coloqué detrás de los postes para mirar la ciudad desde las vías. La mole remontó la pendiente con acuciante lentitud, hasta quedar a pocos metros de los cinco vagones que tiraban de los cables sobre la cresta de la loma. Se detuvo allí y los hombres de tracción comenzaron a señalar de nuevo.

A eso le siguió una larga y complicada operación que consistía en soltar cada uno de los cables por turno, mientras se desmontaba el vagón de remolque. Vi el desmontaje del primero, pero me aburrí pronto. Tenía hambre y, ante la sospecha de que no iba a presenciar nada digno de interés, me dirigí a la cabaña para calentarme una ración de comida.

No encontré allí a Malchuskin, a pesar de que muchas de sus posesiones continuaban en la cabaña.

Comí con tranquilidad, sabía que las maniobras de remolque no se reanudarían hasta al menos pasadas unas dos horas. Disfruté de la soledad tras el extenuante trabajo del resto del día.

Al salir de la cabaña recordé la advertencia de los milicianos respecto a la potencial amenaza que representaban los hombres, así que me dirigí a sus dormitorios. Muchos estaban sentados en el exterior contemplando los trabajos en los vagones. Aunque unos pocos hablaban, o más bien discutían a viva voz entre

expresivas gesticulaciones, consideré que la milicia veía fantasmas donde no los había. Regresé a las vías.

Por la posición del sol, no quedaba mucho para el anochecer. Supuse que el resto del remolque no llevaría mucho tiempo, a partir de que se terminara con el desmontaje de los vagones. El resto del recorrido era cuesta abajo.

A su debido tiempo, el último vagón fue retirado y se procedió a tensar de nuevo los cinco cables. Se produjo una corta espera tras la cual, a la señal de los hombres de tracción, el lento avance de la ciudad siguió su curso, bajando la pendiente a nuestro encuentro. Contrariamente a lo que yo había imaginado, la ciudad no se deslizó por la propicia pendiente por su propia inercia. Advertí que los cables seguían tensos, la ciudad debía continuar teniendo que tirar de sí misma. A medida que se acercaba detecté una creciente relajación en los dos hombres de tracción, aunque no por ello dejaron de estar vigilantes. Su atención se centraba exclusivamente en el avance de la ciudad.

Finalmente, cuando la enorme construcción se encontraba a no más de diez metros del final de las vías, el hombre de las señales alzó la bandera roja y la sostuvo sobre su cabeza. Una gran ventana dominaba toda la anchura de la torre delantera y uno de los muchos hombres allí apostados alzó otra bandera similar. Segundos después la ciudad se detuvo.

A esto siguió una pausa de unos dos minutos. Entonces, un hombre salió de una puerta ubicada en la torre y se puso de pie en una pequeña plataforma sobre nuestras cabezas.

—¡Bien! ¡Frenos asegurados! —gritó—. ¡Estamos soltando!

Los dos hombres de tracción salieron de detrás de sus refugios metálicos y estiraron exageradamente sus articulaciones. No cabía duda de que se habían visto sometidos durante varias horas a una gran tensión mental. Uno de ellos se encaminó a la ciudad y orinó en un lado. Le sonrió a otro, se encaramó a un saliente y se impulsó hacia arriba por la superestructura de la ciudad hasta llegar a la plataforma. El otro hombre echó a andar por detrás de los cables y se perdió bajo la mole de cemento. Los milicianos permanecían en sus puestos. Incluso ellos se mostraban relajados.

El espectáculo terminó. Al ver la ciudad tan de cerca tuve la tentación de entrar. No estaba seguro de si sería apropiado hacerlo. Victoria era la única razón para entrar y seguramente estaría ocupada con su trabajo. Además, Malchuskin me pidió que me quedara con los hombres, pensé que sería mejor no desobedecerle.

Un hombre se acercó a mí cuando ya me encaminaba hacia mi cabaña.

—¿Eres el aprendiz Mann? —me preguntó.

—Sí.

—Jaime Collings, del gremio de los trocadores. Vías Malchuskin me dijo que había aquí varios hombres contratados a los que había que pagar.

—Así es.

—¿Cuántos? —dijo Collings.

—Quince en nuestro equipo. Hay unos cuantos más aparte del nuestro.

—¿Alguna queja?

—¿A qué se refiere? —quise saber.

—Lamentos, problemas, negarse a trabajar...

—Eran muy lentos y Malchuskin siempre tenía que gritarlos.

—¿Alguna vez se negaron a trabajar?

—No.

—De acuerdo. ¿Sabes quién es el líder del grupo?

—Hay uno llamado Rafael que habla inglés.

—Ese servirá.

Nos dirigimos juntos a las cabañas para buscar a los hombres. Al ver a Collings se produjo un espeso silencio.

Señalé a Rafael. Collings habló con él en su lengua y casi de inmediato uno de los otros se puso a gritar enfadado. Rafael le ignoró y siguió con la conversación, sin embargo estaba claro que el ambiente estaba cargado de ansiedad. De nuevo alguien alzó una voz y pronto muchos de los otros se unieron al coro. Rodearon a Rafael y Collings, e incluso alguno estiró la mano entre la maraña de cuerpos para golpear al trocador.

—¿Necesita ayuda? —le grité entre todo aquel alboroto. No me oyó. Me acerqué para gritarle de nuevo la pregunta.

—Trae a cuatro de los milicianos —me respondió en nuestro idioma—. Diles que sean discretos.

Observé un instante a los hombres discutiendo antes de irme a toda prisa. Quedaba un pequeño grupo de la milicia junto a los postes de los cables y allí me dirigí. Era evidente que habían oído el sonido de la discusión, pues ya estaban mirando en dirección a los hombres. Al verme correr hacia ellos, seis de los hombres fueron a mi encuentro.

—¡Me ha pedido a cuatro milicianos! —resollé apenas sin aliento.

—No es bastante. Déjame eso a mí, hijo.

El hombre que habló era evidentemente el que estaba al cargo. Forzó un agudo silbido y les hizo gestos a algunos de los otros hombres. Cuatro milicianos dejaron su puesto junto a la ciudad y se acercaron corriendo. El grupo de diez soldados corría camino de la escena de la discusión, conmigo a la zaga.

Sin esperar la orden de Collings, aún en el centro de la melé, los milicianos cargaron contra el grupo de hombres asestando golpes con sus ballestas a modo de garrotes. Collings se giró de repente. Les gritó algo a los milicianos, pero antes de que le diera tiempo a decir nada coherente, uno de los hombres lo cogió por detrás.

Lo arrastraron por el suelo y varios tucos se acercaron a darle patadas.

Los hombres de la milicia estaban entrenados para esta clase de disputas. Actuaron con rapidez, de manera experta, descargando sus ballestas con gran precisión y puntería. Miré la escena durante unos momentos antes de introducirme en la masa de cuerpos en busca de Collings. Uno de los tucos me agarró la cara buscándome los ojos con los dedos. Traté de desembarazarme de su agarre, pero otro apareció en su ayuda. De repente me vi liberado; los dos que me habían atacado yacían en el suelo. Los milicianos que me rescataron se limitaron a seguir con sus brutales golpes sin pararse a comprobar si yo estaba bien.

La multitud estaba creciendo, otros lugareños estaban acudiendo en ayuda de los trabajadores. No presté atención a esa circunstancia y volví al centro de la refriega; mi objetivo seguía siendo llegar hasta Collings. Tenía justo delante de mí la estrecha espalda de un tuco con una fina camisa sudada adherida al cuerpo. Sin pensar, me enganché al cuello del hombre, le tiré de la cabeza hacia atrás y le lancé un puñetazo al oído. Cayó al suelo. Después de él, intenté la misma táctica con otro individuo situado delante de este, sin embargo en esta ocasión recibí la patada de un tercero y acabé en el suelo.

Entre la concentración de piernas vi el cuerpo tendido de Collings. No dejaba de recibir patadas. Estaba tumbado boca abajo, protegiéndose la cabeza con los brazos. Traté de alcanzarle dando empujones a diestro y siniestro, pero pronto yo también estaba sufriendo el mismo severo correctivo. Un pie me golpeó un lado de la cabeza y perdí el conocimiento unos instantes. Un segundo después me volvió a suceder lo mismo. Era totalmente consciente de las brutales patadas que me estaban propinando por todo el cuerpo. Me protegí la cabeza con los brazos, imitando a Collings, y traté de avanzar arrastrándome hasta la última posición donde le vi.

A mi alrededor solo distinguía un enorme bosque de piernas y cuerpos. El rugido de las voces y los gritos lo dominaba todo. Al levantar un poco la cabeza vi que estaba a pocos centímetros del trocador. Seguí adelante para tenderme a su lado. Traté de ponerme en pie, pero otra patada me volvió a tumbar.

Para mi sorpresa me di cuenta de que Collings estaba consciente. Al caer sobre él sentí su brazo alrededor de mis hombros.

—Cuando te avise, te levantas —me gritó al oído.

Pasaron unos momentos, durante los cuales me apretó el hombro con más fuerza.

—¡Ahora!

Nos levantamos realizando un sublime esfuerzo. Me soltó de su agarre para darle un puñetazo en plena cara a uno de los hombres. Yo no era tan alto, lo máximo que pude hacer fue darle a otro un codazo en el estómago. Recibí a cambio un puñetazo en el cuello y una vez más probé el suelo. Alguien tiró de mí y me arrastró por los pies. Era el trocador Collings.

—¡Agárrate! —Me rodeó con los dos brazos y me atrajo hacia su pecho. Me aferré a él con las pocas fuerzas que me restaban—. Está bien —dijo—. Aguanta.

Poco a poco el acoso a nuestra integridad se fue relajando para acabar por extinguirse. Los hombres retrocedieron y yo me dejé caer en los brazos de Collings.

Estaba muy mareado. Entre la neblina roja que se iba formando en mi visión discerní un círculo de milicianos con las ballestas alzadas y preparadas. Los trabajadores estaban huyendo. Perdí el sentido.

Lo recobré un minuto después. Me encontraba tendido en el suelo y uno de los milicianos estaba de pie a mi lado.

—¡Está bien! —gritó al tiempo que se iba.

Logré colocarme de costado soportando todo aquel dolor. A escasos metros de mí, el trocador Collings discutía malhumorado con el líder de los milicianos. Los trabajadores se congregaban a unos cincuenta metros de nosotros, en un grupo rodeado de miembros de la milicia.

Intenté ponerme en pie y lo conseguí al segundo intento. Mareado, observé la discusión de Collings. Al momento los hombres se separaron; el oficial de la milicia caminó hacia el grupo de prisioneros y Collings hacia mí.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó.

Traté de sonreír a pesar de la hinchazón y el dolor que sentía en el rostro. Lo único que pude hacer fue mirarle fijamente. Tenía un enorme moratón en un lado de la cara y un ojo se le estaba comenzando a cerrar. Se tocaba la cintura con una mano.

—Estoy bien —respondí.

—Estás sangrando.

—¿Dónde? —Me toqué el cuello, que me dolía inmensamente, y palpé el líquido templado. Collings examinó la herida.

—Es solo un mal roce —dijo—. ¿Quieres volver a la ciudad para que te lo traten?

—No —dije categórico—. ¿Qué demonios ha ocurrido?

—La milicia se ha pasado de la raya. Creí haberte dicho que trajeras solo a cuatro.

—No quisieron escucharme.

—Entiendo, es su naturaleza.

—Pero ¿de qué iba la discusión? —me interesé—. He trabajado con esos hombres muchos días y nunca me habían atacado.

—Existe un resentimiento latente desde hace mucho —dijo Collings—. Concretamente, tres de los hombres tienen mujeres en la ciudad. No querían irse sin ellas.

—¿Esos hombres son de la ciudad? —dije sin estar seguro de haber oído bien.

—No... he dicho que sus mujeres están allí. Estos hombres son lugareños contratados en una aldea cercana.

—Eso pensaba. ¿Qué hacen sus mujeres en la ciudad?

—Se las compramos.

Aquella noche no dormí bien. En la soledad de la cabaña me desvestí con cuidado para contarme las heridas. A un lado de mi pecho se acumulaba un amasijo de cardenales, además de varios arañazos profundos y dolorosos. La herida del cuello había dejado de sangrar, pero la lavé bien con agua templada y apliqué sobre ella un ungüento que encontré en el botiquín de Malchuskin. Descubrí que se me había roto una uña y que la mandíbula me dolía cuando intentaba moverla.

Consideré de nuevo la idea de regresar a la ciudad tal como me recomendó Collings (después de todo la tenía a pocos metros de distancia), con todo, al final me lo pensé mejor. No tenía la intención de llamar la atención de todo el mundo con este aspecto de haber salido de una disputa de borrachos, chocaría demasiado en la atmósfera de diáfana limpieza de allí dentro. Pensé que sería mejor lamerme mis propias heridas.

Hice un nuevo intento por dormir. Apenas logré dar alguna cabezada ocasional.

Me levanté temprano a la mañana siguiente. Quería tener la oportunidad de lavarme un poco antes de que llegara Malchuskin. Me dolía todo el cuerpo, mis movimientos eran lentos y mecánicos.

Malchuskin irrumpió en la cabaña, no estaba de buen humor.

—Lo sé todo —me dijo enseguida—. No intentes explicarte.

—No entiendo lo que pasó.

—Participaste en el comienzo de una trifulca.

—Fue la milicia... —repliqué apenas sin voz.

—Sí, y deberías haber sabido que debes mantener a la milicia alejada de los tucos. Perdieron a unos pocos hombres hace unos kilómetros, tienen algunas cuentas que saldar. Con la mínima excusa esos estúpidos bastardos empiezan a repartir golpes.

—Collings tenía problemas —razoné—. Algo había que hacer.

—De acuerdo, todo no fue tu culpa. Collings dice ahora que podría haberse ocupado del asunto si no hubieras traído a la milicia... pero también admite que te ordenó que la trajeras.

—Exactamente.

—De acuerdo entonces, pero la próxima vez piénsatelo dos veces.

—¿Ahora qué hacemos? —dije—. No nos quedan trabajadores.

—Hoy vendrán algunos. Los trabajos serán lentos al principio, porque tenemos que enseñarles. La ventaja es que vienen limpios de resentimiento, trabajarán duro. Eso les llega con el tiempo, cuando tienen ocasión de pensar, entonces es cuando brotan los problemas.

—¿Por qué nos odian de esa manera? Les pagamos por sus servicios, por

supuesto.

—Sí, pero nosotros ponemos el precio. Esta región es pobre. El terreno es malo, no hay mucha comida. Nosotros pasamos con nuestra ciudad, les ofrecemos lo que necesitan... y ellos lo toman. No hay ningún beneficio a largo plazo, supongo que recibimos más de lo que damos.

—Deberíamos dar más entonces.

—Quizá. —Malchuskin se mostraba indiferente—. Eso no es de nuestra incumbencia. Nosotros trabajamos en las vías.

Tuvimos que esperar varias horas la llegada de los nuevos hombres. Durante ese tiempo acompañé a Malchuskin a las cabañas de los antiguos trabajadores para limpiarlas y adecantarlas. La milicia expulsó a los anteriores ocupantes la noche anterior, a pesar de ello les concedieron tiempo para recoger sus pertenencias, aunque no el suficiente para llevarse algunas cosas, sobre todo ropa vieja y gastada y restos de comida. Malchuskin me indicó que estuviera atento a posibles mensajes que hubieran podido dejar para los nuevos, aunque ninguno de los dos encontramos nada semejante.

Lo quemamos todo en el terreno anexo a las cabañas.

Casi al mediodía llegó un hombre del gremio de los trocadores a decirnos que la nueva mano de obra llegaría en breve. Además, se nos ofreció una disculpa oficial por los sucesos de la noche anterior. Nos contó también que tras mucha discusión se había decidido aumentar la presencia de la milicia a partir de ahora. Malchuskin protestó, el trocador se mostró de acuerdo con él; la decisión se tomó en contra de su opinión.

Yo estaba confundido con todo esto. Por una parte, no profesaba una gran admiración hacia los milicianos, sin embargo su presencia podría evitar una repetición de esta clase de problemas, era un mal necesario y en cierto modo inevitable.

Malchuskin comenzaba a inquietarse por el retraso. Imaginé que su impaciencia se debía a la necesidad constante de recuperar el tiempo perdido, cuando se lo mencioné comprobé que no le preocupaba tanto como yo pensaba.

—Le recuperaremos tiempo al óptimo en el próximo remolque —me dijo—. El retraso de la vez anterior se debió a la loma. Eso ya quedó atrás, el terreno estará nivelado durante los próximos kilómetros. Me inquieta más el estado de las vías de detrás de la ciudad.

—La milicia las protegerá —dije.

—Sí... pero ellos no pueden evitar que se tuerzan. Ese es el peligro principal de dejarlas allí.

—¿Por qué?

Malchuskin me miró intensamente.

—Estamos a mucha distancia al sur del óptimo. ¿Sabes lo que eso significa?

—No.

—¿Todavía no has estado en el pasado?

—¿Qué significa?

—Un largo camino hacia el sur.

—No... no he estado.

—Bueno, entonces cuando vayas averiguarás lo que ocurre. Entretanto, cree lo que te digo. Mientras más tiempo dejemos las vías tendidas al sur de la ciudad, el riesgo de que queden inútiles aumenta.

Seguía sin haber rastro de la mano de obra. Malchuskin se marchó para hablar con otros dos hombres del gremio de los constructores de vías que acababan de salir de la ciudad. Tardó poco en regresar.

—Esperaremos otra hora y si no viene nadie para entonces cogeremos hombres de alguno de los otros gremios y emprenderemos el trabajo. No podemos esperar más.

—¿Puede hacer eso, usar gente de otros gremios?

—Los trabajadores contratados son un lujo, Helward —me informó—. En el pasado los hombres de mi gremio construían las vías sin ayuda de nadie del exterior. Mover la ciudad es la principal prioridad y nada puede interponerse en su camino. Si fuera necesario, sacaríamos a los de la ciudad aquí fuera a tender vías.

De repente se relajó, se tumbó en el suelo y cerró los ojos. El sol estaba en todo lo alto, calentando más de lo habitual. Advertí la presencia de un frente de nubes al noroeste; la brisa era reposada y la humedad mayor de lo normal. Quedaba un rato antes de que las nubes llegaran, y mi cuerpo magullado necesitaba echarse allí sin hacer nada, y no comenzar a trabajar en las vías.

A los pocos minutos, Malchuskin se incorporó y miró al norte. Un gran número de hombres liderados por cinco trocadores vestidos con sus capas y sus coloridos atuendos venía hacia nosotros.

—Bien... ahora empieza el trabajo —anunció Malchuskin.

A pesar de su mal disimulado alivio, quedaba mucho por hacer antes de empezar. Había que organizar a los hombres en cuatro grupos, y uno que hablara inglés tenía que ser nombrado líder. Luego se procedería al montaje de los camastros y a que ordenaran sus posesiones. Malchuskin se mostró optimista durante todas estas disposiciones, pese al retraso añadido.

—Tienen aspecto de tener hambre —dijo—. No hay nada como un estomago vacío para incitarlos a trabajar.

Eran sin duda un grupo de desaliñados. Todos iban vestidos, pero pocos iban calzados, y la mayoría llevaba el pelo largo y las barbas ralas sin afeitar. Sus ojos aparecían hundidos en sus rostros, varios incluso tenían la barriga hinchada por la

falta de alimento. Uno o dos caminaban con dificultad, otro tenía un brazo mutilado.

—¿Son aptos para el trabajo? —le pregunté discretamente a Malchuskin.

—No del todo. Unos pocos días, una buena alimentación, y servirán. Muchos tucos tienen este aspecto cuando los contratamos.

Quedé conmocionado por su apariencia. El modo de vida en aquellos lares era tan terrible como me lo había pintado Malchuskin. Siendo así era fácil entender su resentimiento hacia la gente de la ciudad. Pensé que la ciudad les daba algo que no tenían, les proporcionaba una breve insinuación de lo que significaba estar bien alimentado y llevar una vida cómoda. Una vez terminaba su labor, la ciudad seguía su camino y debían regresar a su antigua existencia.

Se les dio algo de alimento a los hombres, cosa que aumentó el retraso. No obstante, Malchuskin parecía más optimista que nunca.

Finalmente, estuvimos listos para comenzar. Se dividió a los hombres en cuatro grupos, cada uno encabezado por un hombre del gremio. Entonces partimos hacia la ciudad para recoger los vagones y desplazarnos al sur por las vías. Los milicianos continuaban su guardia a ambos lados del trazado. Al cruzar la loma comprobamos que la presencia de los guardias era considerable alrededor de los amortiguadores en el valle que, hasta hace poco, ocupábamos.

Al contar con cuatro equipos tendiendo las vías existía el incentivo adicional de la competencia que se creaba entre ellos. Aunque quizá fuera demasiado pronto para que empezaran con ella; eso vendría con el tiempo.

Malchuskin detuvo el vagón a escasa distancia del amortiguador y le explicó al líder del grupo, un hombre de mediana edad llamado Juan, lo que debía hacerse. Juan se lo comunicó a sus hombres, que asintieron al comprenderlo.

—No tienen la menor idea de lo que han de hacer —me reveló Malchuskin, riendo—. Solo fingen entenderlo.

La primera tarea era desmontar el tope y desplazarlo por la vía hasta una posición detrás de la ciudad. Malchuskin y yo no habíamos hecho más que empezar a explicarles los pasos a seguir para realizar la maniobra de desmontaje cuando el sol se ocultó y la temperatura bajó abruptamente.

Malchuskin miró al cielo.

—Va a estallar una tormenta.

Tras ese comentario ya no le dedicó más atención al clima y continuamos con el trabajo. El primer trueno retumbó en el cielo a los pocos minutos y se sucedieron otros tantos antes de que la lluvia comenzara a caer. Los hombres se alarmaron, pero Malchuskin les impidió parar. Pronto la tormenta estuvo justo encima de nosotros, los relámpagos lo iluminaban todo y los truenos descargaban de tal modo que incluso me asusté. El trabajo no se detuvo a pesar de que no tardamos en estar todos empapados. Oí las primeras quejas, que fueron acalladas por Malchuskin a través de Juan.

La lluvia cesó y el sol volvió a brillar al tiempo que trasladábamos las distintas partes del tope por la vía. Uno de los hombres entonó un canto y pronto los demás se unieron. Malchuskin parecía feliz. El día de trabajo finalizó con la colocación del tope unos metros por detrás de la ciudad. Los otros equipos también pararon una vez montaron los suyos.

Al día siguiente empezamos temprano. Malchuskin seguía de buen humor, aunque insistía en su deseo de reanudar los trabajos tan rápido como fuera posible.

Advertí claramente la causa de su preocupación en cuanto desmontamos las vías más al sur. Las barras que sostenían los raíles a las traviesas estaban torcidas. Tuvimos que arrancarlas manualmente, lo que las arqueó más si cabe, hasta el punto de que no iban a poder ser reutilizadas. Igualmente, al presionar las barras de madera contra las traviesas, estas se astillaron por muchos lugares y varios de los cimientos sufrieron grietas. Malchuskin me comentó que las traviesas podrían reciclarse.

Afortunadamente, los raíles sí se mantenían en buenas condiciones. Malchuskin pensaba que estaban un poco combados, pero que podrían enderezarse sin demasiado esfuerzo. Conversó unos instantes con los otros hombres del gremio y se decidió dejar de usar un rato los vagones para concentrarse en desmontar las vías para que no se estropearan más. Era una decisión con sentido, teniendo en cuenta que nos encontrábamos a tres kilómetros de la ciudad y que cada viaje en el vagón consumía un tiempo considerable.

Al final del día remontamos la vía hasta un punto donde el efecto de la torcedura apenas se notaba. Malchuskin y los otros se mostraron satisfechos. Acabamos la jornada cuando los vagones estuvieron cargados con todas las vías y traviesas que cupieron.

Y así se desempeñó mi labor en las vías. Tras mi período de diez días de trabajo, la retirada de los viejos tramos iba avanzada, la mano de obra funcionaba bien en grupos y el nuevo tramo de vías al norte de la ciudad estaba siendo tendido. En el momento de mi marcha vi a Malchuskin más contento que nunca. No me sentí en absoluto culpable de tomarme mi permiso de dos días.

Victoria me esperaba en su habitación. Mis hematomas y magulladuras ya se habían curado casi por completo, por lo que decidí no comentar nada del asunto. Era evidente que no le habían llegado noticias de la trifulca: no me preguntó nada al respecto.

Aquella mañana di un paseo hasta la ciudad tras abandonar la cabaña de Malchuskin, disfruté de esas horas tempranas en las que el sol todavía no castigaba en exceso. Con esa sensación, le sugerí a Victoria que subiéramos a la plataforma.

—Creo que a esta hora está cerrada —me dijo—. Iré a ver.

Desapareció unos momentos y al regresar lo confirmó.

—Supongo que la abrirán después del mediodía —dije, pensando que para entonces el sol ya no sería visible desde la plataforma.

—Quítate la ropa —me ordenó—. Hace falta lavarla de nuevo.

Comencé a desvestirme. De repente, Victoria se echó sobre mí para rodearme con los brazos. Al besarnos nos dimos cuenta de que en realidad estábamos muy contentos de vernos.

—Te estás poniendo fuerte —me dijo al tiempo que me quitaba la camisa y me pasaba una mano por el pecho.

—Es por todo lo que estoy trabajando —dije, desabotonándole a ella el vestido.

A consecuencia de este cambio de planes, Victoria tardó un rato en llevar la ropa a la lavandería. Aproveché el momento de soledad para disfrutar de la comodidad de una cama de verdad.

Tras comer algo como almuerzo, advertimos que el acceso a la plataforma estaba abierto, así que subimos. Esta vez no estábamos solos, dos hombres de la administración educativa que nos conocían del orfanato habían llegado antes que nosotros. Nos enfrascamos en un aburrido intercambio de relatos sobre lo acaecido desde nuestra mayoría de edad. Por la expresión de su rostro advertí que Victoria estaba tan aburrida como yo, pero ninguno de los dos hicimos ademán de acabar con la charla.

Los hombres terminaron por despedirse y regresar al interior.

Victoria me guiñó el ojo y se echó a reír.

—Dios mío, me alegro de que ya no estemos en el orfanato —declaró.

—Lo mismo digo. Y yo que pensaba que nuestros profesores eran gente interesante...

Nos sentamos juntos a mirar el paisaje. Desde esta zona de la ciudad era imposible ver lo que ocurría en el lateral, donde yo sabía que los equipos de trabajo se estaban desplazando por las vías de norte a sur en los vagones.

—Helward, ¿por qué se mueve la ciudad?

—No lo sé. Al menos no con total certeza.

—Ignoro lo que los gremios creen que pensamos al respecto. Nadie habla sobre ello, aunque solo hace falta venir aquí arriba para darse cuenta de que la ciudad se ha movido. Si le preguntas a cualquiera te dicen que eso no es asunto de un funcionario. ¿No podemos ni siquiera hacer preguntas?

—¿No os dicen nada?

—Nada en absoluto. Hace un par de días subí aquí y descubrí que la ciudad se había movido. La plataforma estuvo cerrada durante dos días seguidos y se nos pidió que aseguráramos los objetos sueltos del mobiliario. Eso fue todo.

—De acuerdo —dije—, dime una cosa. Cuando la ciudad se estaba moviendo, ¿fuiste consciente de ello?

—No... o eso creo al menos. No me di cuenta hasta después. No se me ocurre ningún suceso digno de mención al recordar aquel día en que se supone que se movió. Siempre he vivido aquí dentro, supongo que durante toda mi vida me he acostumbrado a sus movimientos ocasionales. ¿Va la ciudad por una carretera?

—Por un sistema de vías.

—¿Y eso por qué?

—No debería decírtelo.

—Me prometiste que lo harías. Además, no veo que daño puede hacer que me digas cómo se mueve... porque está claro que se mueve.

De nuevo el viejo dilema. Al margen de que entrara en conflicto con el juramento, lo que Victoria decía tenía sentido. Paulatinamente, estaba comenzando a cuestionarme la validez del juramento, sentía que sus valores se derrumbaban a mi alrededor.

—La ciudad se mueve hacia algo llamado óptimo, que se encuentra al norte de ella. En este momento estamos a cinco kilómetros y medio del óptimo.

—¿Entonces se detendrá pronto?

—No... eso es lo que no tengo claro. Al parecer la ciudad no podría parar aunque lo alcanzara. El óptimo siempre permanece en movimiento.

—¿Entonces qué sentido tiene tratar de alcanzarlo?

No le di una respuesta a eso, simplemente porque no la sabía.

Victoria continuó haciendo preguntas y acabé contándole todo lo referente a mi trabajo en las vías. Traté de describirle mis labores con el menor detalle posible, sin embargo era difícil saber hasta qué punto estaba rompiendo el juramento, ya fuera intencionada o realmente. Me di cuenta de que me remitía continuamente al juramento cada vez que le contaba algo.

—Mira, no me hables más sobre esto. Es obvio que no quieres hacerlo —acabó por decirme.

—Solo estoy confuso —admití—. Se me ha prohibido hablar, pero tú me has

hecho ver que no tengo ningún derecho a ocultarte lo que sé.

Victoria guardó silencio durante un par de minutos.

—No sé tú —dijo después—, pero en estos últimos días he empezado a odiar profundamente el sistema de gremios.

—No eres la única. No he oído a muchos que lo alaben.

—¿No crees que puede ser que aquellos que están a cargo de los gremios los mantienen en funcionamiento incluso después de que hayan cumplido su propósito original? Me parece que el sistema funciona a base de la supresión del conocimiento. No veo el beneficio en ello. Me ha vuelto una persona infeliz y seguro que no soy la única.

—Quizá me convierta en eso que tanto odias cuando sea un miembro de pleno derecho de mi gremio.

—Espero que no —me dijo riendo.

—Sucedé algo curioso —le dije—. Cada vez que le pregunto cosas como estas a Malchuskin, el hombre con el que trabajo, me dice que lo averiguaré todo a su debido tiempo. Es como si los gremios tuvieran una buena motivación para hacer todo esto, tiene que ver de alguna manera con la razón por la que la ciudad ha de moverse... pero eso es todo. Cuando estoy fuera todo es trabajo, no hay tiempo para preguntas. Lo que es obvio es que mover la ciudad es la prioridad principal.

—Si alguna vez lo descubres, ¿me lo contarás?

Pensé en ello durante un momento.

—No sé si puedo prometerte tal cosa.

Victoria se levantó súbitamente y se apoyó en la barandilla de la plataforma, alejada de mí, mirando el campo del exterior sobre los tejados de los edificios de la ciudad. No hice ademán de ir junto a ella, era una situación difícil. Ya le había dicho demasiado, sus constantes demandas de más y más información solo provocaban que mi cargo de conciencia aumentara. Sin embargo, no podía negarle nada.

A los pocos minutos volvió al asiento y se sentó a mi lado.

—He averiguado cómo casarnos —me dijo.

—¿Otra ceremonia?

—No, es mucho más simple. Tenemos solo que firmar unos formularios y darles una copia a nuestros respectivos jefes. Los tengo arriba... Son muy sencillos.

—Entonces podemos firmarlos ahora mismo.

—Sí. —Me miró muy seria—. ¿Quieres?

—Por supuesto. ¿Y tú?

—Sí.

—¿A pesar de todo?

—¿Qué quieres decir? —me preguntó.

—A pesar del hecho de que tú y yo no podamos tener una conversación en la que

no nos topemos con algo de lo que no pueda o no deba hablarte y del hecho de que tú pareces culparme de ello.

—¿Eso te preocupa? —dijo.

—Sí, mucho.

—Podríamos posponer lo de casarnos, si lo prefieres.

—¿Resolvería eso algo? —espeté.

No tenía claro lo que pasaría si Victoria y yo rompiésemos nuestro compromiso. Al haber sido los gremios la causa de que se nos presentara como futura pareja, ¿qué nueva brecha significaría para mi juramento el decir ahora que ya no nos casábamos? Por otra parte, tras la presentación oficial no parecía haber demasiada presión sobre nosotros para que formalizáramos el compromiso. Por lo que a nosotros respectaba, las molestias causadas por las limitaciones del juramento eran la única diferencia entre nosotros. Sin ellas me parecía que éramos perfectos el uno para el otro.

—Dejémoslo un tiempo —propuso Victoria.

Ese mismo día regresamos a la habitación y el ambiente se relajó considerablemente. Hablamos mucho, evitando cuidadosamente aquellos temas de conversación que ambos sabíamos que causaban problemas... y para cuando nos fuimos a la cama nuestra actitud había cambiado. A la mañana siguiente firmamos los formularios y se los llevamos a los líderes de cada gremio. Futuro Clausewitz no estaba, pero encontré a otro futuro y este lo aceptó en su nombre. Todo el mundo parecía satisfecho. Ese mismo día pasamos mucho tiempo con la madre de Victoria, que nos comentó las nuevas libertades y ventajas de que disfrutaríamos siendo una pareja casada.

Antes de abandonar la ciudad para reunirme con Malchuskin en las vías recogí las pertenencias que me quedaban en el orfanato y me mudé oficialmente con Victoria. Era un hombre casado. Tenía mil cuarenta y tres kilómetros de edad.

Los siguientes kilómetros transcurrieron en mitad de una rutina generalmente agradable. Durante mis visitas a la ciudad la vida junto a Victoria era cómoda, feliz y amorosa. Ella me contaba muchas cosas sobre su trabajo y así aprendí cómo transcurría la vida diaria en la ciudad. A veces me preguntaba sobre mi labor en el exterior, sin embargo su curiosidad se fue apagando o simplemente se lo pensaba dos veces antes de interrogarme en demasía. Su resentimiento nunca salió a flote con la intensidad de las primeras veces.

Mi aprendizaje progresaba fuera de la ciudad. A medida que mi participación en las actividades de la ciudad aumentaba, me iba dando cuenta de que su desplazamiento era un esfuerzo mutuo.

Antes de finalizar mi último kilómetro y medio junto a Malchuskin me comunicaron que por orden de Clausewitz iba a ser transferido a la milicia. Fue una desagradable sorpresa, yo creía que al acabar mi preparación en las vías empezaría de inmediato a trabajar con el gremio de los exploradores del futuro, el mío. Por el contrario descubrí que iban a reubicarme en un gremio de primer orden cada cuatro kilómetros y medio.

Sentía tener que dejar a Malchuskin, su extraordinaria entrega al extenuante trabajo en las vías poseía para mí un valor innegable. Tras remontar la loma, el terreno era menos escabroso y las vías más fáciles de colocar. El nuevo grupo de hombres trabajaba sin quejarse, así que el descontento de vías Malchuskin parecía haberse desvanecido por completo.

Antes de presentarme ante la milicia busqué a Clausewitz. No quería armar un escándalo, simplemente me preguntaba el motivo de aquella decisión.

—Es una práctica habitual, Mann —me dijo.

—Señor, pensaba que ya estaba preparado para entrar en mi gremio.

El hombre se sentaba relajadamente tras su escritorio, en absoluto molesto por mi vaga protesta. Supuse que mis dudas eran algo común.

—Es necesario mantener activa una milicia completa. A veces se hace necesario alistar a hombres de otros gremios para defender la ciudad. En tales casos no tenemos tiempo material para entrenarlos en un intervalo tan corto. Por eso, todos los miembros de un gremio de primer orden pasan una época sirviendo en la milicia, y tú no vas a ser una excepción.

Aquello no daba lugar a la discusión. Así fue como me convertí en balletero de segunda clase Mann durante los siguientes cuatro kilómetros y medio.

Fue un período detestable, me ofuscaba la pérdida de tiempo y la aparente insensibilidad de los hombres con los que estaba forzado a trabajar. Era consciente de que me estaba complicando la vida voluntariamente. Y así era, a las pocas horas ya

me había convertido en el recluta más impopular de toda la milicia. Mi único alivio era la presencia de otros dos aprendices (uno del gremio de los trocadores y otro del de los constructores de vías), que parecían compartir mi punto de vista. Ellos, por su parte, tuvieron el acierto de tratar de adaptarse a la nueva compañía y sufrieron menos que yo.

Los barracones de la milicia eran dos grandes dormitorios que se ubicaban en una zona próxima a los establos, en la base de la ciudad. Se nos obligaba a vivir, comer y dormir en unas condiciones de hacinamiento y suciedad intolerables. Durante el día soportábamos sesiones inacabables de entrenamiento en las que emprendíamos largas marchas por el campo, se nos enseñaba a luchar sin armas, a atravesar ríos a nado, subir a los árboles, comer hierba y otras actividades igualmente inútiles. Al terminar mis cuatro kilómetros y medio de rotación había aprendido a disparar con la ballesta y a defenderme en la lucha cuerpo a cuerpo. Además, me creé amargas enemistades con ciertas personas de cuyo camino tuve que apartarme desde aquel momento en adelante. En general, toda la experiencia fue una pérdida de tiempo.

Me transfirieron luego al gremio de tracción, donde fui mucho más feliz. De hecho, desde entonces hasta el final de mi período como aprendiz, mi vida fue agradable y fructífera.

Los hombres responsables de la tracción de la ciudad eran tranquilos e inteligentes, unos trabajadores entregados. No se trataba de personas de movimiento rápido y apresuradas, pero el trabajo que se les encomendaba se hacía a tiempo y bien.

La única experiencia previa que tuve con ellos (el día que presencié el remolque de la ciudad) no me dio pistas sobre hasta dónde se extendían sus responsabilidades. El personal de tracción no se dedicaba simplemente a mover la ciudad, sino que se encargaba también de otros asuntos internos de esta.

Averigüé que en el centro de la ciudad, en su nivel más bajo, se ubicaba un gran reactor nuclear. De él derivaba toda la energía de la ciudad y los hombres que lo manejaban se ocupaban además de las comunicaciones y del sistema sanitario. Muchos de los miembros del gremio de tracción eran ingenieros hidráulicos. Por las tripas de la ciudad circulaba un complicado sistema de tuberías que se aseguraba de que continuamente se reciclara prácticamente hasta la última gota de agua. El sintetizador de comida, tal y como descubrí horrorizado, se basaba en un dispositivo de filtrado de desechos. Aunque, si bien era manejado y programado por funcionarios del interior de la ciudad, era en la sala de tuberías del gremio de tracción donde se determinaba la cantidad, y en cierto modo la calidad, de la comida sintética.

Darle energía a los cabrestantes era una prioridad casi secundaria para el reactor.

Existían seis cabrestantes cuya construcción tenía lugar en una enorme fundición que recorría de este a oeste la base de la ciudad. De esos seis, cinco se usaban al

mismo tiempo mientras el otro iba rotando. La primera causa de preocupación eran los ejes, que tras muchos kilómetros de uso estaban muy gastados. En el tiempo que pasé en tracción se reavivó el debate sobre si el remolque debería realizarse con cuatro cabrestantes, dando así tiempo a reparar los ejes, o se debería incrementar a seis para reducir el desgaste de estos. Parece que el consenso fue continuar con el actual sistema, pues no se tomaron decisiones definitivas al respecto.

Una de las tareas de las que me encargué allí fue la comprobación de los cables. Era una labor recurrente, ya que los cables estaban tan desgastados como los cabrestantes y se producían roturas con mayor frecuencia de lo deseable. Lo ideal hubiera sido que las roturas jamás ocurrieran, con todo, cada uno de los seis cables de la ciudad se habían reparado en varias ocasiones y, además de la debilidad que esto les causaba, estaban comenzando a deshilacharse en ciertos tramos. Por lo tanto, antes de cada maniobra de remolque los cables se examinaban centímetro a centímetro, se limpiaban, se engrasaban y las zonas deshiladas eran reforzadas.

En la sala del reactor las conversaciones giraban en torno al territorio perdido respecto al óptimo, a cómo se podrían mejorar los cabrestantes o conseguir mejores cables. El gremio entero parecía bullir con ideas, a pesar de que no eran hombres a los que agradaran las teorías. La mayor parte de su trabajo trataba sobre asuntos mundanos. Por ejemplo, en el gremio se comenzó a hablar de la posible construcción de una nueva reserva de agua para la ciudad.

Un agradable beneficio de este aspecto de mi aprendizaje fue que podía pasar las noches con Victoria. En ese tiempo, tras mi jornada de trabajo llegaba a casa sucio y acalorado, disfrutaba de las comodidades de la vida doméstica y de las satisfacciones de un provechoso trabajo.

Un día, mientras ayudaba a transportar mecánicamente un cable hacia un alejado poste en el exterior de la ciudad, le pregunté al hombre que me acompañaba por Gelman Jase.

—Es un viejo amigo mío, fue aprendiz en este gremio ¿le conoce?

—¿Tiene más o menos tu edad?

—Es un poco mayor.

—Tuvimos a un par de aprendices hace unos kilómetros. No recuerdo sus nombres. Puedo mirar el registro si quieres.

Tenía ganas de encontrarme de nuevo con Jase, hacía mucho que no le veía, estaría bien comparar experiencias con alguien que estaba atravesando por el mismo proceso que yo.

Ese mismo día me confirmaron que Jase era efectivamente uno de esos dos aprendices que me mencionó el hombre. Pregunté cómo podría contactar con él.

—No va a estar accesible durante un tiempo.

—¿Dónde se encuentra? —pregunté.

—Ha abandonado la ciudad. Está en el pasado.

Por desgracia, mi etapa en el gremio de tracción acabó y los siguientes cuatro kilómetros y medio los pasé en el de los trocadores. Recibí la noticia con una mezcla de sensaciones. Albergaba un buen recuerdo de aquella dolorosa experiencia de primera mano en sus operaciones. Me sorprendió saber que iba a trabajar con el trocador Collings y aún más el hecho de que él mismo hubiera solicitado que así fuera.

—Llegó a mis oídos que ibas a unirme a nuestro gremio durante cuatro kilómetros y medio —me dijo—. Me gustaba la idea de poder enseñarte que nuestro trabajo no siempre consiste en tratar con tucos con ganas de pelea.

Como los otros miembros de un gremio, Collings disponía de una habitación en una de las torres delanteras de la ciudad y allí fue donde me enseñó un largo rollo de papel con un plano dibujado.

—La mayor parte de todo esto no es relevante para nosotros. Es un mapa del terreno compilado por los futuros. —Me indicó los símbolos que marcaban las montañas, ríos, valles e inclinaciones del paisaje, una información vital para los hombres que planeaban la ruta que tomaría la ciudad en su lento y trabajoso camino hacia el óptimo—. Estos cuadrados negros representan asentamientos. Es lo que nos interesa. ¿Cuántas lenguas hablas?

Le confesé que nunca fui muy hábil con las lenguas en el orfanato. Solo hablaba francés, aunque ni mucho menos lo dominaba.

—No supone un problema si no te vas a unir permanentemente a nuestro gremio —dijo—. Las lenguas son nuestro modo de comercio.

Me contó que los lugareños hablaban español y que él y los otros miembros del gremio de los trocadores tuvieron que aprenderlo con la ayuda de uno de los libros de la biblioteca de la ciudad, ya que no había descendientes hispanos en la ciudad. Se las arreglaban bien, aunque a veces encontraban dificultades para comprender algunos dialectos.

Collings me reveló que de todos los gremios de primer orden, el de los constructores de vías era el único que necesitaba contratar mano de obra de manera regular. Los constructores de puentes en ocasiones requerían hombres para cortos espacios de tiempo, pero en general el trabajo prioritario de los trocadores era contratar jornaleros para la labor en las vías... y para lo que Collings definió como «transferencias».

—¿Qué es eso? —pregunté de inmediato.

—Es lo que nos convierte en impopulares. La ciudad busca pueblos donde escasea la comida, donde la pobreza es la nota imperante. Por suerte esta es una región pobre y eso nos coloca en una posición dominante para comerciar. Nosotros podemos ofrecerle a esta gente comida, tecnología para ayudar en sus cultivos,

medicinas o energía eléctrica; a cambio, los hombres trabajan para nosotros y tomamos prestadas a algunas de sus mujeres. Las jóvenes vienen a vivir a la ciudad una temporada y si todo va bien dan a luz a nuevos ciudadanos.

—He oído esas historias —dije—. Me cuesta creer que sean ciertas.

—¿Por qué no?

—¿Acaso no es... inmoral? —pregunté vacilante.

—¿Es inmoral querer repoblar la ciudad? Sin sangre fresca moriríamos en un par de generaciones. La mayoría de los bebés nacidos en la ciudad son niños.

Recordé entonces el motivo de la pelea con los tucos.

—Las mujeres que vienen a la ciudad a menudo están casadas, ¿no es verdad?

—Sí... solo se quedan para dar a luz a un bebé. Después de eso son libres de marcharse.

—¿Qué pasa con el bebé?

—Si nace una niña se queda en la ciudad y es criada en el orfanato. Si es un niño, la madre se lo lleva o lo deja aquí, la decisión es suya.

Al fin comprendí por qué se mostró Victoria tan insegura al hablar de este tema. Mi madre llegó a la ciudad procedente de una de esas aldeas y, tras echarme al mundo, regresó a ella. No quiso llevarme consigo, me rechazó. No sentí dolor alguno al ser consciente de esa circunstancia.

Los hombres del gremio de los trocadores, al igual que los exploradores del futuro, viajaban por los campos cabalgando a lomos de sus caballos. Yo nunca había aprendido a montar, así que cuando Collings y yo abandonamos la ciudad y nos dirigimos al norte nos desplazamos a pie. Algo más adelante me ilustró en el arte de la equitación, pues, según me dijo, la necesitaría cuando me uniera al gremio de mi padre. Tardé en lograr una buena técnica. Al principio me asustaba el caballo, me costaba controlarlo. Poco a poco me di cuenta de que el animal era dócil y de buen carácter, lo que influyó en que aumentara mi confianza. El animal respondió entonces mejor a mis órdenes, como si se hubiera dado cuenta de ello.

No nos alejamos demasiado de la ciudad, visitamos dos asentamientos ubicados al nordeste. Se nos recibió con cierta curiosidad, pero la conclusión de Collings fue que ninguna de las dos aldeas necesitaba las comodidades que podíamos ofrecerles y no hizo ningún intento de negociar. Me dijo que de momento disponíamos de mano de obra suficiente y que había mujeres transferidas de sobra.

Nuestra primera expedición al exterior se alargó durante nueve días en los que vivimos y dormimos al duro raso. Al regresar a la ciudad junto a Collings me enteré de que el Consejo de Navegantes había dado el visto bueno para la construcción de un puente. Según la interpretación que me ofreció Collings del asunto, existían dos posibles rutas para la ciudad. La del noroeste evitaba un estrecho barranco, pero conducía a un territorio montañoso repleto de altos y bajos. La otra ruta transcurría

por un terreno liso, pero requería de la construcción de un puente para sortear el barranco. Se eligió esta segunda opción, de tal modo que toda la mano de obra disponible había de ser desviada temporalmente al gremio de los constructores de puentes.

El puente era ahora la prioridad principal. Malchuskin y otros miembros del gremio de los constructores de vías fueron llamados al trabajo junto a sus equipos. Además, la mitad de los milicianos fueron relevados de otros deberes para que ayudaran en la tarea. Varios hombres de tracción supervisarían el diseño y la distribución del trazado de vías sobre el puente. Recaía en el gremio de los constructores de puentes la responsabilidad del diseño y la estructura del propio puente. Suya fue la decisión de contratar cincuenta trabajadores adicionales; los trocadores se pusieron a ello de inmediato.

Así pues, Collings y otro trocador abandonaron la ciudad rumbo a los asentamientos locales. Mientras tanto, yo me dirigí a la ubicación del futuro puente en el norte, donde se me puso a disposición del hombre encargado de supervisar su construcción: puentes Leroux, el padre de Victoria.

Al ver el barranco me di cuenta de que el puente presentaba varios problemas de infraestructura. Era ancho (alrededor de sesenta metros desde el punto de partida elegido), y las paredes de la roca eran rugosas y quebradizas. Al fondo corría un rápido riachuelo. Por si fuera poco, el lado norte del barranco era tres metros y medio más bajo que el lado sur, lo que significaba que la vía debería construirse unos metros en rampa tras salvar el barranco.

El gremio decidió que sería una estructura suspendida. No había tiempo suficiente para construir un puente voladizo o en arco. El otro método que se solía usar (un sistema de andamios de madera sobre el mismo barranco) era inviable, dada la naturaleza del abismo.

Los trabajos comenzaron inmediatamente con la construcción de cuatro torres fabricadas en acero tubular, dos al norte y dos al sur del barranco. A simple vista parecían poco estables. Un hombre murió durante las obras al caer de una de ellas. El percance no provocó retrasos. Cuando llegó el momento, retorné a la ciudad con un permiso. En esos días la remolcaron hacia delante; era la primera vez que me encontraba en el interior sabiendo que fuera estaban llevando a cabo una operación de remolque y me resultó curioso no sentir ninguna sensación de movimiento. Sí que noté un aumento del sonido ambiente, probablemente debido a los motores de los cabrestantes.

Durante ese permiso me enteré de que Victoria estaba embarazada, un anuncio que llenó de alegría a su madre. Yo estaba exultante, y por primera vez en mi vida bebí demasiado vino e hice el idiota más de la cuenta. A nadie pareció importarle.

De vuelta al exterior observé que el trabajo en las vías y los cables continuaba, si

bien con un recorte en la mano de obra, y que nos encontrábamos apenas a tres kilómetros del puente. De paso hablé con un hombre del gremio de tracción, que me comentó que el óptimo estaba a apenas dos kilómetros y medio.

De lo que me dijo deduje el hecho de que el propio puente estaría al norte del óptimo durante alrededor de ochocientos metros.

Tras esto vino un largo período de demora. La construcción del puente avanzaba con parsimonia. Las medidas de seguridad aumentaron a causa del incidente y los hombres de Leroux comprobaban muy a menudo la fortaleza de las estructuras. Nos enteramos de que las labores de tendido de vías llevaban retraso, algo que por un lado nos favorecía, pero por otro era motivo de ansiedad. Cualquier tiempo perdido en la infinita persecución del óptimo no era nada bueno.

Un día corrió el rumor de que el sitio de construcción del puente se encontraba sobre el óptimo mismo. Esa noticia me hizo mirar a mi alrededor con renovado interés. No percibí nada en especial. Me pregunté de nuevo cuál sería el significado de todo aquello. Los días pasaron y el óptimo siguió su arcano recorrido hacia el norte y, de paso, fuera de mis pensamientos.

Al hallarse todos los recursos de la ciudad dedicados al puente no tuve ocasión de avanzar en mi aprendizaje. Cada diez días se me concedía un permiso, al igual que al resto de miembros de los gremios. Ahora no era momento de adquirir nuevos conocimientos sobre el funcionamiento de cada uno de ellos. El puente era la prioridad.

En cambio, otros trabajos sí continuaron. A unos pocos metros al sur del puente se construyó un poste para los cables y se tendió un tramo de vías junto a él. En su momento, la ciudad fue remolcada sobre las vías y se quedó estacionada junto al barranco, esperando la finalización del puente.

La maniobra más complicada para su construcción consistía en pasar las cadenas por encima del barranco desde las torres del sur a las del norte, y luego suspender los raíles sobre ellas. El tiempo transcurría y Leroux y los otros miembros de los gremios comenzaban a preocuparse. Comprendí que su nerviosismo se debía a que a medida que el óptimo se desplazaba al norte, alejándose del puente, la construcción de este se vería afectada por un problema que Malchuskin me había mostrado en el tramo de vías al sur de la ciudad; era probable que se torciera. Aunque el diseño del puente estaba pensado de tal modo que compensara esa circunstancia, existía un límite de tiempo. Los trabajos no paraban por las noches, cuando se encendían varios poderosos focos alimentados desde la ciudad. Los permisos se suspendieron y se siguió un sistema de turnos.

Las tablas de madera para los raíles fueron clavadas al mismo tiempo que Malchuskin y sus colegas tendían las vías. Entretanto, se erigieron postes para los cables en el lado norte, junto a las elaboradas rampas de nueva construcción.

La ciudad estaba tan cerca que se nos permitía dormir en nuestras habitaciones del interior. Encontraba chocante el contraste entre la febril actividad del exterior y la tranquilidad del trabajo diario en la ciudad. Mi comportamiento reflejaba esa confusión, pues el interés de Victoria por hacerme preguntas sobre mi trabajo se renovó.

A pesar de todo, el puente pronto estuvo listo. Se produjo un nuevo retraso, de un día, cuando Leroux y los otros hombres de su gremio emprendieron una serie de complicadas pruebas. Sus rostros mostraban expresiones de preocupación, a pesar de haber afirmado que el puente era seguro. Aquella noche la ciudad se preparó para el remolque.

Los hombres de tracción dieron su consentimiento en los albores del amanecer. La ciudad avanzó con infinito sigilo. Yo me coloqué en una de las dos torres en suspensión al sur del barranco. Noté una tremenda vibración, causada por la tensión de las cadenas cuando las ruedas delanteras de la ciudad marcharon lentamente por las vías. Bajo la tenue luz del amanecer contemplé las cadenas de suspensión curvarse por el peso, el tramo de vías estaba hundiéndose sensiblemente por la inmensa carga que soportaba. Vi a los miembros del gremio de los constructores de puentes agazapados a mi lado en la torre, a pocos metros de mí. Toda su atención estaba en los medidores de carga que estaban conectados a las cadenas superiores. Ninguno de los presentes en la operación hablaba ni movía un músculo, como si la menor interrupción pudiera afectar al equilibrio de la estructura. La ciudad continuó moviéndose y pronto todo el tramo de vías sobre el puente soportaba ya su peso total.

El silencio se rompió violentamente. Uno de los cables chasqueó causando un fuerte sonido que hizo eco en las paredes rocosas del barranco. Cayó como un látigo contra una formación de milicianos. Un temblor físico recorrió la estructura de la ciudad y desde sus tripas alcancé a oír la queja del cabrestante recién liberado, enmudecida cuando los hombres de tracción que controlaban el diferencial lo estabilizaron. La ciudad se desplazaba de manera considerablemente más lenta con solo cuatro cables. En la zona norte del barranco, el cable roto estaba tendido en el suelo como una serpiente enroscada sobre los cuerpos mutilados de cinco de los milicianos.

La etapa más crítica del cruce había acabado. La ciudad se desplazó entre las dos torres septentrionales y comenzó a deslizarse pausadamente por la rampa hacia los postes de los cables. Pronto se detuvo, pero nadie habló. No hubo sensaciones de alivio ni gritos de celebración. En el otro lado del barranco, los cuerpos de los milicianos fueron colocados en parihuelas para llevarlos a la ciudad. Quedaba mucho por hacer aunque en esos momentos ya estuviera a salvo. El puente causó una demora inevitable. Ahora la ciudad se encontraba siete kilómetros por detrás del óptimo. Las vías tenían que ser retiradas; los cables rotos, reparados; las torres de suspensión y las

cadenas, desmanteladas y guardadas para un futuro uso.

La ciudad volvería a ser remolcada pronto... siempre hacia delante, siempre buscando el norte en persecución de un óptimo que continuamente se las arreglaba para adelantarse unos pocos kilómetros.

Segunda parte

Helward Mann iba de pie sobre los estribos de una gran yegua oscura. Apoyaba la cabeza a un lado del cuello del animal, regodeándose en la sensación de velocidad; el viento le agitaba el pelo, el terreno empedrado castigaba los cascos. Los musculosos miembros del animal estaban en permanente tensión ante el riesgo siempre presente de un tropiezo o una caída. Acababan de abandonar un primitivo asentamiento; ahora, los dos hombres cabalgaban por valles y sendas montañosas hacia el sur, donde la ciudad los aguardaba. La divisaron al fin en la distancia, tras una elevación del terreno. Helward aminoró la marcha y puso la yegua a medio galope antes de girar y retomar la ruta norte. Pronto pasaron del trote al paso. Helward desmontó en cuanto apretó el sol y anduvo al lado del caballo.

Sus pensamientos giraban en torno a Victoria, ya embarazada de muchos kilómetros. El funcionario médico decía que el embarazo iba bien, desde luego lucía un aspecto saludable y estaba muy guapa. A Helward le concedían últimamente algunos días de permiso adicionales para disfrutar de la compañía de su mujer. La ciudad recorría en esos momentos una orografía carente de complicaciones, lo cual era una suerte, ya que si fuera necesaria la construcción de otro puente o surgiera una emergencia de cualquier clase, se recortaría drásticamente su tiempo junto a Victoria.

Había trabajado mucho y muy duro con todos los gremios, exceptuando al suyo propio, el de los exploradores del futuro. Un día, trocador Collings le anunció que estaba cerca de finalizar el período de aprendizaje. De hecho, esa misma tarde iba a visitar a futuro Clausewitz para discutir formalmente sus avances. Helward ardía en deseos de que acabara el proceso. Aunque era aún un adolescente desde el punto de vista emocional, el conocimiento de los entresijos de la ciudad le había convertido en un adulto. Desde luego, durante estos kilómetros había aprendido lo bastante como para considerarse como tal. Era totalmente consciente de las prioridades de la ciudad, a pesar de desconocer sus razones, por lo tanto estaba listo para ser acreditado como un miembro de pleno derecho de un gremio. En esta etapa de su vida, su cuerpo ganó en envergadura y esbeltez y su piel cobró un saludable tono dorado. Un día de trabajo ya no le dejaba secuelas y apreciaba esa sensación de bienestar al saber que se había desempeñado bien una tarea. Era respetado por casi todos los hombres de los gremios en los que había trabajado, debido a su voluntad para trabajar duro sin hacer preguntas. En la ciudad, su vida personal se asentó en una relación amorosa estable con Victoria y se convirtió en un hombre conocido y aceptado en una ciudad cuya seguridad pronto podría serle confiada.

Helward estableció una buena relación de amistad con el trocador Collings. Después de servir los cuatro kilómetros y medio en cada uno de los gremios se le permitió elegir un tramo adicional de prácticas de ocho kilómetros en cualquier

gremio que no fuera el suyo. Sin dudarlo eligió volver a trabajar junto a Collings. La labor de trocador le resultaba atrayente, pues le permitía observar el modo de vida de los lugareños.

La zona por la que viajaba la ciudad era alta, los terrenos baldíos. Los asentamientos eran escasos, un conjunto de viviendas alrededor de uno o varios edificios destartados. La miseria era terrible, las enfermedades el pan nuestro de cada día. No parecía existir ningún tipo de administración centralizada, cada uno de las aldeas poseía sus propios rituales de organización. Algunas veces los recibían con hostilidad, otras entre una casi total indiferencia.

El trabajo del trocador se basaba ante todo en el buen juicio, en evaluar el estado y las necesidades de una comunidad en particular para negociar acorde a ellos. En la mayoría de los casos las negociaciones eran fútiles, la única cosa que todas las aldeas compartían era una especie de entregado letargo. Una vez Collings era capaz de suscitar algún tipo de interés, sus necesidades quedaban enseguida patentes. En general eran fáciles de afrontar. Gracias a sus altos niveles de organización y a la tecnología disponible, la ciudad había acumulado una gran cantidad de alimentos, medicinas y productos químicos que, por mor de la experiencia, sabía cómo administrar y en qué medida. Así pues, ofreciendo antibióticos, semillas, fertilizantes, purificadores de agua (o en algunos casos, la reparación puntual de algún edificio), los trocadores sentaban una buena base para luego realizar sus propias peticiones.

Collings trató de enseñarle español a Helward, pese a su poca habilidad para los idiomas. Aprendió unas pocas frases de escasa utilidad cuando la negociación se alargaba, cosa que pasaba a menudo.

Se acordaron los términos con el asentamiento que acababan de dejar. Se enviarían veinte hombres para trabajar en las vías de la ciudad y se les prometió el envío de otros diez procedentes de una pequeña aldea a poca distancia de esta. Además, cinco mujeres se prestaron voluntarias (o fueron obligadas, Helward no estaba seguro del todo y no se lo preguntó a Collings) para mudarse a la ciudad. Collings y él regresaban a casa para obtener los suministros prometidos y preparar a los diversos gremios para la nueva inyección temporal de población. Collings decidió que todas las personas deberían ser examinadas médicamente, lo cual suponía una carga adicional para los funcionarios médicos.

A Helward le gustaba trabajar al norte de la ciudad. Este sería pronto su territorio, aquí, más allá del óptimo era donde el gremio de los exploradores del futuro realizaba su trabajo. Frecuentemente veía a miembros de su gremio cabalgando al norte, adentrándose en las lejanas tierras por donde algún día discurriría la ciudad. Una o dos veces se encontró con su padre e intercambiaron algunas palabras. Helward había esperado que, tras su experiencia como aprendiz, cayeran las barreras que los separaban, pero la incomodidad que su progenitor sentía en su compañía seguía

estando igual de presente. Helward sospechaba que no había ninguna razón profunda o sutil para ello, ya que Collings le habló una vez del gremio del futuro y mencionó algo sobre su padre.

—Es un hombre con el que es difícil hablar —le dijo—. Es agradable si llegas a conocerle, pero bastante reservado.

Pasada media hora, Helward volvió a montar en su yegua y continuó a paso lento por la misma senda. Se acabó encontrando con Collings, que descansaba a la sombra de un gran peñasco. Helward se unió a él para compartir algo de comida. Como gesto de buena voluntad, el líder del asentamiento les había dado un gran pedazo de queso fresco del que comieron un poco. Un descanso de su dieta diaria de comida sintética era de agradecer.

—Si comen estas cosas —apuntó Helward—, no entiendo el uso que pueden darle a nuestra morralla.

—No te creas que comen esto todos los días, este era el único que les quedaba. Probablemente lo han robado de otro lugar, no vi que criaran ganado.

—¿Entonces por qué nos lo dieron?

—Nos necesitan.

Al poco rato ambos hombres siguieron su camino a pie llevando los caballos por las riendas. Helward tenía ganas de volver a la ciudad, aunque al mismo tiempo lamentaba el fin de esta fase de su período de aprendizaje. Se dio cuenta de que esta sería posiblemente la última vez que pasaría tanto tiempo con Collings, así que sintió la necesidad, largamente demorada, de hablar con él sobre un asunto que le atormentaba y del que no podía hablar con ninguno de los otros hombres con los que había entablado relación fuera de la ciudad. A pesar de todo, le dio otras cuantas vueltas más al tema en su cabeza antes de decidirse a sacarlo.

—Estás demasiado callado —le dijo Collings de repente.

—Lo sé... lo siento. Estaba pensando sobre todo esto. No sé si estoy preparado para convertirme en un hombre del gremio.

—¿Por qué?

—No es fácil decirlo. Es una duda vaga.

—¿Quieres hablar sobre ello?

—Sí. Eso es... ¿Puedo?

—No veo por qué no.

—Bueno... alguno de los miembros no querría hablar de ello —dijo Helward—. Estaba muy confundido la primera vez que salí de la ciudad y aprendí entonces a no hacer muchas preguntas.

—Depende de la naturaleza de las preguntas —dijo Collings.

Helward decidió abandonar sus intentos por justificarse.

—Se trata de dos cosas —comenzó—: el óptimo y el juramento. No estoy seguro

de ninguno de los dos.

—No me sorprende. He trabajado con docenas de aprendices en todos estos kilómetros, todos se preocupan por lo mismo.

—¿Puede contarme lo que quiero saber?

Collings meneó la cabeza.

—Lo del óptimo no. Eso te toca averiguarlo por ti mismo.

—Lo único que sé es que se desplaza hacia el norte. ¿Es una circunstancia arbitraria?

—No es arbitraria... siento no poder hablarte de ello. Te prometo que averiguarás muy pronto lo que quieres saber. ¿Qué problema tienes con el juramento?

Helward permaneció callado un momento.

—Si supiera que lo he roto, si se enterara ahora mismo, tendría que matarme, ¿verdad?

—En teoría sí.

—¿Y en la práctica?

—Me preocuparía unos días por el asunto y probablemente se lo mencionaría a alguien de otro gremio para ver lo que me aconsejaba. ¿No lo has roto, verdad?

—No estoy seguro.

—Será mejor que me hables de ello.

—De acuerdo.

Helward empezó a relatarle las preguntas que Victoria le había hecho al principio de su relación, tratando de no adentrarse demasiado en los detalles. Collings guardaba silencio, así que inevitablemente los derroteros de la historia adquirieron tintes más específicos y acabó contándole casi palabra por palabra todo lo que le había revelado a su esposa.

—No creo que tengas nada de lo que preocuparte —le dijo Collings una vez terminó de hablar.

Helward se sintió aliviado, pero ese pellizco en el estómago no le iba a desaparecer tan fácilmente.

—¿Por qué no?

—Contarle esas cosas a tu esposa no ha traído ningún mal a la ciudad.

Esta apareció en el horizonte mientras hablaban, rodeada de la acostumbrada actividad en torno a las vías.

—No puede ser tan simple como eso —insistió Helward—. El juramento es muy concreto en sus palabras y la pena por incumplirlo no es precisamente leve.

—Cierto... sin embargo los miembros de ahora lo heredaron de los originales. El juramento nos fue legado y nosotros lo legamos. Tú mismo lo harás cuando llegue tu momento. Eso no quiere decir que los gremios estén de acuerdo con él, sino que nadie ha aparecido con una buena alternativa.

—¿Entonces los gremios se desharían de él si les fuera posible? —preguntó Helward.

Collings sonrió.

—Eso no es lo que he dicho. La historia de la ciudad se remonta mucho tiempo atrás. El fundador fue un hombre llamado Francis Destaine, del que se cree que dictó los términos del juramento. Según se puede entender por los registros de aquel tiempo, un régimen de secretismo era deseable. Pero hoy en día... bueno, las cosas están un poco más relajadas.

—Sin embargo, el juramento continúa tal cual.

—Sí, y creo que sigue teniendo una función. Hay una gran cantidad de personas en el interior de la ciudad que no saben lo que pasa aquí fuera y que nunca lo sabrán. Esas personas son las que se ocupan de las labores administrativas. Tienen contacto con personas del exterior (las mujeres transferidas allí, por ejemplo), y si hablaran con demasiada libertad quizá la verdadera naturaleza de la ciudad se convertiría en algo común para la gente de fuera. Ya hemos tenido problemas con los lugareños, los tucos, como los llaman los de la milicia. La existencia de la ciudad es complicada, su seguridad debe resguardarse a toda costa.

—¿Estamos en peligro?

—En este momento no. Pero, si se produjera un sabotaje, el peligro sería inmediato y enorme. No somos muy populares en el estado actual de las cosas... no es muy beneficioso para nosotros que los lugareños conozcan nuestros puntos débiles.

—¿Entonces puedo hablar abiertamente con Victoria?

—Aplica tu propio juicio. Es la hija de Lerouex, ¿verdad? Una chica sensata. Mientras no le cuente a nadie lo que sabe, no puede hacer daño. Pero no hables con mucha gente.

—No lo haré —aseguró Helward.

—Y no vayas diciendo por ahí que el óptimo se mueve. No es así.

Helward lo miró sorprendido.

—Me dijeron lo contrario.

—Te informaron mal. El óptimo está quieto.

—¿Entonces por qué la ciudad nunca lo alcanza?

—De vez en cuando lo hace —admitió Collings—. No permanece allí mucho tiempo. El terreno se desplaza al sur y nos aleja de él.

Las vías se extendían hasta aproximadamente un kilómetro y medio al norte de la ciudad. Al pasar por su lado, Helward y Collings vieron cómo transportaban uno de los cables de los cabrestantes hacia una de las torres de arrastre. La ciudad avanzaría de nuevo en un día o dos.

Prosiguieron su camino hacia ella llevando a los caballos por sus riendas. En ese lado, el norte, se ubicaba el oscuro túnel que surcaba las entrañas de la ciudad, el único acceso oficial al interior.

Helward acompañó a Collings hasta los establos.

—Adiós, Helward.

Helward estrechó cálidamente la mano que le tendió.

—Lo dices con mucha rotundidad —señaló Helward.

Collings se encogió ligeramente de hombros.

—No voy a verte en algún tiempo. Buena suerte, hijo.

—¿Adónde vas?

—Yo a ningún sitio. Tú eres el que se va. Cuídate, aprende todo lo que puedas.

Antes de que a Helward pudiera responder, el hombre se dio la vuelta y se perdió en la oscuridad de los establos. Estuvo tentado de seguirle, pero su instinto le avisó de que no serviría de mucho. Quizá Collings ya le había dicho más de lo debido.

Con sentimientos encontrados, Helward cruzó el túnel en busca del ascensor. Cuando entró en él apretó el número correspondiente a la planta cuarta, donde se suponía que se encontraba Victoria.

No estaba en su habitación, así que fue a buscarla a la planta de producción de sintéticos. Aunque se hallaba embarazada de veintinueve kilómetros, su intención era seguir trabajando el mayor tiempo posible.

Al verlo dejó su puesto y ambos regresaron juntos a su habitación. Le quedaban dos horas antes de ir a visitar a futuro Clausewitz, tiempo que ocupó hablando de temas intrascendentes con su esposa. Luego, cuando hallaron la puerta abierta, pasaron unos minutos en la plataforma exterior.

A la hora señalada, Helward subió a la séptima planta, donde se ubicaban las salas de los diferentes gremios. No visitaba a menudo esta parte de la ciudad. Todavía se sentía ligeramente asombrado al encontrarse por los pasillos a los miembros de mayor edad de los gremios o a los mismísimos navegantes.

Clausewitz le esperaba en la sala del gremio de los exploradores del futuro, solo. Le dispensó un cordial recibimiento, incluso le ofreció algo de vino.

Una pequeña ventana de la sala de los futuros permitía disfrutar de una vista panorámica del norte de la ciudad. Al fondo, Helward distinguió los terrenos elevados donde había trabajado los días anteriores.

—Has progresado mucho, aprendiz Mann.

—Gracias, señor.

—¿Te sientes preparado para convertirte en un futuro?

—Sí, señor.

—Bien... por parte del gremio no vemos ninguna razón para que no sea así. Nos han llegado algunos buenos informes.

—Exceptuando el de la milicia —apuntó Helward.

—No debes preocuparte por eso. La vida militar no es para todo el mundo.

Helward se sintió ligeramente aliviado. Temía que lo poco que demostró en la milicia hubiera llegado a oídos de su gremio.

—El propósito de esta entrevista —continuó Clausewitz— es contarte lo que viene ahora. Aún te quedan cuatro kilómetros y medio de aprendizaje con nuestro gremio que, por lo que a mí respecta, son una mera formalidad. Antes de eso, no obstante, vas a dejar la ciudad. Probablemente estarás fuera una buena temporada. Forma parte de tu entrenamiento.

—¿Puedo preguntar cuánto tiempo exactamente? —quiso saber Helward.

—Es difícil decirlo. Varios kilómetros, eso seguro. Pueden ser quince, veinticinco o quizá ciento cincuenta, depende.

—Pero Victoria...

—Sí, entiendo que está esperando un hijo. ¿Cuándo cumple?

—Le quedan catorce kilómetros y medio —respondió Helward.

Clausewitz frunció el ceño.

—Me temo que para entonces estarás fuera. En realidad no hay otra alternativa.

—¿No puede posponerse esto para después del parto?

—Lo siento, no. Es algo que debes hacer. A estas alturas ya sabes que de vez en cuando la ciudad se ve obligada a negociar la incorporación de mujeres del exterior. Nos quedamos con esas mujeres el menor tiempo posible, pero incluso así rara vez permanecen en la ciudad menos de cincuenta kilómetros. Como parte del trato, las devolvemos sanas y salvas de vuelta a sus asentamientos... y tres mujeres desean marcharse precisamente ahora. Es costumbre en la ciudad que los aprendices las acompañen de regreso a casa, en particular ahora que vemos esta tarea como una faceta importante del proceso de entrenamiento.

La propia naturaleza de su trabajo forzó a Helward a convertirse en un hombre más seguro de sí mismo.

—Señor, mi esposa está esperando a mi primogénito. Debo permanecer a su lado.

—Esto no admite discusión.

—¿Y si me niego a ir?

—Se te mostrará una copia del juramento al que te sometiste y aceptarás el castigo que en él se prescribe.

Helward abrió la boca para protestar, pero vaciló. Evidentemente, este no era un buen momento para discutir la validez actual del juramento. El futuro Clausewitz estaba claramente conteniendo su ira, su rostro se había tornado escarlata al oír la resistencia de Helward a sus disposiciones. Se sentó y colocó las palmas de las manos sobre la mesa.

—Señor, ¿puedo apelar a su empatía? —dijo Helward en lugar de lo que realmente pensaba.

—Puedes, no obstante es inútil que lo hagas. Te sometiste a un juramento que colocaba la seguridad de la ciudad sobre el resto de asuntos. Las prácticas en tu gremio son una cuestión de seguridad para la ciudad, no hay más que hablar.

—Seguro que puede ser demorado. Me iría en cuanto naciera el bebé.

—No. —Clausewitz se dio la vuelta, y le puso delante una hoja grande de papel en la que aparecía un mapa y una lista de cifras—. Estas mujeres han de ser devueltas a sus hogares. Los asentamientos se alejarán peligrosamente durante los catorce kilómetros y medio que le quedan a tu mujer para dar a luz. Ahora se encuentran a unos sesenta y cinco kilómetros al sur de la ciudad. La realidad irrefutable es que eres el próximo aprendiz en este turno, debes ir.

—¿Es esa su última palabra, señor?

—Sí.

Helward soltó su intacta copa de vino y se dirigió a la puerta.

—Helward, espera.

Se detuvo junto a la puerta.

—Si tengo que irme, me gustaría despedirme de mi esposa.

—Te quedan unos días antes de partir. Te marcharás dentro de ochocientos metros.

Cinco días. Casi nada.

—¿Y bien? —dijo Helward, que ya no sentía la necesidad de mostrar las cortesías habituales.

—Siéntate, por favor. —Helward obedeció reticente—. No pienses que carezco de humanidad. Irónicamente, esta expedición te revelará por qué algunas de las costumbres de la ciudad parecen algo inhumanas. Así son las cosas, es nuestro camino y así se nos ha impuesto. Entiendo tu preocupación por... Victoria, no obstante debes ir al pasado. No existe una manera mejor de que entiendas la situación de la ciudad. Lo que allí te aguarda es la razón misma de la existencia del juramento, del aparente barbarismo de nuestras artes. Eres un hombre instruido, Helward... ¿Conoces alguna cultura civilizada a lo largo de la historia que haya traficado con mujeres por la simple y nada complicada razón de conseguir que gesten un bebé para luego, una vez cumplida su misión, devolverlas a su lugar de origen?

—No, señor. —Helward hizo una pausa—. Excepto...

—Excepto aquellas tribus primitivas de salvajes que violaban y saqueaban a su paso. Bueno, quizá nosotros solo seamos un poco mejor que ellos, el principio que aplicamos no es menos salvaje. Nuestros trueques no son a dos bandas, son a una, por mucho que parezca lo contrario. Nosotros proponemos el trato, bajo nuestros propios términos, pagamos el precio y lo encauzamos a nuestro modo. Lo que te animo a hacer es una necesidad, el hecho de que debas abandonar a tu esposa en el momento que más te necesita es una pequeña inhumanidad que nace de un modo de vida en sí mismo inhumano.

—Ninguno de ellos excusa al otro —dijo Helward.

—No... eso lo admito. El juramento nace también de las consecuencias de esos grandes actos inhumanos. Cuando realices este gran sacrificio personal, lo entenderás mejor.

—Señor, la ciudad debería cambiar sus formas.

—Comprobarás que eso es del todo imposible.

—¿Solo por viajar al pasado?

—Te quedarán muchas cosas claras. Aunque no todas. —Clausewitz se puso en pie—. Helward, por el momento has sido un buen aprendiz. Entiendo que en los próximos kilómetros continuarás trabajando duro y bien por la ciudad. Tienes una esposa bella y buena, mucho por lo que vivir. No estás amenazado de muerte, eso te lo prometo. La pena máxima que proclama el juramento nunca ha sido aplicada por lo que yo sé, pero te pido que ahora cumplas con esta tarea que la ciudad te encarga. Yo lo hice en mi momento, al igual que tu padre y todos los miembros de un gremio. Mientras hablamos, siete de tus colegas aprendices se encuentran en el pasado. Todos se han enfrentado a circunstancias personales parecidas a la tuya, pocos se han ido voluntariamente.

Helward le estrechó la mano a Clausewitz y fue a buscar a Victoria.

Los cinco días pasaron rápido. Helward estaba listo para la partida. No tenía dudas respecto al hecho de que debía irse, pero no fue fácil explicárselo a Victoria. Aunque al principio a ella la noticia le pareció terrible, su actitud acabó por cambiar.

—Tienes que ir, por supuesto. No me uses como excusa.

—¿Y qué pasa con el bebé?

—Estaré bien —dijo—. ¿Qué ibas a hacer aquí? ¿Dar vueltas y poner a todo el mundo nervioso? Los médicos cuidarán de mí. Este no es el primer embarazo del que se ocupan.

—¿Entonces no quieres que permanezca aquí contigo? —le preguntó.

Victoria le cogió una mano.

—Por supuesto —le dijo—. Pero recuerda lo que dijiste. El juramento no es tan rígido como pensabas. Sé que te vas y que cuando vuelvas ya no habrá ningún misterio. Tengo muchas cosas que hacer aquí y si lo que ese trocador Collings te contó sobre el juramento es cierto, luego podrás detallarme todo lo que veas.

Helward no estaba seguro de qué quería decir su esposa con aquello. De un tiempo a esta parte tenía la costumbre de confiarle casi todo lo que veía y hacía en el exterior de la ciudad; ella le escuchaba con gran atención. Había perdido el miedo a revelar todo, aunque le preocupaba que su interés siguiera creciendo, teniendo en cuenta además que hasta ahora solo le había contado meros detalles rutinarios.

Lo importante era que ya no tenía ningún motivo para intentar evitar el viaje al pasado. De hecho la idea le excitaba. Había oído demasiadas cosas del asunto, principalmente de forma indirecta o por sus propias deducciones, ahora era el momento de que él mismo se aventurara por ese camino. Jase estaba en el pasado, es posible que se cruzaran, de hecho deseaba que así fuera. Habían pasado muchas cosas desde la última vez que se vieron, ¿se reconocerían siquiera?

Victoria no acudió a verle partir, Helward la dejó acostada en la habitación. La noche anterior hicieron el amor dulcemente, con cuidado, bromeando sobre si sería la última vez. Cuando le dio el último beso de despedida se aferró a él con ambos brazos; al cerrar la puerta y alejarse por el pasillo creyó oírla llorar. Se detuvo a considerar si debería volver junto a ella. Tras un momento de vacilación siguió su camino. Prolongar la situación no traería ningún beneficio.

Clausewitz le aguardaba en la sala de los futuros. En un rincón se apilaba un modesto montón de provisiones y en la mesa había un gran mapa desplegado. Los modales de Clausewitz fueron totalmente diferentes a los de la entrevista anterior. En cuanto Helward entró en la sala le condujo al escritorio para explicarle lo que debía hacer.

—Este es un mapa somero de las tierras al sur de la ciudad. Está dibujado a escala

lineal. ¿Sabes lo que eso significa?

Helward asintió.

—Bien. Un centímetro en el mapa equivale básicamente a unos cuatrocientos metros... linealmente. Por razones que descubrirás en su momento, más adelante no te servirá de mucha ayuda. Mira, esta es la ubicación actual de la ciudad, tu destino es este. —Clausewitz señaló un cúmulo de puntos negros en el otro extremo del mapa—. Actualmente está a sesenta y siete kilómetros de distancia. Una vez dejes la ciudad verás que las distancias se tornan algo confusas, al igual que las direcciones. En ese caso, el mejor consejo que puedo darte, el mismo que les doy a todos los aprendices, es que sigas el rastro de las vías de la ciudad. En tu camino al sur serán la única referencia que tengas de ella y la única manera de que encuentres el camino de vuelta. Las zanjas excavadas para las traviesas y los cimientos deberían ser todavía visibles. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor.

—Realizas este viaje por una razón. Encárgate de que las mujeres que te confiamos lleguen sanas y salvas a su aldea. Cuando eso ocurra, regresa a la ciudad sin demorarte.

La cabeza de Helward estaba ocupada en cálculos mentales. Sabía que podía recorrer un kilómetro en pocos minutos. En un día entero de marcha con este tiempo caluroso podría esperar recorrer algo menos de veinte kilómetros; acompañado por las mujeres, la mitad de eso. Recorriendo nueve o diez kilómetros de media al día tardaría seis en cubrir el trayecto de ida, otros tres o cuatro para el de vuelta. Siendo optimistas, podría estar de regreso en diez días, o en kilómetro y medio, según la medida del tiempo usada en la ciudad. De repente, se preguntó por qué el jefe del gremio le dijo que iba a perderse el nacimiento de su hijo. Clausewitz le advirtió que estaría ausente unos quince o veinte kilómetros... quizás hasta puede que ciento cincuenta. No tenía sentido.

—Te hará falta una manera de medir las distancias para que sepas a ciencia cierta que has llegado a la región correcta. Entre la ciudad y el asentamiento existen treinta y cuatro puntos donde la ciudad estuvo detenida en su momento. Están marcados en el mapa como líneas rectas sobre las vías. No debería ser muy difícil localizarlos. A pesar de que luego las vías se construyen sobre esos lugares, las huellas en el suelo son muy reconocibles. Mantente junto a la vía exterior izquierda; si vas al sur, es la de la derecha del todo. El asentamiento se ubica a ese lado.

—Seguramente las mujeres reconocerán la zona donde solían vivir —dijo Helward.

—Así es. Mira... este es el equipamiento que usarás. Está todo aquí, te aconsejo que no creas que puedes prescindir de nada, sabemos lo que hacemos. ¿Está claro?

Helward confirmó de nuevo que lo entendía. Repasó el equipo junto a

Clausewitz. Uno de los bultos contenía comida sintética deshidratada y dos grandes garrafas de agua. El otro, una tienda de campaña y cuatro sacos de dormir, además de un pedazo de cuerda gruesa, hierros de sujeción, un par de botas de suela metálica... y una ballesta plegada.

—¿Tienes alguna pregunta, Helward?

—Creo que no, señor.

—¿Estás completamente seguro?

Helward miró de nuevo su equipo. Iba a ser endiabladamente pesado llevar todo eso encima, a menos que pudiera compartir un poco la carga con las mujeres. Ver todo esa comida sintética le alborotó el estómago...

—¿Puedo alimentarme de lo que encuentre por el camino, señor? —preguntó—. La comida sintética me parece algo insulsa.

—Te aconsejo que no comas nada que no provenga de estos paquetes. Puedes rellenar las garrafas de agua si no tienes otro remedio, pero asegúrate de que lo haces con agua corriente. Te pondrás enfermo si comes algo que crezca en un terreno desde el que no veas la ciudad. Si no me crees, puedes hacer la prueba. Yo mismo lo hice cuando fui al pasado y estuve enfermo dos días. No hablo de teorías vagas, son consejos basados en la experiencia.

—En la ciudad comemos comida local.

—La ciudad está cerca del óptimo. Tú vas a un lugar a mucha distancia al sur de él.

—¿Eso altera la comida, señor?

—Sí. ¿Alguna otra pregunta?

—No, señor.

—Bien. Hay alguien que quiere verte antes de que te marches.

Helward abrió la puerta interior que le indicó su jefe. Tras ella, en una sala pequeña, le esperaba su padre.

La primera reacción de Helward fue de sorpresa, seguida inmediatamente de incredulidad. Había visto a su padre apenas diez días atrás, cuando iba camino del norte. En este corto período de tiempo parecía haber envejecido repentina y terriblemente. Al verle entrar se levantó de su asiento, incluso tuvo que poner una mano en el brazo del sillón para mantener el equilibrio. Se dio la vuelta trabajosamente para encarar a Helward. Presentaba todas las características de un hombre de avanzada edad; el cuerpo encorvado, las ropas ralas cayéndole sobre el cuerpo y una mano temblorosa que salió al encuentro de la de su hijo.

—¡Helward! ¿Cómo estás, hijo?

Sus modales también habían cambiado. No quedaba rastro de esa indiferencia a la que Helward estaba tan acostumbrado.

—Padre... ¿cómo te encuentras?

—Estoy bien, hijo. El médico dice que tengo que tomarme las cosas con calma a partir de ahora. He ido al norte con demasiada frecuencia. —Volvió a sentarse. Helward se acercó instintivamente para ayudarlo—. Me han dicho que vas a viajar al pasado. ¿Es eso cierto?

—Sí, padre.

—Ten cuidado, hijo. Hay muchas cosas ahí atrás que te darán que pensar. No es como el futuro... ese es mi sitio.

Clausewitz había seguido a Helward, le esperaba junto a la puerta.

—Helward, debes saber que a tu padre se le ha suministrado una inyección.

Helward se giró

—¿Qué quiere decir? —dijo.

—Regresó a la ciudad anoche, quejándose de dolores en el pecho. Se le ha diagnosticado una angina de pecho y le han dado medicinas para el dolor. Debería estar en cama.

—De acuerdo, no tardaré mucho.

Helward se agachó junto a la silla.

—¿Te sientes bien ahora, padre? —dijo.

—Te lo he dicho... estoy bien. No te preocupes por mí. ¿Cómo está Victoria?

—Lo encara sin dificultad.

—Es una buena chica, Victoria.

—Le diré que te visite —aseguró Helward. Era algo terrible ver a su padre de aquella manera. No tenía ni idea de que se estuviera haciendo tan viejo... no estaba así unos días atrás. ¿Qué le había ocurrido en este tiempo? Hablaron unos minutos, hasta que la atención del anciano comenzó a divagar. Al final, el hombre cerró los ojos y Helward se puso en pie.

—Traeré a un médico —dijo Clausewitz saliendo apresuradamente de la habitación. Al poco regresó acompañado de dos funcionarios médicos. Cogieron con cuidado al anciano y lo llevaron al pasillo, donde esperaba una camilla blanca con ruedas.

—¿Estará bien? —preguntó Helward.

—Cuidamos de él, es todo lo que puedo decir.

—Parece tan viejo... —dijo Helward sin pensar. El propio Clausewitz era un hombre de edad avanzada, aunque su salud era patentemente mejor que la de su padre.

—Un riesgo ocupacional —comentó Clausewitz.

Helward le miró intensamente, sin embargo el hombre no le suministró información adicional. Clausewitz cogió las botas de suela de pinchos y se las tendió.

—Toma, pruébatelas —dijo.

—Mi padre... ¿puede decirle a Victoria que vaya a visitarlo?

—No te preocupes por eso. Me encargaré de ello.

Helward bajó por el ascensor hasta la segunda planta con todos los bártulos apilados a su lado. Cuando la cabina se detuvo, metió la llave en el lugar correspondiente para abrir la puerta y se encaminó a la sección que Clausewitz le indicó. En ella le esperaban cuatro mujeres y un hombre. Nada más entrar en la habitación, Helward advirtió que solo el hombre y una de las mujeres eran funcionarios de la ciudad.

Le presentaron a las tres mujeres, pero estas se limitaron a mirarle brevemente y apartar enseguida la vista. En sus semblantes se podían percibir expresiones de hostilidad reprimida, amortiguada por una indiferencia similar a la que Helward había sentido hasta hace un momento. Antes de entrar en la sala no se había parado a pensar en quiénes serían aquellas mujeres, ni siquiera en cuál podría ser su apariencia. De hecho no reconoció a ninguna de ellas, a pesar de que, por lo que decía Clausewitz, las asoció con las mujeres que había visto en las aldeas del norte que visitó junto al trocador Collings. Aquellas mujeres de las aldeas eran delgadas, pálidas, con los ojos hundidos sobre los pómulos prominentes, los brazos flacos y el pecho liso. Vestían ropa andrajosa, sucia, las moscas revoloteaban alrededor de sus rostros; las mujeres de las aldeas de fuera de la ciudad eran unas desgraciadas azotadas por la miseria.

Estas tres no poseían ninguna de esas características. Llevaban ropas de la ciudad, limpias y apropiadas, tenían el cabello limpio y cuidado, las formas redondeadas, llenas, y los ojos límpidos. Para su sorpresa eran realmente muy jóvenes, apenas algo mayores que él. La gente de la ciudad hablaba de las mujeres traídas del exterior como si fueran mujeres ya maduras, sin embargo estas no eran más que niñas.

Helward no podía apartar los ojos de las chicas, ellas en cambio no le prestaban la menor atención. Le atacaba la creciente sospecha de que no hacía mucho su aspecto había sido similar al de las miserables que había visto en las aldeas y que al traerlas a la ciudad se les había concedido temporalmente la salud y la belleza de la que hubieran disfrutado si no hubieran nacido entre semejante pobreza.

La funcionaria le proporcionó una breve descripción de las mujeres. Sus nombres eran Rosario, Caterina y Lucía. Hablaban poco inglés. Llevaban en la ciudad más de sesenta kilómetros y cada una de ellas había dado a luz a un bebé; dos chicos y una chica. Lucía era la madre de uno de los chicos. No quería quedárselo, así que el bebé permanecería en la ciudad y sería educado en el orfanato. Rosario decidió quedarse con el suyo, por lo tanto lo llevaría consigo de vuelta a su aldea. En el caso de Caterina no existía elección posible... aunque ella no se esforzaba en disimular su total indiferencia ante el hecho de perder a la pequeña.

La funcionaria le explicó que debía darle a Rosario toda la leche en polvo que pidiera, ya que seguía amamantando al bebé. Las otras dos dispondrían de la misma

cantidad de comida que él.

Helward sonrió amigablemente a las tres chicas, gesto que fue ignorado totalmente por todas ellas. Cuando intentó hacerle una carantoña al bebé de Rosario, esta le dio la espalda y se aferró posesivamente a la criatura.

No había más que decir. Las tres cogieron sus escasas pertenencias y caminaron por el pasillo hasta el ascensor. Entraron en él y Helward metió la llave en el lugar correspondiente para descender a la planta baja.

Las chicas continuaron ignorándole, solo hablaban entre ellas en su propia lengua. Cuando la cabina se abrió al final del oscuro túnel bajo la ciudad, Helward sacó trabajosamente los bultos. Ninguna le ayudó, se limitaban a mirarle con expresión divertida. Helward se acomodó los bultos con dificultad y avanzó a trompicones hacia la salida sur.

En el exterior el sol brillaba intensamente. Soltó las provisiones y miró a su alrededor.

La ciudad había sido remolcada desde la vez anterior que estuvo fuera, los equipos de trabajo de las vías estaban quitando los raíles. Las chicas se protegieron de los rayos del sol con las manos. Probablemente era la primera vez que pisaban el exterior desde que las trajeron a la ciudad.

El bebé en los brazos de Rosario comenzó a llorar.

—¿Podéis ayudarme con esto? —les pidió Helward, refiriéndose a las provisiones de comida y el resto de bultos. Las chicas le miraron sin comprender—. Debemos compartir la carga.

No respondieron, así que se agachó para abrir el bulto que contenía la comida. Decidió que no sería correcto esperar que Rosario cargara nada, así que dividió la comida en tres paquetes, les dio uno a cada una de las otras dos chicas y retornó el resto a su lugar. Reticentes, Lucía y Caterina buscaron un hueco en sus zurrones. El trozo de cuerda era lo menos manejable de todo. Helward lo enrolló mejor para que ocupara menos espacio y lo metió como pudo en la mochila. Se las arregló para introducir las sujeciones y los picos en el paquete que contenía la tienda y los sacos de dormir. La carga era ahora más manejable, pero no menos pesada y, a pesar del consejo de Clausewitz, se vio tentado a abandonarla.

El bebé no paraba de llorar, Rosario en cambio no parecía preocupada.

—Vamos —conminó Helward, irritado por la actitud de las mujeres. Lideró la marcha camino del sur pegado a las vías y pasado un momento le siguieron. Permanecieron juntas, manteniéndose a unos metros de distancia de él.

Helward trataba de avanzar a un buen ritmo, no obstante pronto descubrió que sus cálculos habían sido realmente muy optimistas. Las tres chicas se movían con lentitud, quejándose constantemente del calor y de la irregularidad del terreno, si bien

era cierto que el calzado que les suministraron no era apropiado para ese suelo repleto de baches. Respecto al calor, él lo sufría también. Con el uniforme puesto y todo ese peso encima la temperatura no era precisamente agradable.

La ciudad estaba aún a la vista, el sol castigaba con la fuerza propia del mediodía y el bebé ya no lloraba. El único buen momento de la mañana se produjo cuando se encontró con Malchuskin e intercambió unas palabras con él. El constructor de vías se mostró encantado de verle, se quejó como siempre de su mano de obra y le deseó suerte en su expedición.

Fieles a su estilo, las chicas no le esperaron, así que Helward tuvo que apresurarse tras ellas y apenas pudo hablar uno o dos minutos con Malchuskin.

Decidió que era el momento de parar a descansar.

—¿No puedes hacer que deje de llorar? —le pidió a Rosario.

La chica le dedicó una mirada aviesa y se sentó en el suelo.

—De acuerdo —dijo—. Le alimento.

Volvió a mirarle desafiante, mientras las otras dos chicas esperaban a su lado. Comprendiendo, Helward se alejó a cierta distancia, dándoles la espalda discretamente para que Rosario le diera el pecho al bebé con tranquilidad.

Al rato, abrió una de las garrafas de agua y la fue pasando. El calor era infernal y el humor de Helward no era mejor que el de las chicas. Se quitó la chaqueta del uniforme y la dobló sobre uno de los paquetes. Al llevar menos ropa las tiras de la mochila le hacían daño, sin embargo caminar algo más fresco compensaba el dolor.

Se sentía impaciente por avanzar. El bebé se había dormido. Dos de las chicas improvisaron una cuna con uno de los sacos de dormir y lo llevaron colgando. Helward tuvo que ocuparse de transportar sus zurrone; iba muy cargado, pero soportaba gustoso la incomodidad a cambio de un poco de silencio.

Caminaron otra media hora antes de volver a parar a descansar. Estaba empapado en sudor. No era un consuelo comprobar que las chicas sufrían igualmente aquel sofocante calor.

Levantó la vista hacia el sol, que estaba justo encima de sus cabezas. Se sentó a la sombra de un saliente cercano. Las chicas se unieron a él, quejándose en su lengua. Helward lamentaba no haberse molestado un poco más en aprender español. Apenas comprendió una o dos frases, pero era suficiente para descubrir que él era el objeto de casi todos sus lamentos.

Abrió un paquete de comida deshidratada y lo humedeció con agua de la garrafa. La grisácea sopa resultante tenía el aspecto y el sabor de unas gachas amargas. De manera algo perversa, las nuevas quejas de las chicas le produjeron cierto placer... en esta ocasión eran justificadas y estaba de acuerdo con ellas, pero no iba a darles la satisfacción de demostrárselo.

El bebé seguía dormido, aunque inquieto por el calor. Helward supuso que si

volvían a moverse se despertaría, así que cuando las mujeres se tendieron en el suelo para echar una siesta no hizo ningún esfuerzo por disuadirlas.

Mientras se relajaba, Helward echó la vista atrás; la ciudad era todavía visible a un par de kilómetros de distancia. Cayó en la cuenta de que no había tomado nota de cuántos puntos de parada de la ciudad habían pasado, aunque puede que solo hubiera sido uno. Entendió ahora a qué se refirió Clausewitz cuando le dijo que las cicatrices que quedaban en el suelo eran inconfundibles. Recordó haber cruzado junto a uno pocos minutos antes de detenerse. Las marcas dejadas por las traviesas eran suaves depresiones de casi dos metros de largo y apenas unos centímetros de ancho, sin embargo quedaban allí restos de las grandes zanjas, rodeadas de tierra removida, donde en su día estuvieron situados los postes para los cables.

Tachó mentalmente el primero. Quedaban treinta y siete.

A pesar del lento progreso, seguía sin ver ningún motivo para que no pudiera estar en la ciudad a tiempo para el nacimiento de su bebé. Tras dejar a las mujeres en su aldea podría regresar rápidamente, por muy malas que fueran las condiciones.

Decidió concederles a las chicas una hora para descansar. Una vez creyó transcurrido ese tiempo, se colocó junto a ellas.

Caterina abrió los ojos y le miró.

—Vamos —le dijo él—. Quiero avanzar.

—Mucho calor.

—Sí, es una pena —respondió Helward—. Vamos.

Se puso en pie estirando los músculos exageradamente y les dijo algo a las otras dos. Con una reticencia similar, las dos se levantaron y Rosario fue a ver al bebé. Para desgracia de Helward, el niño se despertó cuando lo cogió en brazos. Por suerte no empezó a llorar. Sin demorarse, Helward les devolvió los zurrónes a Caterina y Lucía y recogió sus dos bultos.

Al alejarse de la sombra, los rayos del sol les daban de lleno y los efectos beneficiosos del descanso a la sombra desaparecieron en pocos segundos. Recorridos unos metros Rosario le pasó el bebé a Lucía.

Se dirigió a las rocas y desapareció tras ellas. Helward abrió la boca para preguntar adónde iba, pero se lo pensó mejor. Cuando Rosario regresó fueron Lucía y Caterina. Helward sintió como le regresaba la rabia. Estaban demorándose a propósito. Sintió una presión en su propia vejiga, agravada al pensar en ello. Movidio por la rabia y el orgullo decidió no aliviarse, decidió esperar un poco.

Prosiguieron la marcha. Las chicas se habían quitado las chaquetas que eran el atuendo habitual de la ciudad y llevaban solo los pantalones y las camisas. La delgada tela, húmeda por el sudor, se adhería a sus cuerpos y Helward reparó en ello con interés. Pensó que en otro momento vería bastantes posibilidades en esa circunstancia. Tal como estaban las cosas, se limitó a reparar en que las chicas

poseían un cuerpo más relleno que el de Victoria. Rosario en particular tenía unos grandes pechos campanudos de marcados pezones. Pasado un tiempo, alguna de las chicas debió notar sus ocasionales miradas, pues pronto las tres caminaron con las chaquetas delante del pecho. A Helward no le importó, lo único que quería era deshacerse de ellas.

—¿Tenemos agua? —le preguntó Lucía acercándose a él.

Helward trasteó en la mochila y le entregó la garrafa. Ella bebió un poco y se mojó las palmas de las manos para echarse agua en el rostro y el cuello. Rosario y Caterina la imitaron. La visión y el sonido del agua fueron demasiado para Helward y su vejiga volvió a protestar con vehemencia. Miró a su alrededor. No había dónde guarecerse, así que se apartó unos metros de las chicas y orinó en el suelo. Las oyó reírse por detrás.

A su regreso, Caterina le tendió la garrafa. La cogió y se la llevó a los labios. De repente, Caterina la levantó desde abajo y el agua se le derramó por la nariz y los ojos. Las chicas rieron de buena gana al verlo toser y escupir el líquido. El bebé comenzó a llorar de nuevo.

Pasaron por otros dos puntos de parada de la ciudad antes del anochecer. Helward decidió entonces buscar un buen lugar para acampar durante la noche. Eligió una zona cercana a un bosquecillo, a doscientos o trescientos metros de las cicatrices dejadas en la tierra por las vías. Un pequeño riachuelo pasaba cerca. Comprobó la salubridad del agua (su paladar era el único baremo del que disponía) y consideró que era apta para el consumo. Podrían así conservar el agua de las garrafas.

La tienda era relativamente fácil de montar y, aunque empezó a hacerlo solo, las chicas le ayudaron a terminar. En cuanto estuvo lista, colocó dentro los sacos de dormir y Rosario entró a amamantar al bebé.

Una vez la criatura estuvo dormida, Lucía ayudó a Helward a preparar la comida sintética. Esta vez el resultado fue una sopa naranja cuyo sabor no era mejor que el de las gachas grises del día anterior. El sol se puso mientras comían, así que Helward encendió un pequeño fuego. Pronto se alzó un viento procedente del este que provocó un acusado descenso de la temperatura, por lo que se vieron obligados a entrar en la tienda y buscar calor dentro de los sacos de dormir.

Helward trató de iniciar una conversación con las chicas. Se cansó pronto; o bien no le respondían o se limitaban a echarse a reír o a intercambiar chanzas en español entre ellas. Helward yació una hora o dos a la luz de unas pequeñas velas que encontró entre las provisiones, preguntándose antes de quedarse dormido qué beneficio sacaría la ciudad de una expedición semejante.

Se despertó dos veces en mitad de la noche a causa de los llantos del bebé. En una de las ocasiones vislumbró al trasluz la silueta de Rosario dándole el pecho sentada en su saco de dormir.

Se despertaron temprano para partir lo antes posible. Helward desconocía el motivo, pero era evidente que el humor de las chicas era radicalmente diferente. Caterina y Lucía cantaron un poco mientras caminaban y en la primera parada para beber trataron de nuevo de derramarle agua por encima. Helward dio un paso atrás para evitarlo, con tan mala suerte que tropezó en el irregular terreno y acabó por tirársela encima él solito. Solo Rosario mantenía las distancias, ignorándole deliberadamente mientras Lucía y Caterina jugueteaban con él. No le agradaba el hecho de que le ridiculizaran porque no sabía cómo devolverles las bromas, sin embargo prefería eso a los malos modos del día anterior.

A medida que avanzó la mañana la temperatura fue subiendo paulatinamente y los ánimos se calmaron. Ninguna de las chicas llevaba puesta la chaqueta. En la siguiente parada Lucía se soltó los dos botones superiores de la blusa y Caterina se desabotonó la suya por completo para atársela con un nudo que dejaba al descubierto su pronunciado canalillo.

Para entonces a Helward ya no le confundía el efecto que estaban causando en él. La atmósfera se relajó considerablemente a medida que crecía la familiaridad. Rosario ni siquiera se dio la vuelta la siguiente vez que le dio el pecho a su hijo.

Otro bosquecillo (que Helward recordaba haber talado para los constructores de vías unos cuantos kilómetros atrás) alivió un poco la sensación de calor. Se sentaron a la sombra a esperar que pasaran las peores horas del día.

Ya habían superado cinco marcas en total, quedaban treinta y tres. La frustración de Helward por la lentitud de la marcha también se había ido relajando. Comprendió que andar más deprisa sería imposible, incluso aunque estuviera realizando el viaje solo. La tierra era demasiado dura, el sol apretaba en exceso.

Decidió esperar un par de horas a la sombra de los árboles. Rosario se había alejado un poco de él para jugar con el bebé. Caterina y Lucía se sentaron juntas bajo un árbol. Se habían quitado los zapatos y charlaban tranquilamente. Helward cerró los ojos unos minutos, pero de pronto se sintió inquieto. Fue a dar un paseo en solitario y sus pasos le llevaron a la linde del bosquecillo, donde encontró las cicatrices dejadas en el suelo por los cuatro tramos de vías. Miró a izquierda y derecha, a norte y sur; la línea era recta, a pesar de ondularse ligeramente por los altos y bajos del terreno, siempre mantenía la misma dirección.

Disfrutó un rato de la soledad, deseando que el tiempo cambiara y el cielo se encapotara un poco, aunque fuera temporalmente. Debatió consigo mismo si quizá resultase mejor descansar de día y viajar de noche. Consideró que era una idea arriesgada.

Estaba a punto de regresar con las chicas cuando de repente distinguió un movimiento a un kilómetro al sur. Enseguida todos sus sentidos se pusieron en guardia. Se echó al suelo junto al tocón de un árbol y esperó.

Al momento lo vio otra vez. Alguien remontaba la vía, caminando hacia él.

Helward recordó la ballesta plegada entre sus cosas. Era demasiado tarde para volver a por ella. A uno o dos metros del tocón había un arbusto. Se arrastró hasta él buscando una mejor cobertura. Esperaba no ser descubierto escondido allí detrás.

La figura no cesaba de avanzar. A los pocos minutos, Helward comprobó sorprendido que se trataba de un hombre que llevaba el uniforme de aprendiz del gremio. Su primer impulso fue salir de su escondite, pero luchó contra él y se quedó donde estaba.

Cuando el hombre estaba a menos de cincuenta metros de distancia, Helward lo reconoció. Era Torrold Pelham, un chico varios kilómetros mayor que él que abandonó el orfanato bastante antes.

Salió de su escondrijo detrás del arbusto y se puso en pie.

—¡Torrold!

Pelham adoptó una pose defensiva. Alzó la ballesta y le apuntó con ella. Pronto la

bajó.

—Torrold, soy yo, Helward Mann.

—Dios mío, ¿qué haces aquí?

Se rieron juntos, al darse cuenta de que ambos estaban allí por la misma razón.

—Has crecido —le dijo Pelham—. Eras apenas un chiquillo la última vez que te vi.

—¿Has estado en el pasado? —le preguntó Helward.

—Sí. —Pelham miró fijamente detrás de él, a las vías al norte.

—¿Y bien?

—No es lo que pensaba.

—¿Qué hay allí? —le preguntó Helward.

—Ya estás en el pasado. ¿No lo sientes?

—¿Sentir el qué?

Pelham lo miró un momento.

—Aquí no es tan acusado. Se siente menos. Quizá no te des cuenta todavía. Es más perceptible a medida que vas penetrando en el sur.

—¿El qué? Hablas en acertijos.

—No... es que simplemente es imposible de explicar. —Pelham volvió a mirar al norte—. ¿Está la ciudad cerca de aquí?

—A unos pocos kilómetros, no muy lejos.

—¿Qué le ha ocurrido? ¿Han encontrado la manera de moverla más deprisa? He estado fuera muy poco tiempo y la ciudad parece haberse movido más de lo que pensaba que lo haría.

—Se mueve a la velocidad normal.

—Hay un riachuelo ahí atrás sobre el que han construido un puente. ¿Cuándo lo hicieron?

—Hará unos quince kilómetros.

Pelham negó con la cabeza.

—No tiene sentido.

—Has perdido la noción del tiempo, eso es todo.

Pelham sonrió de repente.

—Espero que así sea. Escucha, ¿estás solo?

—No —dijo Helward—. Llevo a tres chicas conmigo.

—¿Cómo son?

—Están bien. Era un poco difícil al principio, pero ahora nos estamos conociendo mejor.

—¿Son guapas?

—No están mal. Ven y las ves.

Helward le condujo de vuelta al bosquecillo, al poco se topó con ellas.

Pelham silbó.

—Eh, están muy bien. ¿Te las has...? Ya sabes...

—No.

Regresaron a las vías.

—¿Piensas hacerlo? —insistió Pelham.

—No estoy seguro.

—Escucha mi consejo, Helward... si vas a hacerlo hazlo pronto, si no será demasiado tarde.

—¿A qué te refieres?

—Ya lo verás.

Pelham le dedicó una sonrisa traviesa y continuó su camino hacia el norte.

Los pensamientos en torno a lo que mencionó Pelham pronto quedaron fuera de la mente de Helward. Rosario alimentó a su bebé algo antes de que partieran y a los pocos minutos de reemprender la marcha el bebé vomitó violentamente.

Rosario lo abrazó con fuerza, meciéndolo sin saber qué hacer. Lucía se colocó junto a ella, dedicándole palabras de ánimo. Helward estaba preocupado, si el bebé se encontraba realmente enfermo no habría otra elección salvo regresar a la ciudad. Al poco, no obstante, el bebé dejó de sufrir arcadas y, tras una salvaje sesión de llanto, se calmó por fin.

—¿Quieres continuar? —le dijo Helward a Rosario.

Se encogió de hombros, impotente.

—Sí —dijo en español.

Avanzaron lentamente, el calor no había amainado mucho. De vez en cuando Helward les preguntaba a las chicas si necesitaban parar. Todas las veces se negaron a hacerlo, sin embargo Helward detectó un sutil cambio en los cuatro viajeros. Era como si la pequeña tragedia los hubiera unido.

—Acamparemos esta noche —dijo Helward—. Y descansaremos todo el día de mañana.

Las tres se mostraron de acuerdo. Rosario amamantó de nuevo al bebé, que esta vez aguantó la comida en el estómago.

Justo antes del anochecer pasaron por un paisaje más montañoso que el que dejaban atrás y pronto se encontraron con el barranco que tantos problemas había ocasionado a los constructores de puentes. No quedaban apenas restos del puente, exceptuando las cicatrices dejadas en el terreno por los cimientos de las torres de suspensión de ese lado.

Helward recordaba un tramo de terreno nivelado en la orilla norte de la corriente, al fondo del barranco, y lideró la marcha.

Rosario y Lucía cuidaban al bebé, mientras Caterina ayudaba a Helward a montar

la tienda. De repente, mientras tendían dentro los cuatro sacos de dormir, Caterina le puso una mano en el cuello y le besó ligeramente en la mejilla.

Helward sonrió.

—¿Y eso por qué?

—Tú bien con Rosario.

Helward se quedó quieto esperando a que el beso se repitiera, sin embargo la chica salió de la tienda y llamó a las otras.

El bebé tenía mejor aspecto. Se durmió en cuanto lo colocaron en su cuna improvisada en el interior de la tienda. Rosario no comentó nada sobre su hijo, no obstante Helward notó que no estaba tan preocupada. Quizá solo habían sido gases.

La noche fue más cálida que la anterior y tras comer permanecieron un rato en el exterior de la tienda. A Lucía le preocupaban sus pies, no paraba de frotárselos, y las otras chicas parecieron darle mucha importancia al asunto. Le enseñó a Helward los grandes callos que tenía en los dedos. Las otras chicas los compararon con los suyos en un intento por decidir cuál estaba en peor estado.

—Mañana —anunció Lucía—. No zapatos.

Eso pareció acabar con el debate.

Helward esperó fuera de la tienda a que las chicas entraran. La noche anterior el frío provocó que todos durmieran dentro de sus sacos de dormir completamente vestidos. En esta noche cálida y húmeda esa posibilidad parecía poco probable. Movidado por una repentina timidez, Helward decidió dormir encima del saco con la ropa puesta. Sin embargo, su creciente interés por las chicas hizo vagar sus pensamientos hacia salvajes fantasías sobre las cosas que podrían hacer. Pasados unos minutos las chicas al fin se metieron en la tienda. Cuando él entró, las velas estaban encendidas.

Las tres estaban dentro de sus sacos, aunque por las pilas de ropa que reposaban al lado de cada uno de ellos Helward dedujo que estaban desnudas. No les dijo nada, apagó las velas y se desvistió torpe y toscamente en la oscuridad. Se echó en el saco, demasiado consciente de la presencia del cuerpo de Caterina a su lado. Permaneció despierto un largo rato, tratando de apaciguar la feroz respuesta de su cuerpo a la excitación que le dominaba. Victoria parecía estar muy, muy lejos.

Ya era de día cuando se despertó. Tras un intento frustrado de vestirse sin salir del saco de dormir, Helward emergió de la tienda desnudo y se vistió fuera apresuradamente. Acto seguido encendió la fogata y calentó un poco de agua para hacer la comida. En el fondo del barranco ya hacía algo de calor; Helward se volvió a preguntar si deberían descansar todo el día, tal como prometió, o si por el contrario deberían seguir adelante.

Hirvió el agua y le dio un sorbo a su té cuando estuvo listo. Oyó movimiento dentro de la tienda. Al poco, Caterina salió y pasó a su lado camino del riachuelo. Helward la observó atentamente. Solo llevaba puesta la blusa abierta por delante y unos pantalones. Cuando llegó junto al agua se dio la vuelta y le hizo un gesto con la mano.

—¡Ven! —le gritó.

Helward no se hizo de rogar. Al acercarse a ella se sintió extraño con el uniforme y las botas de puntas metálicas puestas.

—¿Nadamos? —le preguntó ella, y sin esperar respuesta se quitó la camisa, se sacó los pantalones y se metió en el agua desnudo. Helward volvió la vista hacia la tienda sin notar ninguna señal de actividad.

A los pocos segundos ya estaba chapoteando hacia ella. Caterina se giró y se puso frente a él. Sonrió al ver la respuesta que había causado en su cuerpo. Le salpicó antes de darle de nuevo la espalda. Helward saltó sobre ella rodeándola con los brazos. Cayeron juntos al agua.

Caterina se escabulló de su abrazo y se puso en pie. Echó a correr por el agua, salpicando. Helward la siguió y la alcanzó en la orilla. El rostro de ella se tornó serio de repente. Le rodeó el cuello con los brazos y acercó su rostro al de él. Se besaron durante unos momentos, luego salieron del agua y se tendieron en la alta hierba que crecía junto a la corriente. Allí se besaron con mayor intensidad.

Cuando desenredaron sus cuerpos se vistieron y regresaron a la tienda, donde encontraron a Rosario y Lucía comiéndose unas gachas amarillentas. Ninguna de las dos dijo nada, aunque Helward vio a Lucía sonreírle fugazmente a Caterina.

Media hora después el bebé se puso de nuevo enfermo. Rosario lo sostenía preocupada en sus brazos. De repente se lo tendió a Lucía y se hizo a un lado. A los pocos segundos la oyeron vomitar junto al riachuelo entre grandes arcadas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Helward a Caterina.

—Sí.

Helward olió la comida que se habían tomado. El aroma no era precisamente apetecible, pero no parecía en mal estado, era el habitual. A los pocos minutos, Lucía se quejó de fuertes dolores estomacales y se puso muy pálida.

Caterina se apartó de su lado.

Helward se sentía desesperado. La única posibilidad ahora parecía ser regresar a la ciudad. Si la comida se había estropeado no podrían sobrevivir el resto del trayecto.

Pasado un rato, Rosario regresó al campamento. Débil y pálida, se sentó a la sombra. Lucía le dio algo de agua de la garrafa. El aspecto de esta última no era mejor, no paraba de presionarse la tripa con el rostro demudado. Los llantos del bebé no cesaban. Helward no estaba preparado para una situación semejante, no tenía la menor idea de qué hacer.

Fue en busca de Caterina, la única que estaba sana.

Se cruzó con ella a unos cien metros del campamento. Iba cargada con un puñado de manzanas maduras rojas que dijo haber encontrado por el camino. Helward probó una. Estaba dulce y jugosa; entonces recordó el consejo de Clausewitz. La razón le decía que Clausewitz se equivocaba, no obstante le devolvió reticente la manzana a Caterina, que se comió el resto.

Asaron una de las manzanas en las brasas del fuego para luego deshacerla. Alimentaron al bebé dándole pequeños pedacitos. En esta ocasión asimiló la comida y gorgoteó feliz. Rosario estaba aún demasiado débil para cuidarlo, así que Caterina lo tendió en su cuna. Al poco tiempo se quedó dormido.

Lucía no vomitó, aunque el estómago siguió doliéndole toda la mañana. Rosario, aparentemente recuperada, se comió una de las manzanas.

Helward se comió el resto de la amarillenta comida sintética. No se puso enfermo.

Ese mismo día Helward ascendió a lo alto del barranco y caminó por el lado norte. Varios kilómetros temporales atrás se habían perdido varias vidas en ese lugar para que la ciudad cruzara el barranco. El paisaje le resultaba familiar, a pesar de que la mayoría del equipo usado en su momento ya no se encontraba allí; aquellos días y noches de actividad febril seguían vívidos en su memoria. Miró al otro lado del barranco, al lugar donde se construyera el puente.

La brecha le pareció menos ancha que la primera vez que la vio, el barranco menos profundo. Quizás en aquella época era más impresionable y exageró el obstáculo que representaba para la ciudad.

No, no podía ser. Estaba seguro de que el barranco era más ancho.

Recordaba que cuando la ciudad cruzó el puente, el tramo de vías era de unos sesenta metros de largo. En la actualidad, el lugar donde estuvo el puente no sobrepasaba los diez.

Helward se quedó mirando al lado opuesto un largo rato, sin entender el porqué de esta aparente contradicción. Se le pasó algo por la cabeza.

El puente se construyó siguiendo las especificaciones exactas de los ingenieros.

Él mismo trabajó muchos días en la construcción de las torres de suspensión, sabía que las dos torres a cada lado del barranco se planearon a la distancia exacta necesaria para dar paso a la ciudad.

Esa distancia era de cuarenta y cinco metros. Unos cuarenta pasos.

Se aproximó al lugar donde se erigió una de las torres septentrionales y caminó hacia su gemela. Contó cincuenta y ocho pasos.

Miró al fondo del precipicio desde el borde. Recordaba claramente el riachuelo de abajo, la gran profundidad a la que parecía estar cuando se construyó el puente. El descenso hasta el lugar donde montó el campamento, junto al riachuelo, era ahora bastante fácil.

Le sobrevino otro pensamiento. La rampa que bajó la ciudad a tierra firme se construyó al norte. Los restos de los cuatro tramos de vías corrían paralelos en esa dirección, todavía claramente visibles.

Si las dos torres estaban ahora más alejadas, ¿qué pasaba con las vías?

Tras tantas horas trabajando codo a codo con Malchuskin, Helward tenía un conocimiento profundo de los raíles y sus traviesas. Las vías medían poco más de un metro, las traviesas medían menos de dos metros. El tamaño de las cicatrices dejadas por las traviesas en el suelo era bastante mayor. Las midió a ojo. Calculó que alcanzaban unos dos metros de largo y una profundidad menor de lo esperado. Sabía que era imposible, la ciudad utilizaba traviesas estándar, las zanjas cavadas para ellas siempre eran aproximadamente del mismo tamaño.

Comprobó las otras para estar seguro; todas sobrepasaban en algo menos de un metro la medida adecuada.

Además estaban demasiado pegadas las unas a las otras. Las traviesas eran tendidas por los equipos de trabajo a metro y medio de distancia, no a apenas unos centímetros como estaban estas.

Helward pasó los siguientes minutos realizando medidas similares; bajó al torrente, lo vadeó (también lo encontró más estrecho y superficial que antes), y escaló con destino al borde sur.

A este lado las medidas de los restos del paso de la ciudad entraban también claramente en conflicto con las que sabía correctas.

Regresó al campamento confuso y bastante preocupado.

Las chicas tenían mejor aspecto, sin embargo el bebé había vomitado de nuevo. Le dijeron que habían estado comiendo las manzanas traídas por Caterina. Partió una por la mitad y la examinó con detenimiento. No vio ninguna diferencia respecto a cualquier otra manzana que hubiera comido en su vida. Se sintió de nuevo tentado a darle un bocado, en cambio se la tendió a Lucía.

De repente pensó en algo.

Clausewitz le advirtió que no comiera comida local, teóricamente porque no era

originaria de la ciudad. Le había dicho que estaba bien comer comida local siempre que la ciudad se encontrara cerca del óptimo; aquí, tantos kilómetros al sur, no se producía esa circunstancia. Si se limitaba a comer los alimentos de la ciudad no se pondría enfermo.

Las chicas no eran de la ciudad. Quizás era la comida sintética lo que las ponía enfermas. Podían comer alimentos fabricados en la ciudad si se hallaban cerca del óptimo, pero no aquí.

Todo tenía sentido salvo por el bebé. A excepción de los pocos pedazos de manzana, lo único que tomó fue la leche materna, algo que en teoría no debería dañarle.

Se acercó a Rosario para examinar a la criatura, que yacía en su cuna con el rostro colorado y manchado de lágrimas secas. Ahora no lloraba, solo se agitaba un poco. Helward sentía pena por el niño, se preguntaba qué podría hacer para ayudar.

Fuera de la tienda, Lucía y Caterina estaban de buen humor. Le hablaron en cuanto salió, pero él siguió su camino y se sentó junto al arroyo. Su cabeza no paraba de elucubrar.

El único alimento del bebé era la leche materna. Supongamos que la madre ahora estaba en una situación diferente, alejada del óptimo. Ella no era de la ciudad, el bebé sí. ¿Marcaba eso la diferencia? No tenía mucho sentido, el bebé salió del cuerpo de la madre, pero era una posibilidad.

Regresó al campamento y preparó algo de comida sintética y leche en polvo, teniendo cuidado de usar en el proceso solo agua traída de la ciudad, luego se la dio a Rosario para que alimentara al bebé.

Al principio no le gustó la idea, pero no tardó en ceder. El bebé aceptó la comida y a las dos horas dormía plácidamente de nuevo.

El día transcurrió lentamente. En el fondo del barranco el aire era cálido. La frustración de Helward regresó. Comprendió que si sus suposiciones eran correctas ya no podría ofrecerles a las chicas su comida. Por otro lado, quedaban cuarenta y ocho kilómetros de camino, no podrían sobrevivir a base de manzanas.

Al rato, les contó la situación y les sugirió que de momento comieran el alimento de la ciudad en pequeñas cantidades, aportando como suplemento lo que encontraran por el camino. Les extrañó, pero se mostraron de acuerdo.

El sofocante mediodía siguió su curso. La inquietud de Helward no se transmitió a las chicas, que alegres y retozadas se burlaban de su feo uniforme. Caterina dijo que iba a darse otro baño y Lucía dijo que la acompañaba. Ambas se desnudaron delante de él y le obligaron a hacer lo mismo entre risas. Chapotearon en el agua un largo rato; incluso se les unió Rosario, cuya actitud hacia él dejó de ser recelosa.

Pasaron el resto del día tendidos junto a la tienda, tomando el sol.

Aquella noche, Lucía le cogió de la mano justo cuando estaba a punto de meterse

en la tienda y le alejó del campamento. Le hizo el amor apasionadamente, aferrándose a Helward con fuerza, como si él fuera la única fuerza real que la uniera al mundo.

A la mañana siguiente, Helward percibió celos entre Lucía y Caterina, así que levantó el campamento lo antes posible.

Las condujo sobre el arroyo y ascendió a la tierra firme al sur del barranco. Prosiguieron su camino junto a la vía exterior izquierda. El paisaje de alrededor le resultaba familiar, era la región por donde la ciudad circulaba la primera vez que salió al exterior. Delante, unos tres kilómetros al sur, vio la gran loma que la ciudad tuvo que rebasar en el primer remolque que presencié.

A media mañana se detuvieron a descansar. Helward recordó que existía una aldea a apenas tres kilómetros al oeste de donde se hallaban. Se le ocurrió que podrían conseguir comida allí para resolver el problema de la alimentación de las chicas y les hizo partícipes de su idea.

El problema surgió a la hora de decidir quién iba a ir. Sentía que era una responsabilidad que le correspondía, pero necesitaría al menos a una de las chicas para que le sirviera de intérprete. No quería dejar a ninguna sola con el bebé, y si elegía a Caterina o a Lucía la descartada mostraría con mayor claridad la rivalidad que aparentemente existía por ganarse su afecto. Al final eligió a Rosario para acompañarle, la reacción de las otras le hizo pensar que había hecho lo correcto.

Partieron en la dirección aproximada hacia la que se ubicaba la aldea y la encontraron sin dificultades. Tras una larga conversación entre Rosario y tres hombres de la aldea, estos le entregaron algo de carne seca y algunos vegetales crudos. Todo se sucedió con fluidez (Helward se preguntaba qué tácticas de persuasión habría utilizado Rosario), y pronto estuvieron de vuelta con las otras.

Al caminar unos pocos metros tras Rosario, Helward reparó en algo que no había notado antes.

Su complexión era más gruesa que la de las otras dos chicas, los brazos y el rostro más redondeados y carnosos. La chica tenía una ligera tendencia a la gordura, algo que a Helward le resultó evidente de manera repentina. Con un leve interés al principio y mayor atención después, notó que la tela de su blusa se ceñía más a su espalda. La ropa no le quedaba tan apretada antes... se la habían dado en la ciudad y allí le iba bien. Helward se fijó en sus pantalones, muy ceñidos en la zona del trasero y en cambio con el dobladillo arrastrándole por el suelo cuando andaba. A pesar de que ahora iba descalza, no recordaba que le quedaran tan largos antes.

La alcanzó para caminar a su lado.

La blusa le quedaba pequeña por delante, le comprimía los pechos y las mangas eran demasiado largas. Por si fuera poco, la chica le pareció bastante más bajita que

el día anterior.

Al reunirse con las otras, Helward advirtió que a ellas tampoco les quedaba bien la ropa. Caterina tenía atada la blusa delante como siempre; Lucía, abotonada, y la presión hacía que la tela se separara entre los botones.

Intentó espantar el curioso fenómeno de su mente, a pesar de que a medida que se internaban en el sur era algo cada vez más obvio. El resultado era inevitablemente cómico. Rosario se rompió la parte trasera del pantalón al agacharse para atender al bebé. Uno de los botones de la blusa de Lucía salió disparado cuando levantó el brazo para beber agua de la garrafa. A Caterina se le rasgó la tela por las costuras de las axilas.

Un kilómetro y medio después, Lucía perdió otros dos botones. Llevaba la blusa abierta por delante casi por completo, así que se la anudó del mismo modo que Caterina. Las tres chicas le dieron una vuelta a los dobladillos del pantalón para disminuir la considerable incomodidad que les producía.

Helward detuvo la marcha a la sombra de una pendiente y allí mismo levantaron el campamento. Una vez hubieron comido, las chicas se quitaron las ropas encogidas y se metieron en la tienda. Bromearon con Helward respecto a su uniforme, ¿acaso no iba a encoger también? Se quedó sentado en el exterior de la tienda, no tenía sueño todavía y no quería meterse dentro con ellas.

El bebé empezó a llorar, así que Rosario salió de la tienda para buscar algo de comida. Helward le dijo algo a lo que ella no respondió. La observó mientras la veía añadiendo agua a la leche en polvo, contemplando su cuerpo desnudo desde una perspectiva completamente asexual. Solo la había visto desnuda el día anterior, pero estaba seguro de que no tenía ese aspecto. Entonces era casi tan alta como él, ahora en cambio parecía achaparrada, rolliza.

—Rosario, ¿está Caterina aún despierta?

Asintió sin abrir la boca y regresó a la tienda. Unos momentos después Caterina apareció delante de él y Helward se puso en pie.

Se miraron el uno al otro, iluminados por el fuego de la hoguera. Caterina no dijo nada, Helward tampoco sabía qué decir. Ella también había cambiado... Al momento Lucía se unió a ellos, colocándose al lado de Caterina.

Ahora lo tenía claro del todo. En algún momento del día, la apariencia física de las chicas había cambiado.

Las miró a las dos. Ayer, desnudas junto al arroyo, sus cuerpos eran largos y flexibles, sus pechos redondos y llenos.

Ahora los brazos y las piernas eran más cortos, gruesos. Los hombros y las caderas anchos; la forma de los pechos, menos curvada y la distancia entre ellos, mayor. Los rostros ganaron también en redondez, los cuellos perdieron longitud.

Se acercaron y se quedaron quietas delante de él. Lucía agarró el cierre del

cinturón del uniforme de aprendiz entre las manos. Sus labios estaban húmedos. Rosario les observaba desde la entrada de la tienda.

A la mañana siguiente, Helward notó que las chicas habían seguido cambiando a lo largo de la noche. Calculó que ninguna de ellas sobrepasaba ya el metro y medio de altura. Además, hablaban más rápido que antes y el tono de sus voces era más agudo.

Ninguna pudo entrar en sus ropas aquella mañana. Lucía lo intentó sin éxito, las piernas no le cupieron en las perneras del pantalón y rompió las mangas de la camisa al forzar la tela. Levantaron el campamento y dejaron allí la ropa. Continuaron el camino desnudas.

Helward no podía apartar los ojos de ellas. Cada hora que pasaba la transformación se tornaba más evidente. Sus piernas eran tan cortas que solo les era posible dar pequeños pasos, por lo que se veía obligado a aminorar los suyos para no dejarlas demasiado rezagadas. Por si fuera poco, su postura estaba doblándose en un ángulo extraño, de tal forma que vistas desde delante parecían estar estiradas hacia atrás.

Ellas también le miraban a él y cuando se detuvieron a beber se produjo un extraño silencio mientras los miembros de aquel extraño grupo se pasaban el agua de unos a otros.

A su alrededor se advertían signos de un inexplicable cambio en el paisaje. Los restos de la vía exterior izquierda que seguían eran apenas perceptibles. La última impresión visible que Helward distinguió de una de las zanjas de las traviesas medía unos trece metros y apenas un dedo de profundidad. El siguiente tramo de vías, el interior izquierdo, resultaba inapreciable. Poco a poco, la distancia entre cada tramo se ampliaba hacia el este, a ochocientos metros o más.

Por otra parte, aumentó la frecuencia de paso por los antiguos lugares de parada de la ciudad. Aquella mañana pasaron el doceavo y según los cálculos de Helward solo les quedaban nueve para llegar a su destino.

¿Cómo reconocería la aldea de las chicas? El paisaje natural de la zona era llano y uniforme. El lugar donde se pararon a descansar se asemejaba a un manto de residuos endurecidos dejados por la lava de un volcán. A simple vista no se distinguía sombra o cobijo de ningún tipo. Observó el terreno con mayor detenimiento. Si pasaba los dedos por él podía hacer surcos superficiales pero, aunque era un suelo suave y arenoso, al tacto era espeso y viscoso.

La altura de las chicas era ya por aquel entonces de unos noventa centímetros. La distorsión de sus cuerpos aumentó al mismo ritmo. Sus pies eran planos y largos, las piernas anchas y gruesas, los torsos redondos y comprimidos. Con esa apariencia, su fealdad era grotesca. A pesar de la fascinación por sus cambios físicos, comprobó que le irritaba el sonido estridente de sus voces.

El bebé no había cambiado. A ojos de Helward su aspecto era el mismo de siempre. Lo curioso es que era desproporcionadamente grande respecto a la achaparrada figura que era ahora su madre, Rosario, quien lo observaba con un horror que dejaba sin palabras.

El bebé pertenecía a la ciudad.

Nació de una mujer procedente del exterior, del mismo modo que Helward, no obstante el hábitat natural de la criatura estaba dentro de los muros de Tierra. Fuera cual fuese la transformación que estaban sufriendo las tres chicas y el paisaje, ni el bebé ni él se veían afectados por esta.

Helward no tenía idea de qué debía hacer, ni siquiera de si debía hacer algo al respecto.

Sentía un creciente temor, la situación escapaba de su comprensión del orden natural de las cosas. La evidencia era manifiesta, sin embargo, su racionalidad inherente carecía de términos de referencia.

Miró al sur, no muy lejos se elevaban una serie de colinas. Por su tamaño y altura asumió que eran la avanzadilla de una cordillera mayor... entonces notó alarmado que sus cumbres estaban cubiertas de nieve. El sol calentaba igual que siempre y la brisa le encendía el rostro; la lógica diría que cualquier cumbre nevada de esta zona debería hallarse solo en las montañas más altas, pero estaban lo bastante cerca (a no más de dos o tres kilómetros, pensó) para poder calcular que su altura no sobrepasaba los ciento ochenta metros.

Al ponerse de pie se desplomó repentinamente en el suelo.

Comenzó a rodar como si se hallara en una pronunciada pendiente que caía al sur. Se las arregló para controlar la fuerza de la inercia y recuperó la verticalidad con bastante dificultad, al tiempo que se resistía al impulso que le atraía sin piedad al sur. No era nada nuevo, llevaba sintiéndolo toda la mañana, no obstante la caída lo cogió por sorpresa y la potencia del tirón fue inusitada. ¿Por qué no le había afectado hasta aquel momento? Trató de recordar. Aquella mañana, distraído por otros temas, fue consciente de su presencia; en el fondo sabía que caminaban pendiente abajo. Era una tontería, el terreno era plano a la vista. Se acercó al grupo de chicas a la vez que analizaba la sensación.

No era la fuerza del viento ni de la gravedad, era una sensación distinta que podría localizarse entre ellas. Sin viento, en un terreno plano, sentía como si estuviera siendo empujado o arrastrado hacia el sur.

Dio unos pasos al norte y se dio cuenta de que el esfuerzo que hacía se asemejaba al de escalar una pendiente; se dio la vuelta, y en contra de lo que decían sus ojos, percibió que bajaba por una cuesta empinada.

Las chicas lo miraban con curiosidad, así que regresó junto a ellas.

No le sorprendió ver que sus cuerpos se habían distorsionado aún más en los

últimos minutos.

Poco después de que reemprendieran la marcha, Rosario trató de hablar con él. Tuvo dificultades para entenderla. Su acento era fuerte de por sí y ahora, cuando el tono de su voz era tan agudo y hablaba tan rápido, comprenderla era harto complicado.

Tras varios intentos consiguió entender lo que decía.

Ella y las otras chicas tenían miedo de regresar a la aldea. Ahora pertenecían a la ciudad, serían rechazadas por los de su propia clase.

Helward le dijo que debían continuar pues esa fue su elección, sin embargo Rosario se negó a seguir moviéndose. Estaba casada con un hombre de la aldea y, aunque en principio había decidido regresar a su lado, ahora estaba segura de que la mataría. Lucía también era casada y compartía esos mismos miedos. Los habitantes de las aldeas odiaban la ciudad, las chicas serían castigadas por haber vivido allí.

Los intentos de Helward de darles una respuesta fueron infructuosos, así que se rindió. Encontraba los mismos problemas para hacerse entender que ellas para comunicarse con él. Pensó que era tarde para que le vinieran ahora con esas, después de todo habían entrado en la ciudad por propia voluntad como parte del trato con los trocadores. Intentó explicárselo, pero ella no le comprendió.

La chica cambiaba incluso al mismo tiempo que hablaba. Ya no sobrepasaba los veinticinco centímetros de altura y su cuerpo, al igual que el de las otras chicas, se había ensanchado hasta el metro ochenta. Era imposible reconocer aquellas grotescas figuras como algo que antes hubiera sido humano, aun sabiendo que así fue.

—¡Espera aquí! —le dijo.

Se puso en pie y de nuevo cayó rodando por el suelo. La fuerza que afectaba su cuerpo era ahora mucho mayor, lo que dificultó sus intentos por detenerse. Regresó a por su mochila, luchando contra la fuerza, y se aferró a ella. Encontró la cuerda y se la pasó por los hombros.

Abrazándose el cuerpo con los brazos, caminó al sur.

Ya no era posible distinguir ningún relieve del terreno, aparte de las elevaciones de delante. La superficie por la que andaba no era más que una mancha borrosa. Aunque de vez en cuando se paraba para examinarla, no veía en ella nada parecido a hierba, rocas o tierra.

Los rasgos naturales del mundo se estaban distorsionando; se ensanchaban de este a oeste y disminuían en altura y profundidad.

Un pedrusco era aquí una mota gris de pocos milímetros de grosor y doscientos metros de largo. La baja loma cubierta de nieve bien podría ser una cordillera; aquella

larga línea verde, un árbol; esa estrecha franja blanca, una mujer desnuda.

Conquistó la cumbre de los terrenos elevados con mayor rapidez de lo que hubiera imaginado. El tirón hacia el sur se estaba intensificando, y cuando Helward estuvo a menos de cincuenta metros de la colina más cercana tropezó y cayó rodando a gran velocidad.

La cara norte era casi vertical, como el lado guarecido del viento de una duna azotada por la fuerza del mismo. Casi de inmediato la presión sur tiró de él hacia arriba, desafiando a la mismísima gravedad. Desesperado, pues sabía que si alcanzaba la cumbre la presión sobre él sería imposible de resistir, buscó a tientas algo donde agarrarse en la rocosa cara de la montaña. Se aferró a un pequeño saliente con las dos manos, resistiéndose con todas sus fuerzas a la incesante presión. Su cuerpo giró por completo, de tal modo que quedó tendido verticalmente en la pared de roca que se hallaba a pocos metros de su propia cabeza. Sabía que si se resbalaba ahora caería hacia abajo por la pendiente y la corriente le arrastraría hacia el sur.

La presión sobre él era tan grande que el lógico tirón de la gravedad, hacia abajo, era contrarrestado.

La naturaleza de la montaña cambiaba bajo su cuerpo. La dura pared casi vertical se ensanchaba poco a poco de este a oeste y se aplanaba lentamente de tal modo que la cumbre de la loma tras él parecía estar a punto de aplastarle. Detectó un agarre que se estaba cerrando lentamente en la superficie rocosa a su lado, así que quitó el enganche de debajo y lo metió en la hendidura. Momentos después, el enganche quedó bien sujeto.

La cumbre de la loma se había distendido y estaba bajo su cuerpo. La presión sur se apoderó de él y fue arrastrado sobre la elevación. La cuerda aguantó. Quedó suspendido horizontalmente.

Lo que antes era la montaña se convirtió en una dura protuberancia bajo su pecho, su estómago se encontraba sobre el valle, sus pies buscaban un lugar donde encajarse entre lo que una vez fueron dos montañas.

Era un gigante tendido sobre la superficie del mundo, acostado en toda su longitud sobre una antigua región montañosa.

Alzó su cuerpo tratando de buscar una posición confortable. Al levantar la cabeza se quedó sin respiración. Un inexorable viento helado, insustancial y falto de

oxígeno, soplaban desde el norte. Bajó de nuevo la cabeza, descansando la mandíbula en el terreno. A ese nivel podría coger aire para sobrevivir.

Hacía muchísimo frío.

Había nubes que surcaban el aire como un manto blanco a pocos centímetros del suelo. Le rozaron el rostro, entre la boca y los ojos, revoloteando junto a su nariz como la espuma del mar alrededor de un barco.

Helward miró al frente a través de la delgada y enrarecida atmósfera sobre las nubes. Al norte.

Estaba en el límite del mundo, su gran extensión estaba ante él.

Podía contemplarlo en toda su plenitud.

Al norte de su posición el terreno era llano, plano como la superficie de una mesa. No obstante, en el centro, al norte, el terreno se elevaba de manera perfectamente simétrica, alzándose y curvándose en una cóncava espiral. Se estrechaba y estrechaba, subiendo, adelgazando, elevándose tanto que era imposible ver dónde terminaba.

Distinguía una gran variedad de colores. Cerca de su posición había grandes zonas marrones y amarillas parcheadas de verde. Más al norte dominaba el azul, un azul zafiro puro, brillante a los ojos. Sobre todos esos tonos reinaba el blanco de las nubes, largas espirales rodeadas de brillantes rizos con patrones de copos.

El sol se estaba poniendo, rojo en el nordeste, resplandeciendo contra el imposible horizonte.

Su forma era la misma. Un amplio disco plano que podría ser un ecuador; en su centro, arriba y abajo sus polos eran espirales cóncavas.

Helward ya había visto el sol tantas veces que no se cuestionaba su apariencia. Ahora por fin lo tenía del todo claro, ese era el verdadero aspecto del mundo.

El sol se puso. El mundo cayó en la oscuridad.

La presión desde el sur era tan grande que Helward apenas tocaba la superficie de lo que una vez fueron las montañas bajo su cuerpo. Pendía de la cuerda en la oscuridad, como si se encontrara colgando verticalmente de la pared de un precipicio; la razón le dictaba que su posición era horizontal, pero eso entraba en conflicto con sus sensaciones.

No confiaba ya en la resistencia de la cuerda. Helward alargó el brazo, se aferró con los dedos a dos pequeñas protuberancias (¿fueron antes montañas?), y se impulsó hacia delante.

A Helward le costaba un mundo encontrar un sostén firme, la superficie de delante era tupida. Descubrió que podía hundir los dedos en la tierra lo bastante como para obtener un agarre temporal. Se remolcó un poco a sí mismo, apenas unos centímetros... teniendo en cuenta las proporciones, eso suponía varios kilómetros. La presión sur no decreció perceptiblemente.

Abandonó la cuerda y se arrastró hacia delante con la sola ayuda de sus manos. A los pocos centímetros, sus pies se toparon con una baja loma que fue una vez un alto pico. Presionando con fuerza, continuó avanzando.

Gradualmente, la presión sobre él comenzó a decrecer hasta el punto de no sentir la desesperada necesidad de agarrarse a algo. Helward se relajó un momento, trató de recuperar el aliento. Al hacerlo, sintió que la presión aumentaba de nuevo, así que prosiguió su penoso avance. Pronto llegó tan lejos que pudo descansar sobre las manos y las rodillas.

No había mirado al sur. ¿Qué había a su espalda?

Gateó un largo trecho hasta que fue capaz de ponerse en pie. Se incorporó inclinándose al norte para contrarrestar la fuerza proveniente del sur. Caminó hacia delante, apreciando cómo el inexplicable impulso decrecía poco a poco a un ritmo estable. Pronto sintió que estaba lo suficientemente lejos de la zona de presión más intensa y se sentó en el suelo a descansar.

Echó la vista al sur. Todo era oscuridad. Las nubes que antes pasaron junto a su rostro se encontraban ahora a cierta altura, sobre su cabeza. Cubrían la luna, cuya naturaleza Helward no se había cuestionado a pesar de su nulo conocimiento de lo que le estaba aconteciendo. El satélite poseía también esa extraña forma que tantas veces había visto y siempre había aceptado.

Continuó avanzando hacia el norte, el inmenso arrastre se iba debilitando por momentos. El paisaje a su alrededor era oscuro y vacío, así que apenas le prestó atención. Solo un pensamiento reinaba en su mente; debía avanzar lo máximo posible para descansar en una zona donde la presión no le arrastrara. Ahora conocía una de las verdades básicas del mundo: el terreno avanzaba hacia delante, tal como el trocador Collings le reveló en su momento. Al norte, donde se ubicaba la ciudad, el terreno se movía con una lentitud casi imperceptible, un kilómetro y medio cada diez días. En el sur, la tierra se movía mucho más rápido y su aceleración era exponencial. Eso se hizo patente en el modo en el que cambiaron los cuerpos de las chicas. Bastó una sola noche para que el terreno se moviera lo suficiente y se vieran afectados, al contrario que el suyo propio, por las distorsiones laterales.

La ciudad no podía descansar. Su destino era moverse sin descanso, porque si no lo hacía comenzaría una larga y lenta caída cuesta abajo, al sur, donde con el tiempo acabaría en una zona donde las montañas se convertían en lomas de pocos centímetros de altura, donde una irresistible presión la conduciría a la destrucción.

En ese momento, caminando lentamente dirección norte por aquel extraño y oscuro territorio, Helward era incapaz de encontrarle una explicación razonable a lo que había experimentado. Todo entraba en conflicto con la lógica.

El terreno era firme, no podía moverse. Las montañas no se distorsionaban al tiempo que uno escalaba por uno de sus lados, los seres humanos no se convertían en seres de veinticinco centímetros, los barrancos no se estrechaban. Los bebés no enfermaban con la leche de sus madres.

Aunque la noche estaba avanzada Helward no se sentía cansado, excepto por las agujetas causadas por la tensión sufrida en aquel lado de la montaña. Pensaba que había dejado atrás la cordillera muy rápidamente, más de lo que hubiera imaginado.

Estaba bien alejado de la zona de máxima presión, no obstante era aún demasiado consciente de ella para detenerse. Dormir sabiendo que el suelo se movía bajo su cuerpo, que le llevaba inexorable hacia el sur, no era un pensamiento agradable.

Él mismo era un microcosmos de la ciudad, no podía descansar más que ella.

El cansancio acabó por invadirle y se tendió a dormir en el duro suelo. Le despertó el amanecer. En lo primero que pensó fue en la presión meridional. Alarmado, se puso en pie para probar su equilibrio; la presión existía, pero por suerte no era peor que antes de quedarse dormido.

Miró al sur.

Increíblemente, allí estaban las montañas.

No podía ser. Las había visto achatarse hasta quedar reducidas a unas ridículas

elevaciones de pocos centímetros de alto. Ahora habían vuelto a sus formas empinadas e irregulares, la nieve coronaba de nuevo sus cimas.

Helward encontró la mochila y examinó su contenido. Había perdido la cuerda, el enganche y las provisiones que las chicas iban cargando cuando las dejó. Le quedaba una garrafa de agua, un saco de dormir y varios paquetes de comida deshidratada. Le bastaría para sobrevivir un tiempo.

Comió un poco y se colocó la mochila a la espalda.

Miró al sol, tenía la firme determinación de no perder ninguna de sus posesiones. Caminó hacia las montañas.

La presión contra él creció lentamente, le empujaba hacia delante. Las montañas fueron perdiendo altura ante sus ojos. La sustancia del terreno a sus pies se hizo más espesa y el terreno, otra vez, se extendió en franjas laterales.

Sobre su cabeza, el sol se desplazaba con mayor rapidez de lo que le correspondía.

Sin dejar de luchar contra la presión, Helward se detuvo al ver que de nuevo las montañas no eran más que una ondulación de suaves colinas.

No estaba equipado para seguir el camino al sur. Se dio la vuelta. La noche cayó sobre él una hora después.

Caminó en la oscuridad hasta sentir que la presión era aceptablemente baja, luego descansó.

Cuando la luz del día regresó, las montañas quedaron a la vista... y su tamaño era el correcto.

No hizo ningún intento por moverse, se quedó quieto, esperando. La presión creció a medida que avanzaba el día. Estaba siendo arrastrado al sur por el movimiento del terreno, hacia las montañas. Mientras observaba y esperaba las vio extenderse lateralmente.

Movió el campamento y se dirigió al norte antes de que cayera la noche. Ya había visto bastante, era momento de regresar a la ciudad.

La idea le preocupó de manera inconsciente. ¿Tendría que elaborar algún informe sobre lo sucedido?

Había muchas cosas que era incapaz de asimilar en el marco de sus propias experiencias, mucho menos de relatárselas de manera ordenada a otra persona de un modo coherente.

Para empezar, esta inquietante percepción del mundo que le estaban brindando sus sentidos. ¿Algún hombre había experimentado lo mismo que él? ¿Cómo iba a concebir su mente un concepto que ni siquiera la vista podía captar en su total extensión? De izquierda a derecha, y por lo que parecía al sur de su posición, la superficie del mundo se extendía sin límites. Solo en dirección norte las formas eran

definidas; ese promontorio sinuoso y escabroso de tierra que se prolongaba sin un fin visible. Igual que el sol, igual que la luna y, hasta donde llegaba su conocimiento, igual que cualquier cuerpo material del universo.

Las tres chicas... ¿cómo podría informar de su llegada sanas y salvas a su aldea si habían pasado a un estado en el que no podía comunicarse con ellas, ni siquiera verlas? Ingresaron en su propio mundo, uno completamente ajeno al suyo.

¿Qué le sucedió al bebé? A la criatura le afectaban las leyes físicas de la ciudad, ya que no se vio sometido a los cambios y distorsiones del resto; seguramente fue abandonado por Rosario, probablemente ya estaría muerto. Incluso si seguía con vida, el movimiento del terreno lo arrastraría al sur, hasta aquella zona donde le sería imposible sobrevivir.

Perdido en tales pensamientos, Helward siguió su camino sin prestar apenas atención a lo que le rodeaba. Solo echó un vistazo a su alrededor cuando paró a beber un poco de agua y le sorprendió darse cuenta de que reconocía el terreno.

Se encontraba en las tierras pedregosas al norte del barranco sobre el que se construyó el puente.

Bebió varios tragos largos de agua y volvió sobre sus pasos. Si quería volver a la ciudad lo primero era encontrar el rastro de las vías. El lugar donde estuvo el puente era el mejor punto para orientarse.

Se topó con un arroyo que debió de cruzar sin darse cuenta a causa del estado de estupor en el que se encontraba. Al seguir su curso se preguntó si era posible que se tratase del mismo arroyo, pues este parecía apenas una pequeña corriente. En un momento dado ambas orillas se tornaban más escarpadas y difíciles, pero no encontró ni rastro del barranco.

Helward remontó el arroyo en dirección contraria al fluir del agua. A pesar de serle tan familiar, bajo esta apariencia dilatada y distorsionada bien podría ser cualquier otro.

Entonces vio un óvalo largo y negro cerca del agua. Se agachó para examinarlo. Olía vagamente a quemado; al observarlo con mayor atención advirtió que eran los restos de un fuego, el que encendió para su campamento.

La anchura de la corriente no excedía el metro, cuando estuvo con las chicas medía unos cuatro. Regresó a lo alto del banco. Tras una larga búsqueda encontró algunas marcas en el suelo que podían ser el rastro de una de las torres de suspensión.

Desde lo alto de uno de los lados del barranco hasta el otro la distancia era de cinco o seis metros. La caída hasta el agua era cuestión de centímetros.

Este fue el punto exacto por donde cruzó la ciudad.

Siguió su camino al norte y al poco encontró los restos de una traviesa. Medía unos seis metros de largo. Al lado había otra a apenas siete centímetros de distancia.

La noche siguiente la escala del paisaje asumió formas más familiares. Los árboles parecían árboles, no arbustos aplastados. Los guijarros eran redondos, la hierba crecía a puñados, no era ya una mancha verde extendida por el terreno. Los tramos de vía por los que discurría su caminar estaban todavía demasiado separados para parecerse a las medidas habituales de la ciudad, pero Helward pensó que su viaje no se alargaría demasiado tiempo.

Había perdido la noción de los días que habían transcurrido, sin embargo el territorio a su alrededor era cada vez más familiar. Sabía que el tiempo que llevaba fuera de la ciudad era, de momento, muy inferior al que predijo Clausewitz. Incluso teniendo en cuenta los dos o tres días que pasaron tan rápido en la zona de presión, la ciudad no podía haberse movido más de dos o tres kilómetros hacia el norte en su ausencia.

Ese pensamiento le animó a apretar el paso, ya que además sus provisiones de comida y agua estaban escaseando.

Prosiguió su camino, los días pasaron. No encontró señales de la ciudad, las vías por las que caminaba no mostraban intención de recobrar las medidas normales. Para entonces estaba ya tan acostumbrado a la concepción de la distorsión lateral del mundo meridional que solamente reparaba en ella al caminar.

Una mañana le asaltó otro pensamiento: las distancias entre las vías no habían cambiado en muchos días, ¿no podría ser que se encontrara en una región donde el terreno se moviera a una velocidad equivalente a la de sus pasos? Es decir, quizás era como un ratón en su rueda, andando sin parar para no progresar ni un centímetro.

Apretó el paso una hora o dos, pero pronto la razón prevaleció. Después de todo había logrado escapar con éxito de la zona de presión donde el movimiento meridional era de mayor intensidad. Se sucedieron más días y la ciudad no parecía hallarse más cerca. Pronto se topó con sus dos últimos paquetes de comida; en dos ocasiones tuvo que aportar un suplemento a su alimentación con productos locales.

El día que se quedó sin comida le invadió un repentino acceso de excitación. La posibilidad potencial de morir de hambre ya no era un problema... ¡sabía dónde estaba! Esta era la región por la que cabalgó junto a Collings y en aquella época estaban a tres o cuatro kilómetros del óptimo.

Según sus cálculos llevaba fuera a lo sumo esa misma cantidad de tiempo, así que la ciudad debería estar a la vista.

Más adelante, las huellas del tramo de vías continuaban hasta una baja elevación... no había señales de la ciudad. Las zanjas de las traviesas estaban todavía distorsionadas y el próximo tramo de vías, el interior izquierdo, se hallaba a cierta distancia.

Eso significaba, razonó Helward, que la ciudad se había movido mucho más deprisa en su ausencia. Quizás incluso había adelantado al óptimo y se encontraba en

una región donde la tierra se movía lentamente. Ya empezaba a entender por qué la ciudad necesitaba avanzar; posiblemente delante del óptimo existía una zona donde el terreno no se movía en absoluto.

En ese caso la ciudad podría detenerse... la gran rueda podría detenerse.

Helward no durmió nada bien esa noche, estaba hambriento. A la mañana siguiente bebió unos tragos de agua y pronto se puso en camino. La ciudad debería aparecer pronto en el horizonte.

En los momentos más calurosos del día no tuvo más remedio que detenerse a descansar. El paisaje era estéril y abierto, con pocas sombras donde cobijarse. Se sentó junto a la vía.

Mirando adelante vio algo que le proporcionó una nueva esperanza; tres personas caminaban en su dirección. Debían ser de la ciudad, venían a buscarle. Débil, esperó a que llegaran.

Cuando se aproximaron trató de incorporarse, pero dio un traspié. Se quedó quieto.

—¿Eres de la ciudad?

Helward abrió los ojos para mirar a su interlocutor. Era un joven vestido con el uniforme de aprendiz del gremio. Asintió, le era difícil articular palabra.

—Estás enfermo... ¿Qué te sucede?

—Estoy bien. ¿Tienes algo de comida?

—Bebe esto.

Le ofreció agua de una garrafa. Helward bebió un trago; sabía diferente, estancada y pobre, agua de la ciudad.

—¿Puedes ponerte de pie?

Con su ayuda, Helward se puso en pie y juntos caminaron lejos de las vías, donde crecían unos flacos arbustos. Helward se sentó en el suelo y el joven abrió su mochila. A Helward le resultó muy familiar, era idéntica a la suya.

—¿Te conozco? —le preguntó al otro.

—Aprendiz Kellen Li-Chen.

¡Li-Chen! Le recordaba del orfanato.

—Soy Helward Mann.

Kellen Li-Chen abrió un paquete de comida deshidratada y le echó algo de agua, una familiar ración de gachas grises estuvo pronto ante sus ojos. Helward comenzó a comérsela entusiasmado, era una sensación que no tenía desde hace mucho.

Detrás de ellos, a varios metros, esperaban dos chicas.

—¿Vas al pasado? —le preguntó entre bocado y bocado.

—Sí.

—Yo vengo de allí.

—¿Qué hay en él?

De repente, Helward recordó su encuentro con Torrold Pelham en casi idénticas circunstancias.

—Ya estás en el pasado —le dijo—. ¿No lo notas?

Kellen negó con la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Kellen.

Helward se refería a la presión meridional, al sutil empuje que aún sentía al caminar. Entendió que Kellen aún no lo percibía. La sensación no era reconocible hasta que no se experimentaba en toda su extensión.

—Es imposible hablar de ello —le dijo Helward—. Ve al pasado y lo comprobarás por ti mismo.

Helward miró a las chicas, sentadas en el suelo dando la espalda deliberadamente a los hombres. No pudo evitar sonreír para sus adentros.

—Kellen... ¿a cuánta distancia está la ciudad de aquí?

—A unos pocos kilómetros. Ocho o así.

—¡Ocho kilómetros! —Entonces ya habría sobrepasado fácilmente el óptimo.

—¿Te importaría darme algo de comida? Solo un poco, lo bastante para llegar a la ciudad.

—Por supuesto.

Kellen sacó cuatro paquetes y se los dio. Helward los miró un momento antes de devolverle tres.

—Con uno será suficiente. Necesitarás el resto.

—No tengo que ir muy lejos —dijo Kellen.

—Lo sé... pero los vas a necesitar. —Miró de nuevo al aprendiz—. ¿Cuánto llevas fuera del orfanato, Kellen?

—Unos veinticinco kilómetros.

Kellen era mucho más joven que él. Lo recordaba claramente, estaba dos cursos por debajo en el orfanato. Es posible que estuvieran reclutando a aprendices más jóvenes. Por otro lado, Kellen tenía el aspecto de un hombre plenamente maduro, su cuerpo no era el de un adolescente.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó.

—Mil sesenta y cinco kilómetros.

Eso no podía ser... Helward contaba ahora con unos mil setenta y dos, se supone que Kellen era al menos ochenta kilómetros más joven que él...

—¿Has estado trabajando en las vías?

—Sí, un trabajo jodidamente duro.

—Lo sé. ¿Cómo es que la ciudad ha podido moverse tan deprisa?

—¿Deprisa? Ha sido una mala época. Tuvimos que cruzar un río. En este momento la ciudad está detenida en un territorio montañoso. Hemos perdido mucho terreno. Cuando me marché estábamos a nueve kilómetros y medio del óptimo.

—¡Nueve kilómetros y medio! ¿Entonces el óptimo se ha movido más deprisa?

—No que yo sepa. —Kellen miraba a las chicas por encima del hombro—. Creo

que debería ponerme en marcha. ¿Te encuentras bien?

—Sí. ¿Cómo te llevas con ellas?

Kellen sonrió.

—No del todo mal —dijo—. El idioma es una barrera, pero voy encontrando palabras comunes del vocabulario.

Helward se echó a reír y de nuevo el recuerdo de Pelham acudió a su memoria.

—Hazlo pronto —le dijo—, luego se hace más difícil.

Kellen Li-Chen le miró fijamente un momento antes de erguirse.

—Cuanto antes, mejor —aseveró. Volvió junto a las chicas, que se quejaron al darse cuenta de que el descanso se acababa. Cuando pasaron junto a él, Helward advirtió que una de ellas se había desabotonado la camisa y la llevaba atada delante.

Con la comida que le dio Kellen, Helward estaba seguro de que podría llegar a la ciudad sin problemas. Después de haber recorrido tanta distancia ocho kilómetros no eran nada, calculó que llegaría antes del anochecer. El paisaje a su alrededor le resultaba enteramente ajeno. A pesar de lo que le había dicho Kellen, no cabía duda de que la ciudad había progresado bastante en su ausencia.

Con todo, se acercaba el anochecer y seguía sin haber señales de la ciudad.

El único indicio que daba lugar a la esperanza era que la distancia entre las traviesas tenía unas medidas muy cercanas a las normales. La siguiente vez que Helward paró a beber agua midió una zanja y estimó que tendría unos dos metros de largo.

Delante de él había una elevación de terreno donde vio una loma por la que ascendían los restos del tramo de vías. Estaba seguro de que la ciudad debía hallarse estacionada en el valle de detrás, así que apretó el paso con la esperanza de encontrarse con ella antes de que llegara la noche.

El sol tocaba el horizonte cuando llegó a la loma y miró al otro lado, al valle.

Un ancho río corría por él. Las vías llegaban a la orilla sur y continuaban por el otro lado, luego seguían surcando el valle, hasta donde le alcanzaba la vista, para perderse en una zona boscosa. No había ni rastro de la ciudad.

Enfadado y confuso, Helward se quedó mirando el valle hasta que la oscuridad se cernió sobre él. Entonces montó el campamento.

A la mañana siguiente echó a andar en cuanto amaneció y a los pocos minutos se halló junto a la orilla del río. En esta zona encontró muchos indicios de actividad humana. Los terrenos cercanos a la orilla habían sido manipulados y convertidos en un barrizal en el que aparecían gran cantidad de pedazos de madera y los cimientos rotos de las traviesas. Incluso en el agua vio rastros de madera, presumiblemente todo lo que quedaba del puente que se tuvo que construir para que la ciudad continuara su camino.

Helward se metió en el agua, agarrándose a los trozos de madera desperdigados para no perder el equilibrio. La profundidad iba en aumento, así que acabó por tener que nadar, en dura pugna contra la fuerte corriente que lo arrastró un buen trecho antes de que consiguiera llegar al otro lado.

Empapado, caminó junto al río al encuentro de los restos de las vías. La mochila y la ropa le pesaban mucho, así que se desvistió y puso la ropa al sol. Extendió el saco de dormir y la mochila de lienzo junto a ella. Cuando estuvo seca, una hora después, se volvió a poner la ropa. El saco de dormir no se secó del todo, lo airearía en la siguiente parada. Se preparó para partir.

Justo cuando estaba colocándose la mochila a la espalda oyó un sonido seseante y algo le rozó el hombro. Helward giró la cabeza a tiempo de ver como una flecha de ballesta se clavaba en el suelo.

Se arrojó detrás de los cimientos de una traviesa buscando cobijo.

—¡Quédate donde estás!

Miró en dirección adonde venía la voz. No veía al que hablaba, aunque no había duda de que se encontraba en unos arbustos a apenas cincuenta metros de distancia.

Helward se examinó el hombro. La flecha le había roto un poco la manga, pero no estaba herido. Había perdido su ballesta junto al resto de sus posesiones, estaba indefenso.

—Voy a salir... no te muevas.

Al momento, un hombre con el uniforme de aprendiz surgió de detrás de los arbustos apuntando a Helward con la ballesta.

—¡No dispires! Soy un aprendiz de la ciudad.

El hombre no dijo nada, se limitó a continuar su avance. Se detuvo a cinco metros de él.

—De acuerdo. Ponte de pie.

Helward obedeció, quería que el hombre armado comprobara que decía la verdad.

—¿Quién eres?

—Soy de la ciudad —dijo Helward.

—¿A qué gremio perteneces?

—A los exploradores del futuro.

—¿Cuál es el último punto del juramento?

Helward meneó la cabeza sorprendido.

—Eh, ¿qué demonios?

—Vamos, el juramento.

—Juro todo esto plenamente consciente de que la traición de cualquiera de...

El hombre bajó el arma.

—Bien —dijo—. Tenía que asegurarme. ¿Cómo te llamas?

—Helward Mann.

El otro se le quedó mirando atentamente.

—Dios mío, ¡jamás te hubiera reconocido! ¡Te has dejado barba!

—¡Jase!

Los dos jóvenes se miraron el uno al otro unos pocos segundos, después se saludaron cálidamente. Helward pensó que si les había resultado tan difícil reconocerse es que debían haber cambiado mucho en todo este tiempo. En su día fueron dos muchachos lampiños que se quejaban de las limitaciones de la vida en el orfanato; ahora su apariencia y sus preocupaciones eran muy distintas. En el orfanato, Jase desarrolló una afectada sabiduría y desdén por el orden establecido al que debían someterse, allí era un líder para los chicos que maduraban más lentamente. Ahora, junto al río, donde se encontraban renovando su amistad, Helward no asoció nada de todo aquello con el hombre que tenía delante. Las experiencias en el exterior de la ciudad habían cambiado a Jase tanto como a él mismo. Ninguno de los dos se asemejaba ya a los pálidos, bisoños e inocentes chavales que crecieron juntos; bronceados, barbudos, musculosos y endurecidos por la vida, se habían curtido velozmente, ya eran hombres.

—¿De qué ha ido eso? ¿Por qué me has disparado? —le preguntó Helward.

—Pensé que eras un tucó.

—¿Acaso no has visto mi uniforme?

—Eso ya no significa nada.

—Pero...

—Escucha, Helward, las cosas están cambiando. ¿Cuántos aprendices has visto en el pasado?

—Dos. Tres si te incluyo a ti.

—Correcto. ¿Sabes que la ciudad manda a un aprendiz al pasado cada kilómetro y medio? Debería haber muchos más allí atrás... y, teniendo en cuenta que todos vamos por el mismo camino, deberíamos encontrarnos casi cada día. Los tucos están aprendiendo, matan a los aprendices y les roban los uniformes. ¿Te han atacado a ti?

—No —admitió Helward.

—A mí sí.

—Podrías haber tratado de identificarme antes de disparar.

—No tiré a dar.

Helward le mostró la manga rota.

—Entonces eres un tirador horrible.

Jase se apartó de su lado y fue a recoger la flecha caída. La examinó para ver si estaba en buen estado y la devolvió al carcaj.

—Deberíamos ir en busca de la ciudad —dijo a su regreso.

—¿Sabes dónde está?

Jase parecía preocupado.

—Me resulta imposible —declaró—. Llevo caminando muchos kilómetros. ¿Ha acelerado la ciudad de repente?

—No que yo sepa. Ayer vi a otro aprendiz que me contó que en realidad la ciudad avanzaba con retraso.

—Entonces ¿dónde demonios está? —se preguntó Jase.

—Delante, en algún lugar —dijo Helward señalando las vías que conducían al norte.

—Sigamos pues.

Al final del día seguían sin avistar la ciudad aunque las vías, ahora sí, eran del tamaño adecuado. Montaron el campamento en un bosquecillo por el que corría un arroyuelo de aguas cristalinas.

Jase iba bastante mejor equipado que Helward. Además de la ballesta llevaba un saco de dormir de repuesto (el mojado de Helward olía mal y lo tiró), una tienda y comida de sobra.

—¿Qué puedes decirme sobre ello? —le preguntó Jase.

—¿Del pasado?

—Sí.

—Sigo tratando de entenderlo —dijo Helward—. ¿Qué piensas tú?

—No lo sé. Lo mismo, supongo. No puedo encontrarle la lógica a lo que he visto, sin embargo sé que lo he visto y experimentado, así que así es como debe ser.

—¿Cómo es posible que se mueva el suelo?

—¿Tú también lo notaste? —dijo Jase.

—Eso creo. Es eso lo que pasó, ¿verdad?

Luego se contaron sus experiencias desde que salieron del orfanato. Las de Jase eran notablemente diferentes a las suyas.

Abandonó el orfanato pocos kilómetros antes que Helward y pasó por los mismos trabajos en el exterior de la ciudad. Una diferencia esencial, sin embargo, era que no estaba casado y se le había invitado a conocer a algunas de las mujeres transferidas. Ese era el motivo por el que ya conocía a las que le asignaron para su viaje al pasado.

Se enteró a través de ellas de las historias que circulaban en las aldeas sobre los habitantes de la ciudad. Según ellos, la ciudad estaba ocupada por gigantes que saqueaban, mataban y violaban a las mujeres.

A medida que avanzaban por el camino, Jase advirtió que las chicas estaban cada vez más asustadas. Cuando les preguntó por el motivo le contestaron que tenían miedo de que los suyos las mataran en cuanto regresaran a casa. Querían retornar a la ciudad. En aquel punto Jase ya notaba con curiosidad los efectos de la distorsión lateral. Dio la vuelta y les dijo a las chicas que volvieran solas a la ciudad. Él quería pasar otro día por su cuenta antes de regresar al norte.

Siguió al sur, no descubrió nada interesante allí, y dio media vuelta para ir en busca de las chicas. Las encontró tres días más tarde, colgadas cabeza abajo de un árbol, con el cuello rebanado. Antes de que se recobrara de la sorpresa, le atacó un grupo de lugareños, algunos de los cuales iban vestidos con uniformes de aprendiz. Se las arregló para escapar, pero fue perseguido. Fueron tres días de pesadilla. Durante la huida sufrió una mala caída y se torció el tobillo; en tan lamentable estado la única alternativa era esconderse. A causa de la persecución se vio obligado a alejarse de las vías, adentrándose varios kilómetros en el sur. La caza se suspendió y Jase se encontró solo, aislado. Poco a poco la presión del sur comenzó a ser notable. Se hallaba en una región que no reconocía. Le describió a Helward el terreno plano y vacío, la tremenda fuerza meridional, el modo en el que percibió las distorsiones físicas.

Trató de buscar el camino de regreso a las vías, sin embargo la pierna herida le impedía progresar a buen ritmo. Al final, tuvo que anclarse al suelo con el enganche y la cuerda hasta que pudo andar de nuevo. La presión seguía creciendo. Temeroso de que la cuerda no aguantara se vio forzado a gatear al norte. Tras un largo período, se las arregló para escapar de la zona donde la presión era más acuciante y emprendió el regreso a la ciudad.

Vagó mucho tiempo sin encontrar el rastro de la ciudad. A consecuencia de ello, su conocimiento de los terrenos alejados del sendero de las vías era mayor que el de Helward.

—¿Sabías que existe otra ciudad por allí? —dijo, señalando las tierras al oeste de los tramos de vía.

—¿Otra ciudad? —repitió Helward incrédulo

—No es como Tierra. Aquella está construida en el suelo.

—¿Pero cómo...?

—Es inmensa. Diez o veinte veces mayor que Tierra. No supe lo que era hasta después, al principio creí que era otro asentamiento, uno mucho más grande. Helward, escucha, es una ciudad como las que nos enseñan en el orfanato... las del planeta Tierra. Cientos, miles de edificios construidos en suelo firme.

—¿Hay personas allí?

—Unas pocas... no muchas. Estaba muy dañada. No sé qué sucedió allí, pero parecía abandonada en su mayor parte. No me quedé mucho tiempo porque no quería ser visto. Es una visión maravillosa, con todos esos edificios.

—¿Podemos ir?

—No... mantente alejado. Demasiados tucos. Allí ocurre algo, la situación está cambiando. Se están organizando mejor, poseen líneas de comunicación. En el pasado, cuando la ciudad pasaba junto a una aldea, éramos a menudo las primeras personas del exterior que veían. Según me dijeron las chicas las cosas ya no son así.

Se está corriendo la voz de la existencia de la ciudad. A los tucos no les gustamos, nunca les hemos gustado, sin embargo son débiles si están en pequeños grupos. Creo que quieren destruir nuestra ciudad.

—Y por eso se visten de aprendices —dijo Helward, sin comprender del todo el tono serio de Jase.

—Eso es solo una pequeña parte. Se ponen las ropas de los aprendices que asesinan para matar a los demás con mayor facilidad. Se decidirán a atacar la ciudad cuando estén mejor organizados y posean la firme determinación de hacerlo.

—Soy incapaz de creer que supongan una serie amenaza.

—Quizá no lo sean. A pesar de todo, tú tuviste suerte.

Por la mañana partieron temprano. Caminaron a buen ritmo todo el día, sin detenerse más que unos pocos minutos en cada parada. Junto a ellos, las cicatrices dejadas por las vías eran del tamaño normal, lo que los espoleaba a seguir con la esperanza de que la ciudad se encontrara a escasas horas de viaje.

Por la mañana, a medida que avanzaron, las vías remontaban un sendero sinuoso que rodeaba las faldas de una colina. Al llegar a la cresta de la elevación divisaron la ciudad, quieta en mitad de un ancho valle.

Se detuvieron a observarla.

Había cambiado.

Algo en ella hizo a Helward descender rápidamente la colina para ir a su encuentro.

Desde esta altura observaba los signos habituales de actividad alrededor de la ciudad. Cuatro grupos de trabajo desmontaban las vías tras ella, un grupo mayor clavaba pilares en el río que había impedido el discurrir de los nuevos tramos de delante. La forma de Tierra era distinta, la parte trasera parecía deformada, ennegrecida.

El perímetro de control de los milicianos era ahora mayor, no tardaron en darles el alto para comprobar su identidad. Jase y Helward estaban malhumorados por la demora, estaba claro que la ciudad había sufrido algún desastre. Mientras esperaban que les dieran el permiso de entrada desde dentro, Jase supo por los milicianos al cargo que la ciudad había sufrido dos ataques de los tucos, el segundo más serio que el primero. Veintitrés milicianos murieron en él, el recuento de los cuerpos no había terminado en el interior de la ciudad.

Presenciar aquello calmó las ansias que sentían por regresar a la ciudad. Una vez llegó el permiso, Helward y Jase caminaron en silencio analizando los daños.

El orfanato había sido devastado, el ataque había causado muchas víctimas, casi todas niños. En el interior de la ciudad habían cambiado muchas más cosas. El impacto de los cambios era importante, pero Helward no tenía tiempo de reaccionar.

Los anotó en su mente, echándolos a un lado a la espera de que cesaran. No había tiempo para recrearse en sus pensamientos.

Supo que su padre murió pocas horas después de su marcha, la angina de pecho le detuvo el corazón. El propio Clausewitz le comunicó la noticia justo antes de anunciarle también que su aprendizaje había terminado.

Más: Victoria dio a luz a un bebé, un niño, que fue una de las víctimas del ataque.

Más: Victoria firmó un formulario en el que declaraba la finalización de su matrimonio. Ahora vivía con otro hombre y estaba embarazada.

Y por último, ligado implícitamente a todos estos acontecimientos pero no por ello más concebible: al mirar el calendario central, Helward averiguó que mientras estuvo fuera la ciudad se desplazó un total de ciento diecisiete kilómetros y se hallaba a trece del óptimo. Según su subjetiva concepción del tiempo, apenas estuvo fuera unos cinco kilómetros.

Aceptó todos estos hechos como lo que eran, la realidad. La reacción llegaría después; mientras tanto, un nuevo ataque se cernía de manera inminente sobre la ciudad.

Tercera parte

El valle estaba oscuro y silencioso. Al otro lado, en la orilla norte del río, vi una luz roja resplandecer una o dos veces. Luego nada.

Segundos después, procedente de las tripas de la ciudad, oí una sacudida de los cabrestantes; la ciudad comenzó a moverse. El eco del grave sonido resonó en todo el valle.

Un hombre yacía junto a otros treinta entre la densa maleza que moteaba la falda de la colina. Había sido reclutado temporalmente para trabajar con la milicia durante el remolque más crítico de la historia de la ciudad. El tercer ataque se produciría en cualquier momento. Se pensaba que una vez la ciudad alcanzara el lado norte del río sería capaz de defenderse por sí misma gracias a la favorable orografía del terreno en aquella zona. Nos daría entonces tiempo a tender las vías hasta el punto más alto de las colinas, en dirección norte. Una vez allí, se creía fácil acometer una defensa fiable, al menos hasta la próxima fase del tendido de vías.

Sabíamos que en algún lugar del valle se agrupaban unos ciento cincuenta tucos armados con rifles. Resultaban un enemigo formidable. La ciudad solo contaba con doce rifles, tomados de los propios tucos, cuya munición se agotó durante el segundo ataque. Nuestras únicas armas potentes eran las ballestas, mortales a poca distancia, y nuestro conocimiento del valor del trabajo grupal. Con esos ingredientes preparamos el contraataque que teníamos reservado para nuestros enemigos y del que yo formaba parte.

Unas pocas horas después, cuando la oscuridad nos rodeaba, tomamos una posición con vistas al valle. La baza principal de defensa consistía en tres líneas de ballesteros dispuestas alrededor de la propia ciudad. Tan pronto como la ciudad cruzara el puente, retrocederían para formar en posición defensiva alrededor de las vías. Los tucos concentrarían el fuego en esos hombres y en ese momento arremeteríamos contra ellos en una emboscada.

Si la suerte nos acompañaba, el contraataque no sería necesario. Puesto que nuestro servicio de inteligencia admitía que otro ataque era posible, la construcción del puente se produjo antes de lo previsto y se esperaba que la ciudad se hallara al otro lado sana y salva, al cobijo en la oscuridad, antes de que los tucos se dieran cuenta.

En la quietud del valle, el estruendo de los cabrestantes era inconfundible.

La parte frontal de la ciudad ya pisaba el puente cuando se oyeron los primeros disparos. Puse una flecha en la ballesta y coloqué la mano sobre el seguro.

La noche estaba cubierta de nubes, la visibilidad era escasa. Pude distinguir los resplandores de los rifles y estimé que los tucos formaban en una especie de semicírculo a unos cien metros de nuestros hombres. No sé si algún disparó alcanzó

su objetivo, lo que estaba claro es que los nuestros no respondieron.

Otros rifles escupieron sus disparos, los tucos se estaban acercando. La ciudad tenía la mitad de su cuerpo en el puente... y no paraba de avanzar.

Se oyó una exclamación en el valle:

—¡Luces!

Instantáneamente, se encendió una batería de ocho grandes focos dispuestos al lado de la ciudad. Los tucos quedaron al descubierto, sin sitio donde cubrirse.

La primera línea de ballesteros disparó sus flechas. Acto seguido se agacharon para recargar. La segunda línea disparó, se agachó y recargó. La tercera línea disparó y recargó.

Tomados por sorpresa, los tucos sufrieron muchas bajas. Enseguida echaron cuerpo a tierra y dispararon a lo único que podían ver de sus defensores, las oscuras siluetas contra los focos.

—¡Luces fuera!

Regresó la oscuridad. Los ballesteros se dispersaron al lateral de la ciudad. Unos segundos más tarde las luces se encendieron de nuevo para que nuestras tropas dispararan desde sus nuevas posiciones.

Las flechas causaron bajas entre los tucos, que de nuevo fueron cogidos de improviso. Las luces se volvieron a apagar, los ballesteros retornaron a su posición inicial al amparo de la oscuridad. La maniobra se repitió de nuevo.

Se escuchó otro grito. Los focos volvieron a encenderse, a través de la luz que proyectaban vimos a los tucos cargando sus rifles. La ciudad estaba sobre el puente.

De repente, se produjo una explosión en un lateral y una lengua de fuego se elevó en el aire. Un instante después una segunda explosión resonó en el puente y las llamas se extendieron por la madera seca que sostenía las vías.

—¡Fuerzas de reserva! ¡Preparados! —Me puse en pie para aguardar la orden. Ya no estaba asustado, la tensión de las horas de espera desapareció en ese momento—. ¡Adelante!

Los focos de la ciudad seguían encendidos, podíamos ver claramente a los tucos. La mayoría se debatía en combate cuerpo a cuerpo contra nuestras fuerzas defensoras, otros estaban agachados, apuntando cuidadosamente a las superestructuras de la ciudad. Dos de los focos dejaron de brillar como resultado de sus disparos.

Las llamas en el puente y en el lateral de la ciudad se extendían.

Vi a un tucu agitando un brazo cerca de la orilla del río, preparándose para disparar algo con un cilindro metálico. Yo estaba a unos cien metros de su posición. Apunté, solté la flecha y alcancé al hombre en el pecho. La bomba incendiaria cayó a pocos metros de él y explotó en medio del calor y las llamas.

Nuestro contraataque cogió al enemigo por sorpresa, tal como estaba previsto.

Alcancé a otros tres hombres, sin embargo los demás se dispersaron y echaron a correr hacia el este, desapareciendo entre las sombras del valle.

La confusión reinó durante un minuto o dos. La ciudad ardía y, bajo ella, el fuego devoraba el puente por dos puntos, uno de ellos justo por debajo de Tierra, el otro varios metros por detrás. Obviamente, era un asunto prioritario apagar el fuego, a pesar de que nadie estaba seguro de que los tucos se hubieran retirado del todo.

La ciudad no había cesado de ser remolcada hacia delante. Grandes pedazos de madera caían al río por donde ardía el puente.

El orden se recobró rápidamente. Un oficial de la milicia gritaba órdenes y los hombres formaron en dos grupos. Uno reorganizó la defensa en las vías. Otro, al que yo me uní, fue enviado al puente para luchar contra las llamas.

Tras el segundo ataque, en el que por primera vez se usaron las bombas incendiarias, se dispusieron bocas de agua en diversas zonas del exterior de la ciudad. La más cercana fue dañada por las explosiones, y de ella salía líquido a borbotones. Encontramos una segunda boca y extendimos la corta manguera.

La intensidad del fuego en las vías era demasiado grande, era inútil tratar de luchar contra él. Aunque la ciudad había ya sobrepasado lo peor del fuego, tres de las ruedas aún no habían cruzado el puente de madera en llamas. Al tiempo que luchábamos entre el denso humo y las cegadoras llamaradas vi que las vías cedían ante la presión combinada del calor y el fuego.

Se oyó un estruendo. Otro gran pedazo de madera cayó al río. El humo era demasiado denso. Asfixiados, tuvimos que alejarnos de la parte inferior de la ciudad.

El fuego en la superestructura era todavía intenso, a pesar de que un equipo antiincendios trataba de sofocarlo desde el interior de la ciudad. Los cabrestantes giraron, la ciudad crepitó y se movió hacia la seguridad de la orilla norte.

Al llegar la luz del día se evaluaron los daños. No se produjeron demasiadas pérdidas humanas. Tres milicianos murieron en la batalla y quince resultaron heridos. En el interior de la ciudad un hombre resultó gravemente herido en una de las explosiones incendiarias y una docena de hombres y mujeres se vieron afectados por el humo de los distintos focos del fuego.

Los daños en la estructura de la ciudad sí eran significativos. Una sección de oficinas administrativas fue tragada completamente por el fuego y algunas zonas de viviendas quedaron inhabitables debido a los daños causados por el agua o las llamas.

Bajo la ciudad se produjeron otros daños. El material base de su estructura era el acero, sin embargo, la mayor parte de las construcciones eran de madera, así que algunas vastas zonas se quemaron fácilmente. La rueda de la vía exterior derecha descarriló y otra de las grandes llantas sufrió daños estructurales. No se podía sustituir, debía ser descartada.

Después de que la ciudad cruzara al otro lado del puente, este siguió ardiendo y se perdió por completo. Con él desaparecieron varios metros de nuestras irremplazables vías, fundidas por el fuego.

Tras pasar dos días en el exterior, trabajando con los equipos que intentaban reciclar en lo posible las vías que quedaron intactas en el lado sur del río, fui convocado para acudir a una audiencia con Clausewitz.

Aparte de la hora o dos que pasé en el interior de la ciudad tras mi regreso, no había notificado a ninguno de los miembros de mi gremio mis experiencias. Por lo que sabía, los protocolos normales de actuación gremial fueron abandonados durante la emergencia. Los ataques causaron inevitables retrasos, la distancia al óptimo aumentó; ante la gravedad de la situación, que empeoraba a diario, no esperaba que me hicieran cesar de mis labores en el exterior.

Allí, el ánimo entre los hombres alternaba entre la desesperación y la desesperanza. Los trabajos de tendido de las vías necesarios para el progreso de la ciudad continuaban, la tranquilidad de mis primeros días de aprendizaje realizando esa labor era ahora una utopía. Las vías se construían a pesar de la situación con los tucos, la motivación residía ahora en la certeza de que la ciudad tenía que avanzar ante la innegable necesidad de sobrevivir en un entorno extraño.

Las conversaciones entre los equipos de las vías, la milicia y los hombres de tracción se centraban de una manera u otra en los ataques. No se hablaba de ganarle terreno al óptimo o de los peligros que podían encontrarse en el pasado. La ciudad estaba en mitad de una crisis y se reflejaba en la actitud de todo el mundo.

En el interior los cambios también se hacían notar.

La luminosa y aséptica apariencia de los pasillos desapareció, junto con la atmósfera general de rutina laboral.

El ascensor no funcionaba. Muchas de las puertas de los largos pasillos estaban cerradas con llave, y en una zona un muro entero se había derrumbado, en teoría a causa del fuego, de tal modo que cualquiera que pasara a su lado veía una diáfana panorámica del exterior. Rememoré las viejas frustraciones de Victoria; fuera cual fuera el secreto que los gremios trataron de mantener en el pasado, estaba claro que ya era imposible continuar haciéndolo.

Pensar en Victoria me resultaba doloroso, no acababa de asumir lo que había sucedido. En lo que para mí fueron unos pocos días, ella abandonó todos los acuerdos tácitos de nuestro matrimonio y fue en busca de otra vida sin mí.

No la había visto desde mi regreso, aunque me aseguré de que se enterara de mi vuelta a la ciudad. De todas maneras, en las condiciones actuales, causadas por la amenaza externa, habría sido sumamente complicado verla. Este era un aspecto de mi vida que necesitaba considerar antes de reencontrarme con ella. La noticia de que llevaba en el vientre el hijo de otro hombre (me dijeron que se trataba de un funcionario de educación llamado Yung) no me afectó mucho de primeras, porque fui incapaz de creérmelo. Una cosa así no podía haber sucedido en el poco tiempo que yo creía haber pasado fuera de la ciudad.

Hallé el camino a las oficinas de los gremios de primer orden con dificultades. El interior de la ciudad se había transformado en muchos aspectos.

La gente, el ruido y la suciedad lo invadían todo. Cada metro libre era ocupado por un dormitorio de emergencia e incluso algunos heridos procedentes del exterior estaban tendidos en los pasillos. Se derrumbaron varios muros y particiones. Justo en el exterior del cuartel general de los gremios, donde antes existían una serie de agradables salas recreativas para los miembros, se dispuso una cocina de emergencia.

El olor a madera quemada era predominante.

La ciudad estaba sufriendo unos cambios fundamentales. Sentía tambalearse la vieja estructura de gremios. Los roles de muchas personas habían cambiado; en mi trabajo en las vías conocí a varios hombres para los que aquella era su primera experiencia fuera de la ciudad, hombres que hasta el momento de los ataques trabajaban en la síntesis de comida, en la educación o en la administración doméstica. Obviamente, la mano de obra contratada ya no era una posibilidad, todos los brazos hábiles eran necesarios para mover la ciudad. La razón por la que Clausewitz me hizo llamar en un momento así escapaba a mi comprensión.

No lo encontré en la sala de los futuros, así que esperé un rato. Pasada media hora continuaba sin aparecer, por lo que decidí volver por donde había venido; mis

servicios serían de mejor uso afuera.

Me topé con futuro Denton en el pasillo.

—¿Eres futuro Mann, verdad?

—Sí.

—Nos vamos de la ciudad. ¿Estás listo?

—Se suponía que iba a reunirme con futuro Clausewitz.

—Así es. Me ha mandado en su lugar. ¿Sabes montar a caballo?

Me había olvidado de los caballos de mi etapa alejado de la ciudad.

—Sí.

—Bien. Reúnete conmigo en los establos dentro de una hora.

Se perdió en el interior de las estancias de los futuros.

Contaba con una hora libre que no tenía en qué invertir, no había nada que hacer ni nadie a quien visitar. Todos mis vínculos con la ciudad estaban rotos, incluso los recuerdos que me traía se vieron afectados por los daños a su apariencia y forma.

Recorrí la parte trasera de la ciudad para examinar por mí mismo los daños causados en el orfanato. No quedaba mucho que ver. Casi toda la superestructura se quemó con las llamas o fue posteriormente derruida. Donde en su día vivieron los niños había solamente un almacén de acero, parte del esqueleto de la ciudad. Desde allí se divisaba el río, el lugar desde donde se produjo el ataque. Me pregunté si los tucos volverían a intentarlo. Les habíamos golpeado fuerte pero, si la ciudad se hallaba en una situación tan débil como parecía, supuse que se rearmarían para volver a atacar.

Me acongojó darme cuenta de lo vulnerables que éramos. La ciudad no estaba diseñada para repeler ningún tipo de ataque, se movía con lentitud, desgarradamente, y estaba construida con materiales inflamables. Sus puntos más débiles (las vías, los cables y la superestructura de madera) eran fácilmente accesibles.

Me pregunté si los tucos se daban cuenta de lo sencillo que sería arrasarla; bastaría con destruir los puntos clave y sentarse a ver cómo el movimiento del suelo la deslizaba poco a poco hacia atrás.

Pensé en ello un rato. Me pareció que los lugareños desconocían la fragilidad inherente de la ciudad y sus habitantes, la poca información de la que disponían sobre nosotros jugaba en su contra. Por lo que yo sabía, la transformación que sufrieron las tres chicas allá en el pasado no era algo perceptible a sus ojos.

Aquí, cerca del óptimo, los tucos no estaban sujetos a ninguna distorsión, o solo a un nivel insignificante, por lo que no podían discernir ninguna diferencia apreciable entre ellos y nosotros.

Nuestros enemigos solo podrían ver el efecto que esto tendría sobre la estructura de la ciudad y sus ocupantes si alcanzaban el éxito en su empresa, quizá sin planearlo siquiera, y conseguían que nos retrasáramos respecto al óptimo hasta un punto tan al

sur que ya fuera imposible remolcarnos hacia delante.

Este terreno hubiera sido difícil de cruzar incluso en condiciones normales, probablemente la colina frente a nosotros no era la única de la región. ¿Cómo podía mantenerse viva la esperanza de llegar de nuevo a la altura del óptimo?

No obstante la ciudad estaba relativamente segura de momento. Parapetada a un lado por el río, y al otro por un terreno elevado que impedía el resguardo a ningún agresor; se encontraba en una buena posición estratégica mientras se tendían las vías.

No sabía si tendría tiempo de cambiarme, llevaba trabajando y durmiendo con la misma ropa muchos días. Me acordé irremediablemente de Victoria, de sus objeciones al olor de mi uniforme tras diez días fuera de la ciudad.

Deseé no encontrármela antes de irme.

Regresé a la sala de los futuros e hice averiguaciones. Había uniformes disponibles, tenía derecho a uno por ser un miembro de pleno derecho de los gremios, pero en aquel momento no podían conseguirme ninguno. Me dijeron que me buscarían uno en mi ausencia.

Futuro Denton me estaba esperando en los establos cuando llegué. Me proporcionaron un caballo y cabalgamos sin demora hacia el norte.

Denton no era un hombre muy extrovertido. Respondía, eso sí, a todas las preguntas que le hacía, tras las cuales seguían largos períodos de silencio. No me resultaba incómodo, pues me daba la oportunidad de pensar, algo que necesitaba.

Recurrí a mis primeras enseñanzas en los gremios; acepté que descifraría todo lo posible de lo que presenciara, sin confiar en la interpretación de los demás.

Seguimos el camino por el que irían las vías, ascendiendo por un paso en las faldas de la colina. En la cima, el terreno descendía de manera estable junto a un pequeño arroyuelo durante un largo trecho. Al final del valle existía un pequeño bosquecillo, luego otra serie de colinas.

—Denton, ¿por qué hemos dejado la ciudad en un momento así? —pregunté—. Está claro que todos los hombres son necesarios.

—Nuestro trabajo siempre es importante.

—¿Más importante que la defensa de la ciudad?

—Sí.

Por el camino me explicó que en los últimos kilómetros el trabajo de exploración del futuro se había descuidado. Esto se debía en cierto modo a que el gremio estaba falto de hombres a causa de los problemas de la urbe.

—Nos hallamos en el límite de lo explorado hasta el momento: estas colinas —dijo mirando a su alrededor—. El gremio de tracción tendrá que lidiar con estos árboles. Podrían servir de escondrijo ante los tucos, pero también necesitamos madera. A partir de este punto se ha explorado un kilómetro más, el resto es territorio virgen.

Me mostró un mapa dibujado en un largo rollo de papel en el que se veían diferentes símbolos, cuyos significados me explicó. Nuestro trabajo, por lo que entendí, era extender el mapa al norte. Denton disponía de un instrumento de exploración, montado en un gran trípode de madera, que de vez en cuando utilizaba para después anotar algo en el propio mapa.

Los caballos iban muy cargados. Además de las raciones de comida y de los sacos de dormir, cada uno portaba una ballesta provista de una generosa cantidad de flechas. Nuestro equipo se componía también de instrumentos para cavar, un kit para tomar muestras químicas y una videocámara diminuta con su equipo de grabación. Denton me enseñó a usar el equipo de video.

El método habitual de los futuros, tal como me explicó, era repartir a uno o varios exploradores entre varias zonas. Cada individuo o grupo tomaba una ruta distinta hacia el norte, por lo tanto, al final de la expedición se conseguía un mapa detallado de los terrenos explorados por todos ellos y una grabación en video del recorrido. Todo eso estaba después sujeto a la evaluación del Consejo de Navegantes que, con la

ayuda de los informes de otros exploradores, decidía la ruta que se iba a seguir.

Bien pasado el mediodía, Denton paró por sexta vez y montó el trípode. Tras tomar medidas angulares de la elevación de las colinas que nos rodeaban y, usando una brújula montada en un giroscopio, determinar el norte, adosó un péndulo a la base del instrumento. Dejó al péndulo moverse a su ritmo hasta que se detuvo naturalmente y quedó estacionario. Denton fijó la graduación de la escala, la marcó con círculos concéntricos y la colocó entre las patas del trípode.

El puntero se hallaba casi exactamente en la marca central.

—Estamos en el óptimo —dijo—. ¿Sabes lo que eso significa?

—No exactamente.

—Has estado en el pasado, ¿verdad? —Le confirmé que así era—. Siempre hay una fuerza centrífuga a la que enfrentarse en este mundo. Mientras más al sur, mayor es esa fuerza. Siempre está presente en cualquier lugar al sur del óptimo, no supone una diferencia práctica para las operaciones normales dentro de los primeros diecinueve kilómetros. Eso sí, superada esa distancia la ciudad podría empezar a tener problemas. Eso ya lo sabes, si has sentido esa fuerza centrífuga.

Examinó las nuevas lecturas de su instrumento.

—Trece kilómetros y medio —dijo—. Es la distancia entre la ciudad y este punto, es el terreno que debemos recuperar.

—¿Cómo se mide el óptimo? —pregunté.

—Por sus distorsiones gravitacionales. Es el estándar por el que medimos el progreso de la ciudad. En términos físicos, puedes imaginarlo como una línea dibujada alrededor del mundo.

—¿Y el óptimo siempre se está moviendo?

—No. El óptimo está quieto, es la tierra la que se aleja de él.

—Ah, sí.

Guardamos los equipos y continuamos al sur. Justo antes de que se escondiera el sol, levantamos el campamento para pasar la noche.

Los trabajos de reconocimiento del terreno no requerían mucho esfuerzo mental. En nuestro lento avance al norte mi única preocupación externa era la necesidad de estar siempre atento a posibles indicios de la presencia de lugareños hostiles. Nos manteníamos en guardia a pesar de que Denton decía que un ataque era poco probable.

No podía parar de pensar en la increíble experiencia que suponía el tener todo este mundo ante mis ojos. Estar aquí ya era un evento extraordinario; entenderlo ya era harina de otro costal.

Al tercer día fuera de la ciudad comencé a pensar de repente en la educación que recibí de pequeño. No estoy seguro de qué hizo a mi mente fluir por esos derroteros. Muchos motivos posiblemente, el más probable, la impresión que me produjo haber visto los efectos devastadores del ataque en el orfanato.

No había pensado mucho en mi educación tras dejar aquel lugar donde transcurrieron mis primeros años de vida. En su momento, al igual que el resto de chicos y chicas, consideraba mi período allí un tiempo de penitencia, una etapa necesaria que era ineludible cumplir. Mirando atrás, muchos de los conceptos que nos inculcaron en nuestras reticentes cabezas tomaban una nueva dimensión en el contexto de la ciudad.

Por ejemplo, una de las asignaturas que mayor aburrimiento nos causaba era la geografía. Las lecciones trataban sobre técnicas de cartografía y reconocimiento del terreno, asuntos que en el interior del orfanato solo podían ser considerados desde un punto de vista teórico. Ahora aquellas insufribles horas de tedio cobraban relevancia. Concentrándome un poco y ahondando en mi, a menudo, fallida memoria, entendí rápidamente los principios básicos de lo que hacía Denton.

En aquellos años nos enseñaron la teoría de otras muchas materias de las cuales comprendía ahora, a la larga, su importancia. Cualquier nuevo aprendiz poseía un conocimiento superficial del trabajo que su gremio requeriría que hicieran en su momento y, adicionalmente, contaba con un grado similar de información respecto al resto de funciones de la ciudad.

Nada pudo prepararme para el agotador trabajo físico en las vías, sin embargo, poseía un entendimiento casi instintivo de la maquinaria usada para remolcar la ciudad por esas vías.

El entrenamiento obligatorio en la milicia no tenía ningún interés para mí, pero a esos hombres que posteriormente tomaran las armas para defender la seguridad de la ciudad les ayudaría bastante el extraño énfasis que se le daba a la estrategia militar durante nuestra educación.

Esta corriente de pensamiento me llevó a preguntarme si realmente existió algo

en mi educación que me preparara para aceptar la visión de un mundo como este.

Las lecciones que recibí específicamente sobre astrofísica y astronomía siempre hablaban de los planetas como esferas. La Tierra (el planeta, no nuestra ciudad) nos era descrita como una esfera achatada en los polos; incluso se nos mostraron mapas de su superficie. Pero ese aspecto de la ciencia física no se trató en demasía, crecí creyendo que el mundo donde existía la ciudad de Tierra era una esfera idéntica al planeta del mismo nombre, y nada de lo que me dijeron contradijo ese pensamiento. De hecho, nunca discutimos en detalle la naturaleza del mundo.

Sabía que el planeta Tierra era parte de un sistema de planetas que orbitaban alrededor de un sol esférico. Un satélite, la Luna, orbitaba alrededor de la Tierra. Como el resto, todo eso era información teórica, la falta de aplicación práctica no me preocupó ni siquiera cuando dejé la ciudad, pues estaba claro que las circunstancias eran otras. Ni el sol ni la luna eran esféricos, como tampoco lo era el mundo en el que vivíamos.

La pregunta quedaba sin responder: ¿dónde estábamos?

La solución quizás radicaba en el pasado.

Ese hecho también se nos ocultó concienzudamente, aunque las historias que se nos contaban se referían exclusivamente al planeta Tierra. Casi todo lo que aprendíamos giraba en torno a maniobras militares o al traspaso de poder y de gobierno de un Estado a otro. Sabíamos que el tiempo en el planeta Tierra se medía en años y siglos, que los hechos documentados de historia se remontaban a veinte siglos atrás. Quizás infundadamente, formé en mi mente la idea de que vivir en el planeta Tierra no era algo agradable, sino una existencia marcada por disputas, guerras, reclamaciones territoriales y presiones económicas. El concepto de civilización era muy avanzado, se nos explicaba que era el momento en el que la humanidad se congregaba en ciudades. Por definición, los habitantes de la ciudad de Tierra éramos civilizados, sin embargo no existían similitudes entre su existencia y la nuestra. La civilización en el planeta Tierra iba al ritmo del egoísmo y la avaricia, la gente que vivía en los Estados civilizados explotaba a los que vivían en los menos desarrollados. Las escasas comodidades de la vida eran monopolizadas por los habitantes de las naciones desarrolladas por mor de su fortaleza económica. Esa desigual inclinación de la balanza era la raíz de todas las disputas.

De repente advertí los paralelismos entre su civilización y la nuestra. La ciudad andaba en pie de guerra con los tucos como resultado de nuestra política de trueques. No los explotábamos para conseguir sus riquezas, nosotros disponíamos de un excedente de comodidades que escaseaban en esta región, es decir, comida, combustible y materias primas. De lo que carecíamos era de mano de obra, pagábamos por ella con lo que nos sobraba.

El proceso era el inverso, el resultado el mismo.

Siguiendo mi razonamiento, comprendí que el estudio de la historia del planeta Tierra preparaba el terreno para aquellos que luego se convirtieran en miembros del gremio de los trocadores; no tuve que ahondar mucho para entender el resto. Las historias empezaban y terminaban en ese planeta llamado Tierra, sin mencionar cómo llegó la ciudad a este mundo ni cómo se construyó ni quiénes fueron sus fundadores o de dónde procedían.

¿Una omisión deliberada o un conocimiento olvidado?

Imaginaba que muchos miembros de los gremios se habían lanzado a la invención de sus propios patrones de racionalidad. Por lo que sabía, las respuestas a todas estas preguntas bien podrían encontrarse en algún lugar de la ciudad o venir avaladas por una hipótesis común que desconocía. Adopté el camino de los gremios de forma natural. La supervivencia en este mundo era cuestión de iniciativa: a gran escala, por el hecho de cooperar en que la ciudad avanzara al norte y se alejara de la increíble distorsión a nuestra espalda; y desde un punto de vista personal, por el hecho de tomar como propio un patrón de vida que estaba ya determinado. Futuro Denton era un hombre autosuficiente, igual que la mayoría de los hombres que había conocido. Quería equipararme con él, comprender las cosas por mi cuenta. Pensé que podría discutir mis pensamientos con él, pero decidí no hacerlo.

El viaje al norte era lento, sinuoso. No tomamos una ruta directa sino que nos desvíamos por múltiples puntos del este y el oeste. Denton calculaba periódicamente nuestra distancia al óptimo; nunca sobrepasamos los quince kilómetros.

Le pregunté si existía alguna razón para que no superáramos esa diferencia.

—En circunstancias normales nos aventuraríamos al norte lo máximo posible —dijo—. Ahora la ciudad está en un momento delicado. Necesitamos un terreno que nos permita defendernos bien y sea al mismo tiempo una ruta fácil hacia el norte.

El mapa que estábamos compilando se convertía en más detallado y completo cada día que pasaba. Denton me dejaba emplear el equipo cada vez que se lo pedía, y pronto fui tan apto en su uso como él mismo. Aprendí a triangular el terreno con el instrumento de reconocimiento, a estimar la altura de las colinas y a calcular la distancia norte o sur a la que nos encontrábamos del óptimo. Me estaba empezando a gustar la cámara, a pesar de que me veía forzado a limitar mi entusiasmo para conservar la carga de las baterías.

Aquí, alejados de las tensiones de la ciudad, el ambiente era calmado y agradable. A pesar de sus largos silencios, Denton era un hombre amigable e inteligente.

Perdí la cuenta de los días que llevábamos fuera, no menos de veinte, sin duda. Denton no daba muestras de querer regresar.

En un valle nos topamos con un pequeño asentamiento. No tratamos de acercarnos, Denton se limitó a marcarlo en el mapa añadiendo una vaga estimación de su población.

El paisaje era más verde y fresco que los que yo estaba habituado a cruzar. El sol calentaba igual. En esta región llovía con mayor asiduidad, especialmente de noche, y había una gran cantidad de arroyos y ríos aquí y allá.

Denton apuntaba en el mapa todas las características del terreno, ya fueran de índole natural o humana, que pudieran entrañar alguna dificultad para el transcurrir de la ciudad o favorecieran sus peculiares necesidades. La labor del explorador del futuro no era decidir qué ruta se tomaría, sino la de proveer todos los datos precisos sobre el terreno que le aguardaba a Tierra.

El ambiente era apacible, casi soporífero en mitad de la belleza natural de nuestro entorno. La ciudad se desplazaría por esta región en los próximos kilómetros, pasaría por estos parajes sin apreciar su hermosura. Según el concepto de estética de sus habitantes lo mismo daba este paisaje verde y bello que un desierto azotado por el viento.

Durante las horas que no estaba inmerso en alguna de nuestras labores rutinarias volvía a perderme en mis pensamientos especulativos. No podía sacar de mi mente el grandioso espectáculo que me brindaba el mundo en el que habitábamos. Debía de haber algo en todos aquellos años de tediosa educación que me hubiera preparado de manera inconsciente para esta visión. Vivíamos de nuestras propias suposiciones, si dábamos por sentado que el mundo por el que transcurríamos era igual a cualquier otro, ¿qué educación podría prepararnos para una total inversión de esa idea?

La preparación empezó el día en que futuro Denton me llevó al exterior de la ciudad por primera vez. Me mostró un sol cuya apariencia me reveló que era cualquier cosa menos una esfera.

No obstante seguía pensando que debía existir una pista anterior. Esperé unos días, sin dejar de cavilar sobre el problema en cuanto se me presentaba la ocasión. Entonces tuve una idea. Denton y yo habíamos acampado un día en despoblado, junto a un río ancho y poco profundo. Cuando se acercaba el anochecer cogí la videocámara y caminé por el lateral de una baja colina, a escasos ochocientos metros de distancia. En lo alto disponía de una despejada panorámica del horizonte nordeste.

A medida que el sol se acercaba al horizonte, la bruma de la atmósfera atenuó el brillo y su forma se hizo visible; como siempre, al ancho disco le salieron dos puntas, una a cada extremo. Encendí la cámara para grabar un largo plano, después reproduje la cinta para comprobar que la imagen era clara y estable.

No me cansaba nunca de aquel espectáculo. El cielo se enrojecía y después de que el disco se escondiera casi totalmente tras el horizonte, la cresta superior de luz se deslizaba por el mismo camino. Pasados unos minutos quedaba un rastro anaranjado brillante en el centro del fulgor rojo. Pronto eso también desaparecía y la noche sobrevenía rápidamente.

Reproduje de nuevo la cinta en el pequeño monitor de la videocámara. Congelé la

imagen del sol en la pantalla, ajusté los controles de brillo, atenuando la imagen hasta que solo quedó una forma blanca.

Ante mí estaba la imagen en miniatura del mundo. Mi mundo. Había visto esa imagen antes... mucho antes de abandonar el orfanato. Esas extrañas curvas simétricas formaban un esquema que alguien me enseñó en una ocasión.

Miré aquel monitor largo rato, después apelé al sentido común y lo apagué para conservar la batería. No regresé junto a Denton inmediatamente, busqué en mi mente la clave de un vago recuerdo de alguien mostrando una hoja de papel con cuatro líneas dibujadas para que todos viéramos el lugar donde la ciudad llamada Tierra luchaba por sobrevivir.

El mapa que estábamos componiendo Denton y yo cobraba ya una forma casi definitiva.

Dibujado en un extenso rollo de papel abigarrado, el plano tenía la forma de un largo y estrecho embudo; su punto más estrecho se hallaba en el bosquecillo a aproximadamente un kilómetro y medio de donde se encontraba la ciudad cuando la dejamos. Nuestro viaje se circunscribía a dicho embudo, permitiéndonos así tomar medidas muy detalladas del terreno desde todos lados, asegurándonos así de que la información fuera lo más exacta posible.

Al poco, el trabajo quedó terminado. Denton anunció que regresaríamos a la ciudad de inmediato.

En la videocámara teníamos un completo archivo visual con referencias cruzadas de todo el terreno que habíamos cubierto. En la ciudad, el consejo de navegantes examinaría cada detalle hasta el punto que consideraran necesario para planificar la siguiente ruta. Denton me dijo que otros futuros volverían pronto al norte para dibujar otro mapa del embudo. Quizá comenzarían también en el bosquecillo y tomarían un curso de cinco o diez grados al este o el oeste o, si los navegantes creían que existía una ruta segura en el terreno que habíamos reconocido, el nuevo mapa comenzaría más allá del territorio conocido y avanzaría por la frontera del futuro.

Emprendimos el viaje de regreso a la ciudad. De forma algo pesimista, esperaba que ahora que disponíamos de la información que se nos envió a buscar cabalgaríamos día y noche sin tener en cuenta nuestras comodidades y ni siquiera nuestra seguridad. Por contra, nuestro camino fue agradable y fluyó por los mismos cauces que hasta entonces.

—¿No deberíamos darnos prisa? —acabé por preguntarle a Denton. Pensé que aminoraba el paso por mi culpa, así que creí necesario mostrarle mi voluntad de avanzar más deprisa.

—En el futuro no existen las prisas —me respondió.

No discutí con él, sabía que llevábamos fuera de la ciudad al menos treinta días.

En ese tiempo el movimiento del terreno habría hecho retroceder la ciudad otros cinco kilómetros respecto al óptimo y, por lo tanto, necesitaría recorrer esa misma distancia para encontrarse dentro de los límites de seguridad.

Sabía que el territorio reconocido comenzaba solo a aproximadamente un kilómetro de la última posición de la ciudad.

La ciudad necesitaba la información que poseíamos.

El viaje de regreso nos llevó tres días. El tercero, tras cargar los caballos y cabalgar al sur, me sobrevino el recuerdo que buscaba. Llegó sin avisar, como casi siempre que luchamos por extraer algo de nuestro subconsciente.

Hurgar en mi memoria entre todas las reminiscencias de las lecciones que había recibido había resultado tan poco fructífero y tedioso como lo fueron en su día las lecciones en sí.

La respuesta estaba en una asignatura que no me había parado a considerar.

Recordé un período en el orfanato, durante los últimos kilómetros de mi estancia allí, en el que nuestro profesor nos enseñó el mundo del cálculo. Todos los aspectos de las matemáticas provocaron en mí la misma respuesta; no mostré ningún interés por ellos y mi éxito académico en esa materia fue nulo. Los conceptos abstractos corrieron la misma suerte.

Las lecciones cubrían una especie de cálculo conocido como «funciones», de las cuales se nos mostró su representación gráfica. Esas gráficas activaron mi memoria; siempre tuve cierto talento para el dibujo y mi interés se avivó ligeramente durante unos días. No obstante murió casi de inmediato, pues averigüé que la gráfica no era el fin, sino un medio adicional para averiguar la naturaleza de la función... y yo no sabía lo que era una función.

Una gráfica en particular se discutió con sumo detalle.

Mostraba la curva de una ecuación en la cual un valor era representado como el recíproco (o inverso) de otro. Su nombre era hipérbola. Una parte de la gráfica se dibujaba en el cuadrante positivo, otra en el negativo. El fin de cada curva poseía un valor infinito, tanto positivo como negativo.

El profesor nos propuso la posibilidad de que esa gráfica rotara sobre uno de sus ejes. En su momento no entendí por qué se dibujaban las gráficas ni por qué nadie querría rotarlas, simplemente acabé por dejar volar mi cabeza y soñar despierto, tal y como acostumbraba a esa edad. Sí que me acordaba del profesor dibujando en una gran hoja de papel el aspecto que tendría el cuerpo sólido si se efectuara tal rotación.

El resultado era un objeto imposible, una figura en forma de disco de radio infinito y dos agujas hiperbólicas encima y debajo del disco, cada una de las cuales se estrechaba hacia un distante punto infinito.

Era una abstracción matemática que en su momento me interesó bastante poco.

Esa imposibilidad matemática se nos enseñó por una razón, el profesor trató de dibujarla con un propósito. Gracias a los métodos indirectos de nuestra educación, ese día tuve la oportunidad de ver la forma del mundo en el que vivía.

Cabalgué junto a Denton por el bosquecillo al pie de las colinas. Delante de nosotros estaba el sendero.

En un acto reflejo, tiré de las riendas para detener el caballo.

—¡La ciudad! —exclamé—. ¿Dónde está?

—Me imagino que todavía sigue junto al río.

—¡Entonces eso significa que la han destruido!

No cabía otra explicación posible. Si la ciudad no se había movido nada en esos treinta días, la razón de la demora tenía que ser otro ataque. Al menos debería hallarse en su nueva posición en el pasado.

Denton me miraba con una expresión divertida en el rostro.

—¿Es la primera vez que viajas tan al norte del óptimo? —me preguntó.

—Sí, así es.

—Has estado en el pasado. ¿Qué ocurrió cuando regresaste a la ciudad?

—Estaba sufriendo un ataque.

—Sí, claro... pero ¿cuánto tiempo había transcurrido?

—Más de ciento diez kilómetros.

—¿Era eso lo que esperabas?

—No, solo estuve fuera unos pocos días, dos o tres kilómetros.

—De acuerdo. —Denton avanzó de nuevo, yo le seguí—. Si vas al norte del óptimo se produce el efecto contrario.

—¿A qué te refieres?

—¿No te ha contado nadie nada referente a los valores subjetivos del tiempo? —La expresión anonadada en mi rostro le sirvió de respuesta—. Si vas a cualquier lugar al sur del óptimo el tiempo subjetivo disminuye, mientras más al sur vayas más tiempo pasa. En la ciudad, la escala de tiempo es normal, siempre y cuando se mantenga cerca del óptimo, de tal modo que cuando regresas del pasado parece que la ciudad se ha movido más de lo que creías posible.

—Nosotros hemos ido al norte.

—Sí, el efecto es el contrario. Al cabalgar al norte nuestra escala temporal subjetiva se acelera, de tal modo que la ciudad parece no haberse movido en absoluto. Según mi experiencia creo que en nuestra ausencia han pasado aproximadamente cuatro días para la ciudad. Es difícil de estimar en estos momentos, con la ciudad tan al sur del óptimo.

No dije nada en unos minutos, dejé que mi mente procesara esos conceptos.

—Entonces si la ciudad sobrepasara el óptimo por el norte no tendría que recorrer tantos kilómetros. Podría detenerse.

—No. Ha de seguir moviéndose.

—Pero si en el lugar donde hemos estado el tiempo va tan despacio, la ciudad podría beneficiarse de ello.

—No —repitió—. El diferencial en el tiempo subjetivo es relativo.

—No entiendo —dije sinceramente.

Cabalgábamos por el valle en dirección al paso. En pocos minutos la ciudad aparecería ante nosotros, si es que se encontraba realmente donde Denton preveía.

—Se dan dos factores. Uno es el movimiento del terreno, el otro es el modo en que nuestros valores subjetivos del tiempo van cambiando. Ambos son absolutos, aunque por lo que sabemos no están necesariamente conectados.

—¿Entonces por qué...?

—Escucha. El terreno se mueve físicamente. En el norte se produce un movimiento lento, mientras más al norte más despacio va; en el sur va rápido. Si fuera posible alcanzar el punto más septentrional, creemos que la tierra no se movería en absoluto. Por otro lado, pensamos que al sur el movimiento del terreno acelera hasta alcanzar una velocidad infinita en el lugar más meridional del mundo.

—He estado allí, en ese punto —apunté.

—Recorriste cuánto ¿sesenta kilómetros? Quizás unos pocos más por mero accidente. Eso ya era bastante lejos para sentir los efectos... pero solo el comienzo. Hablamos literalmente de millones de kilómetros. Algunos dirían que más que eso. El fundador de la ciudad, Destaine, pensaba que el tamaño del mundo era infinito.

—La ciudad solo tendría que avanzar unos kilómetros para ubicarse al norte del óptimo.

—Así es... y la vida sería mucho más fácil. Tendríamos que mover la ciudad pero con menor frecuencia y a menos distancia. El problema es que ya nos cuenta bastante llevar el ritmo del óptimo.

—¿Qué tiene de especial el óptimo?

—Es el lugar donde las condiciones de este mundo se asemejan más a las del planeta Tierra. En el óptimo nuestros valores subjetivos de tiempo son normales. Asimismo, un día dura allí veinticuatro horas. En cualquier lugar de este mundo el tiempo subjetivo hace los días cortos o largos dependiendo de la distancia al óptimo. La velocidad del terreno en el óptimo es de aproximadamente kilómetro y medio cada diez días. El óptimo es importante porque en un mundo como este, donde existen tantas variables, necesitamos un estándar. No confundas los kilómetros de distancia con los kilómetros temporales. Decimos que la ciudad se ha movido tantos kilómetros cuando lo que queremos decir realmente es que han pasado diez veces ese mismo número de días de veinticuatro horas. Estando al norte del óptimo, no ganaríamos nada en términos reales.

Los caballos trotaban ahora por el punto más alto del paso. Los postes para los cables se habían erigido, la ciudad estaba en proceso de remolque. La presencia de

los milicianos era muy evidente, hacían guardia no solo alrededor de la ciudad, sino también a ambos lados de las vías. Decidimos esperar allí a que el proceso de remolque terminara en lugar de acercarnos a la ciudad.

—¿Has leído *Las directrices de Destaine*?

—No, pero he oído hablar de ellas. En el juramento.

—Exacto. Clausewitz tiene una copia. Todo miembro de un gremio debe leerlo. Destaine planteó las reglas de supervivencia para este mundo, nadie ha encontrado nunca una razón para cambiarlas. Al leer el manuscrito entenderás el mundo un poco mejor, o al menos eso creo.

—¿Lo entendía Destaine?

—Seguramente.

El remolque siguió su curso durante otra hora. No se produjo un ataque de los tucos, de hecho no había ni rastro de ellos. Observé que varios de los milicianos iban ahora armados con rifles, seguramente tomados de los tucos muertos en el último encuentro.

Cuando entramos en la ciudad me dirigí directamente al calendario central, allí descubrí que solo habían pasado tres días y medio.

Tuvimos una breve conversación con Clausewitz antes de que nos llevaran con el navegante McMahon. Denton y yo describimos con cierto detalle el terreno por el que habíamos viajado, señalando en nuestro mapa las características físicas más destacables. Denton hizo alguna sugerencia sobre la ruta que debería tomar la ciudad, indicando las particularidades que podrían suponer un problema y las rutas alternativas para evitarlas. En términos generales, el terreno era propicio para la ciudad. Las colinas obligarían a dar algún rodeo para ir al norte, sin embargo apenas había unas pocas elevaciones de tamaño considerable. En la vertiente septentrional el terreno era unas decenas de metros más bajo que aquel en el que ahora se encontraba la ciudad.

—Realizaremos otros dos reconocimientos inmediatamente —le dijo el navegante a Clausewitz—. El primero cinco grados al este, el otro, cinco grados al oeste. ¿Tiene hombres a su disposición?

—Sí, señor.

—Reuniré al Consejo hoy mismo, decidiremos la ruta provisional para el futuro inmediato. Si tras los dos nuevos reconocimientos surge alguna alternativa mejor lo reconsideraremos en su momento. ¿Cuánto tiempo necesita su gremio para volver al patrón normal de reconocimientos?

—En cuanto podamos liberar a hombres de las labores de apoyo en la milicia y las vías —respondió Clausewitz.

—Esos dos gremios son prioritarios. De momento tendrá que bastar con estos

reconocimientos. Si la situación se relaja, vuelva a solicitarme a esos hombres.

—Sí, señor.

El navegante cogió nuestro mapa y mi cinta de video antes de que abandonáramos las dependencias de navegación.

—Señor, me gustaría prestarme voluntario para uno de los reconocimientos —le dije a Clausewitz una vez fuera.

Negó con la cabeza.

—No, tienes tres días de permiso antes de volver al gremio de las vías.

—Pero...

—Reglas del gremio.

Clausewitz se dio la vuelta y se alejó con Denton camino de la sala de los futuros. Técnicamente esta era también mi zona, sin embargo me sentí excluido. No tenía adónde ir, simple y llanamente. Cuando trabajaba en el exterior de la ciudad dormía en los dormitorios de la milicia; ahora, oficialmente de permiso, ni siquiera estaba seguro de dónde vivía. Había camas en la sala de los futuros, supuse que de momento dormiría allí. Tenía que ver a Victoria lo antes posible. Llevaba posponiendo ese momento demasiado tiempo, el hecho de haber estado fuera de la ciudad era una excusa perfecta. Me preguntaba cómo me enfrentaría a esa situación; la respuesta solo la obtendría si tenía un encuentro con ella. Me cambié de ropa y me di una ducha.

La situación no había cambiado demasiado mientras estuve en el norte. Los funcionarios domésticos y médicos estaban muy ocupados en el tratamiento de los heridos y la reorganización del hospedaje. Existía una menor sensación de desesperación en los rostros de las personas que vi y se había procurado mantener los pasillos libres para el paso. A pesar de todo, pensé que no era el mejor momento para tratar de arreglar una disputa conyugal.

Victoria era difícil de encontrar. Tras preguntar a varios de los funcionarios domésticos me enviaron a un dormitorio improvisado en la planta baja. Allí tampoco la encontré. Hablé con la mujer al cargo.

—Usted es su ex marido, ¿verdad?

—Así es. ¿Dónde está ella?

—No quiere verlo. Se halla muy ocupada. Contactará con usted más adelante.

—Quiero verla —insistí.

—No puede. Ahora, si me disculpa, estamos muy atareados.

Me dio la espalda y continuó con su trabajo. Eché un vistazo al abarrotado dormitorio. A un lado descansaban algunos trabajadores, en el otro, algunos heridos reposaban en toscos camastros. No vi a Victoria entre las personas que deambulaban de un lado a otro.

Regresé a la sala de los futuros. Durante mi infructuosa búsqueda de Victoria tomé una decisión. No era lógico dar vueltas sin sentido por la ciudad, así que decidí leer la copia de Clausewitz de *Las directrices de Destaine*.

En la sala de los futuros solo había un miembro, que se presentó como futuro Blayne.

—Eres el hijo de Mann, ¿verdad?

—Sí.

—Me alegra conocerte. ¿Has estado ya en el futuro?

—Sí —le confirmé. Me gustaba el aspecto de Blayne. No era mayor que yo mismo, su rostro era abierto y fresco. Parecía contento de tener a alguien con quien hablar. Me dijo que iba a partir a uno de los reconocimientos ese mismo día, estaría unos cuantos kilómetros por su cuenta.

—¿Es normal que vayamos solos al norte? —le pregunté.

—Sí, es normal. Podemos trabajar por parejas si Clausewitz da su aprobación, pero la mayoría de los futuros prefieren ir por libre. A mí me gusta tener compañía, uno se siente un poco solo allá arriba. ¿Tú qué opinas?

—Solo he estado una vez, con futuro Denton.

—¿Cómo te llevaste con él?

Hablamos amigablemente mucho rato, sin las habituales reservas que me

encontraba cada vez que conversaba con otros miembros de los gremios. Yo mismo había adoptado inconscientemente esa forma de ser al principio, mostrando una indiferencia aparente ante sus palabras. No obstante, a los pocos minutos su estilo directo me relajó y pronto me sentí como si fuéramos viejos amigos.

Le conté que había hecho una filmación en video del sol.

—¿La borraste luego?

—¿Qué quieres decir?

—Que si grabaste algo encima.

—No, ¿debería haberlo hecho?

Se echó a reír.

—Los navegantes se te echarán encima si la ven. Se supone que en las cintas no debe haber nada que no sean imágenes de referencias cruzadas de los terrenos.

—¿Lo verán?

—Es posible. Si están satisfechos con el mapa probablemente examinarán algunas referencias cruzadas. No es probable que vean la cinta entera, pero si lo hacen...

—¿Qué tiene de malo? —le pregunté.

—Reglas del gremio. La cinta es valiosa, no debe ser malgastada. No te preocupes demasiado. De todas maneras, cuéntame, ¿por qué filmaste el sol?

—Es una idea que tuve. Quería intentar analizarlo, su forma es muy interesante.

Me miró con renovado interés.

—¿Qué sacaste en claro?

—Valores inversos.

—Así es. ¿Cómo lo supiste? ¿Te lo dijo alguien?

—Recordé algo del orfanato, la hipérbola.

—¿Te has parado a pensar en ello? Hay más cosas. ¿Has considerado el tamaño de la superficie?

—Futuro Denton me lo estuvo explicando, dijo que era muy grande.

—No solo muy grande, infinitamente grande. Al norte de la ciudad, la superficie se curva de tal modo que es casi vertical, aunque nunca llega a serlo. Al sur se convierte en algo casi horizontal. El mundo gira sobre sus ejes, al tener un radio infinito gira a una velocidad infinita.

Dijo esas palabras sin ningún énfasis o expresividad.

—Estás de broma —le dije.

—No, no estoy de broma, hablo totalmente en serio. En el lugar donde nos encontramos, cerca del óptimo, los efectos del giro son iguales que en el planeta Tierra. Al sur, aunque la velocidad angular es idéntica, la velocidad aumenta. Cuando estuviste en el sur ¿sentiste la fuerza centrífuga?

—Sí.

—Si hubieras ido más lejos no estarías aquí para contarlo. Esa fuerza es

condenadamente real.

—Me enseñaron —dije— que nada viaja más deprisa que la luz.

—Eso es cierto, nada. En teoría, la circunferencia del mundo es infinitamente larga y se mueve a una velocidad infinita. No obstante hay, o eso se piensa, un punto donde la materia deja de existir y actúa como una circunferencia efectiva. Ese punto es donde el giro del mundo induce una velocidad en la materia equivalente a la velocidad de la luz.

—Entonces no es infinita.

—No del todo. Eso sí, jodidamente grande. Fíjate en el sol.

—Lo he hecho —admití—. A menudo.

—Pasa lo mismo. Si no estuviera girando sería, literalmente, infinitamente grande.

—Aun así, en teoría ese es su tamaño. ¿Cómo puede haber espacio para dos objetos de un tamaño infinito?

—Hay respuesta para esa pregunta. No te va a gustar.

—Ponme a prueba.

—Ve a la biblioteca a buscar un libro de astronomía, no importa cuál, son todos sobre el planeta Tierra, todos hablan de lo mismo. Si ahora mismo estuviésemos en el planeta Tierra viviríamos en un universo infinito ocupado por un gran número de grandes cuerpos finitos. Aquí lo normal es lo inverso; vivimos en un universo grande pero finito, ocupado por gran cantidad de cuerpos de tamaño infinito.

—No tiene sentido.

—Lo sé —dijo Blayne—. Te dije que no te gustaría.

—¿Dónde estamos?

—Nadie lo sabe.

—¿Dónde está el planeta Tierra?

—Eso tampoco lo sabe nadie.

—En el pasado me sucedió algo extraño. Estaba con tres chicas, sus cuerpos cambiaron cuando nos adentramos en el sur. Ellas...

—¿Viste a alguien en el futuro?

—No, nos mantuvimos alejados de las aldeas.

—Al norte del óptimo los lugareños cambian físicamente, se vuelven muy altos y delgados. Cuanto más te adentres en el norte, más visibles se hacen los cambios físicos.

—Solo he estado a unos quince kilómetros al norte.

—Entonces es probable que no hayas notado nada de particular. Cuando se sobrepasan los cincuenta kilómetros, todo es extraño al norte del óptimo.

—¿Por qué se mueve el terreno? —quise saber después.

—No estoy seguro —me respondió Blayne.

—¿Lo sabe alguien?

—No.

—¿Hacia dónde se mueve?

—Para ser más concretos —dijo Blayne—, ¿desde dónde se mueve?

—¿Lo sabes?

—Destaine sugería que el movimiento del terreno era cíclico. En sus directrices asegura que el terreno permanece estacionario en el polo norte. Al sur de este se produce un movimiento lento hacia el ecuador. Mientras más cerca esté del ecuador más acelera, tanto angularmente, a causa de la rotación, como linealmente. En el otro extremo se mueve en dos direcciones a la vez a una velocidad infinita.

Le miré muy fijamente.

—Pero...

—Espera, no he terminado. El mundo tiene también una parte meridional. Si el mundo fuera una esfera se le llamaría hemisferio sur, por eso Destaine le puso ese nombre para no complicarse. Se trata de un lugar donde lo contrario es real. Es decir, el terreno se mueve desde el ecuador hasta el polo sur, decelerando poco a poco, y se detiene allí.

—No me has dicho aún de dónde proviene el terreno.

—Destaine sugirió que el polo norte y el polo sur eran idénticos. En otras palabras, una vez que el terreno alcanza el polo sur reaparece en el polo norte.

—¡Eso es imposible!

—No según Destaine. Él dice que el mundo tiene la forma de una hipérbola, es decir, todos los límites son infinitos. Si puedes imaginar tales cosas, los límites adoptan las características de su valor opuesto. Un negativo infinito se convierte en un positivo infinito y viceversa.

—¿Estas diciéndomelo de forma textual?

—Eso creo, pero deberías leer el original.

—Esa es mi intención —admití.

Antes de que Blayne abandonara la ciudad para ir al norte acordamos que cabalgaríamos juntos cuando pasara la crisis.

De nuevo a solas, leí la copia de *Las directrices de Destaine* que Blayne me consiguió de la biblioteca de Clausewitz.

El manuscrito lo formaban varias páginas de textos pasados a máquina con las

letras muy juntas. Gran parte de su contenido me hubiera resultado incomprensible si lo hubiera leído la primera vez que me aventuré al exterior de la ciudad. Ahora, tras adquirir ideas y experiencias propias, sirvió para confirmarme lo que ya me había dicho Blayne. Le vi algo de sentido al sistema de gremios; la experiencia había abonado el camino de mi entendimiento.

En el texto se hablaba mucho de matemáticas teóricas, intercaladas con profusos cálculos en los cuales apenas me detuve. Sí me provocó interés lo que parecía un apresurado diario. Leí algunas entradas:

Estamos muy lejos de la Tierra. Dudo que volvamos a ver nuestro planeta, si queremos sobrevivir aquí debemos mantener una especie de microcosmos de la Tierra. Estamos en un territorio desolado, aislados. A nuestro alrededor un mundo hostil amenaza nuestra supervivencia. Sobreviviremos en este lugar el tiempo que nuestros edificios se mantengan en pie. La protección y preservación de nuestro hogar es la prioridad.

Más adelante escribió:

He medido la tasa de regresión, es de ciento cincuenta metros en cada período de veintitrés horas y cuarenta y siete minutos. La fuerza sur es lenta pero inexorable; el asentamiento habrá de moverse al menos un kilómetro y medio cada diez días.

Nada debe interponerse en su camino. Nos hemos encontrado con un río, que cruzamos corriendo un gran riesgo. Sin duda toparemos con otros obstáculos en los días y kilómetros sucesivos, debemos estar preparados para entonces. Hemos de concentrarnos en encontrar materiales autóctonos que puedan ser guardados permanentemente en los edificios para su posterior uso como materiales de construcción. Un puente no puede ser muy difícil de construir, siempre y cuando estemos avisados con antelación.

Sturner ha estado delante y advierte de la presencia de un terreno pantanoso a unos kilómetros de aquí. Hemos mandado otros equipos al nordeste y noroeste para determinar la extensión del pantano. Si no es demasiado ancho podemos desviarnos un poco de nuestro camino hacia el norte y recuperar la diferencia más tarde.

Después de esta entrada venían dos páginas desarrollando la teoría que Blayne intentó explicarme. Las leí dos veces, en cada lectura fue poco a poco cobrando

sentido. Continué leyendo. Destaine escribió:

Chen ha conseguido los materiales fisionables que le pedí. ¡Ninguno sirve para nada! ¡Con el generador de translateración ya no hace falta! No le he dicho nada a L., disfruto de mis discusiones con él... ¿por qué cortarlas ahora? ¡Las futuras generaciones pasarán calor!

Temperatura exterior de hoy: -23° C. Seguimos avanzando hacia el norte.

Después:

Problemas con uno de los propulsores de las vías. T. me ha aconsejado que autorice su desmontaje. Dice que Sturner ha encontrado en el norte lo que parecen los restos de una línea ferroviaria. Me ha contado algo sobre un increíble plan para hacer andar el asentamiento por raíles. T. dice que funcionará bien.

Y luego:

He decidido crear un sistema de gremios, un agradable arcaísmo que todo el mundo aprueba. Es una forma de estructurar la organización sin cambiar drásticamente la manera en que se lleva el lugar, creo que va a crear un modelo en el asentamiento que nos sobrevivirá a todos.

El desmontaje de los propulsores de las vías va bien. Ha causado una gran demora, espero que podamos recuperar el tiempo perdido.

Natasha dio a luz hoy, un chico.

El doctor S. me dio más pastillas. Dice que estoy trabajando muy duro y que tengo que descansar. Más adelante quizá.

Al final de *Las directrices de Destaine* aparecía un tono más didáctico:

Lo que he escrito aquí debería ser leído solo por aquellos que salen al exterior; no hay necesidad de informar a los que viven dentro de nuestras temibles perspectivas. Poseemos una buena organización, energía mecánica suficiente e iniciativa humana para mantenernos a salvo en este mundo para siempre. Los que vengan habrán de aprender por el camino difícil lo que

pasará si fallamos a la hora de aprovechar nuestra energía o nuestra iniciativa, y ese conocimiento bastará para mantenernos a todos trabajando al máximo.

Alguien de la Tierra nos encontrará algún día, Dios así lo quiera. Hasta entonces nuestra máxima es la supervivencia a cualquier precio.

Se ha acordado y se ordena de ahora en adelante que la última responsabilidad recaiga en el Consejo. Estos hombres regirán la sociedad y serán conocidos como «navegantes». Su número nunca deberá bajar de doce y serán elegidos de entre los miembros mayores de los siguientes gremios: el gremio de los constructores de vías, que será responsable del mantenimiento de la línea ferroviaria por la que transcurre el asentamiento; el gremio de tracción, que será responsable del mantenimiento de la fuente de energía motriz del asentamiento; el gremio del futuro, que se encargará de reconocer los terrenos que esperan en el futuro a nuestro asentamiento; el gremio de los constructores de puentes, que se encargará del paso seguro por los obstáculos físicos si no existe otro camino disponible; Además, si en el futuro se hiciera necesaria la creación de otro gremio, no se hará excepto con el voto unánime del Consejo.

Firmado:
Francis Destaine

La mayor parte de *Las directrices de Destaine* consistía en pequeñas entradas fechadas en una secuencia que iba desde el 23 de febrero de 1987 al 19 de agosto de 2023. La última entrada firmada estaba fechada el 24 de agosto de 2023.

Había otras dos hojas. No tenían fecha. Una era un apéndice sobre la formación del gremio de los trocadores y el de la milicia. La otra hoja era una gráfica dibujada a mano. Correspondía a la hipérbola formada por la ecuación $y=1/xy$ bajo ella varios signos matemáticos que no entendí.

En eso consistía el libro de *Las directrices de Destaine*.

En el exterior de la ciudad los trabajos en las vías iban por buen camino.

Al unirme de nuevo a los equipos vi que la mayoría de las vías de la zona trasera habían sido desmontadas mientras otros grupos las volvían a tender a partir de la entrada del paso de las colinas, por el valle poco profundo que conducía al bosquecillo de abajo. La atmósfera había mejorado, supongo que a causa del exitoso y tranquilo remolque de la ciudad por el río. Además, la pendiente de la siguiente sección del terreno nos beneficiaba. Aunque el uso de los cables y postes sería necesario, la pendiente no era lo bastante empinada como para superar los efectos de la fuerza centrífuga que se sentía incluso aquí.

Era una extraña sensación la de estar junto a la ciudad y verla estirarse horizontalmente en todas direcciones. Ahora ya sabía que esa aparente nivelación no era tal cosa; en el óptimo, que en la gran escala de este mundo no era sustancialmente distinto, el terreno estaba inclinado con una pendiente norte de cuarenta y cinco grados. ¿Era eso muy diferente a vivir en la superficie de un mundo esférico como la Tierra? Recordé haber leído en el orfanato un libro escrito y ambientado en un lugar llamado Inglaterra. Era para niños y describía la vida de una familia que tenía intención de emigrar a otro lugar llamado Australia. Los niños del libro creían que allí estarían boca abajo y el autor se tomaba muchas molestias en explicar cómo todos los objetos sobre una esfera conservan una verticalidad aparente debido a los efectos de la gravedad. Lo mismo podría aplicarse a este mundo. Yo mismo había visitado tanto el norte como el sur del óptimo y el suelo siempre parecía hallarse al mismo nivel.

Disfrutaba del trabajo en las vías. Era agradable volver a usar mi cuerpo, así no le daba a mi mente ocasión de perderse en distracciones.

Un cabo permanecía invariablemente suelto: Victoria.

Necesitaba verla, por muy desagradable que pudiera llegar a ser nuestra entrevista, quería acabar pronto con aquella situación. Hasta que no hablara con ella, pasara lo que pasara, no me sentiría cómodo en la ciudad.

Había aceptado totalmente el ambiente en el que se encontraba la ciudad, pocas preguntas quedaban sin respuesta. Entendía cómo y por qué se movía, era consciente de los sutiles peligros que le esperaban si cesara su movimiento al norte. Sabía que la ciudad era vulnerable, en este momento el peligro de nuevos ataques era inminente. No obstante creía que la situación se resolvería pronto.

Ninguna de esas circunstancias apaciguaba la crisis personal y la desestabilización que me causaba haber perdido a la chica a la que quise durante lo que ahora parecían apenas unos días.

Descubrí que como miembro de un gremio tenía derecho a asistir a las reuniones del Consejo de Navegantes. No podía formar parte activamente de sus debates, pero sí presenciar todo lo que hablaban.

Me enteré de que iba a haber una reunión y decidí acudir.

Los navegantes se congregaban en una pequeña sala detrás del salón principal de navegación. Antes de ir, imaginaba que la ceremonia estaría rodeada de pompa, pero el hecho es que, al ser estos encuentros cruciales para el funcionamiento de la ciudad, el ambiente era el de una reunión de negocios, sin aspavientos. Los navegantes entraron en la sala y tomaron asiento alrededor de la mesa redonda.

Trece navegantes que no conocía, además de Olsson y McMahon, estaban presentes.

El primer tema a tratar era la situación militar en el exterior. Uno de los navegantes se puso en pie, se presentó como navegante Thorens y aportó un informe sucinto sobre la situación.

La milicia aseguraba que unos cien hombres permanecían cerca de la ciudad, la mayoría de ellos armados. Según la inteligencia militar, la moral era baja y se habían perdido muchas vidas. Eso contrastaba, prosiguió el navegante, con la moral de nuestras tropas, que se sentían capaces de contener cualquier contingencia. Tenían en su posesión veintiún rifles tomados de las fuerzas tucas, aunque no disponían de gran cantidad de munición. El gremio de tracción estaba investigando una forma de fabricarla en pequeñas cantidades.

Un segundo navegante lo confirmó.

El segundo informe se refería a las condiciones estructurales de la ciudad.

A esto siguió una acalorada discusión sobre qué reconstrucción sería necesaria y cuándo se llevaría a cabo. Se concluyó que la presión de los funcionarios domésticos era muy grande, debido a la escasez de camas. Los navegantes acordaron que la construcción de un nuevo dormitorio era prioritaria.

La discusión fluyó de forma natural por otros cauces que me resultaron de mayor interés.

Por lo que pude comprobar, las opiniones de los navegantes presentes estaban divididas. Una vertiente pensaba que la anterior opción de política de «ciudad cerrada» había de volver de inmediato. Los otros pensaban que ya no tenía sentido ni propósito y debería ser permanentemente abandonada.

Me parecía que era un asunto crucial, uno que cambiaría radicalmente la estructura de la ciudad. De hecho, por esos cauces iba la discusión. Si el sistema cerrado se abandonaba, eso significaba que cualquiera que creciera en la ciudad aprendería gradualmente la verdad sobre la situación existencial de esta. Implicaría un nuevo sistema de educación y cambios sutiles en el poder de los propios gremios.

Al fin, tras muchas llamadas al voto y varias enmiendas, se alzaron las manos.

Por mayoría simple se decidió no regresar de ahora en adelante al sistema de «ciudad cerrada».

Se sucedieron otras revelaciones. En el siguiente punto se resaltó que diecisiete mujeres trasferidas residían ahora en la ciudad, pues llevaban en ella desde antes del primer ataque tuco. Se discutió qué se debía hacer con ellas. Se informó a los hombres reunidos que las mujeres habían decidido quedarse en la ciudad. Quedó claro de inmediato que era posible que los ataques se realizaran para liberar a las mujeres.

Se votó que las mujeres podrían quedarse en la ciudad el tiempo que lo desearan.

Se decidió también no volver a introducir el viaje al pasado como prueba iniciática para los aprendices. Entendí que fue suspendida tras los primeros ataques y que varios de los navegantes querían reinstaurarla. Se informó al Consejo que doce aprendices murieron en el pasado y que de otros cinco se desconocía su paradero. La suspensión se mantuvo.

Me fascinaba lo que oía. Hasta entonces no me había dado cuenta de hasta qué punto los navegantes estaban en contacto con la práctica del sistema. No se decía nada en concreto, pero el sentimiento general era que los navegantes eran un grupo de viejos chochos ajenos a la realidad. Algunos de ellos habían alcanzado una avanzada edad, sin embargo sus percepciones estaban intactas. Al ver tantos asientos vacíos pensé que muchos más miembros de los gremios deberían acudir a las reuniones del Consejo de Navegantes.

Quedaban otros asuntos por tratar. El navegante McMahon presentó el informe del reconocimiento de los terrenos al norte que yo mismo realicé junto a Denton, añadiendo que se estaban llevando a cabo otros dos reconocimientos cinco grados al este y al oeste. Los resultados se conocerían en un día o dos.

Se acordó seguir la ruta provisional propuesta por Denton y por mí hasta que se encontrara una alternativa mejor.

Finalmente, navegante Lucan puso encima de la mesa el tema de la tracción de la ciudad. Declaró que el gremio de tracción había ideado un método para mover la ciudad ligeramente más rápido. Recuperarle terreno al óptimo era vital para devolver a la ciudad a una situación normal, opinó, y todos estuvieron de acuerdo.

La propuesta consistía en tener un plan constante de tracción. Eso suponía una mayor implicación del gremio de los constructores de vías, y quizás un gran riesgo de rotura de cables. Argumentó que tras la pérdida de vías en el incendio del puente se hacía ahora necesario crear tramos más cortos. La sugerencia del gremio de tracción hablaba de mantener un tramo corto de vías tendido al norte de la ciudad y obligar a los cabrestantes a funcionar permanentemente. Se detendrían de vez en cuando para una revisión periódica; al ser la pendiente mayormente favorable a la ciudad durante los kilómetros futuros, se podía mantener la ciudad a una velocidad suficiente para

acercarnos al óptimo en un tiempo de treinta o cuarenta kilómetros.

Se alzaron pocas voces en contra de este plan, aunque el portavoz pidió un informe detallado. En la votación el resultado fue de nueve a favor y seis en contra. Una vez entregado el informe, la ciudad pasaría a avanzar en un movimiento constante en cuanto fuera posible.

Tenía previsto dejar la ciudad para emprender una nueva expedición de reconocimiento en el norte. Me avisaron una mañana que estaba trabajando en las vías y acudí a ver a Clausewitz para que me informara sobre la misión. Abandonaría la ciudad al día siguiente para viajar cuarenta kilómetros al norte del óptimo con la intención de informar sobre la naturaleza del terreno y la localización de varios asentamientos. Se me dio la opción de trabajar solo o en compañía de otro miembro del gremio del futuro. Dada mi nueva y bienvenida amistad con Blayne, solicité que trabajáramos juntos, cosa que me fue concedida.

Estaba ansioso por marchar. No sentía esta vez ninguna obligación por continuar desempeñando el trabajo físico en las vías. Los hombres que nunca antes habían estado en el exterior trabajaban bien en equipo, el progreso era mayor que en cualquiera de las ocasiones en las que empleamos mano de obra local.

El último ataque de los tucos parecía haber sucedido mucho tiempo atrás, la moral era buena. Atravesamos el paso sin consecuencias, ante nosotros esperaba la larga pendiente cuesta abajo hasta el valle. El clima era bueno, las esperanzas grandes.

Al anochecer regresé al interior de la ciudad. Había decidido hablar sobre la misión de reconocimiento con Blayne y pasar la noche en las estancias de los futuros. Estaríamos listos para partir a primera hora.

Mientras andaba por los pasillos vi a Victoria.

Estaba trabajando en una minúscula oficina entre un gran montón de papeles, sola. Entré y cerré la puerta.

—Oh, eres tú —me dijo.

—¿Te importa?

—Estoy muy ocupada.

—Igual que yo.

—Entonces déjame en paz y ponte a hacer lo que tengas que hacer.

—No —insistí—, quiero hablar contigo.

—En otro momento.

—No podrás evitarme siempre.

—No tengo nada que hablar contigo —aseguró.

Le quité de las manos el bolígrafo con el que escribía. Los papeles se cayeron por el suelo y se le escapó un gemido a modo de queja.

—¿Qué pasó, Victoria? ¿Por qué no me esperaste?

Se quedó mirando los papeles esparcidos por el suelo sin emitir respuesta alguna.

—Vamos... respóndeme.

—Hace mucho tiempo de eso. ¿Te sigue importando?

—Sí.

Ahora me miraba a mí directamente y yo le devolvía la mirada intensamente. Había cambiado mucho, parecía mayor. Irradiaba seguridad, era una mujer... pero reconocía el modo en que ladeaba la cabeza, cómo colocaba las manos con el puño medio cerrado y dos dedos estirados juntos.

—Helward, lo siento si lo has pasado mal, pero yo también he sufrido mucho. ¿Te vale?

—Sabes que no. ¿Qué hay de todas las cosas que hablamos?

—¿Como qué?

—Nuestras cosas privadas, nuestras intimidades.

—Tu juramento está a salvo, no tienes que preocuparte por ello.

—No me refería a eso —dije—. ¿Qué sucede con el resto de cosas?, ¿qué pasa contigo y conmigo?

—¿Las palabras susurradas en la cama?

—Sí —asentí con una mueca.

—Eso fue hace mucho tiempo. —Quizá notó mi reacción, pues relajó de repente el gesto—. Lo siento, no pretendía ser insensible.

—No hay problema, di lo que quieras decir.

—No, es solo que... no esperaba verte. ¡Estuviste fuera tanto tiempo! Podías haber muerto, nadie me dijo nada.

—¿A quién le preguntaste?

—A tu jefe, Clausewitz. Lo único que me decía era que habías abandonado la ciudad.

—Te dije dónde iba, tuve que marcharme al sur de la ciudad.

—También dijiste que estarías de vuelta en unos pocos kilómetros.

—Lo sé —admití—. Me equivoqué.

—¿Qué ocurrió?

—Me retrasé. —Eran demasiadas cosas, no sabía cómo empezar a explicárselas.

—Eso es todo. ¿Te retrasaste?

—Llegué mucho más lejos de lo que tenía previsto.

Victoria comenzó a amasar papeles, agrupándolos en una pila supuestamente ordenada. Era una mera excusa para mover las manos; había conseguido hacer mella en su implacable compostura.

—Nunca viste a David, ¿verdad?

—¿David? ¿Así le llamaste?

—Era... —Me miró de nuevo, sus ojos brillaban a causa de las lágrimas que trataba de contener—. Tuve que dejarlo en el orfanato, teníamos tanto trabajo que

hacer... Entonces se produjo el primer ataque. Tuve que ir a ayudar con el fuego y no pude... después fuimos a...

Cerré los ojos y me di la vuelta. Ella escondió su rostro entre las manos para llorar. Me apoyé en la pared, con la cara sobre el antebrazo. Unos segundos después yo también rompí a llorar.

Una mujer entró repentinamente por la puerta y vio lo que estaba sucediendo. Se fue y cerró tras de sí. Esta vez me apoyé sobre la puerta para evitar otras interrupciones.

—Pensé que nunca volverías. La ciudad estaba llena de confusión pero me las arreglé para encontrar a alguien del gremio. Me contó que muchos aprendices habían muerto en el sur. Le dije cuánto llevabas fuera. No se mojó. Lo único que yo sabía era cuánto tiempo hacía que te habías ido y cuándo dijiste que volverías. Pasaron casi dos años, Helward.

—Me lo advirtieron —admití—. No me lo creí.

—¿Por qué no?

—Tenía que caminar una distancia de ciento treinta kilómetros entre la ida y la vuelta. Pensé que podría hacerlo en unos pocos días. Nadie del gremio me explicó que era imposible.

—¿Y lo sabían?

—Sin duda alguna.

—Podrían haber esperado al menos hasta que tuviéramos a nuestro hijo.

—Debía irme cuando me lo dijeron. Era parte del entrenamiento del gremio.

Victoria recuperó la compostura. La reacción a las emociones derribó el muro de antipatía que nos separó al principio, pudimos hablar con cordura. Recogió los papeles caídos, los dispuso en un montón y los guardó en un cajón. Me senté en una silla junto a la pared de enfrente.

—Ya sabes que el sistema de gremios va a cambiar —me dijo.

—No drásticamente.

—Se va a desmoronar completamente. Es necesario. En la práctica ya ha sucedido. Cualquiera puede salir de la ciudad. Los navegantes se aferrarán al viejo sistema tanto como puedan porque viven en el pasado pero...

—No son como piensas —le aclaré.

—Tratarán de recuperar el secretismo y la omisión de información tan pronto como puedan.

—Te equivocas —dije secamente—. Sé a ciencia cierta que te equivocas.

—De acuerdo... pero algunas cosas tendrán que cambiar. Ya no hay nadie en la ciudad ajeno al peligro que nos acecha. Hemos estado robando y engañando a nuestro paso, eso ha creado este peligro. Es momento de que pare.

—Victoria, tú no...

—¡Solo tienes que mirar los daños! ¡Murieron treinta y nueve niños! Solo Dios sabe cuánta destrucción se ha causado. ¿Crees que podremos sobrevivir si la gente de fuera sigue atacándonos?

—Ahora todo está tranquilo, bajo control.

Negó con la cabeza.

—No me interesa el estado actual de la situación. Pienso a largo plazo. Nuestros problemas los crea el movimiento de la ciudad. Es eso lo que produce el peligro. Nos desplazamos por tierras que pertenecen a otra gente, engañamos a los lugareños para que nos ayuden a mover la ciudad, traemos mujeres para que hombres que apenas conocen tengan sexo con ellas... todo para que la ciudad siga su camino.

—La ciudad no puede parar —dije.

—¿Lo ves? Ya eres parte del sistema de gremios. Siempre esa seca sentencia, sin mirar nunca desde un espectro amplio. La ciudad tiene que moverse, la ciudad tiene que moverse... No aceptes eso como algo absoluto.

—Es algo absoluto. Sé lo que pasaría si no nos moviéramos.

—¿Qué?

—La ciudad sería destruida, todos los de dentro morirían.

—No puedes probar eso.

—No... no obstante, sé que es así.

—Creo que te equivocas —dijo Victoria—. No estoy sola. En los últimos días se lo he oído decir a otros. La gente ya piensa por sí misma. Han estado fuera, han visto cómo es. No existe otro peligro más que el que nosotros hemos creado.

—Mira, ese no es nuestro problema. Quería verte para hablar de nosotros —me rendí.

—Todo va de lo mismo. Lo que nos ha pasado a nosotros está ligado implícitamente al modo de ser de la ciudad. Si no hubieras pertenecido a un gremio ahora seguiríamos viviendo juntos.

—¿Hay alguna posibilidad de...?

—¿Eso quieres?

—No estoy seguro —admití.

—Es imposible. Al menos para mí. No pude reconciliar mis creencias con tu modo de vida. Lo intentamos y nos separó. De todas maneras, estoy viviendo con...

—Lo sé.

Me miró y sentí en sus ojos la alienación a la que había sido sometida.

—¿Tú no crees en nada, Helward? —me preguntó.

—Solo en que el sistema de gremios, a pesar de todas sus imperfecciones, es algo sólido.

—¿Y quieres que vivamos juntos de nuevo teniendo dos creencias tan distintas?

Es imposible que funcione.

Ambos habíamos cambiado mucho, ella tenía razón. No era bueno especular sobre lo que habría pasado en otras circunstancias. No había manera de crear una relación personal ajena a la composición general de la ciudad.

A pesar de todo, lo intenté de nuevo, traté de explicarle lo aparentemente repentino de todo aquello, traté de reavivar de alguna manera los viejos sentimientos entre nosotros. Siendo justos, Victoria respondió del mismo modo. Creo que llegamos a las mismas conclusiones, aunque por distintos caminos. Me sentí mejor después de haberla visto; al regresar a las estancias de los futuros me pareció que habíamos resuelto bien nuestro asunto pendiente.

El siguiente día, cuando cabalgué al norte con Blayne para empezar el reconocimiento del futuro, marcó el comienzo de un largo período de renovada seguridad y cambios radicales.

Observé el proceso desarrollarse gradualmente, ya que mi concepto del tiempo andaba distorsionado por mis viajes al norte del óptimo. Aprendí por experiencia que, a una distancia aproximada de treinta y dos kilómetros al norte del óptimo, un día equivalía a una hora en la ciudad. En lo posible me mantenía al tanto de los asuntos políticos asistiendo a las reuniones de los navegantes siempre que me encontraba en la ciudad.

La plácida existencia que la ciudad experimentaba la primera vez que salí de ella volvió antes de lo que nadie hubiera esperado.

Los tucos no volvieron a atacar, si bien uno de los milicianos enviados en misión de inteligencia fue capturado y asesinado. Poco después de aquel suceso, la milicia anunció que los tucos se estaban dispersando y regresando a sus emplazamientos en el sur.

Aunque la vigilancia militar se mantuvo bastante tiempo, y nunca se abandonó del todo, los hombres de la milicia fueron poco a poco liberados para trabajar en otros proyectos.

Tal como se decidió en la primera reunión de los navegantes a la que asistí, el método de remolque de la ciudad cambió. Tras varios intentos infructuosos, la ciudad logró cambiar a un procedimiento de tracción continua por medio de un complicado sistema de cables alternantes y un tendido de vías por fases. Después de todo, un kilómetro y medio cada veinticuatro horas no era una distancia insalvable que cubrir, así que llegamos al óptimo en poco tiempo. Se descubrió que eso le otorgaba a la ciudad una agradecida libertad de movimientos. Era posible, por ejemplo, dar rodeos considerables si un obstáculo importante aparecía en el camino al norte.

Los beneficios del terreno ayudaban. Nuestros reconocimientos demostraron que se elevaba cada vez más, pero que las pendientes eran en su mayor parte favorables.

En esta región existían más ríos de lo que los navegantes hubiesen preferido, por tanto los constructores de puentes estuvieron muy ocupados. Con la ciudad en el óptimo, y a una velocidad similar a la relativa del terreno, había más tiempo para la toma de decisiones y para la construcción de puentes más seguros.

A pesar de las dudas iniciales, el sistema de trueques fue reinstaurado.

El beneficio de la retrospección estaba a favor de la ciudad, las negociaciones de trueque se llevaron con un cuidado escrupuloso. La ciudad pagó con mayor generosidad la mano de obra, que seguía siendo necesaria, e intentó evitar, durante un largo período, las negociaciones para traer mujeres de las aldeas.

En una larga serie de reuniones de los navegantes seguí la evolución de ese asunto. Las diecisiete mujeres recogidas antes del primer ataque continuaban con nosotros y no expresaron deseos de regresar. No obstante, la predominancia de partos masculinos continuaba y un amplio grupo pedía el regreso de las transferencias. Nadie sabía el porqué de ese desequilibrio en los nacimientos de niños y niñas, sin embargo así era. Es más, tres de las mujeres transferidas dieron a luz en los últimos kilómetros y todos los bebés fueron niños. Se sugirió que cuanto más tiempo pasaban las mujeres en la ciudad, más parecía que aumentasen las posibilidades de que dieran a luz a bebés varones. Era algo que nadie podía explicar.

Según el último recuento, en la ciudad residían un total de setenta y seis varones y catorce hembras menores de doscientos cuarenta kilómetros de edad.

A medida que el porcentaje se fue progresivamente desequilibrando, el grupo a favor de transferir mujeres aumentó y pronto se autorizó al gremio de los trocadores a comenzar las negociaciones.

Esa fue sin duda la decisión que aceleró los cambios que se estaban produciendo en la ciudad.

El sistema de «ciudad abierta» permaneció vigente y se le permitía a todo el mundo acudir a las reuniones del consejo, fueran o no miembros de un gremio. A las pocas horas de la reimplantación de la transferencia de mujeres a la ciudad, todo el mundo conocía la noticia y no pocas voces se alzaron en contra. A pesar de ello la decisión siguió en pie.

Durante un debate oí la palabra «terminador» por primera vez. Se explicó que los terminadores eran un grupo de gente que se oponía activamente al movimiento continuo de la ciudad y tenían la intención de detenerla. Por lo que se sabía, los terminadores no eran militantes y no emprenderían acciones directas, sin embargo cada día que pasaba ganaban apoyos dentro de la ciudad.

Se decidió un programa de reeducación para dramatizar la necesidad del continuo movimiento de la ciudad.

En la siguiente reunión se produjo una violenta interrupción.

Un grupo de personas irrumpió en la cámara durante la sesión e intentó adueñarse de la silla presidencial.

No me sorprendió ver a Victoria entre ellos.

Tras un ruidoso enfrentamiento, los navegantes requirieron la asistencia de la milicia y la reunión se cerró al público.

Esta interrupción, por contradictorio que suene, obtuvo el efecto deseado para el movimiento terminador. Las reuniones de los navegantes se cerraron al público de manera permanente y la disparidad de opiniones de la gente corriente de la ciudad se amplió. Los terminadores ganaron una gran cantidad de apoyos, aunque ninguna autoridad real.

Se produjeron algunos incidentes. Se encontró un cable cortado en misteriosas circunstancias y uno de los terminadores trató de convencer a la mano de obra contratada de que regresara a sus aldeas. En general, el movimiento rebelde no era más que una pequeña espina para los navegantes.

La reeducación funcionó bien. Se organizaron una serie de lecciones que intentaban explicar los peculiares peligros de este mundo; la gente acudió en masa. El diseño de la hipérbola se adoptó como enseña de la ciudad, incluso se llevaba de adorno en las capas de los miembros de los gremios, cosido en la parte interna de los círculos de su pecho.

Desconozco hasta qué punto la gente corriente de la ciudad comprendía la verdad, a veces oía incluso discusiones al respecto por los pasillos. Con todo, la influencia de los terminadores quizá contribuyó a que se disminuyera la credibilidad de todos estos bienintencionados actos. Por falta de información, la gente de la ciudad creyó durante demasiado tiempo que la ciudad se desplazaba por un mundo similar al planeta Tierra, incluso por la propia Tierra. Posiblemente la verdadera situación era demasiado extraña para otorgarle credibilidad. Escucharían lo que se les dijera, quizás incluso lo entenderían, sin embargo los terminadores tenían un mayor tirón emocional.

A pesar de todo, la ciudad continuaba su lento progresar rumbo al norte. A veces dedicaba menos tiempo a otros asuntos para pararme a observarla como si fuera una pequeña mota de materia en un mundo alienígena. La veía como un objeto perteneciente a un mundo que trataba de sobrevivir en otro bien distinto, como una ciudad llena de gente aferrada a la pared de una pendiente de cuarenta y cinco grados, abriéndose camino contra una marea de tierra con la ayuda de unos cuantos finos cables.

Con el regreso de la estabilidad a la ciudad, la tarea del reconocimiento del futuro se convirtió en algo rutinario.

El terreno al norte de la ciudad se dividió para nuestros propósitos en una serie de segmentos en círculo alrededor del óptimo, en intervalos de cinco grados. Bajo circunstancias normales, la ciudad no buscaría rutas que se alejaran más de quince grados del óptimo, no obstante, la nueva capacidad extra para desviarse de él nos permitía una considerable flexibilidad a corto plazo.

Nuestro procedimiento era simple. Los futuros cabalgábamos al norte en solitario o por parejas, según su preferencia, y nos esforzábamos en lograr un concienzudo reconocimiento del terreno que se nos había asignado. Disponíamos de tiempo de sobra.

En muchas ocasiones me seducía el sentimiento de libertad del norte, algo que según Blayne era común a todos los futuros. ¿Dónde quedaba la urgencia por regresar

a la ciudad si un día tendido holgazaneando a la orilla de un río apenas suponía unas pocas horas de tiempo real en la ciudad?

Había un precio a pagar por pasar tanto tiempo en el norte, un precio que no me pareció real hasta que no noté sus efectos en mis propias carnes. Un día sin hacer nada en el norte era igualmente un día de mi vida. En cincuenta días envejecía el equivalente a ocho kilómetros en la ciudad, mientras que sus habitantes solo envejecían cuatro días. Al principio no importaba, nuestras visitas a la ciudad eran comparativamente tan frecuentes que no notaba la diferencia. Llegado un momento, las personas a las que conocía (Victoria, Jase, Malchuskin) no envejecieron nada, mientras que yo me miré un día al espejo y noté claramente la diferencia.

No quería algo estable con otra mujer. La opinión de Victoria sobre la incompatibilidad entre mantener una relación y el actual funcionamiento de la ciudad cobraba mayor sentido cada vez que pensaba en ella.

Las primeras mujeres de la nueva ola transferida a la ciudad estaban llegando. Me dijeron que al ser un hombre soltero era elegible para tener contactos temporalmente con una de ellas. Al principio me resistí, siendo franco, la idea me repugnaba, pues pensaba que incluso en una relación puramente física debería existir un complemento emocional. Con todo, la manera en la que la selección de los compañeros se realizaba era todo lo sutil que podía ser en estas circunstancias. Cuando estábamos en la ciudad se nos animaba a mí y a otros hombres elegibles a sociabilizarnos con las chicas en una sala de recreo pensada para tal propósito. Cuando empezabas resultaba embarazoso y humillante, pero pronto me acostumbré a tales situaciones y mis inhibiciones acabaron por disiparse.

En su momento se creó una mutua atracción entre una chica llamada Dorita y yo. Pronto se nos concedió una cabaña para que pudiéramos compartirla. No teníamos mucho en común, salvo sus encantadores intentos de hablar inglés, y parecía disfrutar de mi compañía. Se quedó embarazada rápidamente. En los intervalos de mis misiones de reconocimiento contemplé el progreso de su embarazo.

Fue largo, increíblemente largo.

Comencé a sentir una creciente frustración por el lento, en apariencia, avance de la ciudad. En mi escala de tiempo subjetiva ya habían pasado doscientos cincuenta o trescientos kilómetros desde que me convertí en miembro del gremio de los exploradores del futuro, y la ciudad todavía seguía cerca de las colinas que atravesamos cuando sufrimos los ataques.

Pedí el traslado temporal a otro gremio, pues, a pesar de lo mucho que disfrutaba de la vida en el futuro, sentía que el tiempo pasaba demasiado deprisa.

Durante unos cuantos kilómetros trabajé en el gremio de tracción. En esa época Dorita dio a luz a gemelos, un niño y una niña. Era algo digno de celebración... sin embargo noté que la ciudad me producía otro tipo de descontento. Estuve trabajando con Jase. Siempre fue varios kilómetros mayor que yo, en cambio ahora era claramente más joven y yo notaba que no teníamos mucho en común.

Poco después del alumbramiento, Dorita abandonó la ciudad y yo regresé a mi propio gremio.

Como el resto de exploradores del futuro que vi en mi etapa como aprendiz, me estaba convirtiendo en una pieza que no encajaba en la ciudad. Disfrutaba enormemente de la soledad, de mis horas robadas en el norte, me sentía incómodo encerrado entre los muros de la ciudad. Desarrollé un interés por el dibujo del que no le hablé a nadie. Hacía el trabajo de mi gremio lo más rápida y eficientemente posible para luego cabalgar por el futuro solo, dibujando todo lo que veía, tratando de buscar en los trazos sobre el papel algo de expresión en unos terrenos por los que parecía que no pasaba el tiempo.

Observaba la ciudad desde la distancia, la veía tan extraña como realmente era, algo ajeno a este mundo, ajeno incluso a mí mismo. Kilómetro a kilómetro se remolcaba a sí misma, sin encontrar nunca, sin siquiera buscarlo, un último lugar de descanso.

Cuarta parte

Mientras se desarrollaba la discusión al otro lado de la plaza, ella esperaba en la puerta de la iglesia. A su espalda, en el taller temporal, el sacerdote y dos ayudantes se esmeraban en la labor de restauración de la figura de escayola de la Virgen María. Hacía fresco en la iglesia. Los restos de la parte derrumbada del techo se habían retirado, todo estaba tranquilo. Sabía que no debería estar allí, algún tipo de instinto la hizo entrar al ver llegar a los dos hombres.

Ahora los veía, hablando formalmente con Luiz Carvalho, el autoproclamado líder de la aldea, y un puñado de hombres. Quizás en otros tiempos el sacerdote hubiera asumido toda la responsabilidad en la comunidad. No obstante, el padre Dos Santos era, al igual que ella, un recién llegado a la aldea.

Los hombres llegaron a caballo cruzando el lecho seco del riachuelo; sus animales pastaban mientras la discusión continuaba. Ella se encontraba demasiado lejos para escuchar lo que decían, sin embargo parecía que se había alcanzado algún tipo de acuerdo. Los hombres hablaban con fluidez, fingiendo falta de interés, pero ya sabía que si no estuvieran interesados ya no estarían hablando.

Los jinetes habían despertado su curiosidad. Era evidente que no procedían de ninguna de las aldeas cercanas. En contraste con los habitantes de esta, su aspecto era magnífico. Cada uno llevaba una capa negra, pantalones ajustados y botas de cuero. Sus caballos estaban ensillados y almohazados, firmes y frescos, a pesar de las grandes alforjas con las que iban cargados. Ningún caballo de los alrededores lucía tan buenas condiciones.

La curiosidad empezó a ganarle terreno al instinto, así que se adelantó para averiguar de primera mano lo que estaba sucediendo. Al tiempo que lo hacía, advirtió que las negociaciones parecían terminadas. Los aldeanos se dieron la vuelta y los dos hombres regresaron a sus monturas.

No se demoraron en marcharse por el camino por el que habían venido. Los vio partir, dudando entre si ir tras ellos o quedarse donde estaba.

Cuando los perdió de vista, entre los árboles, se alejó apresuradamente de la plaza, corrió entre dos casas y subió por la elevación del terreno a su espalda. A los pocos momentos vio a ambos hombres emerger de entre los árboles. Cabalgaron una corta distancia antes de tirar de las riendas y detenerse.

Conversaron durante cinco minutos, señalando varias veces la aldea que habían dejado atrás.

Ella se mantuvo fuera de su campo de visión, de pie junto a la densa vegetación que crecía por toda la colina. De repente, uno de los hombres alzó una mano y giró el caballo. Partió al galope en dirección a unas distantes colinas; el otro viró el caballo en la opuesta y prosiguió su camino a paso lento.

Ella regresó a la aldea. Buscó a Luiz.

—¿Qué querían? —le preguntó.

—Necesitan hombres para trabajar.

—¿Ha llegado a un acuerdo con ellos?

Se mostró evasivo.

—Van a volver mañana.

—¿Van a pagar?

—Con comida. Mira.

Sostenía un puñado de pan que ella le quitó de las manos. Estaba tostado y fresco, olía bien.

—¿De dónde han sacado esto?

Luiz se encogió de hombros.

—Y tienen un alimento especial.

—¿De ese no han traído una muestra?

—No.

Frunció el ceño, preguntándose quiénes podrían ser esos hombres.

—¿Algo más?

—Solo esto. —Le mostró una pequeña bolsa. Ella la abrió. Dentro había unos polvos grumosos, se los llevó a la nariz para olerlos.

—Dicen que con esto crecen frutas.

—¿Tienen más?

—Tanto como queramos.

Soltó la bolsa y regresó al taller de la iglesia. Tras hablar con el padre Dos Santos, se dirigió rápidamente a los establos a ensillar su caballo.

Salió de la aldea al galope, cruzando el lecho del riachuelo seco y siguió la misma senda del segundo hombre.

Pasada la aldea existía una amplia zona repleta de matorrales y unos pocos árboles. Pronto vio al hombre, a cierta distancia delante de ella. Iba camino de un bosquecillo espeso por cuyo extremo opuesto fluía un río. Cruzando el río aguardaban una serie de colinas bajas. Conocía bien el terreno.

Se mantuvo a cierta distancia de él, no quería ser descubierta hasta que consiguiera averiguar adónde se dirigía.

Lo perdió de vista cuando se adentró en el bosquecillo, así que desmontó. Condujo al caballo por sus riendas, atenta por si le veía. Pronto oyó el murmullo del río, poco acaudalado en esta época, con su lecho salpicado de guijarros.

Lo primero que vio fue al caballo amarrado a un árbol. Ató el suyo y echó a andar. Bajo las copas de los árboles hacía calor, todo estaba en calma. Se sentía polvorienta después de la cabalgada. De nuevo se preguntó qué le había llevado a seguir a este hombre cuando la razón le advertía de todos los posibles peligros. La presencia de los dos visitantes en la aldea no le había resultado amenazante. A pesar de lo misterioso de sus motivaciones, parecían tener intenciones pacíficas.

Se desplazó con mayor cautela al aproximarse al final del bosquecillo. Allí se detuvo a contemplar el banco que llevaba al río.

Observó con interés al hombre que estaba allí.

Se había quitado la capa y estaba tumbado con las botas a un lado, junto a un montón con sus cosas. Disfrutaba de la sensación de frescor de la orilla del río, metía los pies en el agua levantando gotas brillantes en el aire, totalmente ajeno a su presencia. En un momento dado se agachó para coger agua entre sus manos ahuecadas y echársela en el rostro y el cuello.

Se dio la vuelta, salió del río y regresó junto a sus utensilios. Sacó una pequeña videocámara de una bolsa de cuero negro, se colgó la bolsa con una cinta al hombro y la conectó a la cámara con un cable corto recubierto de plástico. Hizo unos ajustes en una pequeña ruedecilla de un lateral.

Soltó un momento el aparato y desplegó un largo rollo de papel, una especie de pergamino. Lo colocó en el suelo, lo examinó minuciosamente unos pocos segundos, recogió la cámara y regresó al borde del río. Apuntó el objetivo corriente arriba durante un segundo o dos, luego bajó la cámara y se dio la vuelta. Para su sorpresa, enfocó en la dirección donde ella estaba. Tuvo que agacharse para que no la viera; la nula reacción del hombre le dio a entender que no había llegado a percatarse de su presencia. Al volver a asomar la cabeza comprobó aliviada que estaba enfocando de nuevo al río. Retornó su atención al papel. Escribió unos pocos símbolos en él con sumo cuidado. Con movimientos mecánicos, devolvió la cámara a su estuche, enrolló el papel y lo guardó junto con el resto de utensilios.

Estiró los miembros y se rascó la nuca. Regresó lánguidamente al río, se sentó y jugueteó con los pies en el agua. Pronto soltó un suspiro y se echó hacia atrás con los ojos cerrados.

Lo miró atentamente. Parecía bastante inofensivo. Era un hombre grande, de buenos músculos, con el rostro y los brazos muy bronceados. Llevaba el pelo largo, una melena de color castaño rojizo, espesa y descuidada. También llevaba barba. Estimó que debía rondar los treinta y tantos años de edad. A pesar de la barba, el rostro era joven y expresivo, sonreía por el simple placer irracional de tocar el agua fresca en un día caluroso.

Las moscas revoloteaban alrededor de su cara y de vez en cuando las espantaba perezosamente con las manos.

Pasados unos momentos de duda decidió hacer pública su presencia. Medio caminando, medio resbalando, bajó por el banco causando una pequeña avalancha.

La reacción del hombre fue inmediata. Se incorporó, miró intensamente a su alrededor y se puso de pie aceleradamente. Al girarse se resbaló torpemente en el agua y cayó sobre su estómago.

Ella se echó a reír.

Enseguida recuperó la verticalidad y rescató sus cosas. Pocos segundos después, portaba un rifle en las manos.

Dejó de reírse. El hombre no alzó el arma.

En lugar de eso dijo algo en un español tan malo que fue incapaz de entenderlo. Ella misma tampoco hablaba muy bien el idioma.

—Siento haberme reído —le dijo en la lengua de los nativos de la aldea. Él negó con la cabeza, después la examinó atentamente. La mujer abrió los brazos para indicar que no iba armada y le dedicó lo que esperaba que fuera una sonrisa reconfortante. El hombre decidió en ese momento que no suponía una amenaza y soltó el rifle.

De nuevo dijo algo en un español lamentable y acto seguido murmuró algo en inglés.

—¿Hablas inglés? —dijo ella.

—Sí, ¿y tú?

—Como si fuera nativa. —Se echó a reír de nuevo—. ¿Te importa que te acompañe?

Le señaló el río con la cabeza, el hombre continuó mirándola con cara de idiota. La mujer se quitó los zapatos y caminó por la orilla. La vadeó al tiempo que se levantaba la falda. El agua era refrescante, los dedos de los pies se le encogieron de dolor, sin embargo era una sensación deliciosa. Se sentó en el suelo con los pies sumergidos en el agua.

El hombre se acercó para sentarse junto a ella.

—Siento lo del rifle, no esperaba encontrarme a nadie.

—Yo también lo siento —dijo—. Parecías tan tranquilo...

—Es lo mejor que se puede hacer en un día como este.

Miraron un largo rato el agua que fluía junto a sus pies. Bajo la superficie, la carne blanca parecía distorsionarse como llamaradas crepitando en una corriente de aire.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Helward.

—Helward. —Repitió para ver cómo sonaba en sus labios—. ¿Es un apellido?

—No. Mi nombre completo es Helward Mann. ¿Cuál es el tuyo?

—Elizabeth, Elizabeth Khan. No me gusta que me llamen Elizabeth.

—Lo siento.

Lo miró. Su aspecto era muy serio.

Se sentía algo confundida por su acento. No era oriundo de esta región, eso estaba claro, hablaba inglés con naturalidad y sin esfuerzo. Con todo, tenía un modo extraño de pronunciar las vocales.

—¿De dónde eres?

—De por aquí. —Se puso en pie de repente—. Será mejor que le dé de beber al animal.

Se resbaló de nuevo al remontar la orilla, pero esta vez Elizabeth no se rió. Le vio encaminarse a los árboles, sin coger sus cosas. El rifle seguía en su lugar. La miró por encima del hombro, sin dejar de andar, así que Elizabeth dejó de seguirle con los ojos y volvió la vista al río.

A su regreso llevaba de las riendas a los dos caballos. La mujer se levantó y condujo al suyo cerca del agua.

De pie entre los dos animales, Elizabeth acarició el cuello de la yegua de Helward.

—Es preciosa —dijo—. ¿Es tuya?

—En realidad no. Simplemente la cabalgo más a menudo que los otros.

—¿Cómo la llamas?

—*Mmm...* No le he puesto nombre, ¿debería?

—Solo si así lo deseas. El mío tampoco tiene nombre.

—Me gusta cabalgar —dijo Helward de repente—. Es lo mejor de mi trabajo.

—Eso y chapotear en los ríos. ¿A qué te dedicas?

—Soy un... no lo sé, no hay manera de etiquetarlo. ¿Y tú?

—Soy enfermera, al menos oficialmente. Hago muchas cosas.

—Nosotros tenemos enfermeras —dijo—. En la... en el lugar de donde vengo. Observó al hombre con un renovado interés.

—¿Dónde está ese lugar?

—Es una ciudad. Al sur.

—¿Cómo se llama?

—Tierra. Aunque la mayor parte del tiempo la llamamos simplemente «la ciudad».

Elizabeth sonrió inconscientemente, no estaba segura de haber oído bien.

—Háblame de ella.

Negó con la cabeza. Los caballos habían terminado de beber y hociqueaban entre ellos.

—Será mejor que siga mi camino —dijo Helward.

Se acercó rápidamente a sus cosas, las cogió y las metió en las alforjas a toda prisa. Elizabeth le examinaba con curiosidad. Una vez terminó de guardarlo todo, tomó las riendas, le dio la vuelta al caballo y echó a andar junto a él por la orilla. En la linde del bosque echó la vista atrás.

—Lo siento. Debes pensar que soy un maleducado. Es solo que... no eres como los otros.

—¿Los otros?

—La gente de por aquí.

—¿Es eso algo malo?

—No. —Miró a su alrededor, como si buscara una excusa adicional para quedarse allí parado. Cambió de idea de repente y amarró el caballo al árbol más cercano.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—Me preguntaba si... ¿me permitirías hacerte un dibujo?

—¿Un dibujo?

—Sí... solo un boceto. No soy muy bueno, no lo he hecho muchas veces. Me paso mucho tiempo dibujando aquí arriba.

—¿Era eso lo que hacías cuando te he visto hace un rato?

—No. Eso era un simple mapa. Me refiero a dibujos de verdad.

—De acuerdo, ¿quieres que pose para ti?

Metió la mano en su alforja, de donde extrajo un puñado de papeles de diferentes tamaños. Los barajó nervioso, entre ellos se podían ver varios bosquejos.

—Quédate ahí de pie —dijo—. No... mejor junto al caballo.

Se sentó a la orilla del río, haciendo equilibrio en las rodillas con los papeles. Ella lo observaba, aún desconcertada por el súbito cambio de parecer; sentía una creciente seguridad en sí misma que no era propia de su personalidad. Él la miraba por encima del papel.

Elizabeth estaba de pie junto a su caballo, con un brazo sobre el cuello del animal, dándole golpecitos tranquilizadores; el caballo presionaba su hocico contra ella como toda respuesta.

—No estás en una buena posición —dijo Helward—. Gírate un poco hacia mí.

Esa seguridad en sí misma alcanzó un punto de inflexión cuando se dio cuenta de que estaba en una pose antinatural y extraña.

Él no paraba de mover el lápiz y pasar rápidamente de una hoja a otra. Ella comenzó a relajarse. Decidió no prestarle atención a él, la dedicó a acariciar al caballo. Pasado un rato le pidió que se sentara en la montura, pero ya estaba algo cansada.

—¿Puedo ver lo que has hecho?

—Nunca se lo enseñó a nadie.

—Por favor, Helward. Jamás me han dibujado.

Echó una ojeada a los dibujos y seleccionó dos o tres.

—No sé lo que vas a pensar.

Se los quitó de las manos.

—Dios mío, ¿tan delgada estoy? —dijo apenas sin pensar.

Helward trató de arrebatárselos.

—Devuélvemelos.

Esta se dio la vuelta y miró los demás. Se notaba que era ella, aunque el sentido de la proporción era... inusual. Tanto mujer como caballo estaban dibujados demasiado altos y delgados. El efecto no era desagradable, pero sí extraño.

—Por favor... me gustaría que me los devolvieras.

Se los entregó y los puso al final del montón. Se giró abruptamente, y se dirigió junto a su caballo.

—¿Te he ofendido? —le preguntó Elizabeth.

—No pasa nada. Sabía que no debería habértelos enseñado.

—Creo que son excelentes. Es solo que... es un poco chocante verse a través de los ojos de otra persona. Ya te he dicho que nunca me han dibujado.

—Eres difícil de dibujar.

—¿Puedo ver algunos de los otros?

—No te interesarían.

—Mira, no intento ser obsequiosa. De verdad estoy interesada.

—De acuerdo.

Le cedió el montón de papeles y se encaminó hacia su caballo. Sentada, mirando los papeles con los dibujos, era consciente de que él estaba detrás, fingiendo ajustar el arnés de la yegua, aunque en realidad la miraba a hurtadillas intentando descubrir su reacción.

Los temas eran variados. Unas pocas de su caballo pastando, otras de pie, echando la cabeza hacia atrás, etcétera. Eran enormemente naturales, con unas pocas líneas lograba captar la verdadera esencia del animal, orgulloso pero dócil, domado por su propio amo. Curiosamente, las proporciones eran las correctas. Había dibujos

de un hombre (¿se trataba de autorretratos o era el hombre al que vio antes?) con la capa puesta, sin la capa, de pie junto al caballo y usando la videocámara. De nuevo, las proporciones eran casi completamente correctas.

Había unos cuantos bosquejos del paisaje; árboles, un río, una curiosa estructura arrastrada por unas cuerdas, una serie de colinas. No era tan bueno en el tratamiento de esos temas, a veces las proporciones estaban bien, otras existía una extraña distorsión que le costaba identificar. ¿Era un problema de perspectiva? No lo sabía, carecía de los conceptos artísticos necesarios para definirlo.

Al final del montón encontró los dibujos que había hecho de ella. Los primeros no eran muy buenos, intentos vanos. Los tres que le enseñó eran de lejos los mejores, a pesar de esa rara y desconcertante elongación de su figura y la del caballo.

—¿Y bien? —le preguntó al fin.

—Yo... —No encontraba las palabras adecuadas—. Creo que son muy buenos. Muy inusuales. Tienes un ojo excelente.

—Eres un tema difícil.

—Me gusta uno en particular. —Lo busco entre el montón, era uno del caballo con la melena al viento—. Es muy real, vivo.

Él sonrió.

—Ese es también mi favorito.

Hojeó de nuevo los dibujos. No había entendido una cosa. En uno de los dibujos del hombre, al fondo, en lo alto, había una extraña figura de cuatro puntas. También estaba en los cuatro bocetos que hizo de ella.

—¿Qué es esto? —le preguntó señalándolo con el dedo.

—El sol.

La respuesta le hizo fruncir el ceño, aunque no insistió. Sentía que ya le había hecho el suficiente daño a su ego artístico.

—¿Puedo quedarme con este?

—Pensaba que no te gustaba.

—Sí me gusta. Creo que es maravilloso.

La miró con atención, como si tratara de adivinar si decía la verdad, entonces le quitó de las manos el montón de papeles.

—¿Te gustaría tener también este?

Le entregó el del caballo.

—No podría. Ese no.

—Me gustaría que te lo quedaras —le dijo—. Eres la primera persona que lo ha visto.

—Eh... gracias.

Guardó con cuidado los otros papeles en la alforja y la cerró.

—¿Dijiste que tu nombre era Elizabeth?

—Prefiero que me llamen Liz.

Asintió gravemente.

—Adiós, Liz.

—¿Te vas?

No respondió, soltó el caballo y se montó en él. Se fue alejando poco a poco, salpicando agua del poco profundo río a su paso y aligerando al galope hasta perderse de vista tras los árboles.

De vuelta a la aldea a Elizabeth no le apetecía trabajar. Estaba esperando un envío de medicamentos en buen estado y le habían prometido la llegada de un médico hacía ya más de un mes. Había hecho lo que podía para que los aldeanos tuvieran una dieta equilibrada (los víveres eran escasos) y se ocupaba de tratar las afecciones fáciles como contusiones, erupciones y ese tipo de cosas. La semana anterior ayudó a una mujer en el parto; fue la primera vez que se sintió útil desde su llegada.

Tenía muy fresco en la memoria el extraño y reciente encuentro en el río. Decidió regresar al cuartel general antes de lo previsto.

Antes de irse se topó con Luiz.

—Si esos hombres vuelven —le dijo Elizabeth—, trata de averiguar lo que quieren. Estaré de vuelta por la mañana. Si vienen antes de que llegue, intenta que se queden hasta entonces. Averigua también de dónde provienen.

Ya era de noche cuando llegó al cuartel general, que se hallaba a once kilómetros. El lugar estaba casi desierto, la mayoría de los operarios de campo no regresaban durante varias noches consecutivas. Tony Chappell estaba allí y la interceptó antes de que entrara en su habitación.

—¿Estás libre esta noche, Liz? Creo que podríamos...

—Estoy muy cansada. Seguramente me acueste temprano.

Cuando ambos llegaron a la base por primera vez, Elizabeth sintió cierta atracción hacia Chappell y cometió el error de permitir que se le notara. Había pocas mujeres en la estación y él respondió ansioso a sus insinuaciones. Desde entonces no la dejaba en paz. Aunque ahora lo consideraba tonto y egocéntrico, no había encontrado aún la forma amable de enfriar el persistente ardor pasional de su compañero.

Trató con insistencia de convencerla para que lo acompañara en todos sus planes. Le llevó unos minutos conseguir escabullirse y entrar en su habitación.

Soltó el bolso en la cama, se desnudó y se dio una larga ducha.

Más tarde fue a buscar algo de comer. No pudo evitar que Tony se sentara con ella.

Durante la comida recordó que llevaba tiempo queriendo preguntarle algo.

—¿Conoces alguna ciudad cercana llamada Tierra?

—¿Tierra? ¿Como el planeta?

—Así es como sonaba. Puede que no lo oyera bien.

—No me es familiar. ¿De qué zona estamos hablando?

—Es en algún lugar de por aquí. No muy lejos.

Negó con la cabeza.

—¿Urf? ¿Mirth? —Se echó a reír y soltó el tenedor—. ¿Estás segura?

—No... en realidad no. Creo que lo entendí mal.

En su propio estilo inimitable, Tony continuó inventándose palabras parecidas a Tierra hasta que Elizabeth logró escapar de nuevo.

En una de las oficinas había un gran mapa de la región. No vio en él nada parecido al lugar donde Helward decía vivir. Se había referido a ella como una ciudad situada al sur, sin embargo no existía ningún asentamiento a menos de noventa y cinco kilómetros en esa dirección.

Estaba realmente cansada, así que retornó a su habitación.

Tras desvestirse colgó en la pared los dos bocetos que le había dado Helward y los pegó con cinta adhesiva. El que hizo de ella era tan extraño...

Lo examinó con mayor detenimiento. El papel en el que estaba dibujado evidenciaba su vejez en los bordes amarillentos. Las partes superior e inferior eran dentadas, como si hubiera sido arrancado de un rollo más grande.

Con cuidado de no dañar el dibujo, despegó la cinta de la pared y cogió el papel.

En la parte de atrás descubrió una columna de números impresos en un lateral. Uno o dos de ellos llevaban un asterisco.

En una de las columnas, en caracteres de color azul claro, se leía lo siguiente: IBM Multifold (TM).

Volvió a pegar el boceto en la pared. Se quedó mirándolo un largo rato. No entendía nada.

A la mañana siguiente, Elizabeth mandó otro fax pidiendo un médico antes de partir hacia la aldea.

El calor matutino ya sofocaba el poblado, el ambiente de inconcebible sopor que tanto la enfurecía al principio ya se estaba asentando. Buscó a Luiz, que permanecía sentado a la sombra de la iglesia con otros dos hombres.

—Y bien... ¿han vuelto?

—Hoy no, Menina Khan.

—¿Cuándo han dicho que van a volver?

Se encogió de hombros despreocupadamente.

—En algún momento. Hoy o mañana.

—¿Habéis probado a...?

Se detuvo a la mitad de la frase, irritada consigo misma. Con la preocupación se le había olvidado llevar una muestra del fertilizante al cuartel general para analizarla.

—Si regresan, házmelo saber.

Fue a visitar a María y su bebé recién nacido, pero se centraba en el trabajo. Supervisó la elaboración de una comida que fue servida a cuantos la quisieron y luego habló con el padre Dos Santos en el taller. En todo momento estuvo pendiente de si oía cascos de caballos aproximándose.

Sin intentar ponerse excusas a sí misma, regresó al establo y ensilló al caballo. Se alejó de la aldea al galope, camino del río.

Trataba de no pensar demasiado, de no examinar sus propios motivos, pero era inevitable. Las últimas veinticuatro horas habían sido de algún modo cruciales. Vino a trabajar al campo porque pensaba que estaba malgastando su vida en casa; las frustraciones con las que se encontraba aquí eran de otra índole. A pesar de todos los intentos y de salvar las apariencias, lo único que podían aportar los trabajadores voluntarios como ella era un atisbo de recuperación para las gentes empobrecidas de la zona. Era demasiado poco, demasiado tarde. Unas cuantas entregas de grano por parte del gobierno, la aplicación de unas cuantas vacunas o la reparación de la iglesia eran cosas buenas, mejor que nada. Sin embargo, la raíz del problema era la defectuosa economía central y eso seguía sin resolverse en la práctica. En esta tierra no había nada, aparte de lo que la gente conseguía por sus propios medios.

La intrusión de Helward en su vida era el primer suceso interesante desde su llegada. Cruzando la zona de arbustos a lomos del caballo sabía que sus motivaciones eran diversas. Quizá fuera simple curiosidad, pero iba mucho más allá.

Los hombres de la estación estaban obsesionados consigo mismos y con lo que imaginaban que eran sus metas; hablaban abstractamente de psicología de grupo, reajustes sociales o patrones de comportamiento. En aquellos momentos de cinismo a

Elizabeth le parecía patético. Aparte del desgraciado de Tony Chappell ninguno de los otros hombres de la estación había despertado su interés y eso era algo que jamás hubiera imaginado cuando llegó.

Helward era diferente. Se contuvo para no decirse tal cosa a sí misma, aunque sabía de sobra que cabalgaba a su encuentro.

Dio con el mismo lugar del día anterior junto al río y dejó beber a su caballo, luego lo ató a la sombra y se sentó en el agua a esperar. De nuevo trató de calmar su torrente de cavilaciones, pensamientos, deseos y preguntas. Se concentró en lo que la rodeaba, se tumbó al sol y cerró los ojos. Escuchó el sonido del agua al golpear contra los pedruscos del cauce del río, el de la suave brisa en los árboles, el zumbido de los insectos, el olor del musgo seco, la tierra caliente, la calidez.

Paso mucho tiempo. Tras ella, el caballo agitaba la cola cada pocos segundos, espantando paciente la oleada de mosquitos que lo atosigaban.

Abrió los ojos al oír otro caballo. Se incorporó.

Helward estaba en la otra orilla. Alzó la mano a modo de saludo, ella respondió de la misma manera.

Desmontó de inmediato y caminó rápidamente por el banco del río hasta que estuvo justo enfrente de ella. Liz sonrió para sí; Helward se hallaba del mismo buen humor porque estaba haciendo el tonto, tratando de divertirla. Por alguna razón, cogió impulso e intentó ponerse de pie sobre las dos manos. Lo consiguió al tercer intento pero acto seguido terminó involuntariamente la voltereta y cayó al agua con un grito y causando un ruidoso chapoteo.

Elizabeth dio un respingo y corrió hacia él por el agua poco profunda.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupada.

Él sonrió.

—Cuando era pequeño podía hacerlo.

—Y yo.

Se puso en pie, mirándose la ropa empapada.

—Se secará pronto —dijo.

—Iré a por mi caballo.

Cruzaron a la otra orilla, salpicando a su paso. Allí Helward ató su yegua junto al caballo de Elizabeth. Se sentó de nuevo en el río y Helward se acomodó cerca de ella estirando las piernas para que se le secara la ropa.

Tras ellos, los caballos se espantaban el uno al otro las moscas de la cara con sus respectivas colas.

Aunque se agolpaban mil preguntas en su cabeza, las contuvo. Disfrutaba de la intriga, no quería destruirla con las respuestas. La lógica le decía que se trataba de un operario de una estación similar a la suya que le estaba gastando una broma sin

sentido. Si era así no le importaba, bastaba con su presencia, ya estaba ella lo suficientemente reprimida como para despreciar la agradable ruptura de la rutina que, sin saberlo, él estaba trayendo a su vida.

El único nexo en común eran los bocetos de Helward, así que le pidió verlos de nuevo. Hablaron un rato de los dibujos y él le expresó su entusiasmo; el interés de ella se centraba en comprobar si el papel en el que estaban dibujados todos ellos pertenecía al mismo rollo viejo de impresora.

—Pensé que eras una tuca —acabó diciendo.

Lo pronunció de forma extraña, alargando mucho una de las vocales.

—¿Y eso que es?

—Las personas que viven por aquí, pero ellos no hablan inglés.

—Unos pocos lo hacen, aunque no muy bien. Nosotros les enseñamos.

—¿Nosotros quiénes?

—La gente para la que trabajo.

—¿No eres de la ciudad? —dijo de repente, apartando la vista.

Elizabeth sintió un aguijonazo de alarma; cuando se marchó tan de improviso el día anterior actuó de la misma manera, tenía esa misma expresión. Ella no quería eso, ahora no.

—¿Te refieres a tu ciudad?

—No... por supuesto que no. ¿Quién eres?

—Ya sabes mi nombre —le respondió.

—Sí, pero ¿de dónde vienes?

—De Inglaterra. Vine aquí hace dos meses.

—Inglaterra... eso está en la Tierra ¿verdad? —La miraba intensamente, los dibujos ya totalmente olvidados.

Liz se echó a reír nerviosa ante la extraña pregunta.

—Así era la última vez que estuve allí.

—¡Dios mío! Entonces...

—¿Qué?

Se puso en pie abruptamente y le dio la espalda. Caminó unos pocos pasos y se giró, mirándola desde arriba.

—¿Vienes de la Tierra?

—¿A qué te refieres?

—¿Eres de la Tierra... el planeta?

—Por supuesto... no te entiendo.

—¡Estáis buscándonos! —exclamó.

—¡No! Quiero decir... no estoy segura.

—¡Nos habéis encontrado!

Se puso en pie y dio unos pasos atrás para alejarse de su lado.

Esperó junto a los caballos. El aura de extrañeza se había convertido en una de locura, sabía que debía irse. El próximo movimiento le correspondía a él.

—Elizabeth... no te vayas.

—Liz.

—Liz... ¿sabes quién soy? Vengo de la ciudad de Tierra. ¡Debes saber lo que eso significa!

—No, no lo sé.

—¿No has oído hablar de nosotros?

—No.

—Hemos estado aquí miles de kilómetros... muchos años. Casi doscientos.

—¿Dónde está la ciudad?

Agitó el brazo en dirección nordeste.

—Por allí, a unos cuarenta kilómetros al sur.

Liz no reaccionó ante lo contradictorio de la indicación, imaginó simplemente que sus cálculos eran erróneos.

—¿Puedo verla? —le preguntó.

—¡Por supuesto! —La tomó de la mano, muy excitado, y se la puso en las riendas del caballo—. ¡Iremos ahora!

—Espera... ¿cómo deletreas el nombre de la ciudad?

Se lo dijo.

—¿Por qué se llama así?

—No lo sé. Porque venimos del planeta Tierra, supongo.

—¿Por qué diferenciáis entre el planeta y la ciudad?

—¿Por qué? ¿Acaso no es obvio?

—No.

Se percató de que lo estaba tratando como a un maníaco, aunque lo único que veía en sus ojos era excitación, no locura. Por otro lado, su instinto, en el que tanto había confiado últimamente, le advertía de que tuviera cuidado. Ahora mismo no podía estar segura de nada.

—¡Pero esto no es la Tierra!

—Helward... reúnete conmigo mañana. Junto al río.

—Pensaba que querías ver nuestra ciudad.

—Sí, pero hoy no. Si está a cuarenta kilómetros tendría que conseguir un caballo fresco y decírselo a mis superiores. —Estaba poniendo excusas.

Él la miró confuso.

—Piensas que me lo estoy inventando —dijo.

—No.

—¿Entonces qué sucede? Te digo que desde que tengo uso de razón y muchos

años antes de que yo naciera, la ciudad ha sobrevivido con la esperanza de que llegara ayuda del planeta Tierra. ¡Ahora que estáis aquí piensas que estoy loco!

—Estás en la Tierra.

Abrió la boca y la volvió a cerrar.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó.

—¿Por qué iba a decir algo distinto?

La tomó de nuevo del brazo y la hizo girarse. Señaló hacia arriba.

—¿Qué ves ahí?

Liz se puso la mano sobre los ojos para protegerse del intenso brillo.

—El sol.

—¡El sol! ¡El sol! ¿Qué pasa con el sol?

—Nada. Suéltame el brazo... ¡me estás haciendo daño!

La liberó y barajó los dibujos. Cogió el de arriba y lo sostuvo en alto para que ella lo viera.

—¡Esto es el sol! —gritó señalando la extraña forma dibujada en la esquina superior derecha de la hoja, a pocos centímetros de la alargada figura que la representaba a ella—. ¡Esto es el sol!

El corazón le latía muy fuerte a Elizabeth cuando desató las riendas del árbol, se encaramó a la montura e hincó los talones. El caballo dio la vuelta y se alejó del río al galope.

Tras ella, Helward permaneció quieto, todavía sosteniendo el dibujo en la mano.

Era de noche cuando Elizabeth llegó a la aldea, a su juicio demasiado tarde ya para regresar al cuartel general. De todas maneras no tenía intención de volver, tenía allí un lugar donde dormir.

La calle principal estaba desierta. Era algo inusual, pues a esa hora era normal que los aldeanos se sentaran en el suelo polvoriento del exterior de sus casas para hablar mientras bebían el vino fuerte y resinoso que era lo único que podían destilar por aquí.

Se oía ruido en la iglesia. Se dirigió hacia ella. Dentro estaban reunidos la mayoría de los hombres de la aldea y unas cuantas mujeres. Una o dos de ellas estaban llorando.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Elizabeth al padre Dos Santos.

—Regresaron esos hombres —respondió—. Han ofrecido un trato.

El padre permanecía a un lado, manifiestamente incapaz de influir de ninguna manera en los habitantes de la aldea.

Elizabeth intentaba captar el tema de la discusión, algo que le era imposible con tantos gritos. Incluso Luiz, de pie junto al altar roto, era incapaz de hacerse oír entre tanto alboroto. Elizabeth se encontró con su mirada y el hombre se le acercó.

—¿Y bien? —le preguntó ella.

—Los hombres vinieron hoy de nuevo, Menina Khan. Estamos de acuerdo con sus condiciones.

—No parece que todo el mundo lo esté. ¿Cuáles son esas condiciones?

—Unas condiciones justas.

Se dio la vuelta para regresar al altar, pero Elizabeth le agarró del brazo.

—¿Qué querían? —insistió.

—Nos entregarán muchas medicinas y mucha comida. Tienen más fertilizante y dicen que ayudarán en la reparación de la iglesia, incluso aunque ese no sea nuestro deseo.

La miraba evasivo, sus ojos rehuían nerviosos los de ella.

—¿A cambio de qué?

—Poca cosa.

—Vamos, Luiz, dime lo que quieren.

—Diez de nuestras mujeres. Eso no es nada.

Lo miró horrorizada.

—¿Qué has...?

—Serán bien cuidadas. Las pondrán sanas y cuando vuelvan traerán más comida.

—¿Y qué dicen ellas a eso?

La miró por encima del hombro.

—No están muy felices.

—Apuesto a que no. —Observó a las seis mujeres presentes. Se apiñaban juntas en un pequeño grupo, los hombres de su alrededor las miraban como corderos.

—¿Para qué las quieren?

—No les hemos preguntado.

—Porque crees que lo sabes. —Se volvió hacia Dos Santos—. ¿Qué va a pasar?

—Ya se han decidido —dijo.

—¿Pero por qué? No pueden en serio aceptar el intercambio de sus mujeres e hijas por unos pocos sacos de grano.

—Necesitamos lo que nos ofrecen —intervino Luiz.

—Nosotros ya os hemos ofrecido comida. Un médico viene de camino.

—Sí... eso habéis prometido. Dos meses lleváis aquí y muy poca comida, nada de médico. Estos hombres son honorables, vemos lo que ofrecen.

Le ofreció la espalda y regresó al frente de la multitud. Poco después pidió una votación a mano alzada. El trato se confirmó. El voto de las mujeres no contaba.

Elizabeth pasó una noche inquieta. Al levantarse por la mañana supo lo que tenía que hacer.

El día anterior le había traído una gran cantidad de acontecimientos inesperados. Irónicamente, lo único que instintivamente esperaba que ocurriera, no sucedió. Ahora que veía el encuentro con Helward desde una nueva perspectiva, podía entender lo que había esperado antes de que se produjera. La inquietud en su interior era totalmente física; cabalgó hasta el río con la intención de dejarse seducir por él, algo que podría haber acontecido antes de que aquella expresión de fanatismo invadiera sus ojos. Todavía seguía experimentando esa misma sensación, entre el miedo y la sorpresa, cada vez que recordaba el intercambio de gritos bajo los árboles. El momento en el que le señalaba el sol y le preguntaba por él, con vehemencia, resonaba como un insistente eco en su cabeza.

Sin duda había algo detrás de todo aquello. El comportamiento de Helward fue diferente el día anterior; ella le mostró entonces una sensibilidad oculta a la que él respondió del mismo modo que lo hubiera hecho cualquier hombre. No había ningún rastro de locura entonces. No reaccionó así hasta que no hablaron de su vida o de la de ella.

Existía también el misterio del papel de impresora. Solo había un ordenador en mil quinientos kilómetros a la redonda y ella sabía perfectamente dónde estaba y cuál era su uso. No funcionaba con rollos de papel y no era de la marca IBM. Conocía la empresa IBM, cualquiera que supiera lo básico sobre ordenadores había oído ese nombre, sin embargo esa empresa no existía desde la Crisis. Si quedaba intacto algún

aparato de esa marca, a buen seguro descansaba inútil en algún museo.

Finalmente, el trato propuesto por los hombres que llegaron a la aldea fue totalmente imprevisto, al menos para ella. Al recordar la expresión de Luiz al preguntarle por los hombres la primera vez que hablaron, comprendió que estos le habían dado al menos un apunte de lo que esperaban de la aldea como moneda de cambio.

Todo debía estar conectado de algún modo. Sabía que los hombres que fueron a la aldea eran de la misma ciudad que Helward, y que su comportamiento estaba relacionado de algún modo con el trato.

Si ella debía mezclarse o no en el asunto era algo que no estaba claro.

Técnicamente, la aldea y su gente eran responsabilidad suya y de Dos Santos. En los primeros días se produjo la visita de uno de los supervisores del cuartel general, cuya atención se centró sobre todo en examinar las labores de reparación de un gran puerto en la costa. En teoría, ella estaba bajo el mando de Dos Santos, que llegó formando parte de un grupo de varios cientos de estudiantes de la escuela teológica, auspiciados por el gobierno, en un ímprobo esfuerzo por devolver la religiosidad a estas regiones. Tradicionalmente, la religión fue el opio de estas gentes, por lo que el trabajo de las misiones era una prioridad. Los hechos hablaban por sí solos. La función de Dos Santos supuso años de esfuerzo; durante los primeros, su empeño por recuperar el liderazgo social y espiritual de la iglesia fue una labor ardua. Los aldeanos le toleraban, aunque a quien escuchaban era a Luiz y, hasta cierto punto, a ella misma.

Sería igualmente inútil acudir al cuartel general en busca de apoyo. La estación la llevaban hombres buenos y honestos, pero su trabajo era tan nuevo que no había pasado de la teoría. Un asunto tan terrenal y problemático como el de unas pocas mujeres intercambiadas por comida no entraba en su prisma.

Si iba a hacer algo, tendría que asumir por su cuenta la iniciativa.

No llegó rápidamente a tomar una decisión. Toda aquella larga y cálida noche luchó por separar los pros de los contras, los riesgos de los beneficios. Lo mirara por donde lo mirara, el método de acción elegido parecía ser el único posible.

Se levantó antes y bajó a casa de María. Necesitaba ser rápida, los hombres dijeron que volverían poco después del amanecer.

María estaba despierta, su bebé lloraba. Sabía de la decisión tomada por los aldeanos el día anterior y le preguntó a Elizabeth sobre ello nada más verla.

—No hay tiempo para eso —dijo Elizabeth bruscamente—. Necesito algo de ropa.

—Pero las tuyas son tan bonitas...

—Quiero algo tuyo, cualquier cosa valdrá.

Trasteando entre sus cosas, María sacó una selección de toscas prendas y las

tendió en la cama para que Elizabeth eligiera. Estaban todas muy gastadas, probablemente ninguna había conocido jamás ni el agua ni el jabón. Eran ideales para el propósito de Elizabeth. Escogió una harapienta falda suelta y una camisa blanca descolorida que perteneció seguramente a uno de los hombres.

Se quitó su ropa, incluidas las prendas interiores, y se puso las de María. Las dobló ordenadamente para que la aldeana se las guardara hasta su regreso.

—¡Tienes mejor aspecto que una chica de la aldea!

—Así es.

Examinó al bebé para asegurarse de que no estaba enfermo antes de repasar con María las rutinas diarias que debía seguir. María, como siempre, fingía escuchar. Elizabeth sabía que se olvidaría de todo en cuanto ella no estuviera delante para controlarla. ¿Acaso no había criado a tres niños ya?

Caminó descalza por las calles polvorientas, preguntándose si podría pasar por una de las mujeres de la aldea. Su cabello era largo y castaño, su piel estaba bronceada tras permanecer allí unas semanas, pero sabía que carecía del deslustre de las lugareñas. Se pasó los dedos por el pelo para alborotárselo y darle un aspecto algo más salvaje.

Ya había un grupo pequeño de personas en la plaza, frente a la puerta de la iglesia, y otras se iban sumando poco a poco. Luiz estaba en el centro de todo, tratando de persuadir de que se fueran a las mujeres que se encontraban allí, movidas por la simple curiosidad.

A su lado había un grupo de chicas; Elizabeth advirtió con horror que eran las más jóvenes y atractivas de la aldea. Pronto las diez estuvieron de pie junto a Luiz, y ella se abrió camino hacia él entre la multitud.

Luiz la reconoció nada más verla.

—Menina Khan...

—Luiz, ¿cuál es la más joven?

Supo la respuesta antes de que el hombre tuviera ocasión de responder. Lea no tenía más de catorce años.

—Lea, vuelve con tu madre, yo iré en tu lugar.

La chica se alejó sin decir nada, ni siquiera una queja o una muestra de sorpresa. Luiz se quedó mirando a Elizabeth durante un momento y se encogió de hombros.

No tuvieron que esperar mucho. A los pocos minutos aparecieron tres hombres, cada uno a lomos de un caballo y llevando a otro sin jinete atado por las riendas. Los seis caballos iban cargados de paquetes, los cuales descargaron tras descabalar, sin ninguna solemnidad, de sus monturas.

Luiz contemplaba la escena expectante.

—Volveremos dentro de dos días con el resto. ¿Quieres que nos encarguemos de ese trabajo en la iglesia? —oyó a uno de los hombres decirle a Luiz.

—No... no necesitamos eso.

—Como quieras. ¿Quieres cambiar alguno de los términos del acuerdo?

—No. Estamos satisfechos.

—Bien. —El hombre regresó y encaró al resto de personas que observaban la transacción. Les habló del mismo modo que a Luiz, con un español de espeso acento.

—Hemos tratado de ser hombres de buena voluntad y fieles a nuestra palabra. Algunos de ustedes puede que no estén a favor de los términos del acuerdo, sin embargo pedimos su comprensión. Las mujeres que nos han prestado serán bien cuidadas y no serán maltratadas de ninguna manera. Su salud y felicidad nos importa tanto como a ustedes mismos. Intentaremos que regresen a su hogar lo antes posible. Gracias.

La ceremonia, por llamarlo de alguna manera, había terminado. Los hombres les ofrecieron a las mujeres los caballos para que montaran. Dos de las chicas se auparon a uno, otras tres montaron uno cada una. Elizabeth y las dos restantes eligieron caminar. Pronto la pequeña comitiva abandonó la aldea, cruzando lentamente el cauce del río y el ancho manto de arbustos de más allá.

Durante el viaje Elizabeth guardó silencio, al igual que las otras muchachas. Su intención era mantener el anonimato el mayor tiempo posible.

Los tres hombres hablaban entre ellos en inglés, dando por sentado que ninguna de las chicas los entendía. Al principio, Elizabeth escuchaba con atención a la espera de captar algo interesante. Decepcionada, se dio cuenta de que casi todos los temas de conversación giraban en torno al calor, la falta de lugares a la sombra y lo largo que iba a ser el trayecto.

Su preocupación por las mujeres parecía verdadera, no pocas veces les preguntaban si estaban bien. Hablando con las otras chicas en español, Elizabeth descubrió que compartían las mismas preocupaciones: el hambre, la sed, el cansancio, la ansiedad por que el viaje acabara.

Cada hora, aproximadamente, paraban a descansar y se turnaban para montarse en los caballos. Ninguno de los hombres cabalgó en ningún momento, por lo que pasado un tiempo Elizabeth comenzó a simpatizar con sus quejas. Si, como dijo Helward, su destino se encontraba a cuarenta kilómetros, era un largo camino para un día tan caluroso.

Según la jornada avanzaba, las inhibiciones se relajaron. Quizás a causa del cansancio o de la seguridad de que sus acompañantes no entendían la lengua que hablaban, los hombres pasaron a tratar otros temas de conversación menos inmediatos. Las quejas sobre el calor condujeron fácilmente a otros asuntos.

—¿Crees que todo esto sigue siendo necesario?

—¿El qué? ¿Los trueques?

—Sí... quiero decir que nos ha causado problemas en el pasado.

—No hay otra alternativa.

—Hace un calor de mil demonios.

—¿Qué harías tú en vez de esto?

—No lo sé. No me corresponde a mí decidir, si de mí dependiera no estaría aquí fuera ahora mismo.

—Para mí sí tiene sentido. El último grupo no se ha marchado todavía y no parece que vayan a hacerlo. Quizá no tengamos que volver a hacer esto.

—Lo haremos.

—Suenas como si no te pareciera bien.

—Francamente, no. A veces estimo que todo el sistema es una locura.

—Has estado escuchando a los terminadores...

—Quizá. Si piensas en lo que dicen, no se puede negar que tiene algo de sentido. No todo, claro, pero no son tan malos como los navegantes creen.

—Te has vuelto loco.

—De acuerdo. ¿A quién no le encantaría estar aquí en mitad de este calor?

—Será mejor que no repitas eso en la ciudad.

—¿Por qué no? Ya lo dice bastante gente.

—Los miembros de los gremios no. Has estado en el pasado, sabes cómo son las cosas.

—Simplemente soy realista. Tienes que escuchar las opiniones de la gente. Hay más personas en la ciudad con ganas de parar esto que miembros en los gremios. Eso es todo.

—Cállate, Morris —dijo el hombre que no había hablado hasta el momento, el que se había dirigido a la multitud en la plaza.

La marcha no se detuvo.

La ciudad emergió ante sus ojos mucho tiempo antes de que Elizabeth identificara lo que era en realidad. A medida que se acercaban la fue analizando con gran interés. No entendía el sistema de vías y cables que la rodeaba, su primer pensamiento fue que se trataba de una especie de campo de montaje de trenes, aunque no vio ninguna máquina y el tramo de vías era demasiado corto para poseer una utilidad práctica.

Luego reparó en la presencia de varios hombres que patrullaban las vías. Cada uno de ellos portaba un rifle o algo parecido a una ballesta. No asimiló otra información del entorno, su atención se dedicaba primordialmente a la estructura de la ciudad.

Oyó a los hombres referirse a ella como «la ciudad», al igual que Helward, pero a sus ojos no era más que un gran y deforme bloque de oficinas que no inspiraba mucha seguridad, pues estaba construido principalmente de madera. Su fealdad provenía de su propia funcionalidad, y a pesar de ello había algo en su diseño que le otorgaba cierto atractivo. Le recordó a algunas imágenes que había visto de edificios anteriores a la Crisis. Aquellos eran de acero y cemento, pero compartían la forma, la simpleza y la falta de decoración exterior. Mientras que aquellos edificios eran altos, este no superaba los siete pisos. La madera mostraba diferentes etapas de deterioro. Casi todo lo que estaba a la vista estaba muy castigado por los elementos, aunque se distinguía la presencia de algunas partes renovadas.

Los hombres llevaron a las muchachas hasta la base del edificio y luego las condujeron por un oscuro pasillo. Allí desmontaron y varios jóvenes se acercaron a ocuparse de los caballos.

Atravesaron una puerta del pasillo, subieron por unas escaleras y entraron por otra puerta. Al salir se encontraron con un pasillo muy iluminado.

Al final de este llegaron a una puerta donde se separaron de los hombres. En una señal impresa en la entrada se podía leer un letrero que decía «estancias de transferencia».

Dentro las recibieron dos mujeres que les hablaron en el español de fuerte acento, propio de esa gente.

Una vez Elizabeth se adaptó a su papel no hubo manera de que lo abandonara.

Los siguientes días fue sometida a una serie de exámenes y tratamientos que, de desconocer su cometido, hubiera considerado humillantes. Las bañaron, lavaron sus cabellos y soportaron exámenes médicos, incluso de la vista y los dientes. Les buscaron piojos en el pelo y les hicieron una prueba que imaginó que solo podría servir para detectar si tenían enfermedades venéreas.

No fue sorprendente que las mujeres encargadas de los exámenes confirmaran que Elizabeth tenía una salud excelente (de las diez chicas, ella fue la única en no fallar en nada), y fue confiada a dos mujeres que comenzaron a instruirla en los rudimentos de la lengua inglesa. Se rió mucho de esas clases en sus momentos de soledad. A pesar de esforzarse por demorar su aprendizaje pronto se la consideró apta y lo bastante educada para pasar esta etapa inicial del proceso.

Las primeras noches durmió en un dormitorio comunal del centro de transferencia, a los pocos días le dieron una pequeña habitación individual extremadamente limpia y humildemente amueblada. Contaba con una cama estrecha, un lugar para colgar la ropa (le entregaron dos uniformes idénticos), una silla y poco más de un metro cuadrado de espacio libre.

Pasaron ocho días desde su llegada a la ciudad. Elizabeth se preguntó entonces qué esperaba conseguir. Tras ser liberada de la sección de transferencia se le asignó un puesto en las cocinas, donde realizó labores bastante monótonas. Las noches se las concedían libres, sin embargo se le exigía que pasara al menos una hora o dos en una sala de recepción donde le dijeron que debía socializarse con la gente que allí acudiera.

Esa sala se ubicaba cerca de la sección de transferencia. A un lado tenía una barra de bar con un surtido escaso de bebidas, como Elizabeth comprobó, y a su lado un equipo de video muy antiguo. Cuando lo encendió se reprodujo una cinta con una obra cómica de la que no entendió nada, aunque en ella una invisible audiencia no paraba de reír todo el rato. Los chistes eran claramente contemporáneos, carentes de significado para ella. Con todo, vio el programa entero; el rótulo del *copyright* del final indicaba que se rodó en 1985. ¡Doscientos años atrás!

Generalmente había pocas personas en la sala cuando ella iba. Una mujer de la sección de transferencia trabajaba tras la barra con una sonrisa perpetua dibujada en el rostro. Elizabeth no observó mucho interés en las demás personas. Lo normal era que algunos hombres vinieran de vez en cuando (vestidos, igual que Helward, con el uniforme oscuro) y dos o tres chicas locales estuvieran siempre por allí.

Un día, trabajando en la cocina, resolvió sin querer una duda que llevaba tiempo

martirizándola.

Estaba apilando los platos limpios en unos muebles de metal destinados a tal efecto cuando algo llamó su atención. Había cambiado hasta parecer casi irreconocible (se habían quitado algunos de sus componentes, habían añadido estantes de madera), pero el logotipo de IBM se veía todavía bajo la capa de pintura de una de las puertas.

Elizabeth paseaba por el resto de la ciudad cuando podía, casi todo lo que veía despertaba su curiosidad. Antes de llegar pensó que iba encontrarse en una situación en la que sería prácticamente una prisionera, sin embargo, aparte de los deberes que le asignaron, disponía de total libertad para ir donde quisiera y hacer lo que deseara. Habló con la gente, observó, registró y pensó.

Otro día se encontró una pequeña habitación dispuesta para el uso de los ciudadanos en sus horas de ocio. Había varias hojas de papel cuidadosamente grapadas sobre una mesa. Las miró sin demasiado interés. El título que aparecía en la primera página era algo así como *Las directrices de Destaine*.

Con el paso de los días vio otras copias de ese documento por toda la ciudad, la curiosidad le fue picando y decidió leerlo. Tras hacerlo, guardó inmediatamente una copia bajo las sábanas, con la intención de llevársela cuando abandonara la ciudad.

Estaba comenzando a entender. Volvió a leer a Destaine, sus palabras se le fueron haciendo tan familiares que las recordaba con una exactitud casi fotográfica. Pensó en Helward, en su comportamiento aparentemente salvaje, e intentó recordar lo que le dijo aquel día junto al río.

A su debido tiempo encontró el patrón lógico de todo aquello... aunque había un fallo insalvable.

La hipótesis en la que se basaba la existencia de la ciudad se refería a la inversión del mundo en el que se ubicaba. No solo del mundo, sino de todos los objetos físicos del universo en que existía. La forma dibujada por Destaine (un mundo sólido, curvado al norte y al sur en forma de hipérbola), era su manera de aproximarse al entorno y, de hecho, enlazaba con la extraña apariencia que Helward otorgaba al sol cuando lo dibujaba.

Un día, caminando por una de las zonas de la ciudad recientemente reconstruidas, Elizabeth descubrió el fallo.

Miró el sol, con una mano en la frente para protegerse de su brillo. El sol era igual que siempre, una bola esférica de luz brillante en el cielo.

Elizabeth planeaba dejar la ciudad a la mañana siguiente. Se llevaría uno de los caballos y cabalgaría de vuelta a la aldea. Desde allí regresaría al cuartel general para pedir un permiso. Le tocaba uno en unas pocas semanas, no habría problemas en que se lo adelantaran si así lo pedía. En esas cuatro semanas le sobraría tiempo para volver a Inglaterra e intentar buscar algún tipo de autoridad interesada en el descubrimiento que había realizado.

No deseaba llamar la atención una vez trazado el plan, así que aquel día trabajó en las cocinas como siempre. Por la noche acudió a la sala de recepción.

El primer hombre que vio nada más entrar fue Helward. Estaba allí de pie, de espaldas a ella, hablando con una de las mujeres transferidas.

Se colocó justo detrás de él.

—Hola, Helward —le saludó sin perder la calma.

Él se dio la vuelta para ver quién era. Se quedó mirándola anonadado.

—¡Tú! —le dijo—. ¿Qué haces tú aquí?

—¡Calla! Se supone que no hablo inglés demasiado bien, soy una de vuestras mujeres transferidas.

Se alejó hacia uno de los rincones de la sala buscando algo de privacidad, Helward la siguió. La mujer que atendía la barra asintió de manera aprobatoria.

—Mira —dijo al fin Elizabeth—. Siento lo que pasó la última vez que nos vimos. Ahora lo entiendo todo mejor.

—Y yo lo siento si te asusté.

—¿Le has dicho algo a alguno de los otros?

—¿Sobre que seas de la Tierra? No.

—Bien. No digas nada.

—¿De verdad eres del planeta Tierra? —preguntó.

—Sí, pero me gustaría que no te refirieras así a ese tema. Soy de la Tierra, igual que tú. Creo que existe un malentendido.

—Dios, está bastante claro. —La miró de arriba abajo, desde la altura de los veinte centímetros que los separaban—. Tu aspecto aquí es distinto. ¿Qué haces de transferida?

—Era la única manera que se me ocurrió de entrar en la ciudad.

—Yo te hubiera traído. —Miró a su alrededor—. ¿Te has emparejado con alguno de los hombres?

—No.

—No lo hagas. —No paraba de mirar por encima del hombro mientras hablaba—. ¿Tienes habitación propia? Será más fácil hablar.

—Sí. ¿Vamos?

Entraron en la habitación y Elizabeth cerró la puerta. Las paredes eran delgadas, pero al menos daba sensación de privacidad. Se preguntaba por qué él prefería esconderse para hablar con ella.

Se sentó en una silla, Helward en el borde de la cama.

—He leído a Destaine —le contó—, es fascinante. Sé que he oído hablar de él antes. ¿Quién era?

—El fundador de la ciudad.

—Sí, eso lo he adivinado, pero además era conocido por otra cosa.

Helward no sabía qué decir.

—¿Te transmitió algo lo que leíste? ¿Tenía sentido?

—Un poco. Era un hombre muy perdido. Estaba equivocado.

—¿Equivocado respecto a qué?

—A la ciudad y al peligro en el que se encontraba. Escribe como si él y los otros hubieran sido de alguna forma transportados a otro mundo.

—Y así es.

Elizabeth negó con la cabeza.

—Nunca abandonasteis la Tierra, Helward. Estoy sentada aquí, hablando contigo, y estamos en la Tierra.

Él negó desesperado con la cabeza.

—Te equivocas, sé que te equivocas. Digas lo que digas, Destaine sabía la situación real. Estamos en otro mundo.

—El otro día me dibujaste con el sol detrás de mí. Lo dibujaste como una hipérbola. ¿Es así como lo ves? En el dibujo yo era demasiado alta, ¿me ves así?

—No es que yo vea el sol así, es que esa es la forma del sol. El mundo tiene esa forma. A ti te dibujé alta porque... así te veía entonces. Nos encontrábamos muy al norte de la ciudad. Ahora... es muy difícil de explicar.

—Inténtalo.

—No.

—De acuerdo. ¿Sabes cómo veo el sol? Es normal... redondo, esférico, como quiera que se diga. ¿No te das cuenta de que es cuestión de cómo percibimos las cosas? Tus percepciones te informan incorrectamente... no sé por qué. La percepción de Destaine también era errónea.

—Liz, no se trata solo de percepción. He visto, sentido y vivido este mundo. Digas lo que digas, para mí es real. No estoy solo. La mayoría de la gente de esta ciudad también lo ha experimentado. Comenzó con Destaine porque él presenció el inicio de todo. Hemos sobrevivido mucho tiempo en este lugar gracias a ese conocimiento. Ha sido la raíz de todo, nos ha conservado con vida porque sin él no mantendríamos a la ciudad en movimiento.

Elizabeth comenzó a decir algo, pero él continuó.

—Liz, después de verte el otro día necesitaba tiempo para pensar. Cabalgué al norte, muy al norte. Vi algo allí que va a poner a prueba la capacidad de supervivencia de la ciudad como nunca antes nada lo ha hecho. Conocerme fue... no lo sé, significó más de lo esperado. Indirectamente me llevó a algo mucho más grande.

—¿De qué se trata?

—No puedo decírtelo.

—¿Por qué no?

—No se lo puedo decir a nadie excepto a los navegantes. De momento lo han declarado información restringida. Es un mal momento para que la noticia salga a la luz.

—¿A qué te refieres?

—¿Has oído hablar de los terminadores?

—Sí, pero no sé quiénes son.

—Son un grupo político. Han estado tratando de detener el movimiento de la ciudad. Si esto se filtrase ahora habría problemas. Acabamos de sobrevivir a una gran crisis, los navegantes no quieren otra.

Elizabeth se le quedó mirando sin decir nada. De repente se veía a sí misma desde una nueva perspectiva.

Ella era la interfaz entre dos realidades, la suya y la de él. Por mucho que se acercaran nunca habría contacto entre ellas. Al igual que la gráfica dibujada por Destaine, mientras más se acercara a él por un punto, más se alejaba por otro. Era su culpa haberse inmiscuido en este drama en el que una lógica se enfrentaba de esa manera a la otra y sabía que ahora sería imposible desentenderse. A pesar de estar convencida de la sinceridad de Helward y de la manifiesta existencia de la ciudad y su gente (contando incluso con los extraños conceptos alrededor de los cuales se aseguraban su supervivencia), le resultaba imposible erradicar de su mente la contradicción inherente a todo aquello. La ciudad y su gente existían en la Tierra, la Tierra que ella conocía, y no importaba lo que viera o lo que dijera Helward, las cosas eran así. Cualquier circunstancia que lo contradijera no tenía sentido.

Cuando la interfaz fue desafiada llegaron a un callejón sin salida.

—Voy a dejar la ciudad mañana —anunció Elizabeth.

—Ven conmigo. Voy de nuevo al norte.

—No... he de regresar a la aldea.

—¿La misma de donde trajeron a las mujeres?

—Sí.

—Voy en esa dirección. Cabalgaremos juntos.

Otro callejón sin salida. La aldea estaba al suroeste de la ciudad.

—¿Por qué viniste a la ciudad, Liz? No perteneces a esa aldea.

—Quería verte.

—¿Por qué?

—No lo sé. Me asustaste, pero vi a los otros hombres, que eran igual que tú, comerciando con las mujeres de la aldea. Quería averiguar lo que estaba pasando. Ahora pienso que ojalá no lo hubiera hecho, porque sigues dándome miedo.

—Esta vez no te estoy gritando, ¿verdad? —bromeó.

Se echó a reír, y al hacerlo se dio cuenta de que era la primera vez que lo hacía desde su llegada a la ciudad.

—No, por supuesto que no —admitió—. Es... no sé cómo decirlo. Todo lo que doy por sentado es diferente en la ciudad. No me refiero a las cosas cotidianas sino a las importantes, a la razón de ser de todo. En este lugar hay muchísima determinación, como si la ciudad fuera el centro y el foco de toda la humanidad. Sé que no es así. Hay millones de otras cosas que hacer en el mundo, la supervivencia es sin duda una motivación, pero no la primordial. Aquí el acicate radica en la supervivencia a toda costa. He estado en el exterior de la ciudad, Helward, muy lejos de ella. Pienses lo que pienses, este lugar no es el centro del universo.

—Lo es —afirmó—, porque si alguna vez dejamos de creerlo, moriremos.

Abandonar la ciudad no supuso ningún problema para Elizabeth. Bajó a los establos junto a Helward y un hombre que le fue presentado como futuro Blayne. Ensillaron tres caballos y cabalgaron en dirección a lo que, según Helward, era el norte. De nuevo cuestionó su sentido de la dirección; la posición del sol indicaba que iban camino del suroeste. No dijo nada. Para entonces estaba tan acostumbrada a las claras contradicciones a la lógica que no le veía sentido a discutirse las todas a Helward. Estaba dispuesta a acatar la filosofía de la ciudad, si bien no a aceptarla. Antes de perder la ciudad de vista, Helward le señaló las grandes ruedas en su base. Le explicó que el movimiento era tan lento que era casi indetectable. Sin embargo, le aseguró, la ciudad se desplazaba un kilómetro y medio al norte (o al suroeste si se miraba desde el punto de vista de Liz) cada diez días.

El viaje duró dos días. Los hombres hablaban mucho, tanto entre ellos como con ella, aunque la mayoría de lo que decían no tenía mucho sentido.

Se sentía sobrecargada de información, no podía absorber más.

La noche del primer día, pasaron a kilómetro y medio de la aldea y le expresó a Helward su intención de quedarse en ella.

—No... ven con nosotros. Puedes regresar más adelante.

—Quiero volver a Inglaterra. Creo que puedo ayudarlos.

—Deberías ver algo.

—¿Qué es?

—No estamos seguros —admitió Blayne—. Helward cree que tú podrías decírnoslo.

Se resistió unos pocos minutos, pero al final fue con ellos.

Era curioso lo fácil que se sometía a los asuntos en los que la implicaban estas personas. Quizás era porque se identificaba con ellos o quizá porque aquella sociedad que constituía la ciudad era un oasis de existencia civilizada en mitad de una tierra gobernada por la anarquía desde hace muchos años. En las pocas semanas que estuvo con los aldeanos, su incuestionable letargo y su incapacidad para lidiar con el más mínimo problema minaron su voluntad de enfrentarse a los desafíos de su trabajo. La gente de la ciudad de Helward era de una clase distinta. Evidentemente se trataba de una comunidad aparte que de algún modo se las arregló para sobrevivir a la Crisis y seguía viviendo en el pasado. A pesar de ello, los principios de una sociedad reglada estaban presentes en ella; una disciplina clara, un sentido del propósito y un entendimiento real y vital de su propia identidad. Sin embargo, una gran dicotomía enfrentaba su propia realidad con las diferencias exteriores.

Por lo tanto, cuando Helward le pidió que fuera con ellos, y Blayne mostró su conformidad, no pudo negarse. Sus acciones la habían hecho involucrarse en la suerte

de esta comunidad. Tendría que afrontar las consecuencias de haber abandonado la aldea, aunque después (y podría justificarlo diciendo que quería averiguar dónde estaban llevando a las mujeres). Sin embargo ahora sentía que estaba obligada a seguir con esto. En último caso, debía existir algún cuerpo especial que pudiera ser de ayuda a las gentes de la ciudad. De momento, su implicación era total.

Pasaron la noche bajo la lona de las tiendas. Solo había dos, así que los hombres le ofrecieron galantemente una para ella sola. Antes de dormir pasaron mucho tiempo conversando.

Era evidente que Helward le había hablado de ella a Blayne, de lo diferente que, según él, era, tanto de la gente de la aldea como de la de la ciudad.

Blayne hablaba con ella abiertamente, mientras Helward permanecía en un discreto segundo plano. Intervenía poco, solo para confirmar algún detalle de lo que decía su compañero. Le agradaba Blayne, era directo, así que trató de no rehuir ninguna de sus preguntas.

En resumen, le reafirmó lo que ya sabía. Le habló de Destaine y sus directrices, de la ciudad y su necesidad de avanzar hacia delante, de la forma del mundo. Por experiencia sabía que no debía discutir el punto de vista de los habitantes de la ciudad, así que escuchó sin decir nada.

Cuando se metió en el saco de dormir estaba exhausta por la larga marcha del día anterior. Le costó dormir. El punto de contacto, la interfaz, se había endurecido.

Aunque la confianza en su propia lógica no sufrió ninguna fisura, su entendimiento de las gentes de la ciudad era ahora mayor. Decían vivir en un mundo en el que las leyes de la física eran distintas. Estaba dispuesta a creer eso... o más bien a creer que eran sinceros en su apreciación a pesar de estar equivocados.

No era el mundo exterior el que era diferente, sino su percepción de él. ¿Cómo podría ella cambiar tal cosa?

Al salir al otro lado de la zona boscosa llegaron a una tosca zona de vegetación salvaje, hierba alta y arbustos poco frondosos. El progreso era lento al no haber ningún sendero marcado. Un viento fresco y constante soplaba sobre ellos, una tonificante frescura que agudizó sus sentidos.

Poco a poco, la vegetación dio paso a una hierba dura sobre un terreno arenoso. Ninguno de los hombres dijo nada. Helward en particular se limitaba a mirar hacia delante, dejando al caballo seguir su propio camino.

Elizabeth vio que ante ella la vegetación desaparecía del todo y, al subir por un risco de arena y gravilla, descubrió que unos pocos metros de dunas bajas eran lo único que los separaba de la playa. Su caballo, que ya había detectado el olor de la sal en el aire, bajó por la arena respondiendo de inmediato a su picada de espuelas. Durante unos segundos dejó al animal que marcara el ritmo y disfrutó exultante de la

estimulante sensación de libertad que otorga cabalgar por una playa cuya superficie permanece inalterada, completa, sin sufrir cambios desde hace décadas, a no ser los que producen las olas que rompen en la orilla.

Helward y Blayne la siguieron a la playa. Se quedaron de pie junto a los caballos, observando el agua.

Elizabeth trotó hacia ellos a lomos de su cabalgadura y desmontó una vez logró alcanzarles.

—¿Se extiende al este y al oeste? —preguntó Blayne.

—Hasta donde he explorado, sí. No vi ninguna manera de rodearlo.

Blayne cogió la videocámara de una de las alforjas, la conectó y grabó una lenta secuencia giratoria de lo que tenía delante.

—Tendremos que reconocer el este y el oeste —comentó—. Será imposible cruzarlo.

—No hay señales de que haya otra orilla.

Blayne frunció el ceño.

—No me gusta el suelo. Vamos a tener que traer a un constructor de puentes, no creo que esto soporte el peso de la ciudad.

—Ha de haber una manera.

Los dos hombres la ignoraban por completo. Helward montó un pequeño instrumento sobre un trípode con una carta de navegación concéntrica suspendida sobre tres agarres bajo el fulcro. Colgó una plomada sobre la carta y realizó algún tipo de lectura.

—Estamos muy lejos del óptimo —acabó diciendo—. Tenemos tiempo de sobra. Cuarenta kilómetros... casi un año en el tiempo de la ciudad. ¿Crees que puede hacerse?

—¿Un puente? Llevará tiempo. Necesitaremos más hombres de los que tenemos en este momento. ¿Qué dijeron los navegantes?

—Comprueba lo que he dicho. ¿Lo ves?

—Sí. No creo que pueda añadir nada.

Helward observó unos pocos segundos más la gran extensión de agua, entonces recordó de repente la presencia de Elizabeth. Se volvió hacia ella.

—¿Qué dices tú?

—¿Sobre esto? ¿Qué esperas que diga?

—Cuéntanos lo que percibes —le pidió Helward—. Dinos que eso no es un río.

—No es un río —obedeció ella.

Helward miró a Blayne.

—Ya la has oído —le dijo—. Son imaginaciones nuestras.

Elizabeth cerró los ojos y se dio la vuelta. Ya no podía seguir siendo la interfaz, el punto de contacto.

La brisa era fría, así que cogió una manta del caballo y regresó a la arenosa loma. Cuando volvió a mirarlos ya no le prestaban atención. Helward había montado otro instrumento y hacía interpretaciones de él para luego gritárselas a Blayne con la voz sesgada por el viento.

Trabajaron lentamente, sin descanso, comprobando cada uno las interpretaciones del otro en cada etapa del proceso. Pasada una hora, Blayne guardó parte del equipo en las alforjas, montó en el caballo y cabalgó en dirección norte por la playa. Helward se quedó allí, observando cómo se alejaba. En su postura se adivinaba una profunda y apabullante desesperación.

Elizabeth lo interpretó como una pequeña debilidad en la barrera lógica que los separaba. Caminó por la arena a su encuentro, con la manta por encima de los hombros.

—¿Sabes dónde estás? —le preguntó.

Él no se dio la vuelta.

—No —respondió—. Nunca sabemos eso.

—Portugal. Este país se llama Portugal. Está en Europa.

Le rodeó para poder verle la cara. Durante un momento la mirada de él se posó sobre ella, su rostro era una máscara inexpresiva. Se limitó a negar con la cabeza. Pasó a su lado para dirigirse a su caballo. La barrera era absoluta.

Elizabeth montó en su animal. Cabalgó por la playa en dirección opuesta al agua y no tardó en ascender tierra adentro, de regreso a su cuartel general. A los pocos minutos, el problemático azul del Atlántico quedó fuera de su vista.

Quinta parte

La tempestad nos azotó toda la noche, ninguno de nosotros durmió demasiado. Nuestro campamento se ubicaba a casi un kilómetro del puente, el sonido del romper de las olas nos llegaba como un amortiguado y sordo rugido, casi absorbido por los aullantes vientos huracanados; cuando daban tregua oíamos la madera romperse, al menos en nuestra imaginación.

La tormenta amainó cerca del amanecer, por lo que pudimos dormir algo. No mucho, pues poco después de la salida del sol los empleados de la cocina nos dieron el desayuno. Nadie habló mientras comíamos. Solo había un tema de conversación posible, uno que nadie quería sacar.

Partimos hacia el puente. Solo habíamos recorrido cincuenta metros cuando alguien señaló un pedazo de madera rota en la orilla del río. Era una macabra bienvenida que, como descubrimos después, era un avance acertado de la situación. No quedaba ni rastro del puente, aparte de los cuatro pilares principales plantados en el terreno sólido cercano al borde del agua.

Miré a Lerouex, el encargado de todas las operaciones en este turno.

—Necesitamos más madera —declaró—. Trocador Norris, escoge a treinta hombres y empieza a talar árboles.

Esperé la reacción de Norris, que había sido el hombre de gremio más reticente a la hora de trabajar, y el que se había quejado en voz más alta durante el largo proceso de las primeras fases del trabajo. Ahora no mostraba indicios de rebelión, todos habíamos ya superado esa etapa. Se hacían. Se limitó a asentir a la orden de Lerouex, les hizo señas a varios hombres y regresó al campamento para recoger las sierras de talar.

—Así que tenemos que empezar de nuevo —le dije a Lerouex.

—Por supuesto.

—¿Será este lo bastante fuerte?

—Lo será si lo construimos bien.

Me dio la espalda y comenzó a organizar la limpieza del lugar. Detrás, las olas, enormes todavía después de la gran tormenta, rompían en la orilla del río.

Trabajamos todo el día. Para cuando se hizo de noche la zona estaba despejada de restos y Norris y sus hombres habían traído catorce troncos de árbol. A la mañana siguiente podríamos reanudar la construcción.

Antes de eso, aquella noche, fui a buscar a Lerouex. Estaba sentado solo en su tienda, supuestamente examinando los diseños del puente. Advertí que en realidad tenía la mirada perdida.

No se alegró de verme. Sin embargo, al ser él y yo los hombres más viejos en el lugar de la construcción intuyó que mi visita tenía un propósito. Ahora teníamos más

o menos la misma edad, debido a mi trabajo en el norte envejecí muchos años subjetivos. El hecho de que yo fuera el primer marido de su hija era un asunto que nos incomodaba, era curioso que ahora fuésemos casi coetáneos. Ninguno de nosotros hablaba del tema directamente. La propia Victoria era apenas unos kilómetros mayor que yo cuando nos casamos. El abismo entre los dos era tan grande que todo lo que un día supimos el uno del otro era ya algo irrecuperable.

—Sé lo que has venido a decirme —me dijo su padre—. Vas a decirme que aquí no vamos a poder construir un puente.

—Va a ser difícil —opiné yo.

—No, la palabra que buscas es imposible.

—¿Usted qué piensa?

—Soy un constructor de puentes, Helward, mi labor no consiste en pensar.

—Eso es una estupidez y lo sabe.

—De acuerdo... Se necesita un puente, mi misión es construirlo. Sin preguntas.

—Siempre ha tenido una orilla al otro lado.

—Eso no importa. Podemos construir un puente flotante.

—Y cuando esté a mitad del río, ¿dónde conseguirá la madera? ¿Dónde plantará los postes para los cables? —Me senté frente a él sin pedirle permiso—. Por cierto, se equivoca, no he venido a verle por ese asunto.

—¿Y bien?

—La otra orilla —le pregunté—. ¿Dónde está?

—Por ahí, en algún sitio.

—¿Dónde?

—No lo sé.

—¿Cómo sabe que existe?

—Tiene que existir.

—Entonces, ¿por qué no podemos verla? —insistí—. Estamos alejándonos de esta orilla a unos pocos grados de la perpendicular, pero aún así deberíamos poder verla. La curvatura...

—Es cóncava. Lo sé. ¿Crees que no he pensado sobre el asunto? En teoría nuestra visión es ilimitada. ¿Qué pasa con la bruma atmosférica? Por su culpa solo podemos ver el horizonte a cuarenta o cuarenta y cinco kilómetros, incluso en un día despejado.

—¿Va a construir un puente de cincuenta kilómetros de largo?

—No creo que tengamos que hacerlo —dijo—. Creo que todo va a salir bien. ¿Por qué iba a perseverar tanto si no lo creyese?

Meneé la cabeza.

—No tengo ni idea.

—¿Sabías que van a hacerme navegante? —comentó, de nuevo negué con la

cabeza—. Pues así es. La última vez que estuve en la ciudad tuvimos una larga conferencia. El sentimiento general es que el río no puede ser tan ancho como parece. Recuerda, al norte del óptimo las distancias se distorsionan linealmente, igual que en el sur. Es obvio que este es un río grande, no obstante el sentido común dice que ha de haber otra orilla. Los navegantes piensan que cuando el movimiento de la tierra lleve al río hasta el óptimo podremos verla. Cuando eso suceda puede que siga estando lejos para cruzarlo sanos y salvos, pero lo único que tendríamos que hacer entonces sería esperar. Mientras más al sur nos lleve la tierra, más estrecho será el río, entonces la construcción del puente será factible.

—Eso es un riesgo tremendo —dije—. La fuerza centrífuga...

—Lo sé.

—¿Y qué pasará si tras toda esa espera no aparece la otra orilla?

—Aparecerá, Helward.

—¿Sabe que hay una alternativa? —dije.

—He oído lo que dicen los hombres, abandonar la ciudad para construir un barco. Nunca aprobaría tal cosa.

—¿Orgullo de gremio?

—¡No! —A pesar de negarlo el rostro se le enrojeció—. ¿Tenemos algún constructor de barcos en la ciudad? Estamos aprendiendo gracias a nuestros errores. Lo que hay que hacer es seguir construyendo hasta que el puente sea lo bastante fuerte.

—El tiempo se está acabando.

—¿A qué distancia del óptimo estamos?

—Veinte kilómetros al norte, algo menos.

—En el tiempo de la ciudad eso son unos ciento veinte días —dijo—. ¿Cuánto es aquí arriba?

—Subjetivamente, el doble.

—De sobra.

Me puse en pie, nada convencido.

—Por cierto —dije antes de salir por la portezuela—. Felicidades por el nombramiento de navegante.

—Gracias. También te han propuesto a ti.

Unos pocos días después Lerouex y yo fuimos relevados por el nuevo turno y partimos de vuelta a la ciudad. El puente reparado iba por buen camino, a pesar de las circunstancias el ambiente en las obras era de optimismo. Teníamos ya diez metros de plataforma preparada para acoger las vías.

Los caballos estaban siendo usados por los equipos de tala de árboles, así que tuvimos que caminar. Una vez alejados de la orilla del río el viento amainó y la temperatura subió. Había sido fácil olvidar el calor de aquellas tierras.

—¿Cómo está Victoria? —le dije a Lerouex con el camino ya avanzado.

—Está bien.

—No la veo muy a menudo.

—Yo tampoco.

Decidí no insistir en ese tema, estaba claro que Victoria le avergonzaba. Las noticias sobre el río se filtraron a todos los habitantes de la ciudad y los terminadores, de los que Victoria era una figura prominente, pronunciaron sus críticas a viva voz. Aseguraban que el ochenta por ciento de los residentes de la ciudad que no pertenecían a un gremio estaban de su parte, que debería detenerse su avance. No había podido acudir a ninguna reunión del Consejo de Navegantes últimamente, pero llegó a mis oídos que el tema los preocupaba. Rompiendo de nuevo las viejas tradiciones, se emprendió una segunda campaña de concienciación para educar a las personas que no pertenecían a un gremio para hacerles entender la verdadera naturaleza del mundo. Sin embargo, las oscuras y abstractas explicaciones no tenían el mismo empaque que los emotivos mensajes de los terminadores. La batalla psicológica la habían ganado. Al concentrar a toda la mano de obra en la construcción del puente, las labores de tendido de vías quedaron a cargo de solo un grupo de trabajo. La ciudad permanecía con el mismo sistema de propulsión continua, sin embargo se vio forzada a aminorar la marcha y ahora se hallaba un kilómetro por detrás del óptimo. La milicia abortó un plan de los terminadores para cortar los cables, algo que no causó demasiado revuelo. El verdadero peligro, acabaron por comprender los navegantes, era la erosión de los poderes políticos tradicionales de la ciudad.

Victoria, y supuestamente el resto de terminadores que daban la cara, seguían desempeñando sus trabajos en la ciudad; aun así las labores de rutina diaria llevaban tanto retraso que era un síntoma claro de la situación. La versión oficial era que los navegantes habían ordenado parar ciertas tareas debido al traslado de numerosos hombres para la construcción del puente. Pocos desconocían los verdaderos motivos.

En los círculos del gremio la determinación era total. Había muchas quejas y voces que disentían durante la toma de decisiones, pero en general la aceptación de

que el puente debía construirse era absoluta. Detener la ciudad era algo impensable.

—¿Va a aceptar el nombramiento como navegante? —le pregunté.

—Eso creo. No quiero retirarme, pero...

—¿Retirarse? Nadie cuestiona eso.

—El nombramiento supone el retiro del trabajo en el gremio —me informó—. Es la nueva política de los navegantes. Sostienen que al introducir en el Consejo a los hombres que han desempeñado una labor activa conseguirán tener más fuerza. Ese es, por cierto, el motivo de que te quieran con ellos.

—Mi trabajo está en el norte —repliqué.

—Igual que el mío. No obstante, llegamos a una edad en que...

—No debería pensar en retirarse —interrumpí—, es el mejor constructor de puentes de la ciudad.

—Eso dicen. Nadie ha tenido el poco tacto de recordarme que mis últimos tres puentes resultaron defectuosos.

—¿Los tres de este río?

—Sí. Y el nuevo se irá al garete en cuanto haya otra tormenta.

—Me dijo que...

—Helward... yo no soy el hombre adecuado para construir ese puente. Hace falta sangre nueva, una aproximación renovada. Quizás un barco sea la respuesta.

Leroux y yo entendimos al mismo tiempo qué significaba lo que acababa de admitir. El gremio de los constructores de puentes era el más orgulloso de la ciudad. Ningún puente había fallado jamás.

Seguimos nuestro camino.

En cuanto llegué a la ciudad sentí deseos de volver al norte. No me gustaba la atmósfera actual; era como si la antigua represión por parte de los gremios hubiera sido sustituida por una autoinfligida ceguera hacia la realidad. Los eslóganes de los terminadores aparecían por todas partes, los pasillos estaban abarrotados de coloridos panfletos. Los hombres que regresaban del turno de trabajo hablaban de los errores, del hecho de construir un puente sin ver la otra orilla. Otros rumores, supuestamente alimentados por los terminadores, hablaban de docenas de hombres muertos y de más ataques por parte de los tucos.

Clausewitz, que ahora ostentaba un cargo de navegante, se aproximó a mí en la sala de los futuros. Me entregó una carta formal del Consejo en la que él mismo me proponía, y McMahon secundaba la propuesta, de que me uniera a ellos.

—Lo siento —respondí—. No puedo aceptarlo.

—Te necesitamos, Helward. Eres uno de nuestros hombres más experimentados.

—Es posible —repliqué secamente—. Se me necesita en el puente.

—Aquí tu labor sería más provechosa.

—No lo creo.

Clausewitz me llevó a un lado de la sala para que habláramos en privado.

—El Consejo está preparando un equipo de trabajo que se ocupe de los terminadores —me reveló—. Te queremos en él.

—¿Cómo pretenden hacer tal cosa? ¿Acallando sus voces?

—No... vamos a tener que comprometernos con ellos. Quieren abandonar la ciudad para siempre. Nosotros vamos a ofrecerles un trato intermedio, vamos a dejar lo del puente.

Le miré incrédulo.

—No puedo formar parte de eso —aseguré.

—Vamos a construir un barco. No uno tan grande ni tan complejo como la ciudad, sino del tamaño suficiente para llegar a la otra orilla. Una vez allí, reconstruiremos la ciudad.

Le devolví la carta y me di la vuelta.

—No —dije—. Es mi última palabra.

Me preparé para dejar la ciudad camino del norte con la firme determinación de efectuar otro reconocimiento del río. Nuestros informes confirmaban que era un río, pues las orillas no eran circulares y por lo tanto no era un lago. Los lagos han de rodearse, los ríos cruzarse. Recordé el comentario optimista de Leroux respecto a que la otra orilla quedaría a la vista cuando el río se fuera acercando al óptimo. Era una esperanza descabellada, pero si conseguía encontrar la otra orilla la construcción del puente dejaría de estar sujeta a discusión.

Caminaba por la ciudad seguro de que con mi empeño y con mi voz haría realidad mis intenciones. Me había implicado en el puente, aunque había delegado en el instrumento de su construcción: el Consejo. Por una parte iba por mi cuenta, en cuerpo y alma. Si se suscribía un compromiso con los terminadores, tarde o temprano tendría que adherirme a él. De momento el puente era mi única realidad tangible, por muy improbable que fuera.

Recordé la definición que me dio una vez Blayne de la ciudad, sugiriendo que era una sociedad fanática. Cuando le interrogué al respecto me explicó que el fanático es un hombre que no para de luchar contra las dificultades, sin importarle que toda las esperanzas se hayan perdido. La ciudad llevaba luchando contra las dificultades desde los tiempos de Destaine y ahí estaban los once mil doscientos kilómetros de historia documentada, muchas de esas dificultades resultaban muy complicadas de superar. Era imposible para la raza humana sobrevivir en ese ambiente, decía Blayne, sin embargo la ciudad lo había conseguido.

Quizá yo había heredado ese fanatismo, pues en ese momento pensaba que era el único que mantenía vivo el sentido de supervivencia de la ciudad. La construcción del puente me procuraba el sustento, no importaba lo desesperanzadora que fuera esa labor.

Me encontré a Gelman Jase por uno de los pasillos. Era ahora, subjetivamente, mucho más joven que yo, ya que solo había estado en el norte en contadas ocasiones.

—¿Adónde vas? —me preguntó.

—Al norte. En estos momentos no hay nada en la ciudad para mí.

—¿No vas a ir a la reunión?

—¿Qué reunión?

—La de los terminadores.

—¿Tú vas a ir? —le pregunté.

Mi voz reflejó claramente mi desaprobación ante su probable respuesta positiva.

—Sí. ¿Por qué no? Es la primera vez que hablan tan abiertamente —respondió a la defensiva.

—¿Los apoyas?

—No, pero quiero oír lo que tengan que decir.

—¿Y qué pasará si te convencen?

—Eso no es fácil —respondió Jase.

—¿Entonces por qué vas?

—¿De verdad tienes la mente cerrada por completo, Helward? —inquirió.

Abrí la boca para negarlo, pero no dije nada. Era un hecho innegable que así era.

—¿No crees en otros puntos de vista? —me dijo.

—Sí, pero este tema no da lugar a debate. Están equivocados, lo sabes tan bien como yo.

—El que un hombre esté equivocado no le convierte en un idiota.

—Gelman, has estado en el pasado, sabes lo que sucede allí. Sabes que la ciudad sería arrastrada por el movimiento del terreno. Lo que debe hacerse es incuestionable.

—Sí, sé todo eso. No obstante, un gran porcentaje de gente los escucha. Nosotros deberíamos saber de qué hablan.

—Son enemigos de la seguridad de la ciudad.

—De acuerdo, pero para derrotar a un enemigo lo mejor es conocerlo. Voy a ir a la reunión porque es la primera vez que sus ideas son expresadas tan públicamente. Quiero saber a lo que me enfrento. Si vamos a cruzar ese puente, nosotros seremos los que nos encarguemos de que se haga correctamente. Si los terminadores tienen una alternativa quiero oírla. Si no es así también quiero saberlo.

—Yo me voy al norte —repetí.

Jase meneó la cabeza. Discutimos otro rato y al final acabamos yendo juntos a la reunión.

La reconstrucción del orfanato se abandonó algunos kilómetros atrás. Se despejaron los escombros y la ancha base de metal de la ciudad quedó al descubierto propiciando tres improvisados miradores hacia los campos del exterior. En el lado norte de la zona pegada a la estructura de la ciudad se emprendieron algunas obras. El acabado de madera les proporcionaba a los oradores un buen fondo y una plataforma elevada para dirigirse a la multitud.

Al salir del último edificio, Jase y yo vimos que había un número considerable de público presente. Me sorprendió ver a tanta gente; la población residente en la ciudad se vio disminuida de forma considerable a causa del reclutamiento de hombres para los trabajos en el puente, sin embargo, calculando a ojo habría allí unas trescientas o cuatrocientas personas. Toda la ciudad, podría decirse. Si faltaba alguien eran los trabajadores del puente, los navegantes y unos pocos orgullosos hombres de los gremios.

Se estaba dando un discurso, la multitud escuchaba en silencio. El tema que trataba el orador, un hombre al que conocía y que se dedicaba a la síntesis de comida,

era una descripción del entorno físico que estaba atravesando entonces la ciudad.

—...el suelo es rico, existe una buena posibilidad de que podamos plantar nuestros propios cultivos. Disponemos de abundante agua, tanto cerca como al norte. —Risas—. El clima es agradable, los lugareños no son hostiles y no es necesario que tengamos disputas con ellos...

Siguió hablando unos minutos antes de bajar de la plataforma entre aplausos. Sin preámbulos, el siguiente orador se acercó a la tarima. Era Victoria.

—Gentes de la ciudad, nos enfrentamos a otra crisis causada por el Consejo de Navegantes. Durante miles de kilómetros hemos cruzado estas tierras, dándonos el gusto de acometer los actos más inhumanos para asegurar nuestra supervivencia. Nuestra forma de hacerlo ha sido avanzando hacia delante, al norte. Detrás de nosotros —agitó la mano para indicar el campo tras el límite sur de la plataforma—, queda ese período de nuestra existencia. Delante nos dicen que hay un río, uno que hemos de cruzar para sobrevivir. Lo que no nos dicen es lo que hay al otro lado del río, simplemente porque no lo saben.

Victoria habló un largo rato. Confieso que sus primeras palabras despertaron mis prejuicios, me sonaron a retórica barata, sin embargo el público parecía apreciarlas. Quizá yo no era tan diferente como creía pues, en cuanto describió la construcción del puente y lanzó la acusación de que muchos hombres habían muerto, di un paso al frente para protestar. Jase me cogió del brazo.

—Helward... no lo hagas.

—¡Está diciendo sandeces! —protesté. Otras voces entre la multitud gritaron que eso eran solo rumores. Victoria aceptó las críticas sin rechistar. No obstante, añadió que probablemente pasaban muchas cosas en el lugar de construcción del puente de las que el público no tenía conocimiento. Los asistentes se mostraron de acuerdo con ello.

La conclusión del discurso de Victoria fue inesperada.

—Yo digo que no solo el puente es innecesario, sino también peligroso. Para apoyar esto cuento con una opinión experta. Como muchos sabéis mi padre es el jefe del gremio de los constructores de puentes. Él es quien ha diseñado este puente en concreto. Les pido que escuchen lo que tiene que decir.

—Dios mío... no puede hacerle eso —volví a protestar.

—Lerouex no es un terminador.

—Lo sé, pero ha perdido la fe.

Puentes Lerouex estaba de pie en la plataforma junto a su hija, esperando a que los aplausos cesaran. No miraba directamente a la multitud, sus ojos estaban clavados en el suelo. Mostraba un aspecto cansado, viejo, abatido.

—Vamos, Jase. No voy a escuchar a este hombre humillarse.

Jase me miró dubitativo. Lerouex se estaba preparando para empezar a hablar.

Me abrí paso entre la multitud, quería irme antes de que comenzara a hablar. Había aprendido a respetar a Lerouex, no deseaba presenciar el momento de su derrota.

Me detuve a los pocos metros de mi anterior posición.

Junto a Victoria y su padre reconocí a otra persona. Tardé un momento en ubicar el nombre y la cara... al final la realidad me golpeó de pleno. Era Elizabeth Khan.

Me afectó verla de nuevo. Hacía muchos kilómetros que se había ido, al menos veintinueve en la medida de la ciudad, muchos más en mi tiempo subjetivo. Tras su marcha intenté sacarla de mi mente.

Lerouex hablaba con voz queda, su mensaje apenas llegaba a la audiencia.

Yo miraba a Elizabeth. Sabía por qué estaba allí. Cuando Lerouex terminara de humillarse sería su turno para hablar. Yo ya sabía lo que iba a decir.

De nuevo di un paso al frente, pero de repente me sujetaron del brazo. Era Jase.

—¿Qué estás haciendo? —me dijo.

—Esa chica —señalé—. La conozco. Es del exterior de la ciudad. No debemos dejarla hablar.

La gente de nuestro alrededor nos estaba mandando callar. Luché sin éxito por liberarme del agarre de Jase.

De repente se produjo una ovación indicativa de que Lerouex había terminado su turno.

—Mira... tienes que ayudarme. ¡No sabes quién es esa chica! —le dije a Jase.

Con el rabillo del ojo vi a Blayne acercarse a nosotros.

—Helward, ¿has visto quién es?

—¡Blayne! ¡Ayúdame, por el amor de Dios!

Volví a revolverme. Jase luchó por controlarme, Blayne se acercó y me tomó del otro brazo. Juntos, me arrastraron fuera de la multitud, al borde mismo de la base metálica de la ciudad.

—Escucha, Helward —dijo Jase—. Quédate aquí y escucha.

—¡Sé lo que va a decir!

—Entonces deja a los otros que escuchen.

Victoria se acercó de nuevo al borde de la plataforma.

—Gentes de la ciudad, queremos que oigan a otra persona. Es alguien desconocido para muchos de ustedes, no es de la ciudad. Lo que tiene que decirnos posee una gran importancia, después de que hable no quedará ninguna duda en nuestras mentes sobre lo que tenemos que hacer.

Alzó una mano y Elizabeth dio un paso al frente.

Elizabeth hablaba con suavidad, pero su voz llegaba claramente a todos los presentes.

—Soy una extraña para vosotros porque no nací entre los muros de la ciudad —comenzó diciendo—. No obstante, tanto vosotros como yo pertenecemos a la raza humana, a un planeta llamado Tierra. Habéis sobrevivido en esta ciudad casi doscientos años, once mil doscientos kilómetros según vuestra manera de medir el tiempo. A vuestro alrededor había un mundo anárquico y en ruinas, lleno de gente ignorante y sin educación, golpeada por la pobreza. No todas las personas del mundo se encuentran en semejante estado. Soy de Inglaterra, un país en el que estamos comenzando a reconstruir una especie de civilización. También existen otros países más grandes y poderosos que el mío. Vuestra existencia estable y organizada no es única.

Hizo una pausa para ver la reacción del público. Reinaba el silencio.

—Me encontré con vuestra ciudad por accidente y viví en ella un tiempo en la sección de transferencia. —Algunas personas reaccionaron con sorpresa a esto—. Hablé con algunos de vosotros para conocer cómo vivíais y pensabais. Entonces abandoné la ciudad, volví a Inglaterra. He pasado allí casi seis meses, tratando de entender vuestra ciudad y su historia. Ahora sé mucho más que en mi primera visita.

Hizo otra pausa.

—¡Inglaterra está en la Tierra! —dijo alguien del público.

Elizabeth no respondió.

—Tengo una pregunta. ¿Hay alguien aquí presente que se encargue de los motores de la ciudad?

Tras un corto silencio, Jase habló:

—Yo pertenezco al gremio de tracción.

Todas las cabezas se giraron hacia él.

—Entonces podrá decirnos qué energía mueve los motores.

—Un reactor nuclear.

—Describa cómo se introduce el combustible.

Jase me liberó y se movió a un lado. Sentí el agarre de Blayne relajarse. Podía escapar si quería, sin embargo, las misteriosas preguntas despertaron mi interés, de igual modo que el del resto de la gente.

—No lo sé. Nunca he visto cómo lo hacen.

—Entonces antes de poder detener vuestra ciudad, debéis averiguarlo.

Elizabeth dio unos pasos atrás y le dijo algo a Victoria. Al momento volvió a su lugar.

—Vuestro reactor no es tal cosa. De manera no muy inteligente, los hombres del gremio, que llamáis de tracción, os han estado engañando. El reactor no funciona desde hace miles de kilómetros.

—¿Y bien? —le preguntó Blayne a Jase.

—Dice tonterías.

—¿Sabes qué combustible usa?

—No —dijo Jase, calmado a pesar de que la gente de alrededor de nosotros estaba escuchando—. Nuestro gremio cree que funcionará indefinidamente sin necesidad de prestarle atención.

—Vuestro reactor no es un reactor —repitió Elizabeth.

—No le hagáis caso —dije yo—. El hecho de que dispongamos de energía eléctrica desmiente eso que dice. ¿De dónde sale la energía entonces?

—Escuchadme —dijo Elizabeth desde la plataforma.

Elizabeth dijo que iba a hablarnos de Destaine. Todos la escuchamos.

Francis Destaine fue un físico de partículas que vivió y trabajó en Gran Bretaña, en el planeta Tierra. En su época, el planeta sufría una escasez crítica de energía eléctrica. Elizabeth habló de las razones por las que se dio esa circunstancia. Guardaban relación esencialmente con los combustibles fósiles que se quemaban para producir el calor, que a su vez era convertido en energía. Cuando esos depósitos de combustible se acabaran, no quedaría otra fuente de energía.

Destaine, contó Elizabeth, decía haber inventado un proceso mediante el cual se podrían conseguir cantidades ilimitadas de energía sin necesidad de ningún tipo de combustible. No obstante, su trabajo fue desacreditado por la mayor parte de los científicos. Llegado el momento, los combustibles fósiles se agotaron, lo que causó en la Tierra un largo proceso, conocido como la Crisis, que desembocó en el fin de la civilización tecnológicamente avanzada que dominaba la Tierra.

Elizabeth nos contó que la gente del planeta Tierra estaba comenzando a reconstruirla y que los trabajos de Destaine estaban resultando fundamentales para ello. Sus propuestas originales, tal como fueron escritas, eran rudimentarias y peligrosas. Una aproximación algo más sofisticada a ellas resultó exitosa y asumible.

—¿Qué tiene eso que ver con detener la ciudad? —gritó alguien.

—Escuchad —insistió Elizabeth.

Destaine había descubierto un generador que creaba un campo artificial de energía que, muy cercano a otro campo similar, causaba un flujo de electricidad. Los que lo desacreditaban basaban sus críticas en el hecho de que esto no tenía un uso práctico, pues los dos generadores consumían más electricidad de la que generaban.

Destaine fue incapaz de conseguir apoyo financiero o intelectual para desarrollar su trabajo. Incluso cuando dijo haber descubierto un campo natural, una ventana de translateración, la llamó, que producía ese efecto sin necesidad del segundo generador, siguieron ignorándole.

Aseguraba que esta ventana natal de energía potencial se movía lentamente por la superficie de la Tierra, siguiendo una línea que Elizabeth describió como «el gran círculo».

A la postre, Destaine se las arregló para conseguir dinero de inversores privados, construyó una estación móvil de investigación y con un gran equipo de asistentes contratados partió a la provincia de Kiatung, en el sur de China, donde, según él creía, existía esa translateración natural.

—Nada volvió a saberse de Destaine —sentenció Elizabeth.

Elizabeth dijo que estábamos en el planeta Tierra, que nunca llegamos a abandonarlo.

Dijo que el mundo en el que existíamos se encontraba en el planeta Tierra, que nuestra percepción de él estaba distorsionada a causa del generador de translateración, el cual se suministraba a sí mismo energía para seguir funcionando y continuaba generando el campo sobre nosotros.

Nos contó que Destaine ignoró los efectos secundarios que los otros científicos advirtieron: daños permanentes en la percepción, efectos genéticos y hereditarios.

La ventana de translateración primigenia continuaba existiendo en la Tierra. Con el tiempo se encontraron otras muchas.

Dijo que la ventana descubierta por Destaine en China estaba siendo explotada aún por nuestro propio generador.

Que siguiendo el gran círculo viajó por Asia hasta Europa.

Que estábamos en el límite de Europa y que ante nosotros había un océano de varios miles de kilómetros de ancho.

Ella dijo todo eso... y la gente la escuchó.

Elizabeth terminó de hablar. Jase caminó lentamente hacia ella entre la multitud.

Yo regresé a la entrada de la ciudad. Al pasar a unos pocos metros de la plataforma, Elizabeth me vio.

—¡Helward! —gritó a mi espalda.

No le presté atención, me abrí paso entre la gente y entré en la ciudad. Bajé por unas escaleras, caminé por el pasaje bajo la estructura y salí al exterior.

Me dirigí al norte, caminando a buen paso entre las vías y los cables.

Media hora después oí el relinchar de un caballo y me giré. Elizabeth me había alcanzado.

—¿Adónde vas? —me preguntó.

—De vuelta al puente.

—No lo hagas. No hay necesidad. El gremio de tracción ha desconectado el generador.

Señalé el sol.

—Y ahora eso es una esfera.

—Sí.

Seguí mi camino.

Elizabeth me repitió una y otra vez lo que me había dicho antes. Me rogó que atendiera a razones, que era solo mi percepción del mundo lo que estaba distorsionado.

Yo guardaba silencio.

Ella no había estado en el pasado. Nunca había estado a más de unos pocos kilómetros al norte o al sur de la ciudad. No había estado conmigo cuando descubrí la verdad del mundo.

¿Cambió mi percepción las dimensiones físicas de Lucía, Rosario y Caterina? Nuestros cuerpos se habían unido sexualmente, conocía los efectos reales de esa percepción. ¿Fue la percepción del bebé lo que le hizo rechazar la leche de su madre? ¿Fue solo percepción lo que causó que las ropas hechas en la ciudad se rompieran a medida que sus cuerpos se iban distorsionando dentro de ellas?

—¿Por qué no me dijiste lo que acabas de decir la otra vez que estuviste en la ciudad?

—Porque entonces no lo sabía. Tenía que regresar a Inglaterra. ¿Sabes una cosa? Allí esta historia no le importó a nadie. Intenté encontrar a alguien, a cualquiera, al que pudierais importarle tú o tu ciudad... me fue imposible. Pasan muchas cosas en el mundo, grandes y excitantes cambios están teniendo lugar en él. A nadie le interesa tu ciudad y su gente.

—Tú has vuelto —dije.

—Yo la había visto con mis propios ojos. Sabía lo que tú y los otros estabais planeando hacer. Tenía que averiguar algo sobre Destaine, alguien tenía que explicarme lo que era la translateración. Hoy en día es una tecnología simple, pero no

sabía cómo funcionaba.

—Eso es evidente —dije.

—¿Qué quieres decir?

—Si el generador se apaga, como tú dices, se acaba el problema. Tengo que mirar al sol y decirme a mí mismo que es una esfera, sin importarme lo que digan mis sentidos.

—Es solo tu percepción —insistió.

—Y percibo que te equivocas. Yo sé lo que veo.

—No lo sabes.

Unos pocos minutos más tarde un gran grupo de hombres pasó a nuestro lado camino del sur de la ciudad. La mayoría cargaba con las posesiones que se habían llevado al sitio de la construcción del puente. Ninguno de ellos nos reconoció. Caminé más deprisa, tratando de dejarla atrás. Ella me siguió, llevando al caballo por las riendas.

El sitio donde se construía el puente estaba desierto. Bajé a la orilla del río, al suelo suave y amarillento, y caminé por la superficie del puente a pesar de que las olas rompían todavía en la orilla, detrás de mí.

Me giré para mirar atrás. Elizabeth permanecía en la orilla con su caballo, mirándome. La contemplé unos pocos segundos, antes de agacharme y quitarme las botas. Me alejé de ella hasta llegar al borde del puente.

Miré al cielo, al sol. Estaba introduciéndose en el horizonte, al nordeste. A su manera era precioso. Una figura rebosante de gracia y misterio, mucho más satisfactoria estéticamente que una simple esfera. La única pena era no haberlo podido dibujar nunca lo bastante bien.

Me tiré al agua de cabeza desde el puente. Estaba fría, pero no era desagradable. En cuanto saqué la cabeza una ola me empujó contra el pilar del puente más cercano. Pataleé para dejarlo atrás. Avancé hacia el norte dando fuertes y consistentes brazadas.

Sentí curiosidad por ver si Elizabeth seguía observándome, así que me puse de espaldas y floté. Cabalgaba en su caballo por la insegura superficie del puente. Al llegar al final se detuvo.

Sus ojos miraban en dirección a la zona donde yo estaba.

Continué flotando, esperando a que me hiciera algún tipo de gesto. El sol la bañaba en su rica luz amarillenta, dura en comparación con el azul oscuro del cielo a su espalda.

Me di le vuelta y miré al norte. El sol se estaba poniendo, casi todo el ancho disco se había perdido de vista. Espere a que la aguja superior de luz se deslizara por el horizonte. Al tiempo que me envolvía la oscuridad, nadé de vuelta a la playa

impulsado por las olas.

Nota final

Cuando se publicó por primera vez *Un mundo invertido*, Christopher Priest ya era reconocido como uno de los mejores autores británicos de ciencia ficción criados tras la Segunda Guerra Mundial. La victoria resultó pírrica para un país casi en bancarrota a causa de las deudas de guerra con América, e incapaz de acabar con los racionamientos por el alto precio de la comida importada. En unos pocos años, el gran imperio británico se hizo imposible de mantener, se empequeñeció hasta ser una burla de la pompa anterior a la guerra. La tierra en la que creció Priest era una antigua potencia mundial hundida en la melancolía del posimperialismo. Sus primeras historias y novelas son mordaces con las pretensiones de legitimidad del viejo orden mundial, pero además tratan con desdén las determinaciones tecnológicas y culturales que en casi toda la ciencia ficción americana de aquel tiempo colocaban nuestra especie en un futuro marco de poder. Para escritores como el joven Priest y otros como J. G. Ballard, Michael Moorcock, M. John Harrison y Martin Amis, el «Swinging London», dominado por los Beatles en la década de los sesenta, era un último hurra tuberculoso, no un nuevo poder. Los propios títulos de las primeras novelas de Priest, como *Indoctrinaire* (1970) y *Fugue for a darkening island* (1972), reflejan un mundo ahogado por una soga cultural y política.

No hay nada en el título que advierta a los lectores que se enfrenten a *Un mundo invertido* por primera vez de lo que están a punto de leer. Estos lectores asumirían de manera natural que el mundo invertido del título era otra visión de una Gran Bretaña de capa caída y que la silenciada frialdad de las primeras páginas de la narrativa de Priest auguraba un mal fin para el mundo que describía. De hecho, *Un mundo invertido* está plagado de ecos de esa visión, de esos malos augurios. No obstante, eso es solo el principio de nuestra comprensión de este relato muy enérgico en su desafío. A pesar de que sus trabajos posteriores han convertido en más complejo nuestro entendimiento de toda esta primera ficción, y colocarían a Priest en el mapa literario mundial, es *Un mundo invertido* el más abierto a una segunda lectura bajo la luz de *La afirmación* (1981), *El glamour* (1984), *El prestigio* (1995), recientemente llevada al cine, o *La separación* (2002). Estos libros son profundamente problemáticos, son textos contruidos y decontruidos a la vez que se cuentan, marcados por unos niveles de realidad que van cambiando de manera incierta, como por obra y gracia de la prestidigitación. Los argumentos, aunque cargados de toda la destreza de Priest para la claridad compulsiva, no llegan a alcanzarla, sino que nos dejan al borde de un abismo de indeterminación, se convierten en un juego. La historia central de *Un mundo invertido* no puede nunca simplificarse o ser puesta en duda, pero es ciertamente posible, viéndola en retrospectiva, discernir un jugueteo y ambivalencia en su núcleo, que es un adelanto del Priest que vendría luego.

Aquellos que leyeron y disfrutaron de *Un mundo invertido* en 1974 estaban, en otras palabras, enfrentándose a un texto culminante, un momento crucial en la carrera de Priest y de la ciencia ficción británica. No se había olvidado del mundo descrito y anatomizado en sus primeras novelas, no obstante los lectores apenas necesitaron unas pocas páginas para darse cuenta de que tenían delante algo diferente. No era solo eso, en su vívida descripción de la física del mundo invertido en sí mismo, Priest creó por primera vez en su carrera un mundo alternativo totalmente delimitado. Se adecuó a un formato que los lectores americanos reconocerían inmediatamente como ciencia ficción dura. Salvo la excepción de algunas ambiciosas novelas de John Brunner (1934-1995), un escritor mayor que Priest e influenciado más profundamente por la ciencia ficción americana que cualquier otro de la generación del propio Priest, ningún otro autor había intentado con éxito invadir el terreno americano escribiendo una novela de ciencia ficción dura.

La ciencia ficción dura se puede definir como un tipo de relato de ciencia ficción en el que un protagonista claramente definido, casi siempre varón, deja un hogar en peligro para embarcarse en una gran aventura durante el curso de la cual comienza a comprender la verdadera naturaleza del mundo y, a través de una bien precisada epifanía científica y cognitiva, comprende el nivel de la amenaza que se cierne sobre dicho mundo. Entonces nace uno nuevo, un héroe que actúa por el bien de su comunidad de una manera consistente con la descripción del héroe cultural que hace Joseph Campbell en *El héroe de las mil caras* (1949). El héroe de la ciencia ficción pasa en este tipo de novelas desde la oscuridad cognitiva a la iluminación conceptual y ninguna nube estilística, ningún problema de ninguna clase, debe comprometer ese poderoso momento.

¿Es entonces *Un mundo invertido* ciencia ficción dura o no? Desde luego el mundo de su joven protagonista se encuentra en peligro y está claro que comienza a entender el oscuro concepto de este durante su viaje al sur. Hay una solución, un genuino avance conceptual, para resolver la crisis en la ciudad de Tierra. Sin embargo hay incontables señales; el joven Helward ha viajado al sur como parte de un entrenamiento heurístico ordenado por sus mayores, que ya saben de qué va todo, y existe también algo oscuro en la personalidad de Helward, algo que topa de frente con la claridad de su mente y que es incapaz de transcender. Está claro que hemos entrado en una novela de ciencia ficción dura que juega con las reglas cognitivas que gobiernan las realidades físicas que describe. Con todo, *Un mundo invertido* es también puro Christopher Priest.

Será mejor seguir al autor y entrar en el mundo invertido de la ciudad de Tierra por una puerta lateral. Comenzamos por un pequeño prólogo ambientado en una aldea ubicada claramente en un planeta que reconocemos como la Tierra. Quizás hace

mucho sucedió un desastre; lo que antes eran tierras de pastos, son ahora tierras abandonadas y los habitantes de la aldea requieren ayuda exterior para sobrevivir.

En el frescor de la noche, una enfermera llamada Elizabeth Khan cierra la puerta de su consulta y se une a sus pacientes, que parecen españoles. Bebe, baila y bromea con ellos, es una adulta sana y competente integrada en su trabajo y su vida. Los lectores de ciencia ficción de 1974 reconocerán en su nombre, su profesión y su estatus a una observadora, una parodia del comienzo de casi cualquier novela de J. G. Ballard. Sin embargo también notarán que Priest no ha maldecido a Elizabeth Khan con la traumatizada laxitud típica de la mayoría de los protagonistas de Ballard. A pesar de que no aparece de nuevo en la novela hasta pasadas doscientas páginas, cuando volvemos a encontrarnos con ella sabemos que todo ese tiempo ha sido el verdadero ojo narrativo del relato, el centro de gravedad en torno al cual organizamos nuestro entendimiento de los sucesos que se desvelan en *Un mundo invertido*. Mientras todo eso ocurre, oye a unos hombres hablar con urgencia en medio de la oscuridad. Se alejan a caballo en la medianoche. Algo está a punto de suceder.

Entonces entramos en la novela propiamente dicha, contada en cinco partes, y comienza lo extraño. Helward Mann se adentra en su propia historia; la empieza con una frase que se ha ensalzado justamente por acarrear la esencia de la ciencia ficción entendida como una corriente generadora de maravillas cognitivas: «Había cumplido ya los mil cuarenta kilómetros de edad». Helward está a punto de unirse a uno de los gremios que gobiernan y operan la ciudad de Tierra. «Era un honor que conllevaba una enorme responsabilidad», nos dice, una declaración que advierte al lector experimentado de ciencia ficción, que el protagonista está a punto de enfrentarse a una sociedad asentada, a un entendimiento fijo del mundo contra el que inevitablemente va a rebelarse.

De hecho esa parece ser la situación de Helward en cuanto comienza a comprender la naturaleza de su mundo. La ciudad de Tierra es una vasta construcción sobre ruedas que es remolcada al norte muy lentamente (un kilómetro y medio cada diez días), atravesando tierras baldías sobre unos raíles contruidos laboriosamente para soportar su peso. La edad se mide en los kilómetros recorridos. Para combatir el descenso de la población, las mujeres nativas, procedentes de las empobrecidas aldeas ubicadas en el terreno desolado más allá de los nómadas muros de la ciudad, son reclutadas para dar a luz a nuevos ciudadanos. La tensión está en el aire; el camino al norte se traga los recursos de la ciudad. Y el punto del óptimo, que a su vez se desplaza al norte unos kilómetros por delante (¿o es que la Tierra misma se mueve al sur?), parece cada vez más difícil de alcanzar. Al salir al exterior Helward descubre que, al contrario de lo que ponía en sus libros de texto, el sol no es una esfera, sino un disco horizontal del que surge, aparentemente hasta el infinito, una intolerable cresta de luz que divide el cielo en dos. Tras jurar silencio respecto a la naturaleza de las

cosas, Helward se encuentra con un conflicto profundo cuando la mujer con la que se ha casado, siguiendo los tradicionales dictados de sus padres, comienza a sonsacarle algunos pequeños secretos. Helward aún no conoce toda la verdad.

La segunda parte de la novela se cuenta en tercera persona. Helward es enviado al sur para acompañar a unas mujeres locales de vuelta a sus aldeas. A medida que se adentran en esa dirección va descubriendo en ellas sucesivos cambios fisiológicos. Sus cuerpos se van tornando más achaparrados y anchos. Pronto se asemejan a peces abisales y se aplanan de tal manera que deja de percibirlos. Es arrastrado al sur por lo que parece una combinación entre una gravedad horizontal y un fuerte viento. El mundo mismo se aplasta de manera interminable. Las montañas copadas de nieve se convierten en lomas poco elevadas a las que se agarra para no ser impelido hacia la infinitud de las tierras planas. Se arrastra como puede de vuelta a casa. Para él solo han transcurrido unos pocos días, en la ciudad han pasado dos años. Su mujer ha parido un hijo que ha muerto antes de que pudiera conocerlo y le ha dejado por otro hombre.

El viaje al sur se narra con una destacable gravedad en la dicción. Suena igual a todos los viajes iniciáticos de los héroes y no nos sorprende que cuando Helward mira al norte vea el mundo «en toda su plenitud»:

«Al norte de su posición el terreno era llano, plano como la superficie de una mesa. No obstante, en el centro, al norte, el terreno se elevaba de manera perfectamente simétrica, alzándose y curvándose en una cóncava espiral. Se estrechaba y estrechaba, subiendo, adelgazando, elevándose tanto que era imposible ver dónde terminaba.»

Es en este punto cuando, si *Un mundo invertido* siguiera la trayectoria de la ciencia ficción dura, Helward casi seguro entendería que algo no cuadraba en todo aquello. Algo retorcido, diferente a todo lo que se le había enseñado en la escuela. Algo que solo un héroe cultural, con un conocimiento avanzado de la ciencia, podría entender y arreglar.

Comienza la tercera parte. Helward nos cuenta de nuevo su historia y, por extraño que parezca, la intensidad de la narración se afloja. Recordamos que sus experiencias hasta este punto han sido parte de la heurística diseñada para entrenar a los miembros de los gremios y conocemos que, según los términos del juramento, ya está preparado para convertirse en un explorador del futuro propiamente dicho. Viaja al norte, al futuro. El mundo se torna más alto y delgado. Cada día aquí supone una hora para la ciudad. Recuerda las clases de matemáticas de la escuela. Comienza a entender que el universo en el que existe la ciudad de Tierra es una hipérbola. Entiende la gráfica de una hipérbola que rotada en uno de sus ejes genera el mundo por el que ha viajado, un mundo en el que el polo norte es infinitamente delgado y distante y cuyas tierras al

sur se ensanchan hacia infinitos horizontes por ambos lados. Ahora entiende que la ciudad ha de continuar moviéndose o se resbalará hacia el sur y caerá en un polvo puramente entrópico. Los cálculos que genera la hipérbola de Priest están cuidadosamente pensados, pero son difíciles de expresar en palabras. En una hipérbola representada, la línea curva que va de la x a la derecha a la $f(x)$ de encima representaría claramente la infinita pendiente a la que se ve sometida la ciudad de Tierra.

En la cuarta parte regresamos junto a Elizabeth Khan. Se nos cuenta que han pasado cien años desde una gran catástrofe económico-ecológica que terminó con el imperio tecnológico de la civilización occidental. Ella es parte de un grupo encargado de trabajar en algún tipo de recuperación. Los aldeanos con los que trabaja han llegado a un acuerdo con los habitantes de una extraña ciudad para prestarles a algunas de sus mujeres jóvenes. Antes, se ha encontrado con Helward junto al río, un hombre atractivo de apariencia normal que está entre los treinta y los cuarenta años. Ella siente una necesidad personal y profesional de penetrar en los misterios que él parece representar, así que se las arregla para ser enviada a su ciudad. El éxito de su misión constituirá un gran avance conceptual para ella y una elucidación de la estructura de la realidad de la novela misma para los lectores. Sus experiencias allí, su difícil relación con Helward cuando intenta que abra su mente tan tozudamente introspectiva, y la explicación del universo hiperboloide en que está atrapada Tierra (muy propia de la ciencia ficción dura); todo ello se combina en un clímax que resuelve con gran claridad todos los temas narrativos y que deja perplejo. La novela, como tantas otras, se cierra a la orilla de las reparadoras aguas.

Lo que pudo no comprenderse en 1974, desde luego no le quedó claro a este lector cuando leyó la novela por primera vez en aquella época, es ahora más accesible. *Un mundo invertido* puede ser una novela de ciencia ficción dura, fiel a su descripción al menos, pero en cuanto su protagonista invierte la mirada exterior y la naturaleza innovadora del héroe de Joseph Campbell, el libro, como un todo, invierte el concepto conocido tradicionalmente como tal.

Priest les da la vuelta a los campos de la tradición de dos maneras. El propio Helward no es un héroe; si existe una figura «prometea» en el libro esa es Elizabeth Khan. Mientras más a fondo conoce Helward la naturaleza del mundo donde nació, más se liga a él. Mucho antes de la última página, bajo la presión de la crisis terminal de la avejentada ciudad, crisis fermentada en parte por la, con razón intransigente, ex mujer de Helward, los gremios han decidido literalmente abrir las puertas de Tierra al verdadero planeta que los rodea. La respuesta de Helward en este punto, en un acto de rebelión heroica, es rechazar una promoción en el sistema de gremios como modo de protesta contra su rendición ante la realidad. Es esta la esclerosis cultural que el héroe normalmente destruye para liberarse, en este caso en el interior del héroe

mismo, una circunstancia que Priest inteligentemente deja expuesta en la estructura de su relato. Las partes contadas por Helward en primera persona aparecen distanciadas, desconcertadas, traumatizadas, y es a través de las, normalmente más objetivas, secciones en tercera persona que percibimos una oleada de vida renacida, un apego al planeta.

De un modo más radical, incluso los dilemas en el corazón del argumento de ciencia ficción de *Un mundo invertido*, se abren en la dirección «equivocada». El avance conceptual experimentado por los miembros de los gremios, salvo Helward, no puede ser comprendido como la apertura de una puerta a la percepción de un nuevo mundo inimaginable, más grande y sublimemente, más libre del gobierno de los mayores que cualquier otro mundo que nuestras especies hayan conquistado previamente. En lugar de progresar hacia delante los burgueses de la ciudad de Tierra descubren que han pasado siglos con los ojos vendados ante una perversión de su visión del mundo inducida tecnológicamente por sus mentes y que la única salida a estos largos siglos en esta prisión es su regreso al mundo normal.

Hay mucho con lo que provocar y desafiar al lector en este fascinante relato. Su logro final puede ser el más sorprendente; en esta novela de profundo ingenio y problemática, Christopher Priest ha creado una gran obra de ciencia ficción sobre el regreso a casa.

John Clute



CHRISTOPHER PRIEST (Cheadle, Inglaterra) es uno de los más famosos escritores británicos de ciencia ficción y fantasía.

Muchas de las primeras obras de este autor, claramente influenciado por H. G. Wells, pueden encuadrarse en la ciencia ficción, género que siempre ha afrontado de una manera original: sus narradores, condicionados por el conocimiento parcial del mundo que los rodea, le permiten introducir de forma subrepticia conceptos como la verdad, la memoria y la realidad.

Con *Un mundo invertido* (1974), su tercera novela, llegó el reconocimiento: este trabajo fue distinguido con el premio de la Asociación Británica de Ciencia Ficción, el primero de la larga lista de galardones que acompañan su carrera. Esta obra destaca, entre otras cosas, por su cuidadísima estructura, rasgo que caracteriza a Priest y que se vuelve a encontrar en obras posteriores como *El prestigio* o *El último día de la guerra*.

Poco a poco, sus ansias de trascender el encorsetamiento de los géneros lo llevaron a investigar las fronteras, más complejas, de la literatura fantástica. Así nació una de sus novelas más conocidas, *El prestigio*, con la que en 1996 ganó el premio Mundial de Fantasía y el James Tait Black Memorial. La historia fue adaptada al cine por Christopher Nolan (*Memento*, *Batman Begins*) en 2006 y se tituló *El truco final* en España. El reparto incluía figuras de la talla de Hugh Jackman, Christian Bale, Michael Caine y Scarlett Johansson.